

33 170CA2)

P381

EJ.3

Joffre Peláez Mejía

La Novela de
AmarilEs

CENTRO DE DOCUMENTACION

22 JUN 2001

CÁTEDRA DE HISTORIA
DE MEDELLIN PARA AMIGOS

1257 (CCM)

© Joffre Peláez Mejía
© Fundación Cámara de Comercio de Medellín
para la Investigación y la Cultura

Primera Edición, diciembre de 1998

Diseño portada: Juan Diego Ramírez
Montaje electrónico: Ana Milena Gómez C.
Impresión: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana

PELÁEZ MEJÍA, JOFFRE

La novela de amariles / JOFFRE PELÁEZ MEJÍA -1 ed.-
Medellín: Fundación Cámara de Comercio de Medellín, 1998.
399 p.

Primer puesto, IV Concurso de Novela y Cuento Cámara de
Comercio de Medellín

ISBN: 958-9221-26-2

1. NOVELA COLOMBIANA. — Título

I

¿Cómo imaginar que Amariles iría a dominar la cicla y que se le vería practicando casi siempre hacia arriba, pedalazo a pedalazo, hasta coronar la cuesta?

¡Amariles y su bicicleta! Raleigh, por más señas, con sillín cómodo de resortes niquelados, guardafangos, un par de hilos rojos sobre azul cromado, punteras en el *cacho*, de caucho suave; y pesada como mil demonios; reluciente timbre a la derecha, una novedad. La había comprado ahorrando centavos de su sueldo de auxiliar de ventas en *Máquinas y Representaciones*. Fruto de esfuerzos inauditos. Llegaba a casa y echaba a la alcancía con deleite las monedas, agitándolas, con esperanzas crecientes de que muy pronto los sueños de ciclista se verían realizados. Y se daba felicidades, no quizás a la manera usual, anticipada y engañosa, pues iba dándole la vida motivos para desechar tristezas y dejar melancolías que, con la cicla, podía sentirse más allá de humores desvaídos. Y se tendía en la cama para soñar despierto, deteniéndose en los ojos que veía pasar a todas horas y poblaban los dominios de su alma.

Infatigable, repasaba en su mente coincidencias que lo traspasaban, le producían ansias al ver todo claro y difícil, alternativamente. Cogía su libro preferido, en el que iba encontrando descritas sus mejores aptencias, y se hacía esta pregunta al hojearlo: ¿Tendría

Sócrates razón cuando afirmaba: "Es en inmortalizar su virtud, según creo, y en conseguir un tal renombre en lo que todos ponen todo su esfuerzo, con tanto mayor ahínco cuando mejor son, porque lo que aman es lo imperecedero".? Al reflexionar sobre este punto, y no captar su esencia, se decía que el párrafo siguiente podría contenerla. "A ver, veamos", agregaba: "Así, pues, los que son fecundos según el cuerpo se dirigen en especial a las mujeres y esta es la forma en que se manifiestan sus tendencias amorosas, porque, según creen, se procuran para sí mediante procreación de hijos inmortalidad, memoria de sí mismos y felicidad para todo tiempo futuro. En cambio los que lo son según su alma...pues hay hombres añadió, que conciben en las almas, más aun que en los cuerpos, aquello que corresponde al alma concebir y dar a luz. Y ¿qué es lo que corresponde? La sabiduría moral y las demás virtudes, de las que precisamente son progenitores los poetas todos". Se daba un respiro, pensaba que era claro el significado, con la relectura. Y luego, estas palabras le daban para un pequeño letargo por el que desfilaban figuras desprendidas de los objetos aquietados en la penumbra del cuarto. Cerrando los ojos, titilan estrellas en fuga hacia otros universos y se juntan en el horizonte de los deseos ciertos. Aquel nombre..., el nombre, rememora, y esboza una sonrisa como si viera, nítida en las nubes, la figura amada. Se incorpora, no es momento éste para quedarse dormido. Es bueno intentar una salida, ver esos cabellos dorados y esos ojos enigmáticos.

Ante el espejo, antes de salir le llegan pensamientos rezagados: "¡Ah! ¡Qué músculos enclenques! ¡Y qué prodigios están dispuestos a enfrentar!" Se contiene. Ojos negros y cabello lacio, cachumbo rebelde sobre la frente, ajeno a intentos de colocarlo en mejor sitio; aire coqueto. ¿Intelectual? Si aún no ávido de sabiduría, sa-

ber sí quiere del bien, de la virtud, de la belleza. Y ha vislumbrado los alcances de la poesía. Sin más. Y sigue con la nariz. Si se la mira de frente, acaba en punta. Si se la mira de perfil, sobre la izquierda, está torcida. Y si sobre la derecha, se destaca saliente una prominencia que desciende abruptamente en hondonada, entre las cejas y la frente, sinuosa. ¡No hay nada que hacer! Aunque sí. Se reconoce un fondo, aceptable, y con él basta para enfrentar combate. Ir por el mundo lanza en ristre con la verdad, el amor y la belleza, maravillosas guías.

Abajo, la ciudad. Junín rebosa de gente bonita para mirar un sábado en la tarde; y las heladerías, abarrotadas. Donald, de las preferidas, donde se siente pasar las horas mientras bulle la ciudad, llena de objetivos imprecisos, y de prejuicios. Los amigos van llegando, la charla se extiende. Los niños que pasan cogidos de las manos dejan entrever semillas de amor. Cuando logra la mirada de uno cualquiera que se detiene ante la suya, inquisitiva, es presa de apasionados sentimientos. Ojos que le traen la luz de aquellos otros que no le han dado ni le darán ninguna decepción. Fuego alimentado en la predilección de descifrarlos, mientras crecen las voces, chocan los vasos, la música se difunde entre el murmullo que se esparce. Aparta la mirada, vuelve hacia los amigos, desune pensamientos, paladea un sorbo de café, y dice, para sí: "Tenía sus razones Platón al poner en labios de Sócrates palabras tan elaboradas que a través de los siglos penetrarán las almas abiertas y sensibles".

Resuelve irse por esas calles que conducen a ninguna parte, a cualquier parte, donde menos se piense. Allí están para acogernos porque tienen la vida que les damos, y llegan hasta pertenecernos. Porque, cuántas veces hemos dicho: "¡Esta es mi calle!" Las calles

son embudos por donde desfilamos con los pasos contados repitiendo la misma cantilena que ha servido para salir del círculo de palabras que nos envolvió. Se comienza la conversación aquí y se termina allá, sin importar la distancia que hemos recorrido, sin preguntar en cuántas casas se viven tragedias de intensidad desconocida. Y podemos detenernos en la esquina, para cambiar de rumbo, ¿en cuál sentido, a dónde llegaremos? Las calles recorridas sin afán, se hacía de ellas un santuario si por allí vivía alguien en quien estuvieran puestos los ojos. Calles para encuentros casuales y sellar pactos secretos, misterio que se guardan, pues son mudas las calles, aun volviéndolas a recorrer, imaginariamente; las invaden hordas, muchedumbres y sonidos; válvulas de escape, para huir o para reencontrarse, cuántas veces. Y en el vaivén perenne, allí tras de la esquina, los ojos de esplendor gratificante que no han de confundirse con otros quizás despavoridos.

Comprada la cicla, no privarse de los libros y sacarlos por *club* en la Continental, para ir formando una pequeña biblioteca de la que extraería aquellos densos pareceres que se guardan para el conocimiento previo de tantos y tantos inusitados horizontes. Así que eran dos los propósitos que por ahora lo alentaran: La cicla, simplemente poderla disfrutar, pasear con ella, hacer ejercicio. Pero al fin para alcanzar metas más altas que sólo él sabía. Y como esto no era de la incumbencia de nadie, a nadie lo decía. Le bastaba ir tejiendo la madeja, con la mira puesta en el ideal. Y, para ello, alimentarlo en las páginas de los libros prodigiosos como aquel en el cual Platón le había revelado cosas tan sencillas y advirtiera el camino al enseñarle que "te ama quien ama tu alma".

En ratos de distracción en su cuarto, tenía tiempo disponible para elaborar los planes. Podían comenzar

oyendo un disco de Agustín Lara que sonaba en la radiola de la sala; *Farolito*, ensoñador y nostálgico que le arremolinaba agradables sensaciones:

Farolito
Que alumbras apenas
Mi calle desierta
Tú me viste una noche llorando
Llamar a su puerta...
Sin llevarle más que una canción
Un pedazo de mi corazón
Sin llevarle más nada que un beso
Violento y travieso
Amargo y dulzón.

Siguiendo las notas tristonas del piano la figura amada se dibujaba grácil en cálidas sonoridades de aquellas que propician las imágenes, el ser se va sumiendo en mundos donde desfilan los deseos, móviles, reales, y el cuerpo siente corrientes mezcladas en grados de excitación desconocidos. Y luego, no importa, todo se deshace pero queda la conciencia vagarosa de que no se trata de ilusiones, sino de ratos incomparables y salidos de brumas aparentes. Que se vayan las horas, acaso los momentos. Podía estar la radiola sonando todavía. Atrás de la casa estarían familiares conversando temas apacibles o triviales. ¿No es la trivialidad dueña del cotidiano vaivén?

II

Se habían conocido desde niños, entre puerta y puerta de sus respectivas casas unos cuantos pasos, pocos. Jugaban largas horas. Trepaban a los árboles de pomas abundantes en las mangas vecinas. Elevaban cometas en el morro, camino a las estrellas. Y por las noches contaban luceros y constelaciones en el firmamento despejado, Orión el guerrero, las siete cabritas, tantas otras, brillantes, lejanas. Juntos iban a los campos a cazar pajaritos. Se bañaban desnudos en charcos de límpidas quebradas cantarinas. Tiraban trompos, rodaban en carritos de madera y, más tarde, aprenderían a jugar al billar y otros juegos mayores, por qué no. Siempre que se veían era para divertirse, sin que alertaran sus mentes sugerentes compromisos rozándose cariñosa, desprevenidamente, mientras iban creciendo, adquiriendo más figura de hombres, hombrecitos.

¿Cómo habían llegado al punto donde ahora estaban? Que alguna vez, sentados frente a frente, mientras tomaban un refresco en aquella heladería, una tarde cualquiera, se sintieran más cercanos, atraídos, el brillo de los ojos más intenso. ¿Un comienzo, un punto culminante? Quizás sugerencias. Vislumbre momentáneo. Las mentes captando leve reciprocidad y pudiera más la turbación. ¿Algo pasajero? Que el rubor subió a los rostros infundiendo a la sonrisa diversos significa-

dos, para cambiar de tema, decir cosas al descuido, pensar motivos diferentes. ¿Poco más? ¿Despreocupados?

¿Quién quedó al fin más conmovido? ¿Amariles? Pues le fueron brotando pensamientos revoloteantes como si le dijeran que esos ojos no lo habían engañado. ¿A qué sería capaz él de atreverse? ¿No estaba preparado? Y es así como van pasando días y empiezan en tráfico continuo a posársele ideas acuciantes mientras las noches tibias descendían sobre sus párpados en ondas de neblina delicada, cediendo a la pura ensoñación. Ensayaba palabras, las arriesgaba, pues al encontrar que la belleza se resiste a la cabal penetración si no se le da paso al deslumbramiento que hierde el cálido umbral de inclinaciones verdaderas, las que se tienen desde siempre, el ser puede llegar a quedarse desolado.

Habían transcurrido los años divinos en los que se van aclarando las revelaciones, se entretienen las vidas, momentos del encanto, íntimas nimiedades que se cuecen y revierten en los acontecimientos que pueden ser hoy el éxito supremo y mañana polvo del desierto. Amariles había tenido que dejar las aulas, no pudo la familia costearlo. Vivían en el barrio alto de Buenos Aires desde donde, para ir al centro de la ciudad, bastaba bajar por la calle de Ayacucho, empinada, extensa, larga, de agradable perspectiva. Los tranvías subían rengueando, ensordecedoras matracas, y los muchachos se colgaban con riesgo de la vida, dueños de insensatez. Muchas veces hubo de hacerlo Amariles pero después, cuando empezara a trabajar en *Máquinas y Representaciones* como mensajero cobrador de cuentas, el maletín en el que cargaba papeles le estorbaba. Y cabe preguntar: ¿Fue entonces cuando decidió comprar bicicleta? Tal vez ha de saberse que no, que la vida da sus vueltas. Y pegarse del tranvía con la cicla llevaba también otros

peligros: escatimar los ejercicios, necesarios. ¿Y es que las ansias son urgencias? De manera que al producir frutos la alcancía, dedicar el hermoso vehículo para cumplir obligaciones de trabajo, con una meta: Entrenamiento. ¿Para qué? ¿Y si unos ojos nos perturban?

Pues he aquí características que lo distinguirían: Que vivir en Buenos Aires tenía, para él, alicientes exclusivos; que, en los entretantos se manifestaran intensos desgarramientos interiores; y mediante lecturas crecientes, novedosas y profundas, fuéranse acumulando argumentos de base a las emociones, serenas, apacibles, plenas de seducción. En lo demás, en todo lo demás, unos ojos alucinantes. Y tejida iba estando la seda de la asiduidad. Que las palabras podían brotar plenas de significado, fuego que lame la piel, ardorosas respuestas; y sin más vacilaciones dejarlas salir.

La cicla para el trabajo, excelentes resultados. Raudo lo veían los patronos ir y venir con entusiasmo, sonriente y cumplido en las tareas. Recorrer la ciudad formulando cobros, haciendo entregas, dejando mensajes, pero de otros, diferentes a los que más tarde su ser se atrevería. Bajar y subir por Ayacucho, cavilando propósitos. Las noches, ya en casa, llevaderas, concentrado en la lectura. Platón lo transportaba hasta muy lejos, un poco con la cicla, por entre los maravillosos vericuetos de *El Banquete*, ya éste en la pequeña biblioteca que había ido formando convencido de que los libros contribuyen a difuminar las aprensiones. ¿O qué otra cosa podría significar cuando en una de sus páginas expresaba uno de los asistentes que "el amor es el más joven de los dioses".?

El joven dios se llamaba Erik, como dios del norte aunque de apellido Jaramillo; y Jaramillo le dicen al astro rey en Medellín donde despunta, no muy tem-

prano, por Buenos Aires. Cuando se encontraban de nuevo en días sucesivos parecía que se les recreaba la escena vivida sin que fueran capaces de decirse nada, los sonidos externos queriendo distanciarlos, el entorno vigilante sometiéndolos a pesquisa inmisericorde; las miradas ajenas, intrusas; el mundo entero un enjambre de incómodos testigos, juzgadores de antemano dispuestos a censurar. ¡Ah! Y las palabras diluidas al percibir que al amado lo adornan alas dispuestas al vuelo hacia cielos diferentes. Allí están los límites que la belleza ha de permitir y hasta allí llegan las posibilidades, domina la indefinición.

Amariles era un poco mayor. Erik sol radiante de ojos deslumbrantes. Que tuviera que encaminarse cada uno por el acontecer cotidiano era lo natural. Amariles al trabajo en las mañanas encaramado en la cicla; Erik al estudio. Les quedaban las tardes y las noches, los sábados y los domingos, las fiestas y las vacaciones para verse; los amigos, los lugares comunes habituales, las calles y las heladerías; la sucesión inexorable de los desenlaces que consuman los hechos, y las revoluciones apenas incipientes. Porque debe saberse de una vez, ¿lo había leído ya o se había dado cuenta?, que las revoluciones no son sólo sobre los cambios exteriores sino, determinante, para la transformación de las almas. Y pasando, pasando, las incertidumbres de los almanaques. Aún era posible irse a pescar en las quebradas, tirar el anzuelo y olvidarse de los peces. Pero ha de llegar ese momento en que lo que vendrá los preocupa: No un pez agitándose en el aire, ni una mosca para distraerlos. No. Horizontes que se entrecruzan y dejan ver la distancia y más allá, el abismo, el abismo, el abismo...

Así fue como entonces Amariles percibió llegada la hora de tomar determinaciones. Se convenció de que era necesario dedicar a Sócrates y a la cicla atenciones

especiales. Largas sesiones de meditación sobre el asunto de las almas y el amor; cuidadoso entrenamiento para que el cuerpo y la cicla respondieran adecuadamente. Y estar por ratos diciéndose cosas como estas: "Es lo que es algo y no podemos atajar, pues estar ya preparado es estar enamorado; como es vana la espera, inútiles son los sacrificios; si estamos al acecho, han de venir los acontecimientos. Que si nos damos cuenta de que algo falta, que algo falla, hemos de proponernos ensayar de nuevo, buscar otros encuentros cuando estemos reposados, henchidos de argumentos".

Por lo tanto, después de las cavilaciones, cuidados sumos a la Raleigh. Fumándose unos cigarrillos hasta el cabo, bien podía pasar el rato observando cómo el mecánico templaba los radios, meticulosamente; sentado en una banqueta, con aire distraído, huidizo, esperar que la obra se complete; día llegará en que los afanes se junten, pero es mejor que las ruedas queden bien alineadas porque si no, se pierde estabilidad y el rendimiento es menor al pedalear, y dobles los esfuerzos. Que vuelva el mecánico a un radio al parecer destemplado, para hacer que las ruedas puedan girar parejas y, mirándolas con ojos de observador de líneas rectas, cerrando uno, como los tiradores, ver si tienen desviación a derecha o a izquierda. Que Amariles iba siendo ducho en cuestiones de equilibrio. Hacía revisar los neumáticos, que no vayan a estar porosos, pues el aire puede escapar por los intersticios, lo mismo que los vientos adversos que soplan invisibles y penetran los seres o los abandonan, y los pueden dejar vacíos cuando más se necesita plenitud. ¿ Qué decir si trepando por Ayacucho con alguna carga preciosa los neumáticos fallaran? ¿ O que, bajando a buena velocidad se desinflaran de improviso, torciéndose los rines, con caída, raspones y quién sabe qué más? Pues encuentros imprevistos imaginados, impuestos por la necesi-

dad superior habrían de venir. Mientras tanto, ir poniendo cuidado a los sonidos de la calle, compaginar los ritmos interiores, desligarlos de connotaciones que no abunden en prueba de que estar vivo implica ceder a los impulsos; y pasar de las palabras a los hechos, del testimonio de las circunstancias a la vivificante realización de los deseos. Lo cual le daba bríos para indicarle al mecánico que pusiera buen cuidado con las balineras no fuera que alguna tuviera desgastes peligrosos, finalizando con el ajuste del manubrio, el calibrado de los frenos, acomodado el sillín en su altura, muy exacto, justo, en su punto. Y salir a dar vueltas de prueba, hasta quedar convencido de que nada quedaba por hacer a la Raleigh, la más ágil, promesa de infinitas sensaciones, vehículo propicio para sueños realizables.

Puesta en orden con todas las de la ley está la Raleigh. ¿Permitirá llegar tan lejos que los deseos se cumplan? Lanzarse Ayacucho abajo hasta Junín, dar la vuelta por la plaza de Bolívar y espantar las palomas, espantar los augurios y las malas impresiones. Es bueno repasar las calles en ejercicio previo por si en una de ellas se presenta la ocasión; pedalear lentamente para ir haciendo tiempo mientras llega la hora en que los muchachos salen de las clases y se van para sus casas a almorzar. De la plaza enrutarse por Sucre hasta la avenida La Playa y recorrerla unos minutos disfrutando de la sombra de sus árboles añosos y recostarse unos instantes contra el tronco de una ceiba centenaria para ver pasar la gente cavilosa, atareada. De allí hasta El Palo, dos cuadras no más, o mejor, seguir a Girardot y torcer a la derecha siguiendo las señales de vía correcta hacia Ayacucho, donde puede darse lo esperado, pues lo usual es que, salidos de clase, arremolinados comprando parva, chicles, dulces, fruslerías, intercambiando chistes, haciendo programas para des-

pués, estén los estudiantes ya listos para irse a sus casas, desprevenidos, con su alegría desbordante, riéndose de cosas de trascendencia mínima o significativa, que en los rostros dibuja el porvenir. Y en segundos sin prisa se van desperdigando por diferentes direcciones hacia todas partes, a oriente, occidente, sur y norte. Algunos deben dirigirse Ayacucho arriba, al barrio alto, Buenos Aires, bien a pie o bien en el tranvía. Por lo cual, entre el tumulto, han de destacarse en su figura luminosa los ojos deslumbrantes, la sonrisa divina. ¿Ha llegado la hora de subir la cuesta con carga tan preciosa? ¡Ah! ¡Los duros ejercicios, la poderosa Raleigh, habrán de responder!

—¡Hola Erik!

—¡Hola!

Y nada de preámbulos.

—¡Sube Erik!

—¿Cómo?

—¡Ya verás que podemos, sube, Erik! ¡Sube, que es muy fácil, hagamos el ensayo!

Y ya está hecho, se empieza a realizar lo que tenía previsto: La Raleigh tiene espacio suficiente en la barra para carga tan preciosa, los manubrios son amplios. "Puedes llevar los libros sobre las rodillas, tenerlos con una mano y con la otra te aferras. ¡Sube Erik!" Sorpresa y pasmo. Las sonrisas se entrecruzan; hay apremio en las de Amariles, dudas en las de Erik. Amariles apoya un pie sobre la acera, el otro en su pedal. Sostiene el manubrio con una mano y con la que le queda libre abre espacio para Erik, lo acerca, lo atrae, lo incita y acomoda. El joven dios se sienta de lado en la barra, arrima los libros al regazo; y Amariles ha de abrazarlo para tomar la dirección; se impulsa con el pie que tiene en la acera y la Raleigh responde pues no en vano está dispuesta, ligera, expedita: Nave que emprenderá

el vuelo a la región de las ansias, Ayacucho arriba, al infinito. Con los primeros pedaleos hay que estar atentos para no caer, mientras se consigue el equilibrio. El sol de mediodía presidiendo la altura, la calle repleta de transeúntes inmutables para quienes nada tiene de extraño el vehículo portante del Amor. Que es de quien dijera Agatón en *El Banquete*, el que crea "En los hombres la paz, en el piélago calma sin brisa, el reposo en los vientos, y el sueño en las cuitas". Palabras que inundan la mente de Amariles antes de iniciar la cuesta, infundiéndole valor.

Comienza la subida. La cicla deslizando suave por el asfalto ardiente. Parten de Amariles los mensajes que tenía guardados, no ocultos, que buscan revelarse, acusan su salida. Muslos que se aprietan al ritmo del pedaleo intenso, movimiento constante que los acerca más, refina el contacto, mejilla con mejilla, y el dios rehuye, pero no hay distancia, y Amariles, socrático amante que ya no puede más espera y todo lo había imaginado, debe decir lo que esperaba decir pues este es el momento, preciso, para que venga, inefable, definitiva solución.

—¿Y qué te pasa? —pregunta Erik. ¿Se ha producido en Erik imprevisible azoramiento?

—¡Que tenerte tan cerca eran mis ansias para expresarte que se trata del amor!

Los rostros encendidos, anhelantes, la cuesta cada vez más empinada; Amariles debe redoblar el esfuerzo, mientras Erik preludia una repulsa, o la presente, porque su alma no estaba preparada y quizás nunca interpretara así lo que pugnaba en su interior por encontrar respuesta; ahora comprende, si no muy claro, que hay algo que no es, que no es lo que desea, que es absurdo; y que Amariles haya aprovechado el

pretexto de subir en la cicla para roces y expresión de sentimientos que Erik considera inaceptables, le dan para decir con cierto enojo:

—¡Déjame aquí, mira que por lo menos no es fácil la subida, estás como un tomate rojo de hacer fuerza! ¡Para por favor!

Amariles se detiene. Erik se arroja, se lanza a correr.

—¡Ven Erik, ven!

—¡Adiós, adiós!

III

Agosto más ardiente que nunca. La tarde estar medido en algún sitio, medio embotado. Dormitar bajo un árbol mientras pasa la canícula. Sentirse solo. Que nadie se acerque inoportuno, cada uno en su lugar. La cicla también sola, abandonada, distante, lejos, en el cuarto de trebejos. Agosto, mes inapropiado para pensar en nada distinto del dios que se ha ido a pasar las vacaciones dejando vacía la ciudad. Los ojos que quisiera ver a todas horas, ¿no quieren más dejarse ver, ni en los próximos meses, ni en los próximos años, ni en Junín, ni en Ayacucho, ni en La Playa, ni en Donald? Pensar, pensar en un enjambre de contrariedades. ¿Estarán los bellos ojos mirando hermosos arreboles que no compartirán con estos otros ojos aún no decepcionados? Es lo malo de agosto, especialmente. Mejor tenderse como si estuvieran juntos bajo el árbol sin decirse nada, tal vez tímidamente recordando cosas parecidas. Agosto, mes de inútiles cavilaciones sobre la negativa. ¡Qué tristes pensamientos se amontonan!

Tiempos hubo, ahí están en la memoria bien probados, cuando de niños jugaban en las calles, la sonrisa fresca, se iban por las mangas en paseos imborrables. Pero ahora en agosto pensar se hace doloroso. El no encontrar por cuál camino recorrido es posible acceder a la reacia fortaleza irreductible y aceptados de entrada los rechazos, es someter la pasión al sufrimiento, a lo peor

del disgusto y de la duda. Pues no plantear a campo abierto la verdad y sus derivaciones es dejarse llevar por vanas esperanzas, creyendo entender que las sonrisas son las mismas de los tiempos de niños, cuando cogidos de las manos y arimado el cuerpecito su calor les penetraba. Años que vivieron vecinos, ocasiones muchas que se dieron, apariencias en los roces inocentes, síntomas reveladores que acaban confundiendo. Soporífero agosto, cuando ya se había arriesgado después de haberse sometido a indecisiones en la edad en que la demanda es el reclamo y puede venirse la separación intempestiva porque, ¿quién ha de impedirlo? Agosto impredecible y bochornoso en el cual es seguro que Platón no hubiera escrito las preguntas que el maestro formulara: "¿No es el amor en primer lugar amor de algo y en segundo lugar de aquello que está faltó?" Y "¿No se ha convenido en que es lo que le falta y no tiene, lo que desea y ama?" Y si aceptar le era necesario que los hechos son irreversibles, se daba seguridades de estar en lo correcto porque, ¿qué otra cosa pensar si son inconfundibles esos ojos hermosos que se inclinan apenados al insinuarles la pasión que ya no era posible contener? Y si en adelante ya no se verían más, estar dispuesto a que de una vez por todas quedara establecida la verdad: Que ese algo que es el amor, es evidente como una revelación.

Inquisidores pensamientos enervantes. Pero entonces, que así como la Raleigh hubiera de quedar guardada aunque no era ineficiente de por sí, y para otros diversos menesteres válido instrumento, ahora era preciso calcular hacia dónde encaminarse, sometiéndolos sus pasos a la prueba del tiempo, dar un giro de los grados completos, pues la meta de llegada de la interioridad exige estar primero acorde en la búsqueda suprema del conócete a ti mismo, que hacer indeclinable para encontrar el bien y la belleza, y la sola verdad, la del Amor. El que permite comprendernos.

Por estas cavilaciones, esperar mientras Erik regresara. ¿Vendría diferente? Saldría a buscarlo y, conversar como si nada hubiera. Que no sobrevinieran revisiones, burdas retahílas sobre desagradables contingencias, desazones, necias explicaciones. Una noche se encontrarían de nuevo, por ahí, en los lugares de siempre, oportunidad que ambos durante el forzoso alejamiento ¿habían esperado, cada uno a su manera, formulándose, inquietos, necios interrogantes? Si Amariles ya estaba decidido, lo ansiaba todo, cargado de recursos. Debían quedar atrás los presuntos sinsabores que dejara el fracaso de la Raleigh, que bien podía aguardar en la reserva, pues, se decía y repetía: Es imperioso tener firmes propósitos, porque quien no los tiene en el amor, no tiene nada.

Al verse, sonrisas y sorpresa. Amariles no permitió al dios que adelantara pensamientos pues lo acompañaba una idea: Que en noches así podía escalar otras posiciones, encendidas las luces que lo guiaban. Y como buscador quería que no se fueran a esparcir más que las palabras justas, penetrantes por su valor intrínseco, y que pudieran quedarse grabadas para siempre. Por lo que, en lugar de lanzarse con apremios, le dijo sin ningún aspaviento:

—¡Hola Erik! ¿Y cómo te fue en estas vacaciones?

—Ah, pues bien, ¿Y a ti? —Respondió Erik, con naturalidad, un tanto extraviados sus ojos, no perturbados.

—Sabes —dijo Amariles:— Han cambiado el Oriental. Quedó acogedor y delicioso, tiene una colección de tangos sin igual. ¿Vamos un rato?

El Oriental quedaba a corta distancia del lugar donde se habían encontrado. Se fueron caminando despacio y conversando desprevenidamente. Al llegar se

instalaron en un rincón acogedor en el que, según Amariles "podemos charlar y oír la música tranquilos. Le ponen a uno el disco que desee". El pequeño saloncito estaba casi vacío y el dueño, afanoso y amable, atendía. Pidieron *CocaCola* y unos cuantos tangos que Amariles sugirió inquiriendo con furtivas miradas cariñosas. Erik, cauteloso, aprobaba. Pasaron el rato dejando que la música llegara a los oídos suavemente, y se contaron cosas de "estas vacaciones que han sido tan largas", que soltó Amariles como si nada, mientras Gardel musitaba al fondo:

*Golondrinas de un solo verano
Con ansias constantes de cielos lejanos.
Alma inquieta, errante y viajera
Querer detenerla es una quimera...*

—Y la cicla, ¿la guardaste? —Preguntó Erik despreocupadamente, sin acento, impasible.

Amariles no podía sonrojarse ni dejar desvanecer ésta que debía ser una oportunidad abierta:

—No... no está archivada, del todo... La he dejado por el momento y también me he retirado del trabajo en *Máquinas y Representaciones*. Como vehículo la cicla fue un hallazgo...que yo necesitaba..., y sin embargo...sí, sirve para...pasear, entretenerse, apostar carreras...y otras tareas... que cuando se...pero hay vehículos distintos para alcanzar...y , aunque es difícil no lo niego...

—¿Qué?, no entiendo.

—No importa. Nada es posible saberlo de una vez. Decía Sócrates que "nosotros, los poetas, no podemos andar el camino de la belleza sin que Eros nos acompañe y nos sirva de guía..".

—¿Con cicla y todo?— dijo Erik burlón. Y agregó:— ¿Y qué quiere decir?

—El tema es amplio. Podríamos leerlo después de-

tenidamente. Me parece que en esta otra frase exprese con mayor claridad lo que yo quería decir: "Y nosotros, los poetas, caemos al abismo porque no podemos emprender el vuelo hacia arriba rectamente, sólo podemos extraviarnos".

—Entiendo menos. Yo no sabía que tú eras poeta. No digo que no se deba buscar la belleza. Pero así, en esa forma, ¿qué es la belleza si uno tiene que perderse, extraviarse?

—Porque es efímera, como el deseo. Y, tal vez por eso dice Sócrates también que hemos de ser necesariamente concupiscentes y aventureros de los sentidos.

—¡Algo así como las golondrinas de Gardel!

—¡Ah, eres prodigioso!

Erik entornó los ojos, los reabrió, encandilantes.
—Vámonos —dijo—, se hace tarde y debo madrugar.

Juntos se encaminan a sus casas, sus pasos resuenan en las calles solitarias a esa hora en la ciudad que comienza a dormitar. Dos delgadas figuras proyectan su sombra en el asfalto. Al llegar al punto donde debían separarse, Amariles contiene el andar y a modo de despedida, en susurro suave, dice: "Que tengas felices sueños Erik. La noche es invitación. Querámosla o no ella se llega hasta nosotros. Si con ansiedad la hemos esperado, pues así la dejamos que se vaya. Entretanto podemos disfrutarla. Noche propicia, dueña de la mayor intimidad. Si en el día podemos encontrar nuestras razones, en la noche quizás lleguemos a comprender mejor. Una del otro se distinguen por la intensidad de sus fuegos; en sus fondos ambos son hijos de la luz, distancia del tiempo providente que nos introduce al asombro y a sus maravillosas alternancias. Si emprendemos un viaje y regresamos, podemos ir a los confines y despertar abrazados a nosotros mismos, que otra noche será en la que se nos dé lo que anhelamos".

—¡Vea pues! ¡Hasta mañana, Amariles!

—¡Hasta mañana, Erik!

La evolución de los acontecimientos puede deslizarse por paisajes monótonos o reverdecidas praderas. Para Amariles y Erik habrían de seguirse presentando encuentros sucesivos, mientras sus entrelazados pensamientos, diferentes, encontraban salida o solución. Erik sin saber a donde dirigirse, puesto que el enunciado implícito dejaba las puertas abiertas a panoramas que su emoción no había llegado a presentir. Amariles, de antemano, en el transcurso de la formación acompañada de lecturas definitorias e inculcantes del concepto que su Yo desde niño presagiara, al interior sólo busca respuestas afirmativas que seguirían siendo en adelante ideas prístinas mientras las fuera recogiendo, asimilando para ir las dando a los demás; y esparcirlas para el logro de encontrar la belleza y, por supuesto, el amor, que no es tan fácil, que digamos. Aunque, ya iba aprendiendo que era sólo en el conocimiento de sí mismo donde estaba la fuerza necesaria para cumplir la tarea que tan bella misión le demandara. Compromiso denso, gratificante.

Vinieron así tiempos alternos. Después del reencuentro y de la cita en la noche de los tangos y nuevas revelaciones, Amariles quizás pudo decirse: "Dejar con cuidado que el todo permanezca con la preeminencia de lo que solamente es íntimo, lejano de los que nunca entienden: los no iniciados y los entrometidos. Sin ocultar ni rehuir las sensaciones que reposan la memoria ardiente. Y en tal propósito, esperar".

IV

Había en la ciudad una caldeada ebullición de ideas promovidas por un grupo de jóvenes que iniciaron el denominado *Nadaísmo*, congregando a su lado amigos y adeptos que quisieran celebrar, irrumpir con ellos para negarlo todo, abominarlo todo, crearlo de nuevo de *La Nada*, con olor de alcantarilla, luces de neón y amaneceres lúgubres, ternuras inauditas y raptos verbales estridentes y, en fin, lluvias estelares de desolación suprema. Y eso, mientras la luna era violada por cohetes que invitaban a deshacer su encanto en el ambiente acicalado, retrasado, trasnochado, y ellos, *los nadaístas*, con su deambular y sus figuras estrambóticas dejaban una estela rasgando los aires con la irrupción de una sola arma: La Poesía.

¿Y qué querían *los nadaístas*? Nada. Romper, separarse de quienes vuelven los ojos hacia atrás, porque la vida es campo abierto, ilimitado, en que la nada domina; y dejar que las pasiones nos conduzcan por oscuros senderos a la única libertad posible en la que el hombre puede ser dueño del mundo: La de *La Nada*.

Amariles que tiene la calle de Ayacucho casi hasta el poniente quiere ser centinela de lo que pasa en la ciudad. Ojos escrutadores. Diario discurrir y discernir. Tampoco cazador de imprevistos. Emprender los viajes de idas y regresos y no ceder compensaciones a los go-

bernadores de las almas. Habrá de descender por Ayacucho con paso silencioso, no agitado, ¿o en la cicla? para ver esas imágenes que ahora ocupan los primeros planos y vuelan en fugaces pensamientos. En la tarde, hojear un libro bajo el umbral que permite echar una mirada a ese cielo que en ocasiones repasan sus ojos de signos favorables, pero de la divinidad, no presagios baratos de los necios que viven del futuro ajeno. En una tarde así, resuelve investigar de qué se trata el *Nadaísmo*. Y si el sol es altanero y sofocante, después de haber estado a la sombra libro en mano, bajar a la ciudad, al centro, a encontrarse con amigos, o con Erik, mejor.

De manera que sí, se encuentran.

—¿Has oído hablar de los *nadaístas*? —le dice Amariles.

—Algo—. Responde Erik. Y sigue:— Pero yo no sé qué es eso. Me suena a pura bulla.

—¿Hacia dónde vas ahora?

—A casa. Le estaba comprando unas cosas a papá.

—Quería proponerte que nos viéramos mañana. He sabido que los *nadaístas* quieren hacer en Junín una exposición de poesía pegada en las paredes. Debe ser interesante. Me gustaría que fuéramos a verla, si quieres.

—¿A que horas?

—Después de las cinco. Cuando salgas del colegio te puedo recoger.

—¿En la cicla?

—¡No, no, no! ¿Sabes? ¡Está medio archivada, el que importa eres tú!

—Bueno. Recógeme a las cinco.

¡Eso, perfecto!

—¡Bien!

Amariles, al separarse, va diciéndose: "Deja estar frente a tus ojos bella imagen, y asómbrate de ensue-

ños. Entra en ella, ensoñadora imagen, y recórrela que tienes hoy la dicha de gozar de una visión tan real como posible. Vete por las callecitas tiradas a cordel que se extienden por el espacio que dominas, con templos en cuyos altares arden fuegos y en los andenes bordados de flores de todos los colores se pasean los rostros que conoces. Frente a la bella imagen deambula extasiado, espera que sea para siempre tuya, y no intentes despertar porque no tendrás más remedio que perderla".

Con el advenimiento del *Nadaísmo* la ciudad fue invadida de poemas, transformada en campo de batalla y de jolgorio en las palabras, hervidero de poetas y poesía inusitados; las calles se volvieron habitáculo, los cafés santuario de parranda y de *carreta*. Si a Amariles no le llegaba mayor cosa tal programa, acercarse a los nuevos inspirados en La Nada le pareció atractivo, y para conocer el mensaje habría de lanzarse calle abajo incitando a Erik a quien el tema poco interés le despertaba. Pero al aceptar que recorridos los caminos puede llegarse o no, el horizonte es amplio tanto como se lo desee, y las calles senderos del destino, porque la vida es...

Los periódicos y radioperiódicos daban cuenta de los hechos, expresaban opiniones entre ofendidos, sorprendidos o desconcertados. Los desprevenidos transeúntes se paraban en Junín frente a la pared en que una hoja, muchas hojas colgadas de cualquier manera contenían textos inusuales carentes de forma conocida y decían verdades desconocidas o evidentes, para lectores que no podían aceptarlas, porque hay verdades que sólo entienden los iluminados. Pero, ¿podría tratarse de verdades evidentes si lo que querían los *nadaístas* era negar, anonadar, evidenciar La Nada? Pues para ello la palabra. Porque la acción, predica-

ban, es totalmente innecesaria, vana y enervante, se nutre de ilusiones y desemboca en nada. Que en el asfalto queden tendidos y execrados, todos los valores, y la razón excluida y reemplazada por la imaginación, dueña y señora del deseo y la pasión.

Como fuegos de artificio estallaban las palabras. Erik más apegado a la moral convencional, más lejos Amariles que había desde temprano comenzado a separarla y reemplazarla desprendiéndose de los moldes que irrumpen y convergen sobre los fanatismos. Lo cual pretendía sacudir, obviamente, el *Nadaísmo*, pero al parecer más en la forma y el despliegue escandaloso de imparable perorata, habilidosa propaganda, y presunción de que este mundo, sin siquiera interrogarlo, se puede voltear patas arriba con palabras de alharaca, poesía reformante, novedosa por supuesto, y que de pronto diga nada. Así que para Amariles decantar, absorber, asimilar. Y, por qué no, dejarse lamer del fuego abrasador de la poesía sin miedo a sumergirse en sus llamas atrayentes y aun enceguecedoras, si las tiene; por tanto, invitar a Erik a compartir:

—¡Acerquémonos, Erik. Verás que sí es posible cortar las ataduras, arrojar el lastre!

—Sí. ¿Pero en qué estamos? ¡Que el *Nadaísmo* sí, que el *Nadaísmo* no! ¿Cuál es la onda?, ¿la certeza de que no sirven para nada? ¿Movernos para dónde? No, no me entra bien en la cabeza.

—Es un proceso —señala Amariles con ánimo de conciliar; y agrega:— Irnos sobre las cosas, sobre los seres, y preguntar, preguntar, que es la única forma de entender un mundo.

—A ver, a ver, ¿y de qué sirve?

Amariles no cede. En su mezcla de filósofo y buda escuálido, algo ojeroso, responde:

—Erik, te digo que podemos tener el convencimiento de significar. Lo cual quiere decir que es necesario conocer las entretelas del alma, de la esencia del yo para poder llegar a ser nosotros mismos—. Amariles no perdía la fe de que el amor es capaz de todo, y continúa:— En ello y en más, podemos ir y volver, cruzar el río, ¿por qué quedarnos quietos?

—Simplemente, no entiendo nada—. Dijo secamente Erik y añadió:— No sé. Me da la impresión de que te estás contradiciendo.

—Quisiera explicarte: El *Nadaísmo* hace despliegues de rebeldía. A las ideas establecidas, abominación. Niega el equilibrio pretendido de que este mundo es el mejor. Para los *nadaístas* grave insulto. Los superhombres, rechazados. Los predestinados, condenados. La belleza, fea. La fealdad, bellísima. Nada en pie, ni acostado. Para ellos la introspección es ludibrio para producir sensatez emocional con reemplazo en el escape, ceguera con clarividencia barata. Entonces, creo yo, quieren tener como única verdad que no hay alucinación mayor que la existencia misma condenada al enclaustramiento del instinto, la inspiración y la emoción. Mundo de falsos paraísos, salvación con el señuelo de la redención en el reino de la sutileza. A mí me parecen un poco desproporcionados algunos de estos planteamientos, pues exigir que te respeten la posibilidad de advertir que todo es nada, y sin más compensación que la palabrería, puede llegar a convertir al ser en un sibarita miserable que no encuentra el amor. Si comienzo tienen las cosas...

—Ahora voy comprendiendo mejor...

Caminaban. Amariles pensaba en lo anterior, esperando adelante obtener conclusiones acertadas, porque le parecía que entre sus ideas y las de los *nadaístas* había indudablemente algunas coincidencias. Por lo cual creyó apropiado decirle a Erik:

—Pero sí pienso que para dejar el lastre que hemos heredado y que impide la proyección de nuestras convicciones, el *Nadaísmo* nos propone como instrumento la palabra, que es un maravilloso legado de los dioses. Pongámosle palabras a nuestra construcción amurallada. No vacilemos, arriesguemos escalarla. Y si encontramos que escalar puede llevarnos a la nada, en mitad de la escalera podemos desistir, revisar, seguir siempre hacia delante...

—Aunque de nuevo me parece que no vamos para ninguna parte, que no escalamos sino que saltamos de una cosa a otra.

—Así podemos ser, a veces. ¿Has oído hablar de Thomas Mann?

—No, no.

—Tiene varias obras muy hermosas, y entre ellas, dos para mí muy especiales.

—¿Cuáles son, qué tienen de especial?

—Una *La Muerte en Venecia*, *Tonio Kröger*, la otra. Me gustaría que las leyeras. En ellas encontrarás, sobre todo en la primera, el hondo significado de existir y el resumen de lo que podemos ser si nada aventuramos huyéndole al destino, cuando un día la belleza nos llama y nos apremia.

Para Erik el tema era difícil y como se acercaban entre tanto al Metropól, caminando despacio en zigzag de una acera a otra para leer los poemas *nadaístas* en las paredes, dijo de pronto:

—¡Eso! ¡De aquí para allá! Y cuando te da...

—¡Más y más te amo! —Exclamó Amariles, ¿intempestivamente?

Los ojos de Erik irradiaban más molestia que suplicio, por lo cual dijo:

—¡Ahhh...! ¡Ahí es donde casi entra Thomas Mann! Tú puedes decir lo que tú quieras, pero no te hagas ilusiones. Podemos seguir siendo amigos, nada más. Es como si hubieras dicho nada. Quedémonos así.

Entraban en ésas al Metropol, salón de billares y ajedrez y gran recinto de mesas adelante donde se acomodaban a charlar los habituales con música de fondo en la *pianola* —denominación local para los catedrauticos tocadiscos monederos— siempre provista de lo mejor. En círculo dispuesto sin concierto estaban los *nadaístas*, rodeados de curiosos espectadores que observaban con atención las figuras de algunos de ellos estrafalarias y distintas, exultantes.

—Vengan, siéntense con nosotros —les dijo uno de ellos. —Acomódense, tomen algo—. Otro, de apellido Nablince, rostro apolíneo, exquisita presencia, simpático y alegre, incitante conversación, brillante y espontáneo, se dirigió a Amariles con expresión sonriente y cariñosa:

—¡Ajá, ajá!, ¿siempre en estas compañías...? Amariles... Amariles... ¿Qué desean tomar?

Era para Erik recibimiento inesperado, y tímido y retraído se sentó. Y sin embargo el tiempo fue pasando largo rato, de charla agradabilísima.

Después, cuando iban de regreso a sus casas, comentando sobre la reunión le vino a Erik esta pregunta:

—¿Qué nos puede enseñar la poesía?

Amariles le respondió:

—Nada, afortunadamente. ¡Oh! Es la dicha ignorarlo todo, la ignorancia creadora, la que lo crea todo a

nuestro antojo, disposición de libertad para poder escudriñar en la ignorancia y penetrar en el abismo y conquistar baluartes imposibles, esculpir castillos en la arena. Y si preguntas dónde está la poesía, yo te digo: en nosotros. Si la poesía te coge, déjate llevar. Porque si piensas ser su propietario estás perdido y nunca lograrás salir del laberinto, intrincado, intrincado...

—Pero a mí lo que me ha parecido en muchos de los... poemas que hemos leído esta tarde es como si la misma poesía fuera un veneno que emponzoña, que requiere un tratamiento con remedios desesperados, palabras huera que quieren decirlo todo pero sin decir nada, que quiere ser y no ser al mismo tiempo. ¿Un para qué ir en busca de nada? ¡Algo así! —concluyó con expresión de incomodidad.

—¡Qué bien, qué bien lo que has dicho! ¡Cómo fuera si te dedicaras a la poesía!

—Ah no, tú sabes que me voy a dedicar a la medicina.

Amariles calló, como si no quisiera decir más, por sensaciones encontradas rebullendo su interior. Habían llegado a la esquina donde debían separarse. Pensó que por hoy estaban bien las cosas y extenderse en consideraciones podría complicarlas. Erik, para él, estaba por lo menos demostrando interés y, por qué no, correspondencia. Era necesario que lo demás fuera viniendo lentamente, no precipitarse. La cicla está guardada, esperando. Como despedida, dijo:

—Está hermosa la noche, dejémosla que siga y nos cobije...

—¡Hasta mañana Amariles. Tú siempre el mismo.

Cruzaron las miradas, sonrientes. La de Erik deslumbrante. La de Amariles plena de admiración, de la

que siempre decía: "¿No es la admiración la que nos muestra muchos de los mejores alcances del amor?"

Se fueron pensando, dejando pasar en el eco de silencio de la noche los ávidos avisos que las vastas extensiones abren, observando la ciudad regada hasta los cerros por luces titilantes, paisaje anclado entre montañas protectoras, delimitado, circunscrito, surtidor de vientos que acarician el rostro, que descienden y forman remolinos allá abajo.

V

En los primeros tiempos, antes de la cicla, en ratos libres Amariles iba a la biblioteca de la Universidad, y fue allí donde se trataron por primera vez él y Gonzalo Arango quien por entonces desempeñaba el cargo de bibliotecario que quizás le sirviera de refugio mientras elaboraba conceptos en fragua inesperada para aventarlos después como bomba liderando el *Nadaísmo*, que con amigos suyos (según se afirmara soto voce por quienes se decían mejor enterados), Ángel Escobedo, Franco Turrillo y Jaime Navas Rubio —manirroto sin par para improvisar genialidades y dejar que otros hicieran con ellas sus malabarismos—, se habría ideado entre charlas e imaginaciones; Turrillo, ciertamente, creó un logotipo que estamparon en paredes. Amariles en sus búsquedas de seres afines había encontrado solaz para adentrarse con soltura en las inquietas arenas movedizas del ambiente parroquial idiotizante que regían retóricas insulsas; y pudo poner al lado de su Platón a Baudelaire y Verlaine y a algunos otros como guías conducentes a sus apreciaciones de la poesía y la belleza.

Gonzalo Arango —*El Profeta* le decían, sobrenombre que él mismo había logrado imponer—, flaco, esmirriado, melena obligada de poeta, cara huesuda de facciones regulares presidida por ojos oscuros de profunda mirada, que expresaban inequívoco pasmo, y dejaba en quien lo viera impresión de sencillez amable,

simpleza aparente —luego se vería—, alimentada por fuegos incendiarios que sabría difundir con virulencia inusitada, haciendo despertar en el ambiente rabiosas pasiones de distinto signo. Personalidad versátil, hábil, que sabía aprovechar las ocasiones cuando se iban presentando, como en los inicios del *Nadaísmo*, ideado en las tertulias, a las que habían ido llegando también *El Marqués Luis*, *Asdrúbal*, *Goletilla* y algunos más, pocos, que aportaran propuestas para delinear el mal llamado movimiento, que no era, en ningún modo, propiedad exclusiva de Arango, ni tampoco, como se ha creído, de su mudable creatividad, pues técnicos en el asunto han dicho que hubo tantos *nadaísmos* como *nadaístas*.

Que Amariles captara, entre los primeros, algo del mensaje cuando empezaba a elaborarse, sería en sus contactos en la biblioteca y en las heladerías, aunque no se trabara entre ellos amistad prolongada, sino conocimiento breve. Que cuando apareciera en forma el *Nadaísmo* con sus escándalos iniciales, Amariles siguiera atento los desenvolvimientos, pero sólo acercándose como espectador, porque sus platónicas ideas rechazaban de antemano bastantes presupuestos *nadaístas*. Y que en sus encuentros personales posteriores conversaran amigablemente, entretenidos, podría ser que fuera porque a ninguno de ellos le atraía la discusión.

La biblioteca quedaba en la esquina de Ayacucho con Girardot formando escuadra, y al frente, completando un conjunto de estilo que han dado en llamar *republicano*, estaban el Paraninfo, la Rectoría, la iglesia y el colegio San Ignacio, cuyos frontispicios dan a una plazuela, lugar acogedor sombreado de árboles añosos invitantes para sentarse en las bancas, libro en mano, y ver pasar unos cuantos ojos, esquivos si es que el sol brilla altanero como queriendo desvelar secretos. Que

fuera o no un símbolo de lo que en la ciudad se llamaba *Cultura*, habría de verse repasando los acontecimientos que tenían por centro el Paraninfo, y de las aulas de donde habían egresado en su mayoría los más aprestigiados hombres de la tierra. ¿Era un recinto sagrado? ¿Una invitación?

Por meras alusiones que Amariles oyera en las heladerías a las que había bajado en la cicla que resolviera desarchivar, y estuvo de visita en los cafés o en aquéllas auscultando pareceres o buscando noticias, supo de algo disparatado que pensaban hacer los *nadaístas* en la plazuela San Ignacio como celebración consagratória cuyo significado concreto no lograra establecer, aunque al inquirir, una mañana, saliendo de Donald, uno de ellos le dijera: "No hay que regar el cuento pero esta noche, si quieres estar presente, lleva libros, hartos". Amariles perplejo. ¿Qué iría a pasar?

Se dirigió a la casa, Ayacucho arriba, en la reestrenada cicla sin estrellarse contra nada, intrigado, llena la mente de variables emociones. Al pasar por donde cursaba Erik, pálpitos trémulos le transmitió el corazón: el vacío de la barra, el espacio de los brazos que recibirían al dios acomodándolo, estrechándolo, las mejillas al sólo roce del viento ni siquiera refrescante, le dijeron que la búsqueda trae consecuencias imprevistas, pero el espíritu, aunque una vez o muchas se le escapen la verdad y la belleza, debe arriesgarse hasta el vértigo, y si el fuego que arde en las entrañas no se apaga, basta atizarlo. Fue hasta la casa de Erik y preguntó por él que acudió al llamado saludando acogedor:

—Entra —le dijo, transmitiendo confianza en su voz y sus maneras.

—Vengo a invitarte para que asistamos a un acto que van a realizar los *nadaístas* esta noche en San Ig-

nacio —dijo Amariles mientras entraban a la sala—. No he podido saber de qué se trata exactamente, pero me da la impresión de que será interesante.

—Sí...Tengo una noticia.

—¿Cómo? ¿Qué noticia que venga de ti no es un acontecimiento?

—Me ha regalado mi padre una bicicleta, ven, veámosla, es igual a la tuya. Podemos bajar en ellas a la reunión.

Ráfagas iluminantes de auspicio colmaron a Amariles, como si el nuevo vehículo tendiera puentes, los emparejara. Contentos la vieron, la examinaron, la aprobaron, le dieron el exequátur. Quedaron en encontrarse después de un rato en la esquina, descender raudos por Ayacucho cargados de expectativa para asistir al acto programado en la plazuela. Amariles no mencionó lo de llevar libros, que no imaginaba el fin que iban a tener, ni llevarlos él consideró prudente, pues lo que ocurriera sería para analizarlo luego.

Al llegar, el parquecillo San Ignacio, o plazuela, no rebosaba de curiosos y escasos transeúntes se detenían. Sentados en círculo un grupo de jóvenes de caras inteligentes, melenudos, barbas incipientes, atuendos estrambóticos, figuras desgarradas o apuestas, variopintas, fuera de lo común. En el centro de ellos, amontonadas en pequeño montículo, bolas apelmazadas de papel que dejaban leer, dispuestos adrede, los nombres de diarios, y hebdomadarios tradicionales, caros al país. En la cima un letrerillo escueto que asomaba en una hoja suelta tal si hubiera sido dejada al azar: *NADAÍSMO*.

Siendo casi las ocho de una noche serena, lenta, desperdigadas las estrellas y tenues rayos de luna en creciente, se irguió del grupo un gigante rubio apolíneo

y ojos azulencos, a cuyo lado estaban acumulados en desorden y cerro de gran tamaño muchos libros llevados entre todos y, alzando los brazos, con voz cimbrante y estentórea exclamó:

"¡Ninón, Nenúfar, y Nenufen hito y mito, exactamente, plazuela San Ignacio, Medellín, Antioquia, Colombia, la noche en que llamas ardientes elevarán al cielo convertida en cenizas la cultura del glorioso país privilegiado y consagrado al corazón de Jesús!"

Con un yesquero fue encendiendo por las puntas las hojas de periódico que de breve chisporroteo convirtiéronse rápidamente en fuego y llamarada. Antes de que se consumiera el cerro de papeles, cogió un libro y lo exhibió a los asistentes. Era *María* de Jorge Isaacs, y la tiró a las llamas, diciendo:

—¡Arde benemérita, que ya embobaste a este país lo suficiente. Vete a dormir tus sueños azucarados y que tus lágrimas no apaguen estas llamas!

Para no dejar extinguir el fuego le suministraron revistas deshojadas y periódicos que el oficiante arrojó, para incentivarlo. Al mismo tiempo se proveyó de libros y folletos que fue lanzando y anunciando:

—El Padre Astete, *Catecismo*.

¡Oh!, se escuchó exclamación general. El oficiante, que era Navas Rubio, agregó:

—*María* y El Padre Astete, durmiendo juntos, y juntos abrasados, que les vaya bien! Y luego:

—¡Cervantes, *Don Quijote!*—, expresó en pregunta de extrañeza, alzando un tomo empastado en cuero con puntas doradas. —¿Quién trajo este tesoro?

—¡Yo!— dijo en voz alta, parándose para dejarse

ver, infatuado, un sujeto flacuchento, cara de susto y aires de maloso.

—¿Y tú quién eres, cómo te llaman?

—¡Riquildo! —dijo enfático y presuntuoso el sujeto, que no dio muestras de alterarse.

—¿Y quién te invitó?

—Mario Lermas.

—Pues oye tú: Que tendrás nombre, cara y empaque de sirvienta, pero ni eres el ama y menos la sobrina, ni nosotros somos curas, y ni pienses que te vamos a armar caballero, aunque un buen sablazo... —exclamó el gigante, que entre los *nadaístas* le decían *El Cachi*. Y blandiendo el *Quijote*, airado, amenazante, siguió:— Porque aquí no vinimos a repetirle el juicio a la caballería, que la llevó más lejos que ninguno Miguel el de Alcalá y nosotros la llevamos en el alma, si es que la tenemos. Y si no has entendido, te lo explico mejor: Que tanto es caballero el que monta en un jamelgo como el que no tiene más que un burro, si buscan la verdad. Los demás, saben jinetear. ¿Hay un barbero por ahí que te trasquile a ver si te comportas al derecho?

Alegre era el silencio de murmullo y animación. Las llamas de la hoguera comenzaban a disminuir y alguien dijo:

—*Cachi*, tirá esta biblia que se nos va a apagar el fuego.

—No ¿Cómo se te ocurre?

—¿Por qué, por qué?

—¡Queridos compañeros!— volvió a comenzar *El Cachi*—. ¿No habéis vosotros espiritualizado largamente en embelesos infinitos inspirados en un cacho de marimba que la mano ansiosa —un poco temblorosa—, ha envuelto en el papel de las sagradas escrituras? ¿No has tú, zoquete, aspirado alma adentro —tosiendo un

poco— el humo milagroso que produce la bíblica envoltura? ¡Presta a ver! ¡Guardémosla! ¡Sigamos, sigamos!

—¿Pero cómo les parece, a quién se le ha ocurrido que íbamos a quemar a Vargas Vila?

Entre los curiosos se oyeron diversos pareceres: "¡Es del pueblo!"— dijo alguien.

—Aunque no les guste a las sotanas es uno de nuestros mejores creadores —dijo un *nadaísta*, y agregó :— Permítame, señor, ya es hora de ponerlo en el lugar que se merece, que no es precisamente el que ha querido el llamado santo oficio, que ha esparcido, él sí, su maleficio para la humanidad. —Era Ángel Escobedo. Su modo de expresarse, sobrio, pero afectuoso con *El Cachi*.

—Vea qué bien. Tenga, tenga.—Dijo *El Cachi*. Le entregó dos libros y continuó:

—Silva y Barba Jacob.

—¡No, espera —dijo con voz grave, parándose, un joven de arrogante figura que llamaban *El Marqués Luis*.— Tráelos, que estos dos no deben perecer pues ya ardieron en vida y le han dado a la poesía más lumbré que ningún otro de este país de pobres rimadores.

El oficiante le entregó los ejemplares que tenía en la mano, y le dijo: —¡Encantado! —y siguió:

—¡Rivera José Eustasio!

—¡Que se lo trague la selva de las llamas, con caucho y todo! —exclamó otro, casi un niño que le decían Gerardito y era tenido como una de las esperanzas *nadaístas*. ¿Otro Rimbaud?

¡Caro y Cuervo, *Confesiones* de Agustín, Carranza, Maya, Caratejo Vélez, qué mezcolanza; Julio Flórez, pobre, que apenas alcanzó algunas pequeñas cosas, pero muchas, demasiadas rimas, ¿o no *marqués*?

El Marqués Luis volvió a pararse y tajante dijo:—
Cuervo debe quedarse, presta. Lo demás, al fuego. Era
El marqués recio de carácter, alma íntegra.

—Y éste, ¿se nos iba a escapar? —continuó:—
Valencia, conductor de camellos y maestro de elocuen-
cia pero no de poesía, así que al fuego. —Nadie objetó.

—¿Carrasquilla?

—¡No, no! —Dijeron voces distintas de la mul-
titud, que había crecido la asistencia.

—El querido don Tomás no lo vamos a poner ni
siquiera en remojo. —Dijo *El Cachi*, y lo entregó a los
compañeros. Uno de ellos, llamado Asdrúbal tomó el
pequeño libro, folleto apenas, que era *El Padre Casafús*,
y mirando en derredor con ojos penetrantes, serio, dijo:
"¡Con éste le hubiera bastado a Carrasquilla para la
gloria, ¿o no, Marquesa?" que era como se autode-
nominaba un amigo de ellos: *La Marquesa de Yolombó*
de nombre Alberto, que respondió, con gracia: "Claro,
presta para acá que nos lo arrebatan los curitas, que
saben hacerse los de la oreja mocha, cuando Tomasito
les ha dicho como nadie lo que son. ¡Ay, qué fieras!"
—Las maneras jocosas, mirada de vivaz inteligencia,
suma de alegría contagiante. Luego de sentarse *La Mar-
quesa*, continuó el oficiante:

—¡Efe Gómez!

—Dejémoslo que siga durmiendo su guayabo
—dijo Asdrúbal. Y agregó:— Este ingeniero, señores,
sacó más oro de las minas del idioma y la imaginación
que toda esa caterva de alpargatosos que aún siguen
acostumbrando —enfaticó— a nuestro pueblo a cobijar-
se con la ruana. Presta *Cachi*.

Mientras tanto *El Cachi* fue haciendo un arrume y,
sin más, diciendo nombres, echaba al fuego:

—¡Nos Tulio arzobispo, homilías, sermones; Marroquín, Arciniegas. —Aquí dijo alguien:— ¡Ése que arda por esta vida y por la otra!— Mientras seguía Navas Rubio:— León de Greiff—, y agregaba:— No, dejémoslo que tome aguardiente y pueda hablar bien raro, que nosotros lo entendemos.

—¡Manuel Mejía! ¿Qué hacemos con él? —expresó levantando los brazos, como clamando al cielo, y dijo Lermas con aire furioso:— ¡Al fuego, sin réquiem, ni cantis, ni paze. Que pase y no joda más, que lo más bello que tiene es una hermana! —Y seguía el oficiante, arrojando uno tras otro:— Mauriac, Maurois, Marías, Ortega y Gasset.

—¡Que vayan juntas!— exclamó con burlas *La Marquesa*. Y el *Cachi*:— Caballero Calderón, ¡Uf!, Uslar Pietri, Sanín Cano —cuya gracia consiste en haber compartido unos aguacates con Silva—, Hernando Téllez, Rubén Darío...

—¡Calma, calma! —dijo alguien.

—¡Ah, ése último tampoco tiene escapatoria; no más rimas aframbuesadas ni princesas margaríticas, que arda! — exclamó *El marqués*.

—Sartre, *El Ser y la Nada*.

—¿Qué es eso, quién es él? —preguntaron unos curiosos.

—¡El dueño del existencialismo, que arda con la sabihonda Simone! —Exclamó uno del círculo apodado *Goletilla*.

—¡Fernando González!

—Hombre *Cachi*, si es nuestro profeta —dijo uno de los *nadaístas*.

—¿Y para qué otro si ya tienen a Gonzalo? —dijo *La Marquesa*.

El marqués Luis, dijo:— Fernando González, cristiano y jesuita disfrazado de Voltaire.

Amariles, que estaba cerca a la fogata con Erik a su lado, con aires simples y voz serena y entonada para que se le oyera, expresó sin vacilar:

¡Y primero es agiotista, con el dinero y la filosofía!
—¿Cómo? —dijo Gonzalo con reproche.

—¡Así como suena, no es más que un chapucero, contante y sonante! —Recalcó Amariles—. Despotrica con gran hondura de los negros y filosofa barato de los blancos, pero a éstos les presta plata para que se la paguen bien; todo dividido en dos: Blanco y negro, uno para mí y otro también. Tira la piedra y esconde la mano, ¡y a ver qué pasa! ¿No fue él quien dijo: "¡A mí el busto me lo dan en plata, hideputas!"?

Las miradas convergían sobre Amariles. Su porte desmirriado no presagiaba vituperios. Las opiniones, ¿divididas? Gonzalo cogió los libros que Navas Rubio tenía en sus manos, volvió a sentarse y, aspirando un cigarrillo, lanzó una bocanada, sin más decir. Amariles miró a Erik, que le dijo:

—¿Ya le hicieron el busto?

—Habrán quienes lo propongan. Y quienes...le digan que bien puede quedarse en *otraparte*, donde puede seguir viviendo más barato, como ha vivido siempre, pues la realidad es demasiado costosa, para él. ¡Ojo, mira lo que tiene *El Cachi* en una mano!

Navas Rubio exhibía dos tomos medianos en uno de los cuales Amariles alcanzó a leer: *El Arte de Amar*, y en tanto, *El Cachi* dijo:

—¡Ovidio, Horacio! ¡Pero bueno, ¿también traerían a Virgilio, que el Alighieri casi lo deja quemar en los infiernos? ¿Qué opinan, señores?

Asdrúbal se irguió, cogió los libros que exhibía Navas Rubio, dio una mirada envolvente y con apariencia de gran solemnidad habló así:

—El eminente profesor de aquilatados disparates, ha dicho de Virgilio casi toda la verdad, de manera que si alguien lo trajo que lo tire al fuego, para que no nos siga cargando la vida con Eneas. Y a Horacio, que continúe tocádoles flauta a los pastores. Pero a Ovidio, señores, a Ovidio todos le debemos, y no plata como a González sino la más hermosa moneda para comprar los corazones, y conquistarlos. Cuidado con echarlo al fuego. ¡Muchas gracias!

Entre los asistentes se cuchicheaba con diversos pareceres de si el discurso de Asdrúbal era de burlas o en serio, por lo cual uno de ellos preguntó:

—¿Señor, lo que usted dice es cierto?

—Cierto no, evidente. Me han asegurado que el hermano lobo tuvo que leer a Ovidio para poder tragarse a Caperucita Roja, y digerirla.

Asdrúbal, de recursos para hacer mofa del intonso, consumado; y una alegre risa contagió la asistencia. Lo cual sirvió para un breve receso en el que se fueron pasando las botellas de licor, se encendieron cigarrillos, sin que faltara marihuana.

Después de un trago enorme el gigante retomó su tarea, muy sonriente ahora:

—¡El almanaque Bristol!

—¡Todos los almanaques!— respondió *Franco Turrillo*.

—¡Teresa de Ávila, Cepeda y Ahumada, ¿si se quemará con esos apellidos?, Luis de León, Juan de la Cruz!

Sin moverse de su sitio El *marqués* Luis expresó con energía:— No has dicho todos los apellidos de ninguno. Y no importa. Pero Juan de Yepes es de lo mejor que tenemos en poesía en lengua castellana, a pesar de lo de santo. Déjalo, déjalo.

—¿Qué es esto, todo el marxismo?— exclamó Navas Rubio.

—¡Al fuego! —dijo Gonzalo, despectivamente. Amariles hizo gesto de desaprobación, pero calló. La fogata ascendía. Y continuó *El Cachi*:

—*Madame Bovary!*, ¡nunca. Thomas Mann, *La Montaña mágica*, sí, por larga, engorrosa, y moralejuda. Lo demás no. —Amariles miró furtivamente a Erik. Y *El Cachi* siguió:— Bernard Shaw, *La Juana* por segunda vez al fuego. Sanín Echeverri, cero en conducta, y no debiera estar ni siquiera al lado de don Bernard —dijo él mismo, y agregó:— ¡Que arda, que arda, porque mujeres con cuatro, como la que pintó, son mejores, qué digo, más hermosas!"

La hoguera, incentivada al tope por varios tomos de Lenin y lo demás del marxismo echado previamente, se elevaba ya bien alto, mientras el humo por la falta de viento comenzaba a atosigar a los circunstantes.

Continuó la quema simbólica de supuestos valores, hasta el momento tenidos por respetables, inamovibles e inobjetables pero que no lo eran ya más, tal la propuesta de estos jóvenes que no los querían de modelos ni de guías. Y así *El Cachi* fue lanzando al fuego después de breve calificación, aprobada en general:

—¡Papini, indigestión teológica!

—¡Kempis, cilicios para la exportación!

Entregaron al *Cachi* varios gruesos volúmenes em-
pastados en plástico imitando cuero, y al hojearlos ex-
clamó: ¡Qué es esto! ¡La inmensa biblioteca del Tío Sam
con las recetas para cocinar la bobería universal! ¡Re-
vista Selecciones, Visión, todo Walt Disney!

—Ramakrishna, Krishnamurti, Vivekananda, vea
pues, y juntos, para ilusos levitantes, y sobretudo ver-
des, verdes.

Alguien preguntó:— ¿Y quienes son esos señores?

Y *El Cachi* contestó:— Unos señores que tienen
como patas la cabeza y te la ofrecen para que te eleves
hasta la mística idiotez. Gracias. Sigamos:

—Erich María Remarque, sin novedad en ninguna
parte.

—Gregorio Gutiérrez, buscando en dónde conver-
sar con Rosa, encontró que era muy fácil arrasar nues-
tras hermosas selvas para hacer insustanciales bollos
de maiz, ¿qué opinan?

—¡Al horno, al horno! —Se oyó la exclamación.

—Epifanio, que de herencia nos dejó la motosierra.
¡pues claro que al fuego también, con hacha y todo!

—Zalamea Borda, mil años a bordo de todo lo pro-
saico.

—Lin Yu Tang, Pearl S. Buck, sancocho a la oriental.

—¡Renan, Churchill, Carlyle, Pombo, mezcolanza
con himno al pobrecito yo.

—¡Ah, por fin! ¡Dale Carnegie! ¡Señores, como aquí
no tenemos *way of life* ni hacemos amigos a dólar, les
pido que influyan lo que más puedan para que arda el
gran filósofo de la diarrea gringoyanky!"

Mientras terminaba lo anterior, *El Marqués Luis*
se irguió circunspecto —hacía bien el papel— recogien-

do previamente un folleto breve en cuarto menor que estaba cerca de sus pies en el arrume, y sin más lo entregó al *Cachi* con cierto gesto de desdén mirando la fogata. El *Cachi* le recibe, mira el folleto con expresión de sorpresa, y exclama:

—¡Señores, ¿qué es esto?, hasta aquí llegamos! ¡Carreño Manuel Antonio! ¡URBANIDAD! —diciendo el título enfáticamente, pero vacilando con fingimiento si arrojar o no el descartable impreso.

—¡Ánimo, ánimo!—se oyó en coro.

—¡Echemos lo que falta, y que se queme hasta el putas!— gritó Lermas, energúmeno.

—¡Vamos con todo! ¿O a qué vinimos?— dijo también alguien del tumulto.

Se oyó entonces una sirena.

—¡Los bomberos!— exclamaron varios curiosos, que comenzaron a estrujarse y a tratar de correr. Estridente la sirena se acercaba, y el silbido agudo de un vehículo de la policía.

Y fue la desbandada. Amariles y Erik treparon en las bicicletas, y enrutaron por Pichincha, paralela de Ayacucho, en contravía. Los *nadaístas* lograron escabullirse, arrojando al fuego lo que quedaba, atizándolo así.

VI

Después de la noche del libresco desafuero, Amariles dedicó espaciadas y breves meditaciones a tratar de redondear asuntos que se habían ido presentando en cuestionarios que naturalmente finalizaban marcados por los interrogantes. Tras su renuncia en *Máquinas y Representaciones* empezó a escuchar en casa preguntas enojosas, relativas a la manutención. Y pues no se debe dejar que pasen cosas aburridoras y la vida abigarrada fluye mientras uno se plantea la decisión para cuestiones susceptibles de interesar al desenvolvimiento del espíritu, Amariles estimó que no era el caso hacerse más preguntas sino tratar de resolverlas.

"Ya tengo —se dijo— a Erik como aliado, y puede que comience a responder. Con las ciclas podemos transitar ahora por espacios más abiertos, también ir a otras regiones, mover los horizontes. En cuanto a que en la casa se ponen las cosas complicadas, habrá que buscar una salida, decorosa, ya veremos".

Terminó el año y con él los estudios de bachillerato de Erik. Entonces emprendieron correrías, bajaban y subían Ayacucho, iban a las heladerías, trababan nuevas amistades, incluso con los *nadaístas*, aunque siempre de modo tangencial; trazaban rumbos, se alejaban uno de otro, volvían a encontrarse, conversaban.

Estando Amariles ya en su definida vocación de discípulo de Sócrates, repasa o relee lo que dice en *El Banquete*, en *Fedro*, o en *Fedón*. O con delicia por un rato escucha en la radiola *Claro de Luna* adquirida en la Continental. Y cuando empieza el adagio, luego del presto agitato del tercer movimiento, decide que si no cabe en la casa debe abandonarla así llegue a parecer un salto en el vacío cuando de lo que se trata es de iniciar otra etapa en espera de conmociones agradables, que se irán perfilando contra viento y marea, o en medio de contrariedades soportadas con ardiente pasión de cartujo, anacoreta o carbonario, rebelde-manso, en la contradicción suprema. Lo cual tampoco le impide tratar de decirle a Erik en un momento adecuado: " Ven y penetremos juntos al divino mundo que preside nuestras emociones"

Y para prevenir contrariedades que más prolongaran el desasosiego, hubo de dedicar la cicla a la tarea de conseguir trabajo pues no le quedaba otro remedio que enfrentar las duras pero más bien mediocres realidades acosantes del diario subsistir del cuerpo, que a las del alma ya les iba encontrando el sustento en las lecturas y en las honduras prodigiosas de cada una de las frases del maestro. Por lo que ahora acompañado del joven dios se hacía fácil ir de una parte a otra a presentar solicitudes, buscar recomendaciones, asistir a entrevistas, y dejarse examinar de inquirientes y sedudos patrones presuntos que exigen consumadas experiencias. Los días transcurren, hoy le dicen que vuelva mañana, lo rechazan porque no lo necesitan, " espere-mos qué puede resultar, ya le avisaremos". Hasta que llega la noticia: Flamante vendedor de máquinas de escribir.

Mientras tanto, en los intervalos, han seguido visitando las heladerías, los cafés preferidos de los

nadaístas, escuchan a éstos, se entretienen, aproximan la amistad, intercambian impresiones. Y llega el momento en que Amariles le dice a Erik que ha decidido retirarse de la casa, no para dejar plantada a la familia, sino para estar algo más libre, o menos obligado con el nexo familiar desajustado, o mejor, ajustado al desconcierto.

—¿Cómo? ¿Y a dónde piensas irte a vivir?

—A una pensión.

—¿Estás loco?

—¡Escucha!: "Pero los bienes más grandes nos vienen por la locura, que sin duda nos es concedida por un don divino..".

—¡Claro, Sócrates!

—¡Sí! Y: "Es más hermosa la locura que procede de la divinidad que la cordura, que tiene su origen en los hombres".

—¿ Y qué tiene que ver esto con irte a vivir a una pensión?

—Porque: "cualquiera que, sin la locura de las musas, accede a las puertas de la poesía confiando en que su habilidad bastará para hacerle poeta, ése es él mismo un fracasado, de la misma manera que la poesía de los locos eclipsa la de los sensatos".

—¡Y así seguiremos hasta dónde! ¡Pues vamos y busquemos la tal pensión, locos o cuerdos!

Por consiguiente, se fueron juntos a buscarla y fácilmente la encontraron, la Pensión Astral, en la esquina de Palacé con Maracaibo, encima del café Imperial del viejo Juan de la Rosa donde en ocasiones habían echado monedas a la *pianola* para escuchar piezas de Beethoven o de Chopin. A una cuadra de Junín, y a poco más del salón de billares Metropol, las heladerías Donald, Bambi, Santa Clara, el salón de té Astor, los cafés Miami, Los Angelitos.

En la pensión se vive otra vida de mundillo circular de personas sin nexos entre ellas, cada una con sus propios afanes. Están los pasajeros que entran y salen, a veces dejan un recuerdo, llegan en horas impensadas o se van sin que nada los detenga, sucediéndose los unos a los otros; caleidoscópico registro de figuras que cambian de la noche a la mañana, opacas o radiantes; mercachifles de todas las pelambres; trashumantes cuyo oficio es imposible adivinar: Sociedad de vida al paso. Hay también alguna solterona jubilada y regañona, ciclo interminable de las ánimas en pena, inmaculadas. Y de vez en cuando, además, caen del cielo exhibiendo un atractivo singular las ninfas del trasnocho, que disfrutaban alegres cortejadores los amoríos bien pagados, unas y otros ajenos a los altos designios y a las complejidades que encierra la poesía.

Está también la propietaria de la pensión entre afanes y desvelos que le dejan espacios para brindar afectos a los huéspedes más escogidos que saben depararle el puro amor carnal, hasta cuando ella se cansa del asunto, con mucha rapidez pues parece dotada de anhelos insaciables, o ya tiene establecido previamente que la transitoriedad de la pensión no da lugar para quedarse en una sola de las fogosidades amorosas.

De soporte final la servidumbre, dolor de cabeza permanente, pues como si fueran huéspedes abandonan cuando menos se espera en la pensión y van y se colocan en la vecina. La fregona lavaba y rompía vajilla al destajo. La de adentro arreglaba las camas y barría y trapeaba los pisos sin consideración. El mandadero y portero, de ojos infernales abiertos a la brava, alias *Jarretepapa*, que ¡ay de quien se lo dijera!, caería envuelto de inmediato en millares de hijueputazos. Y de primero y último, el cocinero que, cuando Amariles se instaló era un chino alto y flaco, sonrisa misteriosa,

deliberadas maneras, que en el techo de la cocina tenía colgado un gigantesco hueso para darle sustancia a la sopa. Por un tiempo lo acompañó como ayudante un peculiar polaco, borrachín y alebrestado, que un día como premio por una de sus fechorías, el chino echó a rodar por las escalas.

Amariles fue autorizado para guardar la cicla atrás, en la pieza de rebujos, haciéndoles compañía a otras cuyos dueños iría conociendo, entre ellas la de Bruno, joven altivo difícil de abordar, escurridizo, al cual viera luego en las horas de comida, distante en los comienzos, incitador en sus conversaciones, atractivo.

Y la pensión entera dijo a Amariles:

“Ven cuando tengas lo que sea un sueño, no temas se deshaga. Sube hasta tu cuarto por estas escalas de maderas viejas que se quejan de tus pasos leves y te delatan para que cuando coronas la cima, arriba estén esperándote los ojos de los que han llegado y saben que los sonidos que te anuncian son los mismos de siempre, indicio de tu presencia que a nadie tienes que ocultar. Sonríeles a los que te saluden, dales los buenos días, las buenas noches. Diles que llueve sin cesar y que estás empapado porque se te olvidó llevar paraguas. Completa el cuadro observando detenidamente a alguien que parece un nuevo huésped. Y no tienes por qué preocuparte sino de tus asuntos, como los sueños que tienes, por ejemplo.

“Ven cuando culmines un esfuerzo, alguna iniciativa, y cuéntame de tus preocupaciones: En mí hallarás refugio. Podrás sentarte a oír la radio que siempre tiene noticias absurdas o importantes. O a escuchar las peroratas de un fanático de Hitler que imaginó batallas decisivas para que el mundo sea otro, férreamente

dirigido, esclavizado. Y juega con él una partida de ajedrez que se prolongue todo lo que quieras, y dale mate comiendo su reina con caballo, pues movió una torre cuando era alfil lo que debía haber movido.

"Quédate los domingos en la cama un poco más tratando de entrelazar los últimos sueños matinales con otros sueños rezagados; réúnelos y trata de explicarlos con interpretaciones, que la vida se da como los sueños, que irás desenredando poco a poco, sin afán, sobre todo si no haces de los sueños definitiva solución.

"Cuando camines por estos corredores y te sientas cansado, asómate al balcón y observa tu ciudad, bonita y con sus altibajos. Y puedes recordar cómo un día cualquiera y sin que nadie lo esperara, abajo, en el café Imperial, alguien se pegó un tiro en la sien y acabó con su vida según parece porque había encontrado que la vida carece de sentido y por lo cual todo en adelante será inútil. "Que decisión tan drástica", dirás. Y no obstante, allá afuera, seguirá la vida hirviente, crepitante, dará cuenta de millones de sucesos que escapan de tu vista, de tu imaginación.

"Aquí, hoy y cuando quieras la Pensión Astral te acoge. Afuera, la ciudad de la eterna primavera te recibe, siempre. Ven con tus sueños a ambas. No nos desdenes a ninguna de nosotras dos. Cuando tengas que irte por cualquier motivo, o cuando vayas a pasear al campo con tus amigos, regresa pronto con tu alma henchida de ilusiones. Pues no olvides que tú y tus amigos harán la nueva idea si ensanchan horizontes y buscan tener todos el mismo conocimiento del amor y la belleza.

"Ven pues, o vete cuando quieras, porque eres el dueño de tus sueños. Yo no puedo retenerte más allá

del intento de que guardes nada distinto a los placeres que en mí encuentres. No puedo pedirte más que un poco de confianza, en esta acogida que te doy. ¡Ah! ¡Y también a la cicla, que se me estaba olvidando! Y ten siempre presente que la peor pensión es preferible a ese amasijo de felicidades y desdichas que llaman dulce hogar".

VII

—He aquí la situación querido Erik —dijo Amariles en el Imperial, ya instalado en la pensión, mientras los cañonazos de la obertura 1812 resonaban recordando la derrota de Napoleón:— ¿Qué te parece si dejamos las incoherencias que a veces se apoderan de nosotros? Quiero decir: Pensar se puede ir convirtiéndose en dolorida enfermedad si nos dejamos apresar de la indolencia.

—Hoy sí me parece que te estás chiflando. ¿Qué es la cosa? —dijo Erik, sarcástico.

—No. Pensaba en Napoleón que hizo una incursión tan lejos para imponer su voluntad con las armas... Quería proponerte utilizar las ciclas y emprendamos la incursión por las heladerías, tú en tu cicla y yo en la mía, y ...

—No veo esta empresa sino como excursión de pobres aventureros de los sentidos...¿Y a dónde vamos a parar?

—¡Te acercas, te acercas! Porque acercarnos a las cosas....Pero...Quería proponerte que iniciáramos un recorrido preliminar, si lo deseas, cuando tus estudios lo permitan, mi trabajo no esté muy agobiante y dispongamos de horas libres. Para empezar, podemos dirigirnos por Maracaibo hasta Junín, parar en Santa Clara, diagonal al Metropol, y ver quién hay, que yo te iré presentando, a medida que lleguen, un grupo de ami-

gos que no son *nadaístas* y creo que han de parecerse interesantes.

—Pues no me parece cosa del otro mundo, ni tampoco ila locura! ¿Y cuándo empezamos? Ya hemos estado varias veces...

—Mañana mismo, ¿está bien?

—Sí... sí... ¿Y qué hacen los amigos? ¿Piensan mucho?

—Estudian. Tengo idea de que uno de ellos, que vive en la pensión y todavía no he... tratado, también tiene bicicleta y...

—¿Y qué?

—Nooo... que allá lo iremos conociendo...

—Bueno, bueno, entonces mañana, ¿me recoges?, debo irme ahora.

Quedaba pues la pensión, como está dicho, en la esquina de Palacé con Maracaibo. A dos cuadras, hacia el sur, entre la calle Boyacá y la plaza de Berrío, la iglesia La Candelaria, en cuyo altar mayor oficiaba el padre *Pacho*, que daba vinitos al polaco ayudante del chino cocinero en la pensión, y por tiempos lo acogía en la sacristía no tanto como buen monaguillo sino por sus locuras.

Así que al día siguiente decidieron emprender como primer intento un periplo inventariante. Se encaramaron a las ciclas y partieron. Tras cortos pedalazos arribaron pronto a Santa Clara cuyo dueño era conocido como *El Sordo*, que lo era, como tapia. Corpulento, un tanto barrigón, se paseaba por el extenso local atendiendo personalmente la clientela compuesta sobre todo de muchachos y muchachas a menudo hermosos, conversándoles con historias imposibles de entender por su hablar entrecortado estruendoso y media lengua, acompañado de señas y gesticulaciones, sin sentarse, apoyando sus manotas en las mesas y arrimán-

dose al oído al más cercano, en ese acto de los sordos de sospechar que como ellos no oyen bien o no oyen nada, los otros tampoco. Y sus labios gruesos casi belfos caballares, superados de bigote hirsuto, espinoso y entrecano, se fruncían y refruncían, se cerraban y abrían incesantes al vaivén de la quijada, escupiendo palabras sueltas incoherentes, que saber qué decían no había quién adivinara.

En la acera, frente a la entrada en gran vitrina que permitía vigilarlas desde adentro, aparcaron las ciclas. En una de las mesas adosadas a la pared izquierda estaban tres muchachos que Amariles conocía. Se dirigieron hacia ellos y fueron invitados a sentarse. Amariles presentó a Erik, recibido amablemente. Pidieron café. Se entretuvieron conversando. Erik, prudente por naturaleza, pasaba silencioso, observando las maneras, las formas de ser, los caracteres de los asistentes, sin dejar traslucir inquietud o preocupación, y al mismo tiempo dejando en ellos la impresión de su lozana y sorprendente belleza.

—Amariles —dijo uno de los que estaban llamado Federico, a veces Fred o Fredy—, a ver, dínos algo de eso que tú afirmas que según Platón sostiene que el amor es no sé qué como una idea perdida que tenemos que buscar, ¿cómo es la cosa? ¿No es pues el amor la misma guerra como andan diciendo por ahí? ¿O estoy muy enredado?

—¡Ánimo, filósofos —exclamó otro de nombre Óscar—, ya van a hablar bobadas! Armemos una guerra, o sea, una pachanga, y vamos este fin de semana a la finca de mi papá y allá brindamos por el amor cantando en cien idiomas. Mientras tanto, si me permiten, ¡gracias!, les voy a declamar esto que si no estoy mal les dijo el caballero de la triste figura a los asistentes a una boda, que estaban peleando por cosas de enamo-

rados. Y me perdonan si me falla la memoria: "Teneos, señores, teneos; que no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace; y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa, y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar ardidés y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sea menoscabo y deshonra de la cosa amada".

—¡Viva!— exclamó el tercero, Luis Roberto se llamaba, y le decían Róber—. Yo diría, que si el amor no es una guerra, puede llevarnos a una crisis. Y Nietzche...

—¿Nos va a curar la crisis?— festivo exclamó Federico.

—¡No!— dijo serio Róber sobándose el bigote—. Que el espíritu libre se caracteriza por vivir sin estar encadenados por el amor o por el odio.

—¡Épale!— exclamaron todos.

—¡Miren!— dijo Erik.

Parado en la puerta, un esperpento tambaleante se mecía amenazando abalanzarse sobre la mesa de los amigos, a quienes dirigía sus ojos luciféricos entornados y candentes que daban a su faz brutal y descompuesta, expresión de espanto y risa sardónica y delineada por labios largos y delgados de los que salían como escupidos unos dientes artificiales y montados. Rubio, alto, desgarrado, enteco, huesudo, enfundado en un saco raído y arrugado, y con pantalones embombados a punto de caer; inmensos los pies calzados sin medias entre sandalias rotas, sobresalientes los dedos retorcidos y sucios.

—¡Señores!— dijo, habiendo alcanzado a llegar hasta la mesa, y poniéndole la mano sobre el hombro a

Amariles—. ¡Aquí estoy yo, a su servicio, espíritu libre que atrae espíritus! ¡A vos yo te cònoce, loquito socrático, viejo querido! —Y logró sentarse en la silla más cercana de la mesa vecina—. ¡Un aguardientico, buen alma espiritual, mucha pena, por favor!

En esas llegó *El sordo* gesticulando, alzando los brazos, y se le logró entender:

—¿Qué haces aquí demonio polaco?

—¡Espíritus, espíritus, yo trael!

—¿Cuál espíritu?, ¡largo de aquí!

—¡Un momenta, un momenta, aquí espíritu libre cura amor loquito socrático! ¡Un momenta, aguardientico!

Amariles, Óscar, Róber y Federico se habían parado y trataban de calmar al *Sordo*, a quien ya no se le entendía más.

—¡Venga, espere, sacaremos este encalabrinado espiritista y lo pasamos al Metropol— dijo Amariles al *Sordo*.

—¡Sí, sí, amor cura crisis, aguardientico, espíritus yo atrae, gracias!

—¡Fuera, fuera!— dijo *El Sordo*, y ayudó a levantarlo, sin violencia, cogiéndolo de las solapas.

Mientras lo sacaban, pagó Óscar la cuenta, y entre todos lo trasladaron al Metropol. Le pusieron unas monedas en el bolsillo del saco, y lo dejaron en el ingreso al salón. Algunos *nadaístas* estaban sentados junto a la *pianola*. Amariles y Erik salieron a despedir a los amigos, que habían resuelto volver a Santa Clara, pero antes, Amariles les dijo, encarándolos sonriente:

— Bueno, que les vaya bien, queremos quedarnos un rato con los *nadaístas*. Me tocaba hablar a mí, cuan-

do llegó el polaco, si es que me tocaba, no importa. Pero no es el amor una ilusión Federico. Es sólo una carencia. Es algo que nos falta. Es algo que, ¡escuchen!: "Los mortales, en verdad, lo llaman amor que vuela. Los inmortales Alado, porque hace crecer las alas"., si no me falla la memoria. ¡Hasta luego!

Amariles y Erik entraron de nuevo al Metropol.

—¡Vaya Amariles!— exclamó Federico.

VIII

Claros indicios que con las luces matutinas percibía Amariles mientras se preparaba para ir en la cicla al trabajo de vendedor, tarde y noche en nubarrones de presagios contrariantes se tornaban, porque si bien Erik había aceptado ser amable compañía, en cuanto amado platónico-socrático sus actitudes ponían cada vez más extensa la distancia, como aquella reflejada por el tono de su voz en ocasión que le dijera:— "Está bien eso de las salidas que por artificio llamas recorrido inventariante y no pasan de ser puro entretenimiento; pero, ¿no es, aunque sugestivo, demasiado confuso, apabullante el tarará insistente sobre el amor y la belleza? Tal vez yo no dé para estas cosas y mi camino vaya para otra parte".

Sin embargo, durante varias semanas y acaso meses se les siguió viendo juntos descender en sus ciclas por Ayacucho y enfilarse por Junín haciendo escala hoy en un café, después en otro; y en tanto los *nadaístas*, que los habían hecho sus cuarteles de combate, lanzaban manifiestos y proclamas, plenos de desparpajo, rompimiento y desafío a la cultura tradicional.

El Metropol era, pues, la sede para oficiar a la deriva embargados y embriagados en los sones y arpegios de canciones gringas tales *The Naughty Lady*, *Only you...* algo de Sinatra, Eartha Kitt...Margarito Ramírez

—que de artista se hiciera llamar Elvis Presley— y una que otra folclórica simpleza que le dañaba los tragos al *Marqués*, y se los dañaba también a quien no ame mucho la bobada, según aseguraba *El Cachi*. Hacia allí los *nadaístas* atraían en medio de sus algazaras desbordantes sin elucubración, palique divertidor, escape hacia las frondas que la nada encubre, que a cada quien le permitirá lanzar al viento palabras disparadas, ¿o disparatadas?, al surtidor de la realidad desconcertante que no es más que el hervidero de la lucha.

¿Qué atractivo tenía el Metropol que no fuera su gran salón lleno de billares y mesas de ajedrez? No lo tenía ni porque sí ni porque no, lo tenía, y allá iban los *nadaístas*, los amigos, y nutrida concurrencia de jugadores de todas las pelambres, absorbidos por el incomparable desafuero que algunos atrevidos llaman ocio, sumo desdén de ocupaciones infructuosas. Que la genialidad... Y claro, la *pianola* provista de música de último momento, y más, mucho más, brindis por la esperada carambola, o un jaque, cuando te disponías a darlo tú. Johan el dueño tampoco le negaba a nadie una mirada soñadora de sus ojos azules impassibles y distantes que los labios finos sabían acompañar de leve sonrisa esbozada en gesto sutil sin atractivo.

Pues no estaba solo el Metropol porque allí llegarán primero o más tarde los *nadaístas*, arremolinándose a ellos los curiosos, o Amariles y Erik en sus correrías, Óscar, Federico o Luis Roberto, otros y otros, que ya se conocían de antes como Arturo, o que Amariles iba presentando, como el que *trajo* un día y se llamaba Bruno, flaco, moreno atezado, ojos inquisidores bajo cejas tupidas, aguileña la nariz, labios dibujados incitantes; que, ya se vio, vivía en la pensión. Porque sí o porque no, también, estaba en la propia esquina el café Miami propiedad de Don Samuel, siempre tan ocupa-

do detrás del mostrador, furtivamente mirando la clientela que no fuera a *volarse* sin pagar, dando órdenes en voz alta a las meseras, los ojos desorbitados detrás de gafas de aro grueso de carey, como asustado, algo un búho; pelo erizado, narices ganchudas, pómulos huedudos, piel roñosa, hosco, descarado, al fin formal, atento, servicial.

El Miami en la esquina de Caracas con Junín, con un lado dando al *parque*; Caracas abajo, Los Angelitos, propio para esconderse de miradas indiscretas, fumar marihuana, pagar menos, estar en el *parque* y al tiempo en un antro, cuchitril y no precisamente pulcro, oyendo música barata, Los Cuyos, por ejemplo, trovadores mendocinos; amaneceres ebrios, canciones de despecho, para estar triste y sumirse en confidencias. Los Angelitos son lunar, son una lacra y allí medran otros que se dicen *nadalistas*, se dejan ver junto a ellos, pero no han sido aceptados por el círculo —que ha ido tomando características de orden cerrado—, arrimadijos de ese nombre que empieza a ser a la vez maldito y prestigioso, que se irá adentrando como ciclón, como huracán en las conciencias, en los periódicos, en las casas, el país, en la ciudad que se ha visto obligada a recibirlos, no los acoge, ni los echa, sufre estupor y desconcierto, con escándalo y rabia, con desdén o admiración, indiferencia o temor por la amenaza a los supuestos, ¿o reales?, valores contra los cuales ellos se sublevaran, blasfeman, los ponen en la picota que levantan con palabras nuevas, actitudes que suenan a llamado al orden alocado, y sin embargo encantan, deslumbran a una juventud apasionada, ansiosa de salirse del cuco retórico, legado de los *Padres de la Patria*.

Amariles, en socrático intento, ¿infalible? ¿Dónde había encontrado, o conocido, a Federico, Óscar, Luis Roberto? Pudo ser dentro del Metropol en horas im-

pensadas disfrutando de los Platters, que deslizan tíer-
namente

*Only you
Can make the darkness bright*

O en Donald, bajo los arcos pseudo gótico—fla-
mencos del Teatro Junín, o en Astor, paraíso de las
delicatessen; en Bambi, o también en Santa Clara, del
afable mofletudo y sordo: Dos cuadras en las que Bruno
al encontrar un día notables alicientes con los nuevos
amigos, aportó también singularidades para el canto y
otra serie de dones algo particulares que llamara el
enredo; y bordeando el límite de las noches con el son,
con el ritmo, tarareara en cálidas urgencias las pala-
bras, signos al entrelazamiento de quien no espera de-
serción de los amores, aunque, ha de verse, le parecía
que lo que dijera o quisiera decir, le salía al revés.

IX

¿Y es que iría Bruno a reemplazar a Erik? Tiempos habrían de venir que así lo presagiaran, viéndoseles más frecuentemente a Bruno y Amariles que a éste con Erik, a quien las perspectivas del "conócete a ti mismo" no le alcanzaban a diferenciarse mucho del "convéncete primero", porque en lo uno, claro, había horizontes infinitos, y en lo otro quizás menos elevación en términos espirituales, pero no tanto apuro. Sumándole que de cualquier manera lo que Amariles predicaba tenía intenciones prácticas de ropaje muy bonito, para llegar a concluir en una sola meta, que así no fuera trepando cargado Ayacucho arriba, no era otra, hubo de decirse, "que has de dejarte acorralar, que es donde están los verdaderos propósitos socráticos". Y para más, se convenció, de que ya habían discutido el asunto demasiado. Que si las dudas platónicas tienen fundamentos sólidos para el desenvolvimiento de las almas, a Erik le pareció que, para él, había llegado al punto de darlo por cerrado, "como dice mi papá que es abogado, por sustracción de materia, Amariles". Por lo cual éste, viendo cómo se alejaba la posibilidad de encontrarle solución al problema ahora planteado, trató de prolongar, prolongar, prolongar, en lluvia de propuestas, sin que tampoco le diera resultado la conversación, que al joven dios ya tanto asedio se le hacía insufrible. Y, sin rodeos y cortando por lo sano, un día le anunciara que

no estaba para más salidas ni aventuras filosóficas, "por más peripatéticas que sean, Amariles".

Todo, menos arredrarse. Amariles respondió, como siempre, con afecto:

—Nada podría reprocharte. Somos amigos. Sólo te pido que conserves mi amistad.

—¡Pues no faltaba más, cuenta con ella!

Y entonces, que la amistad es búsqueda como el amor, Amariles, sabiendo además que no es considerado desmayar, desfallecer, y menos huir, tenía presente que era cuestión de proseguir, hilvanando con los hilos, por hoy descoloridos, las frágiles telas sutiles que puedan recibirlos aunque se deshagan al contacto del aire enrarecido; porque quedan para la ruta imaginaria, brújulas que permiten ir y venir por la senda sin que sea perentorio extraviarnos, si en el camino están los altos cipreses solitarios señalando en protestas a la nada, y ya no están los tiempos de soñar despierto en el cuarto oyendó la radiola, aunque ahora en la pensión, en el cuarto, se oigan tenuemente ecos que del Imperial están subiendo de *Claro de Luna*, o de cualquier cancioncilla enamorada, como aquélla

*"Corazón tú dirás
lo que hacemos
lo que resolvemos
no más quiero
que marques el paso
que no le hagas caso..."*

y lo demás, que ya no le llegaba, porque algún ruido entorpecía su atención y se cruzaran otros ojos, los de Bruno, que por allí se escuchaba su voz en el pasillo del corredor, y se podía intentar con él unas salidas,

pues tenía cicla, Raleigh también y reluciente. ¿Por qué no una invitación para sesiones que vayan permitiendo conocerse, pues la noche lluviosa o estrellada permite sentarse allá abajo en el Imperial a escuchar una sonata acompañada de ron con *CocaCola*? ¿O ir por las calles en horas aceptables a visitar heladerías, tratar amigos y *nadaístas* sin tener que sacar tempranas conclusiones? Aunque, no importa, dejar escapar una pregunta, si no venida al caso al menos sugerente, como esta: "¿Puede ser el amor otra cosa que amor de la belleza y no de la fealdad?" Y...

—¿Qué tal? podría haberle respondido Bruno. —A mí no me interesan las mujeres feas, yo lo que sé es que ahí están para conquistarlas, enamorarlas, y si no se proporcionan, dejarlas. No veo necesidad de responder preguntas de esas, que no llevan a ninguna parte, si la naturaleza misma nos indica: ¿Feas para qué, si el mundo está lleno de bellezas?

Por lo cual, Amariles que no se amilanaba y sabía que todo tiene su principio, y más si al frente están unos ojos invitantes, ¿en reciprocidad?, un cuerpo de gran belleza en sus formas y que podría encerrar una alma en turbulencia, hubo de considerar que era oportuno dejarse de las predicaciones, pues si no se conoce bien el destinatario del mensaje, ha de emprenderse la tarea sólo a medida que se vaya dando la oportunidad.

Quedaban, pues, por el momento, las ciclas. Bruno tenía la suya para deporte y nada más. Amariles, medio de transporte, y una que otra posibilidad. Pero ahora, teniendo Bruno la suya, ¿posibilidad de qué? —No hay afán, y luego se verá —hubo de decirse Amariles.

Ir haciendo salidas, dejar caer la semilla aquí o allá; irle contando a Bruno la historia pasada con Erik

de trepar por Ayacucho; escuchar su risa con mezcla de ironía, uno que otro sarcasmo, como éste por ejemplo: "¡Amariles, no hablemos maricadas!" Y seguir, seguir, no importa, entrar a las heladerías, entrar al Metropol, al Miami, a Santa Clara para ir presentando a Bruno, que cursara con Róber Derecho en la misma facultad, y para conocer mejor a los *nadaístas*, a los cuales, con ásperas palabras, en principio rechazara:

—¡Sí, ya me los has señalado, ya los he visto, ya conozco alguno! ¿Y no es una paparruchada eso del *nadaísmo*?

Pero para estrenar los atractivos del Metropol necesitó ir varios domingos con Bruno a pedalear en gran deporte por los alrededores, de lo cual Amariles no se ufana aunque le permitía, mientras respiraban hondo en los reposos y pasados los azogamientos, acercarse en alusión socrática, dar unas puntadas.

Hasta que, por fin, pudieron acercarse más al centro del tejido, en platónica conversación, al deponer en sonrosados arboles sus postreros rayos el sol, y Bruno un poco su avisado talante.

Y así, pues, esa tarde entraron al Metropol.

—Sentémonos aquí, no importa que quedemos separados de los amigos y los *nadaístas*. —Dijo Amariles a Bruno, saludando:

—¡Hola, ¿cómo están?

—¡Hola, Amariles, vienes muy bien acompañado!

—Dijo *El marqués* Luis—. ¡Que bien, que bien!

En esas venía de los orinales Luis Roberto, a reunirse con Óscar y Federico que estaban en mesa cer-

cana con otro amigo, gruesito, risueño, vivaracho, no conocido aún de Amariles ni de Bruno. Un poco achispado Róber se sentó con éstos, y sonriente y desenfadado tendió la mano a Bruno y dijo: "Ni buenas noches ni malas, apenas estamos empezando y qué puede seguir hacia adelante ni se sabe, a menos que tengamos con nosotros a los dioses y a ellos no creo que les preocupe mucho. Así que: ¡Hola Amariles, hola Bruno! ¿Y por qué se sentaron aparte, no con los filósofos, no con los predicadores de la nada?"

—Luis Roberto es un caso, ya lo irás conociendo.
—Dijo Amariles a Bruno, y continuó:— ¿Qué tomamos, un café?

—No, un buen ron, y doble, pongámonos a tono. ¿Róber, quieres? Yo veo esto muy prendido y me parece que está bueno y la música suena como para tu banquete. ¿No quedamos en que Alcibíades ...qué?...Ah, de paso, ¿no sabías que Róber y yo estamos juntos en la facultad?

—No...

—Pues ya verás, el filósofo es él. ¿Captaste lo que quiso decir sobre la ausencia de los dioses?

¡Viva!, se escuchó atrás del salón, atronador, junto a una de las mesas de billar-pool; curiosos corrieron y se arremolinaron, algunos jugadores soltaron el taco creyendo estupefactos que ocurría algo grave.

—¿Qué pasa, qué pasa? —gritaba el garitero.

—¡Que Johan metió ocho bolas en la primera tacada! —exclamó uno.

—¡Maldita sea! —dijo enfadado el garitero—. ¡Como si fuera la primera vez!

La *pianola* dejaba oír:

*Ven, a mi pobre cabaña
Que te espera y extraña
Cuando no estas aquí...*

—¡Ah, yo creí que había llegado Alcibíades —dijo Bruno, riendo. Y en voz alta:— ¡Róber! Pues no sabremos lo que viene hacia adelante, pero jode mucho lo de atrás, con todo y garitero, si es de lo que vamos a vivir...

—¡Eso! —exclamó uno de los *nadaístas*—. Entre lo uno y lo otro nos anulamos, "no somos nada", dijo un borrachito en el entierro de mi padre, ¡brindemos!

En las tres mesas levantaron copas y, juntándose, las chocaron, menos *El marqués* Luis para quien "chocar copas es de película gringa, igual que convertir en proyectil el corcho del champaña".

La *pianola* seguía

*Y las flores de albahaca
No perfuman sin ti.*

Silencio no se hizo, pero el ambiente se sosegó, acompañado de *tas-tas* de carambolas. Entonces Amariles comenzó:

—Lo que dijo Róber, claro, es significativo pues los dioses no filosofan, pero sin ellos tampoco existiríamos, así en tu búsqueda no llegues a encontrarlos. Busca las almas y las encontrarás entre los dioses. En cuanto a Alcibíades te decía, Bruno...

—¡Ajo! ¡Carajo!— exclamó el *contertulio* que estaba con los amigos, y al cerrar la boca sus labios se fruncían, carnosos, cariñosos, *pequeñitos*—. ¿Va a comenzar la guerra? ¿A ver Bruno, te apuesto a que tienes un enorme parecido a Alcibíades, y donde Amariles pone el ojo, pone la bala, ¿no es así, queridos amigos?

—¡Román Cabanillas, has dado en el blanco!— dijo Federico—. O mejor, hiciste carambola, a tres bandas. Uno, dos y tres, ¿qué opinan muchachos?—, agregó dirigiéndose a los *nadaístas*, que no habían oído lo que dijo Amariles.

—¡Oh dioses podridos de la ciudad! —dijo balbuciente Lermas. —¿Estoy marihuano, y qué?

Óscar se paró, copa en mano, y con voz impostada de tenor, cantó:

*Señor capitán
Dejadme partir
Ay, prendan las velas
Ay, prendan las velas
De mi bergantín.
El cielo nublado
Y no quiere abrir
La mar está brava
La mar está brava
Y hay que partir...*

¡Ánimo, ánimo!. —Gritaron en coro varios curiosos de los billares.

¡Silencio bullosos, dejen pensar! —Gritó con voz airada uno de los jugadores de ajedrez, mientras de la *pianola* salía

*....the road, jack
and you come back no more...*

y en coro, bajo, las tres mesas cantaron

no more, no more, no more...

lo cual paró en seco la sirena de un carro de bomberos que pasó por el frente a gran velocidad, repican-

do campanas tin,tan, tin, tan,Yii...Yiii..yiii...quedando en suspenso todo los parroquianos.

—Bueno, pues si no es aquí el incendio —prosiguió Bruno, decías que Alcibíades-Erik, ¿no es el mismo?, salvó a su amado en la batalla de...,¿cómo?

—Potidea. Sí..., o mejor, no. Si fuera cierto, fue al contrario. De creerle a Alcibíades, fue Sócrates quien le salvó la vida— dijo Amariles. —¿Ah!, era aquí donde quería llegar..

—¡Ay, dios!, ¿quién es este tan divino, tan , tan bello, Amariles *Olivetico*, que está a tu lado, de dónde lo sacaste, de dónde sacas efebos tan divinos, *Amarilitos Olivetico*? ¡Ahhh, revélanos tu secreto!

Una carcajada general brotó en las tres mesas, incluido Bruno, a quien se referían las palabras de *La Marquesa de Yolombó*, tocado con sombrero tirolés de pluma; suelto, original, culto, elegante, de fino humor y desparpajo ilimitados, solía asumir tratos mujeriles sin ser afeminado, en una especie de gran comedia y ácida crítica a la consagrada estulticia del medio.

—No se dice divino sino genial, Alberto— agregó *El marqués Luis*.

—¡Genial, genial, divino! —exclamó *La Marquesa*, y fue y le dio un beso a Bruno en la mejilla, y siguió:— ¡Y otro a ti, *Olivetico* y se lo estampó en la frente,— porque eres, ¿cómo te dijera?, ¡ay!, ¿tan, tan, verraco? ¿De dónde los sacas, ah?, ¡porque no tienes cara de demonio! ¿O serás un espantico?

Risa general. Y contoneándose volvió a sentarse a su sitio, y dijo a Luis, con burlona, afectuosa e inquiriente mirada:— ¿Tú eres un genio o un sabio? ¡Ay, yo no sé, pero te adoro! ¡Qué divinidad!

¡Mate!, se oyó decir a los curiosos de una mesa de ajedrez. Y, en tanto, había recommenzado Amariles:

—Era aquí donde quería llegar, te decía, no para equiparar a Erik con Alcibíades, pues es obvio que no viene al caso, sino para tratar de que entendiéramos que el amor...

—¿Entendiéramos? Querrás decir: "Que tú entiendas", que entienda yo...

—¡Eso, Piripipío (que así le decían a Bruno) intervino Federico—, Amariles ama, ama y ama, y paseando en cicla te enseña cosas lindas, y, ¡tras!, serás el amado.

—¡No hombre!— repuso Amariles con calma, sin apuro—. Quería decir que comprendiéramos cómo Alcibíades en medio de una borrachera supo poner las cosas en su punto, haciendo notar, en aparente intemperancia, que Sócrates era en sí mismo, el amor en sí...

—¡Eso Amarilitos, *Olivetico* lindo, por las ramas, por las ramas, nada de declararnos de frente!— exclamó *La Marquesa*.

—¡Mejor que ardan las espumas, hervidero y topacio, Amariles y todos —exclamó Bruno sin mirar a nadie, abstraído—, fútil, fugitivo y frustrante es el amor que arde y trastorna! ¿Si vienen atrás los dioses o adelante, Róber, que nos queda? ¡Para mí, amar un día, y el resto, tirarlo a la basura!— y calló, tomándose un ron. Y continuó:— O de que le sirvió a Poe:

*Tú fuiste para mí oh amor
Todo lo que mi espíritu anhelaba
Isla verde en el mar, fuente y santuario
Con guirnaldas de frutas y de flores
Oh amor, que fueron mías.*

—¡Pues sí, pues sí! —expresó enfáticamente, y remató:

¡Ah hermoso sueño, por hermoso efímero!

Y se detuvo; fue a tomarse un ron, pero estaba vacía su copa, y mientras pedía otro, Luis Roberto, encarándolo, con ojos de profunda mirada, dijo:

—¿No has dicho tú, o sería Sócrates, que el ser es un viajero? ¿No quiere ello decir que irías hasta el fin del mundo tras el amor?

—¡Sí, tal vez, pero que se vengan todas tras de mí!

—¡Sí, claro— exclamó Gonzalo que aspiraba un cigarrillo, absorto—, amores a millones, y olvidarlos!

Iban siendo las doce de la noche en el reloj que parecía acompasar con sus tic-tacs un lento y diluido son de la *pianola*:

*Amorcito corazón
Yo tengo tentación
De un beso...*

Quedaban unos cuantos jugadores de billar y ajedrez, se oían lejanos golpes secos de las bolas y de vez en cuando un ijaque! Y, nadie lo esperaba, entró en ésas el polaco y se sentó entre Amariles y Bruno.

—¡Señor Amariles!, ¿señor...?, ah yo te conoce también...

—Bruno.

—¡Espíritus, espíritus! ¡Amor, amor, aguardientico!

—¡Ay, ay, tenemos esperpento! —Dijo, señalando, *La Marquesa*.

—¡Y el mundo me protege! —y se tomó un aguardiente el polaco.

—¡Vamos a ver! —exclamó el gigante rubio de los *nadaístas*—. ¡Vamos a ver, ven para acá! —y cogiéndolo del brazo, lo levantó del asiento, casi en vilo, y lo sentó entre ellos.

- ¡Don *Cachi*, don *Cachi*, mucho espíritu!
- ¡Ven, te arrojamos al mundo!
- ¡Mucho espíritu, amor, don *Cachi*, aguardientico!

Pasados los instantes iniciales caldeados por la llegada del polaco, sobrevinieron minutos de sosiego que se fueron prolongando con el ruido esporádico de las carambolas al fondo y la trompeta sugerente y sutil de Luis Armstrong, cuya voz bronca, apacible y tierna la seguía en sus compases sincopados.

—¿Y entonces qué ha pasado con tu Erik-Alcibíades que ahora ya no se te ve con él? —preguntó Bruno a Amariles.— ¿Es que no te ha comprendido? ¿Te ha desengañado?

—No, no diría tanto. Porque lo que hay que tener presente es que a quien ama le basta la espera de ser comprendido si es amado, y cuando el amor no viene no debe suceder el desengaño si subsiste la amistad.

—¡Ahí está! Pues no me huele a Sócrates lo de vernos obligados a tener que dejar escapar así como así eso que tú llamas amor, después de buscarlo infatigablemente. ¿Qué sentido tiene entonces el amor?

—La posesión constante de lo bueno y de lo bello.

—¡Muy bonito! ¿Y eso es todo?

—¡Siempre!

—¿Así, siempre así, simplemente?

—¡Con todo y sus incitaciones! Que el amor, si lo buscas, estará siempre disponible.

—¿Y si un amor se va, dejarlo a un lado y disfrutar de la amistad, cerrar la puerta, subirnos a una columna a contemplar lo bello, porque ya lo poseemos? Si la belleza está regada en todas partes, ¿por qué seguir a una sola, siempre, indefinidamente?

La voz de Bruno se había alzado. En la mesa de los *nadaístas* estaban concentrados con el polaco, *La*

Marquesa haciendo carantoñas lo incitaba: "¡Uy, uy, llámale a Amariles un espíritu que le ablande a Bruno!"

La risa se esparció. Róber, atusándose el bigote levantó su vaso, y dijo: ¿No ves Amariles que Bruno lo que dice es que le gustan todas?

Amariles no se altera. Con risa sardónica, pero a la vez afable, dijo:

—¿No será que busca en todas el amor en sí?

—¿No será, más bien, que el alma apasionada de Bruno se rinde a la pasión? —Róber añadió.

—¡Filósofos espirituales, que nos trague el mundo! —Exclamó el polaco.

Con voz meliflua y burlona Óscar se levantó entonando una canción:

*A la rueda, rueda
De pan y canela...*

Que, de pronto, Federico, parándose, alto como una palma emblemática del vecino *parque*, interrumpió, vaso en mano, ojos soñadores, y recitó, dirigiéndose a nadie, para sí:

*¡Ama
Ama mientras puedas amar
Día llegará
en que al borde de la tumba
llorarás a la vista
de la muerte!*

La *pianola*, acompañando, dejaba oír en tanto las espaciadas notas cadenciosas de Liszt, y entonces:

—¡Ah, qué trío: Federico, Liszt, Heine! ¡Brindo! —exclamó Cabanillas, que era costeño, de origen samario; dueño de amplia cultura, tierno y vivaz, sentido del humor a flor de piel; suave dicción y salerosa; en fin, amable golpe de brisa marina en aquel recoveco entre montañas; que si sus amigos deseaban regalarle los oídos con algún descanso del bronco acento regional y de sus muchas zarandajas, grato era el aporte de Román. Figura amable, sin que pudiera decirse que era pequeño pero sí bajo de estatura, má grueso que esbelto. Delicado.

—¡Al diablo, tarambanas! —soltó el *nadaísta* Lermas.

—¡Espíritus, espíritus, entreguémonos al mundo! —resurgió el polaco.

Y así, de nuevo se fue alebrestando la algazara, comunicándose a las pocas mesas de billar que aún quedaban con activos jugadores, y a las protestas con gruñido de los pensativos y casi durmientes ajedrecistas, más los curiosos y habituales de otras mesas que en conjunto formaban sin embargo escasa concurrencia. Bruno, que había ingerido por lo visto más de la marca, de improviso se irguió y mirando con ojos apagados, uno más que otro, apoyándose en la mesa, exclamó:

—¡Señores *nadaístas* y amigos!: Ya que hoy tenemos con nosotros a los dioses protectores, ¿por qué no aprovechar la inspiración para juzgar al sedicente espiritista, si el mundo lo reclama?

—¡Sí, sí, espíritus yo ama, el mundo a mí también!

El gigante Navas Rubio se levantó, y ayudado por *La Marquesa* —que extremó sus muecas, contorsiones

y piruetas—, se subió al mostrador e improvisó un breve discurso que en resumidas palabras contenía la sentencia, instigada por Bruno, de llevarse al polaco para "arrojarlo al mundo".

A la aventura de "arrojar al mundo" al polaco, no asistieron todos los amigos ni todos los *nadaístas*. Bruno, después de su borrachera, al otro día, dijo a Róber haber promovido tal locura, que al fin de cuentas no pasó a mayores, como algo surgido del inconsciente, que con sus injerencias impulsa y quiere llevar el ser a lo más hondo. "Pero mira —agregó—, de ésta, ¿para qué me desdigo?, si yo siento que por dentro tengo algo que no sé cómo se llama, y me incita, me intenta dominar y me quiere demostrar acaso lo que soy". Y Róber le contestó: "Pues yo creo que la vida va despacio, obviamente, y que el tiempo fluye de la nada dejando entrever sólo la posibilidad, que no tiene por qué ser un juego de puro desconcierto ni un azar para inútiles certezas, en las que puede hallarse escondida la verdad de lo que somos: ¿El gran secreto, exactamente?

—Será. Tal vez fue Amariles quien me dijo que por la locura se logra conocer qué es la pasión. Y yo digo: Así sea que a ratos nos proteja el mundo, que no dejó anoche que le arrojáramos el polaco, y nos deja pasar también como desconocidos.

—Y ahí está. Que la muerte es la que mejor sabe esperar.

X

Habrían de pasar algunos años durante los cuales Bruno y Amariles estrecharan la amistad. Que Bruno resultara un alumno señaladamente mudable, muy rápido daríase cuenta el socrático; pero, se irá viendo, no cargaba mucho afán para lo de introducir sus novedosos conceptos sobre el amor y la belleza. Novedosos para Bruno, claro, pues tampoco fuera que éste cargara poca agua en la boca para volverlos disparates, aunque así y todo al captar el mensaje, y en ello demorara, con el transcurrir del tiempo parece que llegó a decirse que era mucho, "y muy hondo" —le agregó al *marqués* Luis en reunión que tuvieron hablando del asunto del polaco y corrigiendo el capítulo que sigue adelante— como tenía marcados en su alma tales conceptos. Y Pues *El marqués* Luis entre sus vastos conocimientos y sus excelsas facultades poseía la de ser puntual y agudísimo observador, Bruno lo invitó un día a que le ayudara a corregir idioma en varios escritos entre ellos uno que le llegara por correo en un atado de papeles enrollados, sucios y mal compuestos, que con mucha meticulosidad reconstruyeron, encontrando que se trataba de un bosquejo autobiográfico del polaco y que Bruno ha solicitado se deje aquí como memoria de una noche borrascosa pero que fue el comienzo de su amistad con Amariles. Ha de verse que el escrito del polaco tiene mínima relación con la historia que ha venido y adelante seguirá, pero al considerar la encomiable ta-

rea de los correctores y el eventual disfrute del lector, se ha convenido dejarla, y dice así:

BORDEANDO LA VIDA

1

En el ejército se respira el aire enrarecido. El patriotismo se vive con obligado afán. Al despuntar el alba suena la trompeta y hay que levantarse sin dilaciones, sin un minuto para madurar los sueños. Nada de pensar en nada. La preparación para la guerra impone sumisión de los sentidos al ejercicio de las facultades que servirán para rendirse o vencer. De nada vale haber sido como yo hijo mayor de un buhonero hábil en picardías, borracho empedernido. Una sesión de espiritismo alivia la modorra que se apodera de uno al atardecer, en secreto guardado como los frutos ariscos de la hiedra, que envenenan o curan, según las estaciones. Los coroneles cansados de la vida en los cuarteles buscan el más allá, hastiados de rutina.

Dado que nací en Cracovia donde con entusiasmo cultivaban la planta y ella se subía por los muros, aún los escuetos muros del mal llamado hogar del beodo buhonero; y dado que él era reconocido médium de inigualables éxtasis alcohólicos embaucadores, aporté al ejercicio de las armas, por no tener más que dar, una disposición fingida de clarividente con disposición de invocar de las altas esferas la llegada de las criaturas de ultratumba. Como ninguna audacia adornaba mis eximias facultades para enfrentar los muertos-vivos, las sesiones terminaban en embolate de supuestos ruidos

extraterrenos creados por compinches preparados al efecto. Con lo cual lo único que salía bien parado era el *espíritu-de-cuerpo*, que no debe faltar en el cuartel. Achispados previamente, los coroneles alcanzaban percepciones inundadas de vaga inspiración y en ello iban dilatando la posibilidad de estar a tono con los tiempos, pues el pasado lo vivían en presente, y en ésas llegaron los alemanes, nos cogieron sin espabilar y, cuando nos dimos cuenta Polonia no existía. De manera que los sonoros sones espaciales que escuchábamos nos vinieron a sacar del otro mundo para traernos a éste y depositarnos de nuevo en el primero, ahora sí de verdad.

El cielo era surcado por oleadas incesantes de *Stukas* que dejaban su mensaje celestial y convirtieron en ruinas nuestra amada Cracovia. La tierra hollada por los *Panzer* y las botas de los *Boches*, cedió el paso al invasor. El patriótico desespero de mis desvalidos compatriotas, y el inspirado espíritu de nuestros coroneles de otro tiempo, fueron copados, sin que valiera invocación a los *Antiguos Padres*. Después de lo cual se hizo el silencio.

Yo, entre los vericuetos de las alcantarillas. Me refugié en el *Ghetto* hasta cuando llegaron por nosotros y no hubo más remedio que remontar el Vístula. Pero la guerra fue llevada más allá, y el resonar de los cañones y las bombas sirvió para des-inspirarnos. No recuerdo haber pensado en nada heroico en aquel tiempo. Le mandaba recados a mi madre para que no desesperara, convertidos en memoria de vejámenes sin cuento. Hubimos de abandonar nuestros refugios, porque no había recoveco que no fuera descubierto.

Amigos míos: Me han contado innumerables historias, algunas de ellas muy jocosas, otras muy ridículas.

En ellas unos y otros han sentido y visto toda clase de fenómenos extrasensoriales y *meta-qué-sé-yo*, lo que prueba que el mundo siempre estará dividido. Por mi parte, pertenezco a una especie especial, si se me permite esta pequeña expresión de vanidad. Pues no sólo he disfrutado de ratos agradables sino también de insufribles suplicios. Y todo tan natural.

Mi edad, no importa. No había entrado todavía al cuartel cuando mi padre abandonó a mi madre en la vieja Cracovia, regalándole la más triste indigencia pues le había prodigado sin reparos borracheras, espiritismo y escándalos de espanto. Y yo encabezando la camada de, ¿cuántos hijos?, ni me acuerdo. La gloria en resumidas cuentas.

Huyendo de la guerra mi madre y yo cruzamos por Ucrania y pasamos meses inclementes trabajando como siervos de miserables alquerías. ¿Y después? ¡Ah! Esas llanuras mancilladas por las botas de los soldados del Führer. La extensión ilímite, la suprema visión entristecida, la desoladora huella de la guerra. La fila interminable de seres vivos porque caminaban, mientras un sol morbosamente iba derritiendo la nieve con tranquilidad inverosímil para que al caer la noche el barrizal nos engullera, con las escasas pertenencias al hombro por si posible fuera llegar a cualquier parte. Voces estentóreas conduciendo el rebaño al sacrificio ignominioso. Humildes humos de los restos consumidos del campo y la cosecha amarilla que ya no alimentará los hambrientos desechos humanos sin rumbo y sin salida. Mi madre, yo, mis hermanos, algunos parientes, mucha Polonia por los campos de Ucrania, buscando lo imposible. Mi debilitada madre cargada del silencio de infinitas privaciones miraba hacia el pasado, como si lo porvenir lo tuviera incorporado desde mucho antes a la inmediata vivencia, dejando entrever en su

expresión cansada un reproche anticipado, pues para ella huir era la peor de las desgracias si nunca lo había hecho a pesar de tener motivos, como tenemos los humanos.

Una vez más los suelos de Polonia y Ucrania unidos por la fatalidad que por siglos presidió sus vidas y las nuestras, y yo pensando que vinimos de las otras vidas, de tan lejos, como si nada. Transmigraciones, metempsicosis, *metempsicosas*, ¿meta-qué?, artimañas de medio a médium, subterfugios. En cuanto a mi padre no sabíamos si se había enrolado en una expedición al Tíbet a buscar al abominable hombre de las nieves, o a Escocia por el monstruo de Lochness. Pero se desapareció. Y el fenómeno, cierto o irreal, no nos embargaba, pues nada le debíamos distinto de afrentas y patadas. Y del espiritismo gozado en carne propia madre nada dijo, aunque un hilillo de sonrisa se dibujó en sus labios extenuados expresando serena resignación. Por lo que pensábamos que ahora sí mejorarían nuestras vidas. Pero está visto lo difícil que es. Y mi triste Polonia en medio de la guerra. Víctima siempre, espiando las penas de sus culpas, pisoteada, postergada su altivez, encadenada al destino que no es suyo sino de otros que no pudo aplastar.

¡Y aquí me tienen señores! Vuelto atrás y recobrado, subiendo por el Vístula, descendiendo por el Dniester, buscando a Odessa. ¿Cómo? Ni alcanzo a imaginarlo. Diciéndolo de otra manera: Abandonado del padre, entrado en los cuarteles, derrotado sin presentar batalla, llamando espíritus que no vienen jamás, huyendo de la guerra, hasta llegar a este país providencial donde me han dado calurosa acogida, y aguardiente, en Medellín. Y me vine soñando, que no supe ni cuándo ni por qué. ¿O es que yo no soy yo, sino otro?

Después de una travesía azarosa del Atlántico entre batallas navales, bombardeos, torpedos evitados por un pelo, y una montaña de papas que pelaba despacio en lo más profundo del barco en la cocina para alimentar la marinería, fui desembarcado en la bella y ardiente Cartagena y sin más abandonado una tarde que me quedé dormido en brazos de una mulata infiel en un burdel maravilloso a la orilla del puerto. Sin idea del idioma, sin moneda, pues la mulata me hizo arrojar por la ventana después de saquearme los bolsillos, caminé sin rumbo por sinuosas callejuelas y por las sombreadas avenidas de los mangos del barrio *Manga*; giré y giré, hasta que di en el viejo mercado. Evocando espíritus, una posta de sáballo humeante adquirió aspecto de genio bienhechor que fue ascendiendo sobre las brasas del reverbero rústico de latas de manteca y llegó a mí en forma de gloria chamuscada, entre los gritos de las gordiflonas viejas vendedoras que vociferaban improperios desde sus troncos de troncos de duro cañaguate explayadas de nalgas, junto con demonios que acudieron en forma de negros nebulosos y una lluvia de palos y variados proyectiles arrojados por invisibles cañoneros, en medio de la algarada de mil chilillos en pelota, hasta que dos o tres fortachones me arrojaron a las aguas verdosas de la encantadora bahía. Que si no fuera porque estaba ligero de ropas y logré zambullirme hasta salir exhausto un tanto más lejos donde me recogió una barquilla solitaria que navegaba rumbo a Bocachica, no hubiera vuelto a tener oportunidad de saborear postas de sáballo y tiburón asado, mezclados con infames olores del ambiente enraecido del mercado, donde sobreviví largo tiempo como recogedor de basuras, cáscaras y desperdicios que arrojaba para que los peces insaciables devoraran en segundos. Acabé de boxeador espontáneo entre las ba-

randas del muelle para conseguirme unos pesos, fajándome y recibiendo tundas de la madona, en una de las cuales perdí tres dientes, cuya ausencia desde entonces desluce mis encías, porque una prótesis que me puso un bárbaro que oficiaba en la *Calle de las Carretas*, al aire libre, con maquinilla de pedal y fresas que él mismo hacía fabricar en el *Pasaje de los Zapateros* con restos de limas viejas, me quedó tan salida y sobrepuesta que me hace parecer a Frankenstein, agregado aquello a lo alto, escuálido, desgarrado. Y en las noches que pasaba evocando espíritus en la casa del marqués de Valdehoyos semidestruída, y me paseaba por el último piso, se me podría comparar también con un Drácula agobiado en espera de algún sanguinolento refrigerio.

Apoyado en un bastón de palma güerre que me servía de arma contundente para espantar a los muchachos, disfrazado de ciego con gafas oscuras y sombrero de paja pedí limosna recostado a los muros de Santo Domingo en el callejón de los estribos. Y como desfilaban ante mí tantos creyentes, no faltó oportunidad para officiar de médium. Hasta cuando logré colocarme de paje en la casa de un pirata mercachifle que tenía la hija más hermosa y más bruta que ojos humanos hayan visto, de nombre Mara, a quien yo deseaba con ardores tropicales frustrados, al avanzar con paso de ganso como una división germana a su conquista, por un astuto mequetrefe que me la quitó, riéndose a mandíbula batiente sin yo saber que la tenía embarazada, pues a los tres meses estaba más gorda que una ballena. Su padre, el viejo Valderrama, ni más ni menos me contrató como si yo fuera su esclavo, costumbre antigua en la ciudad amurallada. La comida me la tenía que robar burlando la guardia de la enorme cocinera antillana y la bruja esposa del viejo, tiránica, huesuda, avara como él, celosa, tal lo que

no fuera Aspasia. El viejo oficiaba de cambista y guardaba sus rentas en caja descomunal en el traspatio. Y yo me amanecía tratando de descifrar la clave, hasta que con sigilo me agarró como a un gallo tuerto y por poco me ahorca, que si no fuera por los chillidos despertando a los vecinos, hubiera sido mi último minuto. ¡Dios te tenga viejo Valderrama, panzón, mofletudo y fofo, con tu vieja arpía bicorneta, a la diestra! ¡Con ella me sacaste de tus posesiones arrojándome a la calle con protestas de que si volvía por allá me degollaban, y yo se lo creí, por supuesto!

Con lo que me vi de nuevo al lado de los contrafuertes de Santo Domingo. Pero esta vez no duró mucho, pues una seguidora de la venerable *Sociedad Teosófica y Carismática* me llevó a las instalaciones de la flamante cofradía cerca de la catedral, no lejos de la Inquisición. Ayudaba al obispo a exorcizar posesas, y yo me las cargaba en la última agonía con deleite pavoroso en el cubículo dispuesto para que reposaran, operación difícil no lo niego, pues terminaba al fin con sudores de agonía espirituosa, lo cual atribuía a mis notables esfuerzos carismáticos. Hasta cuando sorprendí al obispo pasando divinas energías y bajándole las bragas a la señora "De Espinosa, Trujillo, Facio-Lince, Lemaitre y Vélez Escobar, Pombo y Caldas", sostenedora principal de la insigne sociedad por su inflamada devoción. Y el ilustre prelado, digno sucesor de monseñor Biffi, me sacó a gonfalonazos de la sede de la santa cofradía y me hizo perseguir por toda la ciudad heroica por el portero, el sacristán y otras cuantas seguidoras, pues me puso una denuncia por *Horrible Sacrilegio*, y me maldijo y excomulgó con saña, que si no ha sido por una carreta de caballos que me llevó a Turbaco, donde me refugié en la casa que albergó a Bolívar en sus últimos días, a esta hora no fuera sino una pobre víctima inmolada a Moloc.

Sin más embarqué una noche en un planchón por el canal del dique y luego en un plácido barro que subía lentamente por el curso amarillento del río de la Magdalena, en cuyas orillas los caimanes recalaban con las fauces abiertas y los ojos perdidos en la lejanía, mientras mil voces de ranas se dejaban oír en las noches estrelladas. Yo, de polizón, obviamente. Y casi sin comer los primeros ocho días. Pero, como siempre, el mundo me protege. Cuando, en las últimas, tuve que salir, las señoras elegantes que viajaban de placer se opusieron al intento de la marinería de alimentar conmigo los caimanes. Con tan alta protección fui a dar de pinche en la cocina, y subí y bajé por el río logrando de vez en cuando yacer con alguna alada bienhechora, hasta que la navegación perdió sus alicientes turísticos, algo existenciales, y fui abandonado de nuevo sin un peso por el buque postrero que surcó las aguas del exhausto Magdalena.

Del triste atracadero llamado Puerto Berrío salí lo más pronto que pude en un infame tren, hablando el singular idioma que ya empezaba a dominar, mezcla de polaco, ruso y costeño, al cual agregaría para siempre el *antioqueño*. Así que nadie me entendiera, salvo el padre Pacho y un amigo socrático a quien he dedicado estas memorias, en las cuales gracias al sumo cuidado que debe poner el corrector no se filtrarán las palabrotas que aprendí de las viejas del mercado, del señor obispo y sus encopetadas, del viejo Valderrama y de los marineros. Y sin la maraña que mi horrorosa prótesis agrega a las dificultades de dicción. Que la lengua castellana no es cualquier cosa que digamos, para los que acostumbran infamarla. Los dioses sabrán cómo me acomodé en el tren y vine a dar a Medellín, que era la más próspera y bella ciudad de este país, situada en un florido valle, verde y suntuoso como jamás se viera. Pero eso era antes: Hoy, más ladrillo que verdura.

Con el recuerdo aún vivo de mis experiencias teosóficas y carismáticas, doctrinalmente pedí colocación como monaguillo en diversas parroquias. Dicha función iba menguando del ritual pero tenía vigencia en iglesias que no habían sido conquistadas por los curas de Golconda que creyeron posible introducir el mundo por las resquebrajadas grietas que el cielo violado por los satélites y otros raros aparatos ofrecía. Santo error que les dio oportunidades tan mundanas. Hoy están arrepentidos. O amancebados.

Con mucha unción llegué hasta el padre Pacho, y me fui acostumbrando al delicioso sabor del vinito que él tomaba después de la elevación, que alternando con el horrible brebaje que llaman aguardiente, nos mantenía en trance. Y como la feligresía de putas, músicos y bandidos de gran ralea prodigaba brindis que mi alma de novicio era incapaz de rechazar, navegaba ebrio hasta el amanecer, y arribaba con ojos abrasados por la fe a las cuatro de la mañana para despertar al padre Pacho, pues me había dado el encargo de mantener limpias las naves de la iglesia de los desperdicios que dejaban las devotas y devotos en su incesante desfile a encender veladoras donde ardieran sus pecados y purificaran sus vahos espantosos.

Medellín no es como Cracovia. Está visto. Pero decidí no dejarme echar de aquí por nada de este mundo. ¿Dónde mejor se podía beber cerveza que en Carabobo con Miranda? Un tipo flaco me desafió a las puñaladas, cuando contaba algo a mis compañeros e hice un gesto involuntario señalándolo a él que se tomó el asunto en serio: Se me vino derecho y me dijo: "El hijueputa sos vos". "Vea pues" ., dije yo, que ya casi dominaba el *antioqueño*. Serían las once de la noche. La avenida Juan del Corral, extensa y solitaria con sus árboles carboneros dormidos bajo los cuales algún feliz marihuano

musitaba una canción. Nos entregaron cuchillos, y yo salí corriendo con el mío en la mano derecha. El temblor en las piernas se transmitió a mi cuerpo. Recostado a un tronco, junto al sardinel, se me quedó grabado el asombro de unas señoras que cruzaban, mientras lo vi venir como un demonio, lanzándome tajos que yo esquivaba invocando al padre Pacho. Me resbalé. Me cayó encima. Di un alarido que debió oírse en toda la ciudad, y un chorro de sangre me cayó a los ojos cuando trataba de empujarlo para levantarme, mientras él con su furia blandiendo en el aire su puñal se desangraba. El hospital estaba cerca y allá lo salvaron. Y nosotros terminamos en *La Curva del Bosque* celebrando que no hubiera sido yo capaz de rematarlo. Esa mañana tiernamente el padre Pacho me dejó dormir hasta bien tarde, y me dijo al despertar que ya no necesitaba mis servicios, que me fuera con dios que a nadie desampara. Como el padre sólo decía la verdad, le creí.

Pronto mi fama de verraco se extendió luego de trance tan atroz. Y como soy un cobarde no me dejaba tentar. En cualquier parte se daban riñas a la puñaleta, especialmente en Guayaquil, el barrio más famoso de Medellín, en cuanto a borrachera, putería, riñas sangrientas, tipos que se pegan un tiro al son de un tango —son nefasto—, lo cual me decidió a no dejarme ver por allá. Me hacía una falta el padre Pacho que ni hablar. Le fui a pedir perdón, diciéndole que no podía vivir sin su abrigo pastoral, sus vinitos y consejos, y algo de comer, pues desde la última despedida era nada lo que bajaba a mi estómago. Me puso como condición que me empleara en serio. Y entonces viví intensas experiencias, caídas y fracasos, triunfos, derrotas y victorias. Aplastante. Generalmente mi otro ser se descompensa y, por eso, invoca los espíritus que vagan por el mundo, y a ratos nos los deja ver, o sentir, o presentir, ¿Cómo es?

Ya se sabe que fui pinche de cocina en los barcos del río Magdalena. Pues con ese título me aceptó el chino cocinero de la Pensión Astral —nombre que me pareció de buen augurio— en la esquina de Palacé, donde conocí al loquito socrático y al tal Bruno que cantaba unas canciones nunca oídas por mí en ninguna otra parte, ni siquiera en el *Imperial* donde escuchaba la polonesa en la de mi paisano Chopin, después de ayudarle al chino a sazonar sus caldos con un hueso de cadero que pendía del techo y se bajaba con una cabuya sobre el agua hirviendo entre la olla. Como el chino era algo distraído le cambié un día el hueso por un tronco de pino que dio a la sopa un extraño sabor, inapreciable. Y hasta ese día duramos chino y yo. La dueña, gorda y rubicunda, nos despidió sin paga. Y el chino en venganza me arrojó por la escalera a ver si me quebraba la cadera. Pero no. Tengo la virtud de aguantar peores resbalones.

Alternando oficios con la invocación de los espíritus, pasé una temporada como paje en las casas de putas del barrio Lovaina cuyo aliciente vine a captar al poco tiempo, después que aquellas fámulas dictatoriales encontraran en mis brazos el sano esparcimiento que poco les brindaran los frustrados clientes de noches desleídas en el sinsabor amargo de caricias revendidas. Entré en contacto con traficantes, ladrones, asesinos, alcahuetes, funcionarios, burócratas, políticos, comerciantes, señorones, cantineros, proxenetes, estudiantes, curas disfrazados de civil y viceversa, escritores en ciernes y curtidos, gerentes, pordioseros de día y millonarios de noche, falsos apóstoles, ganaderos, tahúres, falsarios, aventureros, místicos, sociólogos en función de teorías doctorales con la mayor desfachatez, psiquiatras, médicos, abogados, ingenieros, adivinos, adúlteros, prestidigitadores, magos, agentes de bolsa, comisionistas de propiedad raíz, buhoneros,

latoneros, zapateros, sastres, vivos, enfermos, aliviados, convalecientes, cojos, mancos, tuertos, ciegos, mochos, biscos, viejos verdes, rojos, amarillos, humoristas, flacos, gordos, jóvenes, maduros, solteros, casados, arruinados, ricos, chatarreros, caballistas, amansadores, electricistas, radioaficionados, astrónomos, astrólogos, iluminados por las luces del alma y del espíritu, del neón, del cielo, del alcohol, la marihuana, la coca, el L.S.D., el XL, los olores, los sabores, las mezclas posibles e imposibles, blancos, negros, mulatos, cuarterones, zambos, ñapangos, tentenelaires, saltatrases, ochavones, parceros, comuneros, ayudantes, patronos, talabarteros, vendedores ambulantes, contrabandistas, panaderos, carniceros, banqueros, tenderos, ministros, gobernadores, alcaldes, diputados, concejales, tesoreros, personeros, secretarios de despacho, policías, un candidato a cardenal, monjes, anacoretas, un falso primer ministro y varios verdaderos, el presidente en persona, condes, tramitadores, impulsores, jefes, subjeses, subordinados, entes, videntes, tenientes, coroneles, mayores, generales, almirantes, comandos, soldados, dragoneantes, sargentos, diáconos, monaguillos, azafatas y pilotos, locos, cuerdos, pensionistas, posaderos, agentes viajeros, visitantes, enfermeros, caminantes, paseantes, arqueólogos, planificadores, vagos, poetas buenos, malos y pésimos, seres de este mundo y del otro, revolucionarios, guerrilleros, tráfugas, espías, malandrines, quebrados, deudores, acreedores, pródigos, avaros, neuróticos, ebrios, sobrios, borrachos, papanatas, genios, mudos, sordos, parlanchines, predicadores, locutores, comentaristas, analistas, astronautas, navegantes, compositores, árbitros, futbolistas, locutores deportivos, billaristas, ajedrecistas, náufragos, resucitados, apopléticos, parapléjicos, artistas, bufones, payasos, enanos, músicos, cantantes de tango incluyendo operáticos, ediles, piojosos, convictos, un mandarín, varios jeques, aspirantes, cabrones, valientes, cobardes,

válidos, inválidos, valedores y validos, todos los minusválidos, hasta los sin con qué, que iban a no sé qué, mesías, sacristanes, hinchas de fútbol, pajes como yo, masajistas, jueces de línea, veedores, faroleros, conserjes, polvoreros, serenos de la noche y del espíritu, impostores, trapevistas, aristócratas de más y de menos, bígamos, trígamos, averiguadores de vidas ajenas, y mínimos sujetos insignificantes que derrochan en una noche una fortuna con una agreste mulata perfumada de penetrante y falso patchulí, tipos de sombrero ladeado y puñalera, abanderados de causas perdidas, argentinos que son los únicos que ven los ovnis y se lo saben todo, y algún paisano mío del que yo me escondía o camuflaba hablándole *antioqueño* bien sonoro, *quihubo pues*, porque un polaco varado es peor que un emigrado ruso, según Dostoievski a quien yo leía escondido cuando estaban las muchachas y sus clientes en la cama, a la hora en que empezaban a llegar los lecheros, el carro de cerveza y el de gaseosa, las lavanderas, verduleras, compradores de frascos y botellas, el repartidor de periódicos, y el notificador del juzgado por algún pleito pendiente, o también el dueño del local a cobrar el arriendo y a echar una manito con la dueña. Luego llegaban los que habían ido de farra a otra parte y, de vez en cuando, pescadores que antes de partir para el lago Tiberiades echaban sus redes en estas otras aguas.

Este amable empleo en el burdel debió ser, por causas comprensibles, pasajero: ¡No estoy hecho para trabajar! Que el padre Pacho tuviera a bien hacerse el de la vista gorda, pase. Además sus naves y sus veladoras estaban siempre iluminadas, gracias a la feligresía. ¿O, qué es, si no, un feligrés?

Ahora que paseo por estas calles llenas de vehículos que expelen gases intolerables, llenas de gentes presurosas girando en torno en busca del sustento, como abejas de panal, inacabable chusma. Ahora que por la tarde parece que fuera lo mismo que por la mañana, y que la noche es una ingrata pausa y no la hora para mirar las estrellas; cuando se vive de milagro, yo que he vivido de milagro; ahora siento una simple plenitud amnésica. Y paseo mi cara de asustado, pálida y demacrada, como recién egresado del campo de concentración, pero feliz por dentro. ¿Seré un hipócrita? No. No hay más que sinceridad en mis palabras. Porque para mí lo único cierto es el desierto: escueto, ilimitado, donde un viento generoso barre las huellas de la muerte. Y el mundo, este mundo excesivo, nos pertenece en la medida que lleguemos al abismo, hasta no ser ya más nosotros mismos. ¡Y que me cargue el mundo!

De manera que me fui acercando a la filosofía, tentado por el loquito que conocí en la Pensión Astral y encontré luego en el Metropol jugando ajedrez y comentando a Sócrates. Me había convertido en asiduo espectador de aquel juego absorbente y alienante que embarga las horas y los días y las noches de seres meditados que no logran nada más que un jaque. Después de preguntarme filosóficamente ¿de qué viven los ajedrecistas?, me di cuenta de que sin darme cuenta había ido logrando sostenerme de lo mismo: Pasaban las horas, y yo pensando jugadas maestras, soplándolas al oído de los jugadores. ¿De dónde llegaría el maná? Visitaba, claro, al padre Pacho que me acogía con su benevolencia haciéndome edificantes reflexiones sobre la bondad divina, invitándome a plegarias y sahumeros en la penumbra de su humilde

sacristía, donde en medio de sofocantes humitos de tabaco y vinitos, él quedaba listo para la misa de la seis y yo para Sócrates y los ajedrecistas.

Debía atravesar la ciudad evitando tantas otras tentaciones; la cruzaba despreocupado, pleno de emociones y simpáticos efluvios vitales que me llegaban gracias a mis vagos esfuerzos por descifrar el impenetrable matorral. Mejor dicho, de cómo dar el golpe para que cayera un sandwichito de alguna parte, pues los consejos y vinitos del padre Pacho eran demasiado espirituales. El loquito socrático tampoco daba más que cafecitos —como aprendí, ya lo dije, a hablar antioqueño, pues aprendí a pensar también en diminutivo—. Pero por esos caminos y callejones llenos de púas existenciales llegaba al Metropol, donde se rendía culto a la ociosidad.

Una noche me encontré con una secta de lunáticos llamados *nadaístas*. Momento crucial. Ellos estaban instalados junto a la *pianola*, para escuchar canciones cuyo acompañamiento les era imprescindible para descomponer el mundo. El tal Bruno, sentado con el loquito socrático, dijo que mi figura y yo encarnábamos la más sublime descomposición, por lo cual debían eliminarme de manera erótica, arrojándome al mundo y a su espacio para que me devorara como hace con sus hijos predilectos. ¿Quién lo creyera? Levanté mi copa y brindé por tan saludable sacrificio. El loquito socrático se tomó un sorbo y sonrió, enigmático. A renglón seguido fui juzgado y hallado culpable, sin ninguna remisión. Un gigante de apolínea apariencia, ojos azulosos, melena ensortijada, se encargó de confeccionar, recogiendo criterios, el pliego de cargos y decirlo, con voz tersa y cadenciosa que se regó en el ámbito, atónito. Los habituales formaron una delirante multitud y aplaudieron a rabiar. Yo, otro aguardiente. "¿Ven a este desgra-

ciado?" —exclamó al subirse al mostrador—. "No es ni siquiera indigno de crucificar, como Judas Iscariote, pues no ha vendido a nadie. Por lo cual ha sido condenado a morir: Por nada. Y todos sabemos que tamaño delito acarrea la muerte más infame. Cuando el gallo cante la octava vez, este desecho será aventado del planeta. Desde la torre más alta de esta ciudad empedernida donde se ha perdido todo vestigio de pasión. No hay alternativa. ¡Un brindis. Esta muerte se la merece el mundo!". Me hallaba en el colmo de la dicha, embelesado. A las tres de la mañana, concluidas las deliberaciones, entre cánticos y brindis, la depurada versión de la gloriosa e inefable muerte volando por los aires, me hacía verme a mí mismo como una mariposa dominando la altura y regresando al paraíso. Y los *nadaístas* se harían inmortales.

Por la hora, no nos dejaron entrar a ninguna de las altas torres, santuarios sacrosantos del rey Midas. Por lo cual nos fuimos a la residencia de quien pasaba por mecenas del grupo *nadaísta*, en realidad ponzoñoso pederasta, de tez cetrina, cuya mirada recordaba la del viejo Huichilobos. Nos estaba esperando para el sacrificio como si de antemano le hubieran avisado y procedió sin preámbulos a poseerme ayudado por sus dioses y mi pasividad. Enseguida se armó una discusión acalorada. El pederasta no era partidario de que se me arrojara de un quinto piso porque podía no morir. Otros decían que era suficiente arrojarme cuantas veces fuera necesario. El pederasta resolvió declararse neutral y se sentó en un enorme cojín entre dos cirios con un efebo rubio de ojos radiantes a su lado. El loquito socrático se reía enigmáticamente. Bruno decía que no, o que sí y se tomaba un ron. Un energúmeno sugirió que me despacharan de una puñalada, lo que hizo protestar con energía a los demás. Invoqué los espíritus y se oyeron sus voces, pero muy lejanas. Brindamós por la ínfima

brizna de vida que aún queda en el universo. Amaneció. El sol se veía por una ventana, esplendoroso. Se habían quedado dormidos unos. El loquito socrático y yo nos aislamos con Bruno para reflexionar sobre las inconsecuencias del amor. Otros que deliberaban sobre la forma más bella de la muerte, cayeron en disquisiciones, cambiaron de tema, se olvidaron. Por entre las cortinas se filtraba la luz y en la semipenumbra los cuerpos semejaban estatuas inconformes cuyos imperceptibles movimientos dejaban entrever una escena artificial y viva al mismo tiempo, perecedera. Y con pasos contados nos fuimos alejando el loquito socrático, el tal Bruno y yo sin que nadie se preocupara, pues las mentes de los otros al parecer se habían sumido en ignotas honduras, como si la fiebre inicial hubiera sido reemplazada por la intuición de que nada es significativo, que al mundo le basta su miseria, mayor que la muerte.

El frío matinal nos dio de lleno en el rostro al salir a la calle. Volví a ser el de antes. Seguía siendo el mismo.

Nunca más volvería al Metropol. Y sigo viviendo, ya que el mundo se ha encargado de mí. Otros mil trances me han permitido bordear la vida. Aún quedan sonrisas en mis labios resecos: Y en mis ojos, que no veo hace tiempos pues rehuyo mirarme en el espejo, queda el brillo —supongo—, de mis restantes horas. Mi muerte, ahora ocurren tantas, será otra más, no cabe duda.

En todas partes hallé sólo esperanzas, y como no he abrigado ninguna, compagino lo visto y lo vivido, para seguir siendo el que soy, quizás el otro, y me digo: "Es todo. Y el que espere más, puede seguir soñando" Un viejo y querido amigo cuyo nombre me es difícil

pronunciar, me ha vinculado a todas las asociaciones espiritistas de Medellín. Mi conductividad sigue sin mejorar, pero me sostengo, además, prestando mi concurso a quienes, no teniendo más que hacer en esta vida, quisieran conocer la otra, por anticipado. ¡Muy maluco, ahhh!

El padre Pacho murió una hermosa tarde algo lluviosa. Lo enterramos sencillamente, como él quiso. Yo hice un brindis en la sacristía, por su eterno descanso.

XI

Habían, pues, dejado Bruno y Amariles el diálogo inconcluso la noche de la surrealista aventura de lanzar al mundo el despreocupado polaco. Pero cómo retomarlo —el diálogo— no fue causa de insulsas consideraciones. Bruno porque el intercambio de ideas de por sí mucho lo atraía siempre y cuando el interlocutor las tuviera, y lo novedoso de los temas que el socrático ahora le iba planteando, por lo sugerentes, más le agradaron, al considerar que a ciertas incursiones que trataba de hacer en la poesía, disperso y sin contarle a nadie, de gran ayuda iban a servirle; Amariles porque guiado por la intuición hacia el amor ya tenía definido que para llegar hay que saber encaminarse hacia el destinatario, y al prendarse en la figura, irle atrayendo, irle enseñando; lo que al mismo tiempo iba aprendiendo del maestro que ahí estaba, listo, disponible, sin que la meta tuviera que ser distinta de lo bueno y de lo bello. Y si Erik había pasado, no era cuestión de reemplazarlo sino saber que ya era portador de las ideas; que esparcirlas es lo que se debe hacer para que permanezcan, pues en la fuerza vital se explayan sedosas y sutiles, y le van dando al entramado contextura, más tarde se verá. "Que para encontrar el sentido de las cosas, nunca estará mal, Bruno, que sigamos conversando". —Pudo ser que el amigo socrático le dijera.

Al comedor de la pensión llegaba Amariles a hora precisa para sentarse junto a Bruno a la misma mesa, y después del parlamento insustancial o agradable con los huéspedes que por casualidad los acompañaran, juntos sólo ellos dos bajaban al Imperial a tomar un café, charlar y escuchar trozos de un nocturno de Chopin, o los infaltables cañonazos con que Tchaikovski ahuyentara a Napoleón.

—Oye, Amariles, ¿qué tal si hacemos una excursión en las ciclas a uno de esos pueblos vecinos, nos vamos de paseo, entrenamos, miramos el campo, las flores, los árboles, los pájaros, y, por qué no, entre pedalazo y pedalazo repasamos a Alcibíades? —Repuntó Bruno en una de esas ocasiones en que Amariles, entornados los ojos mientras la *pianola* dejaba oír sonos conocidos, parecía somnoliento con el cigarrillo entre los labios y larga ceniza a punto de caer.

— ¡Claro, pensaba en eso!

— ¿Sí? ¡Yo creo que estabas haciendo la siesta!

— ¡Nooo! Meditaba un poco. ¿Sabes? Podemos ir al Carmen de Viboral, está cerca, la región es bonita...

— Bella, querrás decir...

— Sí; tenemos una finca que heredó mi padre, a la que casi nunca vamos, un poco abandonada, podría ser interesante verla; en estos tiempos las tierras agostadas se han ido dejando de cultivar porque no rinden. Pero sí, es bella región.

El siguiente fin de semana se presentaba además propicio porque las ciclas estaban prestas de antemano y sólo era conveniente darles un repaso, echarles aire a los tubulares, aceite a las balineras adelante y atrás, empapando la cadena al hacer girar las ruedas para emparejarlas. Todo listo. El sillín alto, en el punto correcto. Los pedales ajustados. La dirección bien apretada porque un giro intempestivo puede dar al traste

con el caballero. Y para probar las cabalgaduras, unas vueltas por ahí, una paradita por las heladerías, el Metropol, saludar a los amigos o a los *nadaístas*. Llegado el domingo, partir temprano para regresar en la tarde cansados pero contentos.

Primero, subir Ayacucho sin preocuparse Amariles de recuerdos agolpados, no espantarlos si cruzan por la imaginación que no está en estos momentos enfebrecida para hablar interiormente diciéndose a disgusto cosas innecesarias, pues se va empinando la pendiente y hay que estar concentrados porque el viaje es más largo de la cuenta, ya que enseguida vendrá un pedaleo continuo por más de una hora para poder superar la cuesta larga de Santa Elena, y descansar en la cima dando una mirada al valle que aparece a los ojos tan cerca, quieto y reposado; sol brillante, azul de los cielos, verde de las montañas, paisaje tranquilo, pájaros que entonan hace rato canciones matutinas. Aunque sí, en una curva le cruza a Amariles una frase del amigo griego: "Pero también cuando se intenta una empresa hermosa es hermoso sufrir lo que se tenga que sufrir".

Bruno concentrado en pedalear: "Porque el viaje es largo, hay que darle duro y dejar las ideas compartidas para luego, cuando lleguemos a tu finca —dijo, al iniciar la trepada—, pues cuando fluyen las palabras, se entrelazan, y cada quien adorna la guirnalda prometiéndose agregarle flores, al ser posible el intercambio, hilvanando un sartal. Y, me voy pareciendo a tu maestro. Démosle pues, que no se puede a una conversar y pedalear, ni silbar y comer panderero."

Al llegar a la cumbre, sudorosos, se apean; acomodan las ciclas a la entrada de una fonda donde acuerdan detenerse para descansar, refrescarse, tomar un café,

cambiar impresiones, y mirar el panorama. La fonda se yergue solitaria al borde de la carretera, rodeada de eucaliptos en el altozano, con vista plena al valle en toda su extensión; un corredor de piso de ladrillos invita a sentarse al frente en taburetes de vaqueta destartalados y mesas burdas de palos viejos y roñosos. El dueño, montañero de escasas palabras sale, les da un seco "buenos días", y, tras el pedido, regresa a poco con un par de tazas de café humeante, cuyo aroma se esparce tierno.

—¿Y entonces qué? En "el amor en sí" creo que quedamos —inició Bruno después de saborear el primer sorbo—, ¿podrías concretarme qué quiere decir?

—Me pareció que no querías conversar del tema hasta llegar a la finca— respondió Amariles.

— Es que me ha venido la idea mirando ese valle tan hermoso. Está bien querer y amar, pero, ¿por qué hemos de concretarnos a un amor tan sólo, enamorarnos en abstracto, cuando está lleno el mundo de posibilidades y, para decirlo en tus palabras, ¿qué es eso de que debemos distinguir el que ama del que no ama? Alguna vez, estaba yo sentado con amigos en una fonda así como ésta, y cantaba:

*A la orilla de un palmar
yo vide una joven bella
su boquita de coral
sus ojitos dos estrellas.
Al pasar le pregunté
que quién estaba con ella
y me respondió llorando
sola vivo en el palmar.*

Y en ésas, venía una mujer corriendo despavorida y, detrás, alcanzándola, un hombre feroz, con un machete en alto y gritando a voz en cuello:

¡Pará, gran puta!

Y ella, estando ya frente a nosotros, tropezó, se fue de bruces, quiso levantarse pero él la había agarrado del pelo y, de un tajo, le cercenó la cabeza.

—¡Por Dios, que horror!— Exclamó Amariles.

—Nos quedamos paralizados todos —continuó Bruno—. El hombre, arrojó lejos de sí el machete, cogió con las dos manos la cabeza, más enloquecido, y mirándola con ojos pavorosos, como dirigiéndose al cielo, gritó:

—¡Vistel? ¡Por amarte así!

Y se desplomó.

Al decir esto Bruno, aparece en la curva un camión de escalera repleto de pasajeros, cargado de bultos en el techo, meciéndose por el peso excesivo, haciendo sonar el pito-sirena estridente, mientras se oía también el canto de los viajeros acompañado de ronquidos del motor, y, al final, un frenazo al pie de la fonda, entre vivas y risas alegres y desaforadas.

—¡Vámonos! —dijeron al unísono Amariles y Bruno.

Era época de floración que en la vereda Santa Elena el campo se reviste de suntuoso colorido y sus pobladores alegran con *silletas* decoradas.

—¿Qué tal si le pedimos, antes de arrancar, unas astromelias al viejo aquel que lleva tantas flores y adornamos las ciclas para que queden bien coquetas? —dijo Bruno, sonriendo.

—Porque las mariposas tienen alas también... —agregó Amariles, y fue hacia el viejo que muy amable le dio dos ramos y un pedazo de pita para amarrarlos al

cacho de las ciclas—, y cuando alguien a quien no conoces te regala una flor, acéptala...— concluyó Amariles. Y Bruno dijo:

—Porque comienzo tienen las cosas...pero sigamos.

—Que si le damos con pasión al pedaleo...

—Nos vamos acercando...Al Carmen de Viboral...

Del alto de Santa Elena continuar por ascensos y descensos leves que se alternan y van elevando, no parsimoniosamente sino con pedaleo intenso que no conviene interrumpir, hasta un nuevo puerto alto llamado Sajonia, del cual se puede dar un vistazo a la planicie que se extiende por no muy lejanos horizontes circundados de montañas. Pero como el día se ha ido tornando nuboso y la perspectiva permite presagiar que hacia el Carmen de Viboral han de despararrmarse lluvias intensas, acuerdan los ciclistas bajar raudos, de un solo tirón hasta Rionegro, pueblo grande, ciudad en ciernes, y allí hacer breve pausa, mordisquear los pedazos de panela que han traído pues tiene la virtud de reponer las energías sin despertar la sed. Antes dar unas vueltas por las calles viejas, tortuosas, que a ratos parecen no conducir a parte alguna y sin embargo llevan a la plaza-parque, grande, desabrida, una de las dos o tres principales que en la república entera no tienen la efigie del caraqueño general sino, en este caso, la de uno del vecindario, presidida por Iglesia de orden jesuita, blanca, encalada, airosa, presumida, con obispo y todo. ¿O medio obispo?

Otro café, por qué no, en una heladería, un cambio de impresiones, "pero dejemos para luego el asunto del tipo que decapitó de esa manera tan horrible la mujer, porque ahora, como sabemos, Amariles, empieza la carretera destapada, pedregosa, y aunque el terreno es más bien plano, estas ciclas por lo pesadas nos exigen

seguirles dando duro, sin que les importe que estén tan florecidas"

Y emprenden el trayecto final que al dejar las últimas calles se torna en paisaje monótono: Verde oscuro y nubes a punto de estallar. Casas aisladas hechas de tapia y teja que parecen a lo lejos dejadas para siempre de sus moradores. Aquí y allá, hileras de eucaliptos bordean el camino, meciéndose sin pausa al paso del viento casi helado que no alcanza a silbar entre sus ramas. De cuando en cuando, portadas semiderruidas hacen pensar que hubo otro tiempo en el cual cabalgaduras alegremente enjaezadas traspasaban sus umbrales, para dejar dentro de los dominios al señor cansado de andaduras, pero satisfecho de ver brotes augurando cosechas de las tierras que ahora, agotadas de tanto mal usarlas se han llenado de helechos y yerbajos. Y el sietecueros pone la nota, indiferente, flores moradas y tristeza.

Allá, tras un recodo se ve la casa de la finca alzarse en la distancia, solitaria, con un ciprés al frente que contrasta con el crudo amarillo desvaído de las puertas y ventanas cerradas que, se dijera, están así como negando a recibirlos, si al llegar se preguntaran: "¿A qué hemos venido?". Pero no. Al menos Bruno no ha hecho la pregunta, ni Amariles da muestras de hacerla, que animados del mismo impulso que los trajo, ponen el pie en el corredor y dan vuelta a la mirada para ver alejarse en polvareda un carromato que ruge fatigado por la carretera, hasta perderse, definitivamente.

Abren el gran portón con la llave que ha traído la mujer del cuidandero, que vive en la parte de atrás. El aire viejo detenido, al salir deja al olfato que recoja vaharadas del pasado, y a medida que se abren puertas y ventanas van resucitando los objetos y los muebles

cuando la luz los muestra en la postura que ocupan desde siempre. Pero no se trata del descubrimiento de capas de olvido que los hubiera recubierto de polvo y telarañas, pues alguien de la familia ha de venir de vez en cuando a pasar breves temporadas, y después dejar con cuidado que todo permanezca con apariencia intacta de lo que es íntimo, aun de los recuerdos que quieren olvidarse, puestos en el sitio adecuado para que no se constituyan en estorbo de nada. De los muros cuelgan viejas litografías con motivos sacados de almanaques, rústicos los marcos, desgastadas las figuras, raídas, para que su apagada visión testimonie que no se pasa el tiempo inútilmente. Cuadros insignificantes presididos por un inmenso *Corazón de Jesús* descolorido, que tuvieron que haber sido puestos para que aquí reinara una cierta armonía, un tipo de paz enmohecida, que en el alma de Amariles intentara resurgir para que todo en él arrancara de sí mismo. Los demás objetos que calculadamente se esparcen por las habitaciones, proporcionan el entorno en el que alguna vez se desenvuelve el ciclo vital y delatan con simpleza, sin acicalamiento, rasgos de lo que ha tenido o poseído la familia Amariles y el huracán de las pasiones no ha logrado borrar porque el azar y la continuidad les permite permanecer como mudos testigos cargados de silencios.

Un refrigerio que ha traído la mujer del cuidandero ha servido de entremés para reiniciar el diálogo; la pregunta que se ha quedado sin hacer ¿a qué hemos venido? ya tiene su respuesta implícita sin que se pueble de signos ominosos el ambiente, pues a Bruno no le es difícil intuir en Amariles los planes de adoctrinamiento y de conquista, y a Amariles estar solos le da oportunidad de ser más expansivo. Y el viento destemplando las lluvias excesivas anunciadas, deja llevar los temas sin rumbo definido, por lo que se puede comenzar volviendo al caso de la mujer decapitada.

—¿Y qué te trajo a la mente aquel terrible suceso de la fonda? —preguntó Amariles.

— ¡Ah! ¡Horroroso festín!— respondió Bruno.

— ¿Cómo, cómo? ¡Que barbaridad! ¿Por qué lo llamas festín?

— Será una metáfora. Puedes llamarlo como quieras. Los hechos ocurrieron, yo los vi, y ocurren, así sean escasos, reprobables y puede que alguien se quiera tapar los ojos, aunque todos los demás sentidos sea difícil. ¿Por qué el amor nos lleva al desenfreno y el dolor a la perversidad? ¿Es el amor oscuro impulso que nos puede llevar a donde no se sabe, a la locura, por ejemplo? Amar y ser capaz de cortarle la cabeza al ser amado, ¿no es un festín darle fin al amor de la manera más brutal? A mí me parece que sí, y que por eso no está mal ver la belleza en todas partes, amar una, después otra, conquistar una, después otra, seguir siempre hacia adelante, sin tener que matar el deseo y la pasión, para poder amarlas todas.

—Me pareces confuso, que te dejas llevar de las palabras —señaló Amariles.

—¿Sí?, pues concretemos: Yo considero que las sombras nos cobijan, nos envuelven, nos persiguen. Ya dijo Wilde, si no estoy mal, que por eso "el hombre mata lo que más ama", o algo así. ¿Sería el caso de nuestro hombre de la fonda? Pienso que no fue por venganza, sino porque su alma perseguida por las sombras, atada a un solo amor, le exigía desprenderse. ¿No sería eso lo que quiso decir cuando le reclamó: "¡Viste! ¡Por amar-te así!"? Y entonces: ¡O sumirnos en las sombras, o amarlas todas!

— No es esa la cuestión, aunque no digo que no sea brillante el raciocinio que haces, pero planteas un dilema superficial y veleidoso. Parece que quisieras decir que el amor puede dividirse. ¿Dónde dejas la virtud?

— Hay quienes no la tienen y otros que se consideran propietarios exclusivos. ¿Y es que hay que dejar-

la? ¿En los curas? ¿No es lo que predicán, para evitar el infierno?

—¿Y la belleza?

—La belleza. Pues sí, la precursora de ansiedades. Su evocación, el amasijo de pensamientos contrariados, suma y resta de lo que podemos ver y sentir y presentir, que también nos predispone a asesinarla. ¿Y en qué la vemos? ¡En los cuerpos, en los rostros, por ahí, en todo! Aunque tampoco es lo único que tenemos en el mundo, por supuesto. El mundo, horroroso festín, ¿o es que sólo existe el cielo?

—Estamos divagando. Está empezando a llover. ¿Te molestaría que nos sentáramos un rato en el corredor a ver caer la lluvia mientras escampa y nos vamos?

—Pues yo no creo que estemos divagando, pero la lluvia puede aplacarnos.

Y fueron a ver llover.

XI

Habían enviado al cuidandero a que por allí cerca en una tienda comprara lo indispensable para unas sobrias viandas que con poco aderezo y sazón pasaran por almuerzo. El corredor amplio y abrigado estaba bien para reposar mientras la mujer las preparara, resguardados tras vidriera protectora del viento que mecía al solitario ciprés, mientras la lluvia arreciando empapaba los campos, removía el silencio y con su velo encubría la distancia de oscuridad temprana, en tanto que las sombras invitaban a la meditación. Imágenes se adentran en la interioridad de los viajeros que no estaban sin embargo para melancolías de esas que en ciertas ocasiones provocan las variaciones del clima. De manera que dejan vagar el pensamiento alternante de miradas distraídas y ensueños portadores de hondos significados.

—Cambiando de tema —dijo de pronto Bruno—, pues me voy cansando de estar callado, me gusta la finca de tus padres, aunque este semi-abandono deja entrever que la vida ha desgastado sus resortes y queda en ella una memoria de recuerdos que por más que intente el viento remover están ahí, estancados. He visto en tus ojos, al llegar, contrariedad, ¿me equivoco?

—¿No te parece que está bella esta tarde que comienza sin presagios y quedarán después cuando pase

la lluvia los cielos despejados, llenos de oportunidad?
—respondió Amariles.

—¿Sí?... ¿oportunidad de qué?

—De tomarla. No es lo que se queda atrás, en la memoria, lo que nos nutre únicamente.

—¡Ah, bueno, si vamos a hablar en clave es fácil perder el tiempo!

—No, yo nunca busco hablar en clave. Pero tú sabes que no es posible decirlo todo de una vez; cuando te digo "te amo", no he dicho ni la milésima parte de lo que quiero decir.

—¿Cómo así? Ahora me entero. Me había hecho a la idea de que no nos íbamos a meter en ese vericuelo. Me gusta, claro, el asunto de Alcibíades, y el de Erik también, ¿por qué no? Y no importa, si no hay remedio que lo cure. Pero ahora lo que quería saber es de tus antepasados, de tu familia. Esas florecitas mustias que agobia la lluvia parecen tristes. ¡Pues sí, la tarde es bella! Lo bello y lo triste a veces compaginan, y podemos hablar de la familia.

—Bien —dijo Amariles—. Si así lo quieres está bien. ¿La familia? De allí venimos y cada vez nos vamos alejando. En el principio están el padre, el hijo, y el espíritu santo, y después los doce apóstoles, la virgen María y san José. Así queda la familia y el trasfondo de todas las desdichas. Si yo te contara una historia día a día desde el primero hasta el último pariente que registran los anales, suponiendo que existiera tal registro, hasta hoy, hasta este ilustre vástago, infiel representante de la estirpe, no quedarías contento de nada, aunque entre esos representantes de la estirpe nos encontráramos a Napoleón.

—¿Ah, y qué tal Sócrates? ¿No tienes por ahí un Monseñor que pasará a la historia, por lo que sabemos?

—Eso evidentemente es parte del folclor. De la mezcla de unos y otros no se hace una cuartilla, y si se hiciera sería el resultado escueto de acumular relatos in-

completos: ésa es toda la historia. Claro, nos queda lo que llaman *la herencia familiar*, y apoyados en ella podemos cojear, o vivir petrificados.

—Quizá yo he querido tener un conocimiento somero, y tu le revuelves lo que no se ha pensado. ¡O sí, la pata coja!

—No, no creas. Tu interés puede que sea limitado con respecto a mi familia; nada lo impide. Que yo me intereso por ti de una manera. Tú te interesas por mí de otra.

—Evidente, y debiéramos limitarnos al tema.

—Nos interesamos los dos en un sentido concreto, no importa que pongamos el tema en el lugar que sea, dar a las cosas el sentido que tienen, desentrañarlas.

—¡Te mueves muy bien, dando puntadas!

—Porque así el tejido lo vamos completando; y el bordado, si es que logramos terminar, mostrará solamente una parte de la escena de la vida. Como decir: Mitad tragedia, mitad comedia.

—¡Filósofo, filósofo! Que como el arte es entrometido, nos incendia; el buen artista puede pasearse por la escena caminando por el fuego, y arder sin sucumbir...

—Sí, claro... ¿No debe ser así? Porque si miras sin prevención, el arte implica un rompimiento...

Bruno repone:

—¿Y si acabamos refugiándonos en él, quedamos en un simple personaje, uno más de la familia?

La lluvia se aleja. El aire remansado y más sereno. Solución de las aguas transparentan a lo lejos las montañas oscuras, abriendo paso al sol dispuesto, siempre dispuesto a iluminar el gris de la tarde que avanza sin afán. Agregó Amariles:

—Pues parece que los límites familiares nos estrechan, que es bueno abandonar sus muros aunque sean

ilusión los caminos, que para iniciar la aventura de la vida cualquier lugar es válido, y los deseos se convierten en espuma, frágiles desconciertos que se ponen en espera y luego se lanzan al vacío, se recogen, y vuelven a guardarse en otro orden, o en desorden, siempre acumulando un lastre que no nos deja hundir. En fin, mucha ternura —concluyó con cierta sequedad.

—Mencionaste hace días la palabra *eclosión*, ¿qué quiere decir?

—Reventar, brotar, expresar lo que somos, el momento que somos ante el mundo.

—En esas andará el polaco— dijo Bruno, burlón.

Vino entretanto la mujer del cuidandero, les indicó que estaban puestas las viandas en el comedor.

—¿Reventar, brotar?— Siguió Bruno mientras se levantaba ante el anuncio.

—Ser nosotros — respondió Amariles.

—¿Quiénes?

—El uno para el otro, el amor.

—Eso va para otra parte.

—Sin eso, no iremos nunca a ninguna parte. Sin eso, nos quedaremos en el entorno familiar; en un tiempo *heroico* supuestamente de pioneros que forjan un futuro promiscuo trabajando de sol a sol; un tiempo que esconde el alma para que el cuerpo lo haga todo. Abrir los caminos de la tierra, descuajar la montaña y cambiar su belleza sosegada por la desolación de eso que llaman *la lucha por vivir*, que no es hacer lo que debemos hacer, para nosotros.

—¡Pero, hombre, entonces de qué se vive!

—De la vida misma, de nosotros, de lo que llevamos dentro. De los pasos que damos día a día hacia nosotros mismos y nos conducen a campos florecidos. Donde son inútiles las hachas, los machetes, donde no

es necesario abrir montañas y enterrar decepciones, para sobrevivir.

—¿Me rindo o no me rindo?.

—No, no es cuestión de rendirse. Rendirse es entregarse, perdidos y confusos. Ni se trata de dar batallas y obtener efímeras victorias, a menos que...

—!A menos que comamos, o nos moriremos de hambre!— exclamó Bruno, sonriente.

Después de caminata por los alrededores, hacia las cuatro emprendieron el regreso; tomaron café en alguna fonda sin enfrascarse en más disquisiciones; enhebraron algunos chistes, y al llegar al alto disfrutaron la vista de la ciudad iluminada, con cuyo resplandor debían descender con cuidado pues la noche cernía su sombra acariciante, y el poemario de los cielos, las estrellas, permitía, al esparcirse, invitarlos a soñar. Lo cual, por supuesto, tiene sus riesgos...

XII

En la finca de la familia Amariles el alto ciprés solitario parecía un dedo señalando hacia arriba en protesta de nada, y en la noche un signo que los ojos no fueran capaces de identificar hasta que no estuvieran cerrados en espera de verdades que aparecen cuando sobran, como los médicos al muerto. Con el viaje comenzó algo que, al reflexionar Bruno, se preguntaría: "¿Fuimos Amariles y yo a tratar de entender algún secreto? ¿Vimos cosas viejas que no escondían nada, y sólo, tal vez, enseñaban las maneras de ser, los gustos, las formas de vivir, de sentarse, entrar y salir, dormir y soñar de unas personas de las que Amariles no estaba interesado en hablar?". Pero él mismo se contestaría: "Supongamos que los decorados cambian, que yo solamente hubiera tenido como meta hacer deporte y Amariles ir conmigo en pos de una conquista, y que yo en vez de cerrar las cortinas del proscenio las hubiera abierto, y Amariles se fuera entrando como actor impertérrito que sabe hilvanar con hilos frágiles las telas sutiles que no por recibirlos se deshagan al contacto del aire enrarecido que crea su propia tejedura para que la vayan descubriendo despiertos espectadores, como yo. Lo cual no está del todo mal, porque la cosa es simple: Puestas las barajas en la mesa, cada jugador en su lugar. Y como bien sabemos, al que le gusta ganar siempre, si no tiene un as entre la manga el juego

no le sirve. O sea: Que el secreto es otro y que vengan como vengan los acontecimientos es cuestión de saber manejar las luces y las sombras en la escena, que vaya cada actor recitando su papel, sea diálogo o monólogo, sellado el deseo de conocerse, de estrechar la relación, pensar en cosas coincidentes y hacer que suene la orquesta adelante del proscenio, acompasada o dispersa, vea pues, porque todo es posible, que hasta se duerma el director, ¿o me estoy durmiendo yo?" — Se pregunta y termina, como si una carcajada interior lo rebullera.

Reposa por unos momentos, cierra los ojos, medita. Le da vueltas a una nueva pregunta: "¿Entonces qué hay que hacer?" Y le viene a la mente una idea: "¿Qué tal si me cuento un cuento yo mismo?" Y comienza:

"Había una vez un hombre que quería renunciar a la inquisición de sus propios argumentos. Salió de casa una mañana temprano, y enderezó sus pasos a ninguna parte, sin preocuparse de que tuviera nada que hacer, o que si fuera mucho, luego se vería. Se cruzó por el camino con gente amiga y saludó. Inicialmente se dijo que quizás eran los demás los que siempre tenían la razón, y que las dudas carecían de todo fundamento por lo cual discurrir era vano, insensato o no valía la pena. En un ventorrillo callejero compró cualquier cosa y siguió sin inmutarse por lo que le hubieran cobrado y pensó que era bueno darse aires de muy gran señor. "¿O no está lleno este mundo de grandes señores y señoras?" — se dijo, y continuó: — "que tienen los aires de importancia adquiridos pregonando a los vientos su fingida bondad". Pero en ésas había llegado a un tumulto que rodeaba a un hombre barbudo subido en un cajón, haciendo gestos y extrañas morisquetas como las de un mimo enajenado que fabricara un mensaje incomprendible pero atractivo por lo absurdo. Lo observó, no entendió nada, nada le importó, y siguió cami-

nando. Después de avanzar algunos pasos le llovieron preguntas desatadas de una indicación que hiciera el mimo señalando en actitud provocativa hacia un parquecillo que dos cuadras más allá se presentaba acogedor, cual un oasis donde estuvieran las respuestas, y en un arranque gritó: "¿Y es que renunciar es imposible?" "¡No, no!" "¡Sí, sí!", llegó hasta sus oídos, unánime contestación, violenta. Sintiéndose acorralado fue abriéndose paso entre la gente que venía de todas partes en asedio, pero logró pasar con decisión, sin inquietud, animado ahora por el solo propósito que se le ocurriera esa mañana al salir de la casa y le sugiriera que toda sentencia ha de cumplirse inexorablemente, y que sólo es cuestión de ejecutarla de manera teatral, lo más sencillo. Al arribar al parque, una música que por lo desacompañada y bullosa no le pareció celeste, brotaba de una chirimía acompañada de atabales, panderetas, tambores y timbales, trompetas, contrabajo, clarinete y saxofón. Al irse acercando fue disminuyendo la fanfarria el desconcertado son, hasta parar en seco al llegar nuestro hombre justo al pie del director, demoníaco hombre sombrío de mirada tenebrosa que le clava los ojos de fuego y los gira en el instante dando indicaciones a los músicos con manotazos rabiosos para arrancar en fúnebre, lenta cadencia prolongada que parece reventar en las sonoridades de tamtam. Al lado del director subido al podio, y como puesto adrede, se encuentra un raro poste metálico que expide visos herrumbrosos, por lo broncos fascinantes, y que poco le rebasa en altura la cabeza, rematado por un gancho en "U", en uno de cuyos brazos cuelga su sombrero de copa, raído, mugriento, repugnante. El hombre no medita, absorto oye en sus fondos el redoble creciente de los atambores, los metales, las maderas y la chirimía, se acerca más, y exclama, grita intempestivamente: "¡Pues renuncio!". Se sube al podio, arroja al director, quita el sombrero, da un brinco, se cuelga

de la "U", encaja la cabeza, se suelta, se ahorca de inmediato. Un ¡oh! de pasmo recorre en murmullo la asistencia".

En esas llega Amariles. Remueve a Bruno que parece dormido. Pero no. Éste abre los ojos y sonrío. Y pregunta:

—¿Podrá ser cierto todo lo que uno piensa?— y de seguido le contó el cuento en que estaba sumergido, conviniendo ambos que luego lo podrían comentar.

En la tarde, fueron a reunirse al Metropol con Óscar, Federico y Róber. Cabanillas no estaba. Sentado al lado de Róber un muchacho que cuando estaba silencioso daba la impresión de pensador prudente, y desdibujaba con hilaridad supina el inicial prurito que despertaba su figura de David sin honda, moreno, altivo, ojos abismales de profundidad incierta. De apellido Pedraza.

¿De dónde había salido? ¿Fue Amariles quien lo "descubriera"? Habría de verse. Que con los tiempos irían llegando al Metropol a sentar sus reales los efebos, unos que no se sabía de donde los sacaba Amariles, otros que atraían los *nadaístas*, que también sabían crearse para sí el propio entorno en su literaria atalaya, para dejar plantadas las simientes que fueran germinando en frutos invisibles pero ciertos, dulces o amargos, de amistades o de amores.

Bruno hace un rápido balance, ata cabos y se pregunta si está donde debe estar o no. ¿Había entrado con permiso o sin permiso, por la rara efervescencia de las cosas, al íntimo círculo de amigos que evocan con donaire la presencia inconsecuente del amor desperdigado y hacen pinitos en las vastas latitudes

del humano desenfado que permite llegar al fondo del conocimiento?

En todo caso se sentía bien; que el tiempo va pasando; y los impulsos, dejar que viajen con sus alas desplegadas por espacios abiertos para ir recogiendo los granitos que van soltando al caer los efluvios estelares del saber y la virtud; si estar a bordo de una nave iluminada que riela en aguas procelosas puede ocurrir sin darse cuenta, es posible en la luz otear los arrecifes, y entonces echar anclas o llevarlas si por alguna parte se esfuman las nubes y despejan horizontes.

¡Pedraza, Pedraza! ¿De dónde había salido? —¡De por ahí! —hubo de decir él mismo, soltando risitas a borbotones. "Porque de alguna parte saldrá uno"— dijo Bruno a las volutas del humo de aromáticos Camel, Chesterfield y Lucky Strike, que aspiraban sin turno los presentes y soplaban levemente en el aire corrompido, aliviado por un ritmo que salía de la *pianola* mientras los ojos de Róber fijos, ardientes, extasiados, soñadores, inquirían sin reposo la mirada que sin fijarse en él iba a posarse en otra parte, en cualquier parte, por ahí.

—Lo mejor que podemos hacer Amariles —dijo Bruno—, es jugar una partida de billar, y entre tacada y tacada disparamos un dislate; cuando una carambola se ponga bien difícil, la hacemos de chiripa. Si la mesa está desnivelada, nos pasamos a otra. Si los curiosos apuestan nos hacemos sordos, y el que vaya perdiendo apunta tres en vez de dos de tal manera que vamos siempre parejos como si jugáramos igual; y al llegar a cuarenta, prolongamos, sin que nadie se dé cuenta, previo guiño. ¿No crees tú que también la vida ejerce sus triquiñuelas?

—¿Y cómo terminamos la partida? —preguntó Amariles.

—¡Empatados!

—¡Bueno!, ¿pero qué les diremos a los que hayan apostado?

—Por ejemplo, lo siguiente: Que ir sin rumbo es el "amor en sí", y que el "conócete a ti mismo" es una espera indefinida a la que nunca llegarás.

—Un momento: Parece que pusieras los personajes de tus historias en pie de igualdad, el que cortó la cabeza a su amada, semejante al ahorcado de la tétrica "U".

—Exactamente: Quedaron empatados, porque eran diferentes, ni siquiera semejantes, sino uno y el mismo, como ocurrió a dos duelistas dispuestos a morir por la verdad: Que al disparar, al unísono estruendo, las balas sin saludarse en el aire, chocaron, se volvieron astillas, y nadie supo qué se hicieron.

—Divagas. Juguemos. Pero recuerda que "en cuanto a las semejanzas...es siempre el que conoce la verdad quien mejor sabe descubrirlas"

—Pues eso es lo que deben hacer los que apuestan: Asunto de ellos. Pero como antes de jugar es bueno entonarse, cantémosle a Róber esta canción:

*En el campo me metí
a lidiar con mi deseo.
Contra mí mismo peleo,
Defiéndame el dios de mí.
Defiéndame el dios de mí...
A tan mortal enemigo
yo no basto a resistir
ni mucho menos huir
porque lo llevo conmigo
porque lo llevo conmigo...
Rendírmele luego allí
es un ejemplo muy feo
muy feo.
Contra mí mismo peleo
defiéndame el dios de mí.*

Y se fueron Bruno y Amariles a jugar la partida.

XIII

¿Qué origen tiene un sujeto que ahora los habituales del Metropol encuentran al salir a la calle, o viceversa, de entrada, que parece el portero, no Cerbero, porque tiene sólo una cabeza, pero sí un maletín en una mano y en la otra un libro abierto, como si leyera, indagando nadie sabe qué, con la mirada fija cuando pasa el que entra o sale, sin moverse, sin espabilar, incógnito, sin saberse a dónde va, de donde viene?

Federico es quien vive más cerca al *parque*, media cuadra abajo de la Metropolitana por Bolivia, calle en la que también el cafesucho Serenata acoge en tardes, noches y amaneceres prolongados con tintines de sonoridad y tremolina al embrujo de cantos rara vez bien temperados.

Óscar pasa por allí cuando viene de su casa del barrio alto de Prado en pleno Palacé, sin entrar, pues aún está temprano, y no es hora de cantar *Casas Viejas* ni el *Señor Capitán* y ha convenido en recoger a Federico, no por primera vez, resulta obvio, porque lo hace todos los días para ir juntos a la facultad, o acualquier otra parte, inseparables.

Luis Roberto vive cerca, a cuadra y media no más, en Perú entre Palacé y Bolívar. Ese día han acordado encontrarse con Amariles en la pensión, pero sin Bruno,

que no le camina bien al propósito que les anima de conversar otros asuntos de los cuales se han estado ocupando últimamente.

¿Quién es el hombre aquél?, se preguntan ya estando juntos, después de entrar al Metropol y verlo parado en la puerta insidioso, interrogante, gafas de pata gruesa, lentes espesos, ojos que sin pestañear lo observan todo con expresión que a nadie asusta pero extraña porque ese estarlo viendo tan de seguido, desde hace tantos días, cual vigilante, cual espía, libro en mano abierto y un maletín en la otra, sin saberse qué busca, qué pretende, sugiere respuestas extraviadas.

¿Y cuáles son los asuntos, que ellos, los amigos, ahora quieren conversar a solas? ¿Y puede ser el Metropol con gente de todas las pelambres que se mete en lo que no le importa, el lugar apropiado? ¿Ha sido Amariles, socrático filósofo, cazador de efebos, que un día trae uno, mañana otro —tal Erik, tal Bruno, tal Pedraza— el que ha propuesto la idea de tratar el tema de la revolución cubana, a solas, en el Metropol?

Han encontrado, al entrar y sentarse a una mesa junto a la *pianola*, al compañero de la facultad, Arturo, *El Narizón*, agudo, incisivo, alto, flaco, bigotudo, narizón en efecto, apuesto, descomplicado, directo, francote, ojos oscuros penetrantes, serio—alegre, nunca triste, cantante destemplado atronador, siempre al grano, realista.

¿Cuántas interpretaciones de lo que está sucediendo pueden darse en una reunión como ésta de amigos tan distintos en sus modos de pensar, en sus maneras de ser?

—Porque vamos a ver Amariles —pudo haber sido Federico el que comenzara la conversación—, ¿cómo hacer que compaginen el amor y la revolución?

—¡Ssssh! —musitó Óscar—, pasito Federico. No es raro que ese tipo de la puerta...

—¡Qué! ¿Será embajador del Vaticano, alto comisionado del franquismo, o qué? —dijo en tono sarcástico *El Narizón* Arturo—. ¡Ése lo que es, es un espantapájaros! —concluyó manoteando y pidiendo un ron.

—¿A esta hora? —dijo Róber—. ¡No está mal que me traigan otro a mí!

—¡Ah! ¿Y entonces a qué vinimos?—dijo Óscar.

—¡Yo no sé, yo estaba aquí! —respondió *El Narizón*.

—¡Cálmense! —dijo Federico riéndose—. ¿Ves Amariles? Yo te decía que eso de la revolución suena muy bonito pero es muy complicado, ¿y qué hacemos con Sócrates, entonces?

—A Sócrates nada le impidió ir a la guerra, y tú lo sabes. Pero eso no viene al caso ni tiene que ver con lo que ahora está ocurriendo. Arturo, me parece a mí, ha puesto el dedo en la llaga.

—¿Yo? ¿En cual llaga?

—En la que está abierta y nadie mira. ¿Qué nos hace pensar que el hombre de la puerta sea embajador del Vaticano o comisionado del franquismo? La llaga la tenemos abierta, y el *Nadaísmo* no es la solución. Hace ciento cincuenta años, y más, y todavía más, Colombia es la misma. Ahí están, vivos y coleando, el yugo vaticano y el yugo español, que son lo mismo, la peor llaga supurante.

—Y el imperialismo yanqui —añadió Óscar, agregando:— Ahora dueños exclusivos de la virtud, por el terror; fabricantes de ignorancia, incluida *su* moral del servilismo...

Róber se retorció el bigote, Arturo se tomaba el ron, Federico parecía alelado pensando, indiferente. Amariles pedía otro *tinto*, y Óscar recorría con la mirada ceñuda el salón atiborrado de jugadores de ajedrez, billaristas y curiosos. Y Amariles continuó:

—Si vamos a las consideraciones morales, ¿qué nos legó la madre patria?

—¡Curas, monjas, putas, puñaletas y soldados! —dijo Arturo.

—Y que hacer el amor es peligroso. ¡O no Amariles! —exclamó Federico.

—En resumen —comenzó Róber a decir, abstraído, sin mirar a nadie:— Que los conquistadores vinieron a América con el tute, la vihuela, la hermosa lengua, música y poesía, el Amadís de Gaula, y otras cosillas..., dijo un analista, *El marqués Luis*. Hemos tratado de vadear el río sin poderlo cruzar por parte alguna, y hemos esperado que los problemas pasen, indefinidamente. Venimos de la mano de dios y al que crea que venimos del mico, que se lo coma el tigre, y ¡que viva el Papa! ¡Ah, se me olvidaba: Que los curas prohibían la lectura del Amadís a los conquistadores!

—¡Hombre, sí!— dijo Óscar—, pero no demos alaridos, concentrémonos, o no hablemos más aquí del tema con tanta bulla, toda esa gente, el hombre de la puerta ...

—Mandémosle preguntar quién es, con la mesera. Ven, amiga, tráeme dos rones, ¿o ustedes quieren?, dile al gafufo que está parado en la puerta, que si es hijo del Papa o de Franco, o de los dos, en contubernio...— soltó Arturo, entre serio y furioso.

—¡No, no, cálmate! Escuchen —dijo tierno y risueño Federico. De la *pianola* brotaban armoniosos los Platters:

*When the twilight is gone
and the songs birds singing
when the twilight is gone
is coming to my heart
and here is in my heart
we will say
twilight pray
my pray...*

Entraban en ese momento *El Cachi*, *El marqués Luis*, *La Marquesa de Yolombó*, acompañados de Eloy Méndez —cabello rubio encendido, ojos azules apagados—, menos asiduo en el grupo de amigos pero que con el paso de los días aportara con su calor humano notables inquietudes en cosas del saber, que en fin de cuentas era el empeño que a todos embargaba. Después de los saludos preguntó:

—¿Ya saben quién es el hombre de la puerta?

—No, íbamos a averiguar. Será algún chiflado o será, como dice Arturo, agente del Papa o de Franco, —dijo Amariles en tono distraído, mirando acariciante a Méndez.

—¡La célula, la célula! —exclamó *El Cachi*.

—¿La célula? ¿cómo así? —¿preguntó Óscar.

—¡Comunisticas queridos! ¿No saben qué es La célula? —indagó, como siempre burlón, con alegría desbordante, *La Marquesa*—. ¡Ay!, esto está revuelto. Agentes de Castro por todas partes, agentes de la CIA por la otra, agentes del patas, agentes del putas. Y vos Amarilitos, *Olivetico*, ¿qué hiciste a Bruno? Traémelo, mostrámelo, regalámelo, dame aunque sea una celulita!

—¡Ah! se fue hace unos días a vivir solo, a un apartamento, en la avenida De Greiff.

—¿Nos abandonó? —dijo *La Marquesa*, fingiéndose tristón—, ¿o estará montando célula aparte? Me han dicho que tiene unos secretos espectaculares. ¡Cuéntanos Amarilitos!

Óscar se mostraba impaciente. Amariles no dejaba de mirar a Méndez con ojos afectivos. Éste le explicaba a Federico la cuestión de las células que al parecer los marxistas-leninistas estaban formando en grupos reducidos de activistas con el objeto de actuar de la manera más secreta, con enlaces invisibles. Luis Roberto hablaba con Arturo y le decía cómo estos países

al independizarse de España pasaron a convertirse en meros dependientes culturales mediante el fanatismo. *La Marquesa* peroraba, hacía chistes y cabriolas, y en algún momento que oyera a Róber, dijo medio serio:

—¡Si, queridos barbuditos y lampiños, por eso nos van a mandar en estos días *la santa misión*, para que no nos vamos a descarriar con el tal castrismo! ¡Tengámonos fino!

Pero ya nadie hacía caso. La música de la *pianola* la había venido a aumentar de tono el garitero, y Arturo y Luis Roberto habían pedido un frasco de ron para todos, que fueron escanciando mientras se divertían con las jocosidades de *La Marquesa*. Y así, hasta que cada uno se fuera para casa, no tarde en la noche pues habían pasado el día entero sin poder entrarle al tema más que por los borditos, por lo cual parece ser que Óscar le dijera a Federico al dejarlo en la puerta de la casa y mientras se despedían, cariñosamente:

—Pero a esto Federico le tenemos que poner más seriedad.

—¿A qué? ¡Ah, sí, no, pues claro!

—¡Ehhh...Hasta mañana!—. Exclamo Óscar dando un manotazo al aire como para alejar el viento.

XIV

Bruno había resuelto irse de la *Pensión Astral* según dijera a Amariles, con el mero propósito de buscar mayor holgura, porque el ambiente de aquella casona, insulso y desleído por el trajinar de huéspedes inciertos le causaba molestia. Y agregara:

"Pues sí, en la pensión hay de todo, un mundillo revuelto, y no que en él no se encuentren más halagos y atractivos que en los tales entornos familiares. Pero, mira: si uno aquí quiere estar solo, pues no está solo. Si me encierro en la pieza a leer o a estudiar, llega la de adentro a arreglar la cama y a barrer y trapear y a conversarte. Cuando se va, has quedado aburrido porque el hilillo de un poema que se te había venido a la cabeza se ha escapado en un instante y no eres capaz ni siquiera de recuperar la primera frase que parecía muy sonora y diciente. Al fin me calmo, aunque no sé de dónde sale la paciencia, tan escasa. Comienza entonces la terrible barahúnda que arman en la cocina porque llegó el mercado y tienen que correr, unos para arriba, otros para abajo, pues el carro que lo trae no puede estarse más de dos minutos en la puerta, ya que el tráfico de la hora es endemoniado, y el tal *Jarretepapa* dejó caer los huevos en la mitad de las escalas por bruto y desatento y trasnochado.

"¡Ay, dios mío, qué hiciste animal!" —grita la dueña—, ¡traigan el balde y las traperas!", con una de las cuales le da un buen escobazo.

"Tú porque sales tan temprano a vender tus olivettis a lo mejor no has visto nunca mi querido Amariles el manicomio que se forma con esta quebrazón, aunque sí creo que te ha tocado no probar huevos en una semana sin saber por qué. ¡Y bien flaco que estás hombre!, que yo no sé tampoco de qué vives tomando *tinto* a todas horas, muy bueno, sí, sobre todo el de Juan de la Rosa, aquí abajo en El Imperial, oyendo una mazurca o los eternos cañonazos de la Hollywood Bowl. ¡Pobre Napoleón, arriado por Carmen Cavallaro! Y qué opinas del vecino de al lado cómo ronca, cuyo estruendo desacompañado llega al bajo más profundo y al silbido más agudo en batahola de juglar o jilguero amanecidos, déle que déle en estertores de muerto y serenata indefinida que te impide conciliar tu sueño, pues arranca parejo cuando tú te acuestas y nada hay que lo detenga, que a veces me levanto y voy y lo volteo, suspende un segundo, y cuando llego a mi cama ya va por la estratosfera peor que un jet. He pensado en las mañanas: ¿De qué pueden estar llenos sus sueños?, y me dan ganas de tirarme al patio, de cabeza. Muy bien. Tengo que apaciguarme. Al fin y al cabo he logrado dormir algo aunque nadie sepa cómo. Dejemos el asunto. ¿Qué te parecen las batallas campales que antes de la comida pregona el fanático de Hitler? Yo no sé de dónde sacas valor para jugar con él unas partidas de ajedrez interminables, mientras explica que la guerra mundial hubiera terminado en triunfo inobjetable si en Stalingrado von Paulus no hubiera sido tan imbécil. Pero Bueno. Qué importa. Ruidos, chismes, trifulcas de toda clase, con comida mala, carne dura, pagar, eso sí, el primero del mes; que o si no te van quitando cosas, no te arreglan la cama, te esconden la pijama, y te hace

cara la dueña de agravio y desahucio. Claro que uno se divierte también. Ahí están las ciclas para esas salidas que ahora estamos dando, interesantes, no lo niego, que me vaya no quiere decir que dejemos de hacerlo. Me da sí pesar dejar al profesor gratis que me ha estado enseñando inglés, aunque me inquietan sus raras suspicacias, si vamos a ver: ¿De dónde ha salido? ¿De qué vive? Nadie sabe. Dice que vivió muchos años en Estados Unidos de inmigrante lavaplatos y se vino a investigar cómo estaba esto por aquí. Sin más, hace preguntas y preguntas que no se sabe para dónde va. Un día oyendo en la radio hablar de la revolución cubana y como quien no quiere la cosa me dijo que le contara qué opinaban los amigos del asunto, y si era cierto que por ahí andaban sueltos algunos revolucionarios, que si conocía alguno, que se lo presentara porque a él le parecía muy interesante la cuestión. ¿Será agente de la CIA como dicen ustedes? Eso sí, domina el inglés, en absoluto. Y mantiene revistas de mujeres en pelota, una de ellas muy lujosa, en la cual hemos estado tratando de traducir una especie de relato que ya casi acabamos y me gustaría que lo miraras, pues me da la impresión de que contiene sugerencias parecidas a la idea del amor en sí, pero como yo me lo imagino que no se puede uno amarrar a una sola. En estos días trataré de ir entregándote los borradores y me dirás después qué opinas. Tampoco es que sea del otro mundo, pero como ejercicio no está mal. ¿O.K.? A propósito ¿has notado la proliferación de avechuchos femeninos que ahora desfilan por la pensión, la han ido convirtiendo en una especie de casa de citas, como si la dueña no se diera cuenta? Vienen, se instalan de turistas, en grupos de dos o tres, y por la noche salen, por lo que se sabe, a divertirse, y eso qué importa, pero regresan, una por una, con acompañantes borrachos que forman el escándalo del siglo con *Jarretepapa* que no los deja entrar, y nos despiertan, o por lo menos a mí, qué con la tomadera

de *tinto* y los ronquidos del vecino paso la noche en vela, porque yo no sé cómo haces tú para dormir a pata suelta. Mujeres así sobran. Por eso me voy para el apartamento, pero para tenerlas sólo para mí, las que más pueda, de a una, y ahí se van pasando como parece que hiciera el del cuento que estoy traduciendo con mi inesperado profesor de inglés, agente o lo que sea, pues lo voy a tener que alejar, y que siga su camino, y para que respire y dejes de echar humo, termino: Federico ¡qué sensibilidad! No me lo imagino viviendo en una pensión de éstas o en un apartamento, solo, como voy a vivir yo. ¿Esa idea que tiene del amor es romántica, sentimental o qué? Lloro y río, y cuando menos pienses te está tomando el pelo. Y dime: ¿Cómo es el cuento de que las novias le "dan palo"? ¿Entonces para qué se las consigue? ¿Para sufrir y al fin postrarse? Muy lindo lo de "ama, ama, mientras puedas amar", pero eso de que "un día llegará en que al borde de la tumba, llorarás a la vista de la muerte", no va conmigo. Amar, amar y seguir para adelante. Es lo que yo estoy viendo en el caso de Alcibíades. ¡Ah! ¿Pero no ves? Esta bulla en la pensión, no deja concentrarse. En la tarde, las radionovelas, todo el mundo extasiado oyendo los enredos más sublimes y más cursis del amor del conde papanatas y la sirvienta de la casa. ¿O será que por estar viviendo aquí se me ha metido la idea en la cabeza mientras los oyentes exclaman "Oh qué hermosura" de que el amor no es más que una simpleza, la vida una radionovela? ¿Será que yéndome a vivir solo desenredamos esto, y se resuelve el secreto? ¡Habla!, que ya te toca el turno".

—¿Y cuándo piensas irte para el apartamento? — pregunta Amariles que ha estado escuchando sin chistar.

—Ahora mismo. El trasteo es muy fácil. Ya está lis-

to el baulito con los libros, si acaso siete con los que me has regalado, cuatro trapos, la pijama, el retrato de una gorda que ahora me conturba, y algunos recuerdos que pueden pintarse en cabeza de alfiler. Se acomoda en la cicla de cualquier manera; ya pagué la cuenta, no dejo nada, y fuímonos.

—Bueno. Vamos pues. Pero no olvides que tenemos pendientes un montón de temas que has ido planteando tú mismo, como el del corte de cabeza y el del ahorcado, y que el mundo es algo horroroso, la vida es un engaño y ahora una radionovela. Y el caso de Federico y tu secreto. ¿Y cuál es tu secreto?

—¡Vas bien! Te confieso que he estado pensando con más seriedad que hay que ahondar en lo de Sócrates, pero despacio, y vamos desenredando el secreto, también con calma. Ahora, en cicla y para el apartamento.

—Vamos.

XV

Vino un cambio de escena, en términos de Bruno —con los años que fueron pasando—, tanto en lo personal como en lo exterior, multifacética y móvil realidad en que naturaleza se va dando como bien se sabe. Y el famoso apartamento, porque llegara a ser "famoso", había que verlo. Quedaba allá, en la esquina de Cúcuta con la avenida De Greiff, a una cuadra larga de la plazuela de Zea, y, devolviéndose, a cinco, casi seis del Metropol. Era en un edificio construido, se decía, "sin gastar un peso", levantado con cálculo tan ahorrativo como otro igual que el mismo dueño poseía llegando al hotel Nutibara, adecuado para viviendas de estudiantes solteros y una que otra vagamunda acomodada, si es que resistiera con su "vida alegre" las singulares exigencias de recato y parsimonia demandadas por el propietario que al fin de cuentas —cobros permanentes, avaricia superior supuesta o cierta, parquedad, mal talante, ceño fruncido, amigo sólo de reclamos— terminaron apodándolo "Pascual Hambre". Que eran tantas las ganas de no gastar que mantenía, que ni nombre ponía a los edificios, pues para ponerlo era demasiado el ejercicio mental, y al que los viera, o aun sin verlos, le era fácil reconocerlos: Impoposibles absurdos constructivos que no caían al suelo en el menor de los temblores o al soplo de un viento suave y desperdigado, por milagro. Y sin embargo las gentes los bautizaron por los nombres de combate que osten-

taban sendos lugares de regocijo, que en local de piso bajo había en cada uno: La Bucana el primero, el de Bruno; y Fantasio el segundo.

Pensar que el canto de bienvenida que la pensión diera a Amariles se pareciera en algo al de puertas abiertas a Bruno en La Bucana tal vez sea exagerado. Porque eso sí que mucho ruido y pocas nueces considerara Bruno que abundaban en la pensión, aquí tampoco era otra cosa diferente: Silencios aparentes, calmas momentáneas, apaciguamientos traicioneros, hasta tal punto que él mismo hubo de preguntarse: "¿Y cómo vine yo a dar a esta matraca?"

—¿Cómo te fue anoche?, le preguntó Amariles al día siguiente, y Bruno respondió:

— Pues lo de estar solo será lo de estar conmigo mismo, porque si lo de venirme para acá no ha sido una solemne chifladura, o falta de previsión, como dice mi papá, hasta aquí llegamos, como añade el ciego.

—¿Por qué?— preguntó Amariles.

—Pues porque no es que traigan el mercado o lo demás de la "benemérita" pensión: Esto es el mercado, el manicomio, la pelotera; barahúnda, batahola y francachela: el acabóse. Y dejémoslo así, porque no hay nada que hacer, al menos por ahora; y si hay para dónde irme, no tengo con qué: Debo la cama, la almohada, las sábanas, el colchón y las cobijas, el nochero, las chancletas, el jabón y las toallas, el fogón, la parrilla para hacer *tinto*, la escoba, la traperera y hasta los calzoncillos.

Pero si lo último era cierto, tal vez lo primero no daba para tanto, y Bruno, o aprendiera a soportar los ruidos, o los tuviera que aguantar. De tal manera que pasando el tiempo allí estuvo contribuyendo con los ruidos suyos, que de vez en cuando eran de respeto, como la noche de los primeros días del trasteo que fueran los

amigos y Amariles y algunos *nadaístas* a inaugurar la suntuosa vivienda, y terminaran, incitados por Federico, que tenía sus arrojos, bailando flamenco zapateado, y salieran corriendo espantados los demás residentes creyendo que había sobrevenido un terremoto. Dijo Bruno a Amariles:

— Y si la vida hay que encararla donde sea y como sea, con engaño o sin él, aquí me quedo. Vamos por partes. Tanto es absurdo cortarle la cabeza por una disparatada suposición al ser que se ama o cree amarse, como poner fin a los días intempestivamente porque se halle cuando menos se piense un pilar apropiado para colgar la ropa. O puede ocurrir aquello no tan prosaico del negrito que llegó a la encrucijada, se le cayó el sombrero pero no la cabeza, y con ella fue quedándose para que el baile y el viento resolvieran y los que venían detrás le dieran una mano, recogieran el atuendo capital, ¡y que comience la jarana! Escucha:

*Moi sortie la ville jacgnell
M'a p'allee la vallée
N'a arriveau carrefour venait
¡Panamá m'est tombé!
¡Panamá m'est tombé!
¡Panamá m'est tombé!
S'a qui derrière
Ramassé ce por moie.*

— ¡Oye!, ¿se me estará enredando el francés con el inglés del agente ése?

— ¡No! Te dan ventoleras y te inflamas entremezclando lo que quieres hacer con lo que piensas, encabas una cosa con otra sin que se sepa para donde vas, qué quieres. — Dijo Amariles cuando estaban sentados en La Bucana oyendo desapacible música, mirando pasar buses y cantidad de gente atareada. Y Bruno continuó:

—Anoche soñé que todos estábamos compartiendo una casa enorme situada en Manrique para llevar muchachas bonitas o feas según los gustos. Vi a Federico parado junto a la barandilla escuchando extasiado una sirena, que con voz meliflua entonaba una canción celestial, sentada en la rama más alta de un árbol del pan. Róber caminaba por el corredor, retorciéndose el bigote y llevando libros bajo el brazo. Óscar y Arturo discutían. Román Cabanillas, ensimismado parecía meditar. El rubio Méndez trasegando cuartillas dactilografiadas de varios libros porque dizque va a fundar una editorial. Tú y yo dábamos vueltas en las ciclas con las manos sueltas, por el sendero en círculo que rodeaba la casa. Y tras cada árbol del pan nos miraban cien ojos. Si era la tarde que caía, no se notaban arreboles. Si era la noche, los ojos encandilantes incendiaban las penumbras. O si era el amanecer, no se sabría. Oscuro y claro. Sutil el aire, vaguedad, y de pronto los ojos se lanzaron al ataque en oleadas y nos apabullaron; cien brazos de mujer nos dominaron, nos poseyeron, y en un segundo quedamos satisfechos, incluso tú según pude notar. Y así como llegaron, se fueron, se evaporaron. Entonces desperté abrazado a la gorda que como te he contado, me conturba. ¿Qué te parece?

—Interesante. Inventas, inventas y en nada concluimos.

— ¿Te confieso? Es que creo que si una puede valer por cien, está bien, pero que las demás no se evaporen y nos queden en reserva para conquistarlas, que el amor no es más que eso, como la vida, puro asedio.

—¿Y que pasó con la sirena de Federico?

—Él no estaba atado al mástil de ningún navío sino, ya dije, al pie de la barandilla escuchando alelado el canto, que como tú y yo dábamos vueltas en las ciclas, apenas podíamos oír, aunque tampoco tuviéramos tapadas con cera las orejas, y por lo cual recuerdo que le

decía algo así:— "Ven, ven y ven y quédate conmigo, que sabrás muchas cosas, hasta llorar de alegría". Pero en ésas nos asaltaron los cien ojos, cien brazos, y nos poseyeron, supongo que la sirena se quedó con los crespos hechos, y como estaba trepada al árbol, allá estará esperándolo. ¿Recuerdas tú algo de su canto?

—¿Pero cómo, si yo no estaba soñando?

—¡Ah! Verdad. Estabas y no estabas.

— O has inventado el sueño, o sugieres alegóricamente el significado que das a ciertas actitudes, sobre todo de Federico y tuyas; y que tantas mujeres nos poseyeran a tan pocos, resulta exagerado.

—Ahí tienes, por eso era un sueño, asediante.

—¿Te molesta que cambiemos de tema? —dijo Amariles—. Tengo algunas inquietudes, que de seguro has ido captando. ¿Qué sabes de la editorial de Méndez?

—Ya sé para dónde vas. Ahora es preciso que vamos dejando a Sócrates a un lado, y sigilosamente nos metamos de revolucionarios. ¿No es así?, muy interesante, no digo que no. Pero tengo revueltas en la cabeza un montón de ideas que más quisiera ir desgranando poco a poco. Me había dedicado a tratar de hacer unos sonetos, y llegaron los *nadaístas* y revolcaron la poesía: Pues resulta que un soneto no vale un comino, habiendo millones de posibilidades de pulirlo, de pronto decir lo que uno tenga bien adentro y hasta publicarlo. Y que entonces Méndez organice una editorial para publicar a Marx, que como aquí los pobres poetas no consiguen un peso, el asunto lo puede arreglar *El Capital*. Que Rojas Pinilla nos iba a liberar como Bolívar, pero no. Que no era más que un impostor, trapero, tramposo y negociante, barato además. Que entonces venga un *Frente Nacional* donde cabemos todos. ¿Ah, sí?, otra patraña comenzada desde España—¿me salió en verso?—, entre godos y liberales, y perpetuar el fanatismo. ¿La revolución cubana?, nada de pachanga; muy

bien. Fidel Castro, muy barbado. El ché Guevara, muy guerrilla. ¿Es para allá para dónde vamos?. Pues sí. Y para prepararnos mejor, Méndez está traduciendo la *Contribución a la crítica de la Economía Política* de Marx, ha conseguido varios socios para la editorial, entre ellos Óscar y Róber, porque tú y yo, sin alcan-
cía...., ¿es lo que querías saber? ¿Sí, o qué?

—Sí —dijo Amariles—, precisamente...

—Y por qué no damos más bien una salida de ésas tuyas, en las ciclas o, mejor, en el Jeep de Róber que me ha invitado a conocer a Jardín el pueblo de Pedraza que dizque es muy bonito. ¿Muy bello, no? — terminó con gesto malicioso. Amariles, todo menos alterarse:

—Cuando quieras. ¿En el próximo puente?

—Sí, a Luis Roberto para darle chancleta al Jeep no hay quien lo siga, y está dispuesto a todas horas. Salgamos de esta Bucana, que parece un avispero.

—Vamos.

XVI

¿De manera que los fines perseguidos por Amariles con Sócrates y la cicla habían ido tomando rumbos de contornos imprecisos que no hubiera calculado acertadamente? No porque fueran sus empeños hacia Bruno resultando un fracaso aparente quería decir que desistiera, pues convencido estaba en sus fondos de que cualquier tarea es larga, y más si se trata de esparcir ideas de poco recibo teniendo en cuenta no tanto la complejidad cuanto su choque de inmediato con los extensos dominios del prejuicio. Y además, tenía que repetirse, que cada uno es cada uno. Por lo cual, si Erik emprendiera otro camino y ahora Bruno iba tomando el suyo, por qué significar que Amariles no hubiera dejado puesta la semilla en su lugar. Que si por ejemplo Federico había preguntado con simulada veleidad pero más con valedera inquietud cómo era posible compaginar el amor con la revolución, dado su temperamento frágil, sensible, enamorado y soñador, pues estaba acertando en el clavo justo para pulsar las cuerdas que alimentan al ser que quiere liberarse. O, dicho en otra forma, Federico planteaba la cuestión en campo abierto, no al mero alarde sino a la acción, aun cuando respecto a ella también fuera engarzando alguna prevención, necesaria, y teniendo en cuenta las expresiones de Alcibiades en su elogio de Sócrates en *El Banquete* al decir que es a quienes muestran resolución en la guerra a los que no se toca, sino que es a los que huyen

desordenadamente a quienes se persigue. ¿Y quién huía? Erik no. Él buscaba respuestas en la maraña del anhelo, pues era portador ya del mensaje, y eso basta y permite desplegar las alas. Bruno, más diverso, evidenciaba sus propias inquietudes sin oriente fijo y se dejaba llevar, como él decía, hacia adelante, con todo y sus vacilaciones, que no quiere decir sino que la batalla hay que ganarla. Y si era bueno tratar de descifrarlo pues quedaban los días para hacerlo.

Por lo cual el momento se presentaba propicio para continuar. Sobre el tapete habíanse extendido las temáticas y era saludable elucidarlas con miras de largo alcance ya fuera por elipsis de vasta concreción, como quien dice sembrando aquí, sembrando allá, difundiendo pareceres, auscultando; ya fuera con aportaciones en los foros que se dieran, planteando tesis y cuestionamientos de apariencia intrascendente o lábil significación, pues era obvio que meterse duro de una vez podía traer en consecuencia precisamente tener que huir, o renunciar, como con tanto ahínco peroraba Bruno, aunque no supiera, o no quisiera precisar a qué se refería. Y no de ir de buenas a primeras a dejar a Sócrates de lado, porque estando preparado para él y convencido hasta la saciedad, hubiera sido la derrota en la persecución que de antemano tenían prefabricada los predicadores del llamado sistema que, si vamos a ver, era lo que ahora y desde hacía tiempo se quería destruir, cambiar, reformar, poner en su punto.

—O sea, Federico— comenzó Amariles diciendo en reunión que había promovido con Óscar y los amigos, y algunos obreros que había ido logrando atraer al apartamento de Bruno, sin que éste participara, —que sí es posible, y ya veremos, compaginar el amor y la revolución.

—Sí, sí, muy bien —dijo Óscar—. Pero no empeemos con elucubraciones seudofilosóficas pues eso lo po-

demos hacer con más calma en el Metropol, o en el Kalamarí oyendo a Margarita Cueto y Juan Pulido. A ver Róber, ¿por qué no haces una breve introducción?

—¿Habrás que iniciar con Monseñor? —dijo Róber, mirando al pariente con animada sorna—. Pues sí —continuó:— Que sea Monseñor el más eximio representante de la tradición y la cruzada franquista de los eternos valores cristianos por los cuales hay que verter hasta la última gota de sangre, y que por ello haya sido el más alto sostenedor de *La Violencia*, no quiere decir que aquí su sobrino —volvió a mirar a Amariles— nos esté proponiendo lanzarnos a la guerra sin más. ¿O, cómo es la cosa Amariles?

—Sigue, sigue. De ir clarificando es de lo que se trata. Ya lo has dicho antes, que nunca hemos podido vadear el río. ¿No es posible disponernos a cruzar?

—Sí, pero con armas suficientes —dijo Óscar.

—¿Qué armas? —preguntó Federico.

—¡Todas! ¿O es que crees que Castro llegó al poder con Sócrates de la mano? —atronó *El Narizón*, Arturo—. ¡Sigue Róber!

—Amigo Róber —intervino uno de los obreros—, si no estoy mal, lo que Amariles nos dijo al invitarnos a esta reunión fue que ustedes estudiaban con mucho interés la historia de Colombia, y que a nosotros nos han hecho creer que ahora todo va a cambiar y que resulta que es la misma bobada, y que ahí está la revolución cubana que es un camino que podemos seguir. ¿Qué es eso de vadear el río?

—Bien: Pero yo les pregunto para informarnos mejor, si estamos de acuerdo por lo menos en que vale la pena estudiar los aspectos esenciales y han oído hablar de Monseñor Amariles —contestó Róber dirigiéndose a los obreros—. ¿No hay entre ustedes un sentimiento de frustración ante el estado de cosas actual y todo lo que ha significado el monseñor en la violencia, que todavía se mantiene desde arriba?

—¡Claro! —dijo otro de los obreros—. Desde que yo estaba chiquito no he oído sino hablar de él. Y ahora en el *Frente Nacional* dizque lo tienen como botado que porque él creía que Rojas Pinilla con dios en una mano y Bolívar en la otra era el que nos iba a librar del demonio.

—Pues en parte sí y en parte no; de eso se trata. Que el fanatismo de Monseñor ahora los de siempre lo quieren remplazar por otro más refinado para seguir en las mismas —dijo Óscar.

— Y que ha sido el factor religioso un componente definitivo en la configuración del país en lo económico y social, cultural o político. Que no haya sido el único, también está claro — agregó Róber.

—Un momento —dijo Arturo—. ¿Y dónde dejamos el papel de los partidos, aliados cada uno con la iglesia y con la oligarquía; quién lo creyera, más el partido liberal que es el que ha sabido atajar cualquier brote socialista, porque los godos de por sí han producido los clérigos, los generales y los doctores.

—¡Y las putas, los liberales! —exclama Federico, riéndose jocosamente—. ¿O no, Amariles? ¿No es así cómo nos hemos ido acercando a mezclar el amor con la revolución?

—No empecemos a joder otra vez, Federico, con esa cantaleta —exclamó Óscar.

—¿No has oído hablar de unos virulentos que andan recorriendo el mundo fumando marihuana, que los llaman hippies y tienen como lema "hagamos el amor y no la guerra"? —añadió Federico.

—¿Dónde los ha visto? —preguntó uno de los obreros.

—No, por aquí no han venido todavía. Ha sido en una revista que compra mi papá donde he leído el asunto.

—Es de lo mismo que han querido copiar los *nadaístas*, con versos malos y subdesarrollo incluido, demencia infantil y presuntuosa postura de poetas infalibles, algo así como Fernando González que lo tienen de profeta de la bulla y nada más, ¿O qué Amariles? ¿Es cierto que presta plata? —dijo Arturo.

—¡Hombre! No nos salgamos del tema —insistió Óscar.

—Déjate un momento Óscar, quisiera decir algo —pidió Amariles:— Por el amor podemos ir al ser y por la revolución a la victoria del alma y para ello debemos transformar la realidad, por dura que sea, pues detrás estarán siempre la verdad, la sabiduría y la belleza. ¿Y qué quiero decir? Que no estamos en el mundo para sentarnos a contemplarlas extasiados y a que los demás las manejen como les dé la gana. Y entonces, ¿qué es la vida práctica? Esto que vemos alrededor nuestro, que lo pensamos y no se compagina si no le damos con la filosofía todo su valor. Pero que quede así lo que quería decir para Federico. Y para Arturo: que es exactamente lo que dices lo que ha querido el *Nadaísmo*. Nada y presumir, porque no creo que sea transformar el mundo, y mucho menos el ser, con meras actitudes. De Fernando González es poco lo que tengo que añadir: que enfrentó la realidad como enemiga pura y simplemente, y por lo visto, con palabras aparentes, lo cual le ha permitido, sí, agiotizarla, si así puede decirse. Y no me contradigo con lo expuesto arriba, porque doy por sentado que ustedes me han entendido, que es con la acción de la única manera que podemos trastornar la realidad. Y, si quieres, Federico, es por allí por donde podemos irle entrando a la revolución.

—Bueno; pues todo eso está muy bonito Amariles, pero no entiendo ni jota, ni fue de lo que nos estuviste hablando para que viniéramos —dijo uno de los obreros.

—Es lo que yo digo —comenzó a decir Óscar, pero en ésas se oyó la voz entonada de Bruno que cantaba, entrando al corredor; parándose antes del pasillo, al borde del vacío que daba al patio encajonado:

*Questa o quella per me pari
sono
a quant'altre d'intorno mi*

vedo,
 del mio core l'impero non
 cedo
 meglio ad una che ad altra
 beltà.
 La costoro avvenenza è qual
 dono
 di che il fato ne infiora la vita;
 s'oggi questa mi torna gradita,
 forse un'altra doman lo sarà.
 La costanza, tiranna del core,
 detestiamo qual morbo
 crudele,
 sol chi vuolé si serbi fedele;
 non v'ha amor, se non v'é
 libertà.
 De'mariti il geloso furore,
 degli amanti le smanie derido,
 anco d'Argo i cent'occhi
 disfido
 se mi punge una qualche
 beltà. ¹

—¡Ah! ¡Ahí viene este otro! —dijo Óscar, ofuscado.

Bruno abrió la puerta, y entró abrazado a una espléndida mulata de ojos traviosos y carnes prietas; ambos sonreían.

¹Esta o aquella, para mí no hay diferencia entre todas cuantas me rodean; ninguna será dueña exclusiva de mi corazón. Su encanto es un regalo del Destino para alegrarnos la vida. Si hoy prefiero a una, mañana puede ser otra. Detesto la fidelidad, tirana del corazón, como a cruel enfermedad; que sea fiel quien lo quiera, para mí no hay amor si no hay libertad. Los celos de los maridos me divierten tanto como la exaltación de los amantes cuando persigo a una bella mujer, podría desafiar los cien ojos de Argos.

—Buenas noches, amigos, señores, ¿Interrumpo?

—¡Hola *Piripipío!* ¡Vengan, acomódense, que aquí cabemos todos! —dijo Federico, exultante, cariñoso—.

—Pues será en el techo, porque no veo ni siquiera una baldosa —respondió Bruno, pero de alguna manera se instalaron en un rincón—. Sigán, sigán, que ésta y yo no tenemos afán.

XVII

La necesidad de acomodarse Bruno a vivir en el apartamento habría de tener variadas contrariedades. Con todo y llegar a quererlo con sinigual cariño y *amarlo a secas* porque más no requiriera Amariles, hubo de comprender desde el comienzo aquel carácter veleidoso. Así que fuera convirtiéndose el saludo en las mañanas cuando se encontraban en Donald a tomar café después de salir Bruno de las clases en la facultad, de la siguiente forma, por ejemplo: Bruno: "¿Cómo te fue anoche, dormiste?" Amariles: "Casi nada". Bruno: "¡Tú siquiera!" Amariles: "¡Entonces ni cerraste los ojos!" Bruno: "¿Y quién puede dormir en ese manicomio, y ahora con el tal rosario de la aurora, de esta aurora que no es hermana de Helio y tampoco lo deja levantar pues lo intoxica?" Pero no tenía que ser únicamente que en cuanto a susceptibilidad entrelazada al carácter inconstante implicara protesta permanente por las dificultades para dormir, porque de una forma o de otra Bruno habría de sobrellevarlas; y no era tanto que se le hicieran problema abstruso o insufrible, porque "bueno es quejarse", que dijera y practicara, eso sí, con suma veleidad. Y para volver a las contrariedades, una era la de tener que cargar la cicla escalas arriba hasta el apartamento, tarea molesta y engorrosa, alegaba en su defensa, "por no estar bien dotado para esa clase de menudos menesteres". Detalles y más detalles que ha-

rían interminable sucesión y hacen bueno ir dejando, y no empeñarse en lo que pueden ser minucias que apartan de lo que por entonces estaba aconteciendo; pero sea conveniente mencionar cómo el ambiente caldeado del edificio del apartamento habría de contar además con las contribuciones de Bruno y los amigos en materia de ruidos, *guerras* de ebriedad y festejos como aquel del baile zapateado, pues que mirándolo bien la ínfima pieza pequeñita donde había resuelto irse a vivir, en la que ni cabían cuando se juntaban, llegara a convertirse en cuartel general, tanto porque Bruno repartiera llaves para que pudieran entrar y salir a cualquier hora, llevar amigas hacia el amor, hacer sesiones de estudio, dormir alguna curda, dado lo cual "Pascual hambre" hubo de convertirse en gendarme policía, celador, cobrador, alcahuete y hasta diablo cojuelo, porque todo le gustaba ver, oír, de todo quería enterarse, así fuera desde la terraza.

—¿Cómo vamos con Pedraza? —pregunta Bruno a Amariles una mañana en el Miami escuchando la canción *Caryl Chessman El Hombre Sentenciado*. Y socorron continúa:— ¡Por ahí he estado notándolo con Róber muy encampanados!

—No veo nada raro en ello, si es que el deseo los atrae — respondió Amariles.

—¿Y a ti no te preocupa que las conquistas se vayan alejando así no más, sin saciarnos la sed? Le he seguido trabajando a la traducción aquella con el presunto agente que, entre otras cosas antes de que se me olvide, lo vi conversando ayer con el que me dijiste que llaman *La Célula* no en el Metropol sino en Bambi, detrás del parapeto que hay enseguida de la entrada. No sé qué dirían. Pero en cuanto a la traducción, he percibido que el hombre no se quiere dejar llevar de la mujer como ella quiere y es capaz hasta del sacrificio — ella, por supuesto—. ¿Es que cuando estamos en la gue-

ra y cruzamos el río, podemos mirar lo que amamos alejarse en una barquita y nada se nos da? ¿Y por eso es por lo que a mí me gustan todas? ¿Y a ti también —los amados—, claro? ¿Qué dices?

—Que lo revuelves todo, con mucha habilidad —respondió Amariles, pensativo. Y, después de un rato, continuó:— ¿Qué nos impide amar a uno hoy y a otro mañana si subsisten el amor y la amistad?

—Pues eso será lo que has venido haciendo, y a mi no me parece malo, como se sabe. Y si no, ¿quién es ese rubiecito Luisángel que me presentaste ayer? Porque por lo que veo no es sólo que te guste amar sino que sean cada día más bellos! Luisángel, ¡Ave Caesar! ¡Qué ángel!

Iban siendo las doce cuando entraron Óscar, Federico, Luis Roberto, Pedraza y Arturo. Después de los saludos, Federico preguntó:

—¿Cómo vas con el apartamento, Piri?

—¡Me tienen rezando desde las tres de la mañana! ¿A ustedes no? Pues resumo: Me he trasladado de la reina de algarabía al reino de alboroto, con una gran ventaja: Que según parece me van a santificar. Porque desde que llegué al apartamento no paran de sonar campanas en mi cabeza, golpes, golpecitos, gritos, retahílas, alharacas; y cuando empiezo a tener un sueñito con una gordita al alba, ¡que dicha!, suenan a rebato las campanas de verdad, primero según creo las de la basílica y enseguida sin interrupción las de la Candelaria, la Veracruz, San Benito, San José, San Antonio, El Sagrario, San Ignacio, San Pedro, San Pablo, San Judas, y San Bruno, o sea, las mías también en la cabeza, me doy contra la pared a ver qué pasa, y me asomo a la ventana, y veo el desfile de mil viejas rezando el tal *rosario de la aurora* con algún cura y siete monaguillos, que reparten el incienso y se dirigen no sé adón-

de, a seguir rezando, sí, el resto del día, que me he tenido que bañar a las cuatro y media para coger el bus para la facultad, a punto de desmayarme. Pues yo pregunto: ¿Me van a santificar a mí o nos van a santificar a todos? ¿Y ésa es la *santa misión*? ¡Vea pues! ¿No quieren un buen ron y celebramos esta vaina? ¡Ole, trae una botella, que se prendió la guerra! ¡Pero que no maten a Caryl Chessman!

—¡Bueno, que traigan la botella y te la bebas toda a ver si no haces otro resumen de éstos! —exclamó Arturo.

—¡A cantar se dijo! —Arrancó Óscar:

Caryl Chessman
El hombre sentenciado
A morir en la camara de gas...

En las demás mesás algunos habituales, pocos, debido a la hora, se fueron contagiando pronto, pidieron licor y se entonaron hasta formar tremendo coro que extendía el son por los ámbitos de la vecina plaza.

—Y que no lo electrocuten —decían Bruno y Luis Roberto abrazados y parados en una de las puertas al que quisiera entrar y sumarse al coro. Y no faltaron señoras que iban, regresaban, también se santiguaban. Detrás del mostrador, don Samuel, ojos desorbitados, dirigía meseras y ayudantes, pues la venta se ponía sustanciosa, que otra cosa no le preocupaba mientras no quebraran vasos y platos, la *pianola* sonara, y no se armara una trifulca, para poder rascarse, frotarse y restregarse la nariz con tanta insistencia que le había crecido aplastada hacia un lado y como una breva oscura y estripada en la que apenas se podían posar las gafas, bien gruesas, casi el telescopio de Monte Palomar, pero doble, que seguro le permitían, no ver las

estrellas, sino las monedas más brillantes en sus tinteros tintines, y con esos destellos que produce el rayo con su trueno en una tarde triste, que no lo era la que este día celebraban los amigos.

La parranda en alegría desbordante; ningún canto se admite distinto del himno Caryl Chessman, que para repetirlo estaba la *pianola* colmada de monedas, apretado sólo el botón que le pertenecía. Y, por ninguna parte apareció la policía, menos los bomberos, y sí Cabanillas, *El Marqués Luis*, *El Cachi*, Luisángel y Eloy Méndez, otros y otros, perfumada inundación de juventud, inteligencia, filosófica locura, hasta el momento en que "¡Vean, vean!" dijo Pedraza. Silencio no se hizo, pero los que miraron, ¿qué vieron?

—*¡La Célula!* — gritó *El Cachi*, señalándolo—. ¿O será más bien *La Neurona?* —agregó fingiéndose el muy serio.

El hombre estaba parado junto a la puerta de Junín, libro abierto en una mano y la otra en la cintura haciendo jarra, ahora más inquietante sin el maletín!, observando con mirada sombría tras las gafas, impávido. Pero al escuchar las palabras que a él se referían, hoscó dio pasos hacia la esquina, giró hacia Caracas, se detuvo unos instantes en la primera puerta del costado, remiró aún más ceñudo e impasible, y continuó camino arriba. Enfrascados, enfiestados, los contertulios se desentendieron, volvieron a lo suyo. Y sin embargo, el hombre volvió a pasar, girar la esquina, ir, volver, repasar, inquiriente, sorprendido también, despreciativo.

—¿Quién será al fin de cuentas? —preguntó Federico.

—No hagas caso. Se me hace que no es más que un figón intrascendente —le respondió Amariles.

—Igualito al *Amigo de la Onça*. ¿No será algún dominico disfrazado de esos de la *santa misión*? —dijo *El Cachi*, guasón.

—¿O jesuita? —dijo Luis.

—Mejor dicho, ¡el padre Astete! ¡Ves, Narizón, que yo sí soy capaz de resumir! —Exclamó Bruno—. ¡Cantemos, cantemos!

*¡A cantar y a gozar!
la radiante juventud.
Joven no durarás
y a viejo ya llegarás,
que la vida nos huye presurosa
y la holganza es dulce cosa
para quien mañana
debe morir
¡que nunca nos falten
risas, danza, alegría
y distracción...*

Y así vino la noche de cielos límpidos estrellados, luna llena, ardiente y amistosa. Licor. ¡Mucho licor! Nada qué sentir; y menos, arrepentirse.

XVIII

En las semanas que siguieron la ciudad se vio embargada de uno a otro confín por celeste espíritu de exaltación, doctrina, fervor, credo, dogma y devoción, anticipadamente anunciados en los púlpitos parroquiales de cada una de las fracciones, barrios, comunas. Los párrocos pastoralmente instruidos por Nos Tulio, y éste por las curias española y vaticana, difundieron la noticia a los cuatro vientos, para que los fieles feligreses fueran ungidos por la infalibilidad de la palabra nueva y desbordante de la *santa misión*, y atrajeran consigo a los infieles, incrédulos, descreídos, agnósticos, ateos, indolentes, frívolos, ¡uf! Y a todos los demás, ardorosos o friolentos. La prensa abrió sus páginas editoriales al encomio pregonero, para llevar la noticia con su circulación de vasto alcance hasta los linderos del departamento y la república, que no quedara nadie sin saber que había llegado el momento de sanación de los cuerpos y las almas confundidas en el estercolero del pecado. Las calles de la ciudad se fueron llenando, engalanándose de papeles y telas con avisos significativos, y en los corrillos callejeros nada se hablaba que no tuviera que ver con la esperanza y redención representadas en persona por los predicadores dominicos o jesuitas venidos de la madre patria portadores del cielo que antes trajeron los conquistadores para purificar indios y encaminar-

los al cielo del prejuicio que ahora pretendían arrebat-
tar con su diabólico mensaje los marxistas, castristas,
comunistas.

*Opus dei había surgido
opus dei había venido
opus dei está por aquí
de dientes para afuera
de puertas para adentro
¡Pam!, ¡Pam!*

Saludó *El Cachi* en uno de los días sacros a Bruno
y al Marqués Luis que paseaban por Junín; y éste con-
testó, alegre igualmente:

*Night and day
day and night
oscuri , oscuri, oscuri day,
opus day
opus night
oscurantis
oscurantis
oscurantis—mo
Tan Tan!*

Y Bruno cantó:

*Que música original
que música original
Y como no es de Frank
Sinatrá
sinolotró
¿ a dónde vamos a dar?
¡Ay!
¿Hoy?*

Y terminó *El Cachi*:

¡Al Metropol

al Metropol!, ¡Ay!

¡Al Metropol

a ver qué

por allí

hay!

Y por supuesto llegaban al lugar favorito y en la puerta estaba, no podía faltar, *La Célula*, libro abierto en la mano, de nuevo el maletín, mirando fijo una pancarta que pendía en la esquina del Miami, tela azul, letras blancas, plenas y rotundas en la frase "DIOS TE LLAMA". *El Cachi* se detuvo antes de entrar, tomó del brazo a *La Célula*, que sacudió la cabeza y lo miró con ojos asustados, frunciendo los labios:

—¡Amiguito! ¿iRica la bazofia, no!? ¡Qué dicha de escozor el que produce! ¿Quién eres tú? —le preguntó *El Cachi*, enérgico.

La célula quedó perplejo, pero respondió con voz meliflua y tartajosa:

—¡Pe-pe-dro Ta -tabares, mucho gusto! Eestoy a-a -prendiendo na -na-nadaísmo. —y señalando el aviso agregó:— ¿Es que nos van a ca -ca -ca-catequizar?

Más perplejos quedaron *El Cachi*, Bruno y Luis. Palmotearon alegres, *La Célula*, al no poder hacerlo los miró sonriente y embobado, se abrazaron ellos y entraron, muertos de la risa.

Hacia el centro de la sala estaban sentados Amariles, Pedraza, Luisángel y Méndez, que habían seguido la escena de la puerta, mientras la *pianola* dejaba oír el mambo número ocho del incomparable Pérez Prado.

—¿Qué es esto, Amariles, un cenáculo o un Ku Klux Klan de segregación facial? —espetó *El Cachi* candoroso, zumbón.

Pero Amariles, sin hacer caso a la alusión, dijo:

—Ven que ese hombrecito no es más que un pobre papanatas. Hemos alcanzado a percatarnos de que casi le da un patatús cuando lo cogiste desprevenido y le preguntaste quién era. Se ha regado la bola de que estamos invadidos de agentes de la CIA. Siéntense y dejémoslo estudiar tranquilo.

—¿Ya comulgaron, jóvenes? —Preguntó *El marqués* Luis dejando recaer una adusta y sin embargo tierna mirada sobre el casi infantil Luisángel.

—¡Ve éste con las que sale! —contestó el mismo haciendo un mohín, como si se sintiera aludido.

—¡Ah! Te aseguro que has sido tú Marqués quien ha inventado esos avisos que están puestos en vitrinas por allí en Junín. Estábamos creyendo que era otra de esas propuestas desabridas de la *santa misión*. ¿Y cómo hiciste? —preguntó Eloy.

—¿Qué cosa? ¡ji, ji, ji...! —soltó Pedraza.

—¡O cumplimos los mandamientos, o nos vamos a la paila mocha! —dijo, como concluyendo burlón *El Cachi*.

—Explica tú Méndez de que se trata, que no hemos visto los avisos —pidió Amariles.

—Dicen así —explicó Eloy :— Ustedes han visto un aviso que hay en muchos almacenes, impreso en un rectángulo de cartulina, y reza:

El corazón de Jesús te recuerda
que mañana es primer viernes.

—¡Bien! Pues Luis lo cambió por este otro, impreso en iguales cartulinas:

El corazón de Jesús te recuerda que el próximo jueves es primer Viernes.

El ji, ji, ji de Pedraza se dejó oír en el salón.

—Es auténtico, yo lo inventé —dijo Luis, sonriente.

—¿Y cómo hiciste para que todos esos fanáticos de los almacenes aceptaran? —Preguntó Bruno.

—No que lo aceptaran: Pusimos esas tarjetas en el interior de las vitrinas subrepticamente y los comerciantes tardaron en descubrir el cambio. ¿No estamos en lo que han llamado "Cristianismo de panderetas", en un artículo de *La Hojita Parroquial*? —que así denominaba *El Marqués* el matutino infaltable, y *El Cachi*, lo llamaba *La Carta de mi Mamá*—. Pues ahí puse yo mi grano de arena en las maracas —concluyó Luis.

—¡Ah! ¿Conque eres tú el que ahora tampoco va a dejar dormir? —dijo Bruno, fingiéndose serio. Y continuó:— ¿No fue el señor Demesa, decano de Arquitectura de la universidad papabolivarensis, el que escribió el artículo? A propósito, ¿es ponteibolívar o bolívariponte? A ver: *Pontifex Maximus* el que cuidaba los puentes en Roma, o presidía las curias y los pasos a la otra vida, pons, pontis, y revolvieron el nombre y quedó un puré de papa, muy pomposo, ¿cómo es?, ¿pura papa donde el mundo se resbala en los puentes para que nadie pueda vadear los ríos en estos tiempos cargados de inmundicias? ¿Me enredo mucho, Amariles, o llamamos a Róber para que nos lo explique bien?

—Vea *don Piripipío* —tomó *El Cachi* la palabra:— y monseñor Enaldo le pidió la renuncia al arquitecto por brincarse el puente de la censura en *La Carta de mi mamá*. Es que un rector magnífico...

—Perdón *Cachi*, —interrumpió *El Marqués* —el erudito Posadange en su Tratado Universal del Bruto, destaca al rector como el mayor ejemplar del *Brutus ecclesiasticus*.

—¡Ah, sí, allá está especificado como *Brutus magnificus*...! —Concluyó Bruno.

—Vamos *Cachi*, tengo una idea —dijo Luis parándose de súbito.

El Cachi y Luis se van.

—¡Aplausos Luis, aplausos *Cachi*, pero cuidado los gradúan en la universidad del *brutus*! —exclamó Eloy, y aplaudieron los demás.

Después de algunos comentarios sobre lo anterior, Bruno le pregunta a Amariles: "¿Es que ya no trabajas, o es que ya vendiste todas las *olivettis* de este siglo?"

—Pocas ventas, tú sabes; haces falta en la pensión con tus cambios de humor, tu bulla permanente y tus canciones; ¿qué hay de la traducción? —le contestó Amariles, siempre delicado con Bruno, sin ocultarle sentimientos.

—Esta semana te la entrego —dijo Bruno—. ¿Cuándo es el viaje a Jardín, Pedraza? —Éste repuso:

—Róber dice que en el próximo puente y cuando se termine lo de la *santa misión* pues no quiere perderse nada del sainete. A Amariles lo veo indeciso, ¿qué dices?

—Tal vez no vaya. Pongámoslo en remojo. He pensado volver a instalarme en casa de mis padres que se han trasladado a Bomboná con el Palo, no quiero seguir de vendedor de nada, tengo otras tareas que me atraen más.

—¿El amor o la revolución? —Preguntó Bruno incisivo y continuó:— ¿Acabaremos comulgando ruedas de molino? ¿Qué otra cosa nos ofrecen los curas, los

castro, los stalin? Una moral y otra moral de lado y lado. ¡Todo es obsceno! Pues todo es prohibido, coartado el pensamiento, la virtud y la acción. Ahí vienen los gringos con un palo. Y contestémosles: revolución, revoltillo, corrupción, y mucho *Nadaísmo*. ¿Dónde vamos a dar? A los infiernos. Por eso yo me digo: ¡Amarillas todas!

—Oye divino Orfeo, cantor empedernido y sin lira, ¿de verdad quieres entrar a los infiernos? —respondió Amariles, impasible.

—Sí. Pero con lira, para que no piquen las culebras a mis gordas. Vámonos, quiero que le des una miradita a la traducción, o te la llesves como está, y la revises.

Pagaron el consumo, salieron, quedó en la puerta *La célula*, mirando abstraído la pancarta "DIOS TE LLAMA".

XIX

En los días sucesivos no acontecieron hechos que destacaran por su notoriedad. La *santa misión* era tema obligado que había interferido la rutina cotidiana de la ciudad caracterizada por notables afanes comerciales, aunque tampoco por ello dejara de lado las cuestiones de cultura o religión; que antes por el contrario eran su prez y símbolo mayor, para muestra un botón la catedral, "la más grande del mundo, construida en ladrillos", testimonio de la capacidad para volver ripio las montañas, y en fe del sin rival *pueblo antioqueño*, completados por pléyade de artistas y cultores trascendentes más allá de los linderos patrios, que ahora como brote inesperado habían trastrocado los *nadaístas*. Lo cual no quiere significar que la *santa misión* hubiera venido a combatir al *Nadaísmo*, porque fines concretos la alentaran en nada diferente de llevar el mensaje divino a las almas deseosas de recibirlo con agrado, si se ha de aceptar que ningún otro es el objetivo de la iglesia. Pero quedó claro por el énfasis inusitado del ardor misionero, que sus predicadores pretendían la reconquista de la ciudad insignia que se estaba corrompiendo por el pérfido disturbio de que era portador el comunismo, que todo lo tenía inundado y renovaban los tales barbudos del castrismo. Un fenómeno horrible llamado "La Violencia" habíase superado en parte cuando el advenimiento del general Rojas Pinilla, mas sin embargo los rescoldos seguían ardiendo y amenaza-

ban transformarse en llamarada, de nuevo: Pues nada más apropiado que la oratoria dominica sumada a la jesuítica lógica, para apagarlos. Ya había tratado de sugerirlo Luis Roberto en su inicial discurso a los obreros en el apartamento de Bruno, el fondo de los fondos de la prédica no era otro que renovar los lazos de sujeción a la cruzada franquista y vaticana, utilizando como revulsivo la palabra divina, ¿o incendiaria?, de lo cual —de esto último— fuera ejemplar renombrado el monseñor tío.

¿Que hacía mientras tanto Bruno? Según le dijo a Amariles: "¿Por qué no nos vamos a botar corriente, por ahí en las ciclas a ver si se nos pasa esta rezadera de rosarios de aurora, y miramos la gente embelesada en los sermones del padre Lledó?" Amariles que lo entendía mejor, aceptó la propuesta y juntos se dedicaron de mañana y tarde a recorrer en sus corceles rodantes las calles atiborradas o bien de comerciantes o bien de feligreses, para entrar de momento a una iglesia, luego a otra, dándoles de seguido a las ciclas en grado de entrenamiento, y escuchar la palabra mensajera de sumisión al fanatismo, como dijera Róber. "¿O no Amariles?", replicaba Bruno. Los demás amigos hacían lo mismo si no en cicla, a pie; en el carro de papá, Federico, Óscar y Arturo; Róber en el Jeep, tan cargado que no cabía uno más; Pedraza con su ji, ji sonoro, tempestuoso, al lado del chofer. Unos por un lado, los otros por el otro, juntos o separados, con interés creciente, pues nunca se había oído en la ciudad palabra más certera y encendida, tanto, que algunos efebos de los que iba descubriendo Amariles o atrayendo el *Nadaísmo*, terminaran propiciando reuniones con algún dominico o jesuita, ya no en sermonería, sino en plan de instrucción y difusión de las ideas en ámbito privado. Tal la que unos de ellos, Fermín, con Juan Carlos, Luisángel, Méndez, Gabriel Jaime celebraron en casa del primero presidida por

Lledó, nada menos. Y conocedores de la enjundia de Róber (no en grasa, sino en cerebro), de su sólida formación intelectual, de su muy bien argumentada "ateología", lo invitaron; y estuvieron también *El Marqués Luis* y *El Cachi*, paleopanteólogos y monoateos confesos. La reunión transcurrió así:

—¡Padre! ¡Bienvenido!

—¡Hijos! Sentaos. Y como bien sabéis a qué hemos venido, vamos al grano. Trataremos de entrada sobre la libertad, la cual Dios con su divina providencia ha conferido al hombre, para su mayor gracia.

—¿Y por qué, padre, si somos libres por la gracia de Dios, no somos iguales, sin embargo? — preguntó Gabriel Jaime.

—¡Sí somos iguales! —respondió el cura airado—. Y Dios nos ha dotado del libre albedrío, a todos por igual.

—¿Que significa libre albedrío, padre?

—Que el hombre es libre para resolver su destino en la igualdad. Que si hemos venido al mundo de la mano de Dios, él, en su omnipotencia nos permite poder escoger del bien y del mal.

—Padre —dijo Róber—, esa es la servidumbre del arbitrio. Si él nos permite escoger significa que estamos obligados a escoger, y que la libertad es apariencia pues estamos sobredeterminados, además, por razones sociales, económicas, psicológicas, biológicas. O sea, padre, que la divina providencia se resume en pura abnegación, negación, contradicción.

—Cómo estás de equivocado. Voy a ponerte el ejemplo más sencillo. Préstame aquel vaso, hijo, y con él te pruebo que soy libre. Tú sabes que si lo suelto se quiebra, y yo lo sé. Y es tal, que si yo quiero, pues lo suelto. Mira...

—¡Un momento padre que de pronto se enoja la dueña de la casa! —divertido lo atajó Róber. Y aquí fue

Troya. Lledó se puso enérgico, alebrestado, los efebos no pararon de reír; convencido ninguno.

—¡Vamos hijo Fermín, acompáñame!. Y vosotros iquedad con Dios! —y se fue.

En el entretanto Bruno y Amariles habían organizado y llevado a cabo el trasteo del socrático, de la pensión a casa de sus padres. Y lo hicieron rápida y fácilmente con el equipaje a lomos de las ciclas dispuestas de un par de parrillas prestadas, pues no era como el de Bruno que cabía en el bolsillo, sino un poco mayor y también más libros que trapos. En descansos de café y cigarrillos o al volteo de unas cuantas copas trataron los temas pendientes del secreto, la descabezada, el engaño de la vida, y la colgada de la "U" sin por supuesto llegar a conclusiones, pues Bruno se las tenía consigo para eludir las peliagudas cosas que él mismo planteara. Aprovechando, Bruno entregó a Amariles la traducción, diciéndole:

—Ahí tienes, dale clavija a la olivetti: y si me parece al hombre que al fin deja a la gordita, ¡qué le vamos a hacer!

Después de la salida intempestiva que *El marqués Luis* y *El Cachi* hicieron cuando lo del jueves-primer viernes, poco a poco se fueron encontrando los amigos, los *nadaístas* y los efebos, unos de los cuales, imitando de rechazo el *nadaísmo* fundaron un "movimiento" que llamaron *Yomimismo*, más exultante de belleza juvenil que de significado. ¿Qué habían ido a hacer *El Marqués* y *El Cachi*? Se supo más adelante por lo que en la madrugada del día anterior a la clausura de la *santa misión* apareció debajo de la pancarta aquella que con desvelado ensimismamiento la enigmática *Célula* miraba. ¿Y qué era? Pues lo que dicha mañana más asombrado aún y más perplejo observaba con libro en mano derecha y maletín en la otra. Era ésto:

DIOS TE LLAMA

AGARRA EL TEÓFONO

La última frase en letras tan grandes como las de la primera. Pero al ser sorprendido el insólito y perturbador chiste ideado por Luis, gélidas manos de acuciosos y marionéticos jovencitos ignacianos y pontificios no tardaron en retirar la tela. *El marqués* Luis era joven contenido, suma gravedad, dominio de la ironía, el gracejo, y soberbia facundia que lo lanzaban a empresas de humor impredecible. Carácter imperioso, mirada fulminante, altos dones, bella figura de noble talante, facciones delicadas, pulidas, seductoras, genio sutil, multifacético. ¡Que temperamento!

Que todo fin ha de llegar está prescrito, y más si la tarea está cumplida y los plazos vencidos. Por lo tanto estaban ad portas las horas finales de la *santa misión*. Para el balance, las bíblicas palabras: "Por sus obras los conoceréis". Y fue así como vino el momento de clausurarla con emotiva misa concelebrada, oficiada por el diocesano Nos Tulio, Lledó y los demás predicadores. La ciudad seguiría siendo la misma, acaso con más paz en las almas y menos avatares en el acontecer. El *rosario de la aurora* dejaba a Bruno mucha contrariedad, por lo dicho. Si en los creyentes y asiduos practicantes, y en los demás descanso del espíritu, vaya a saberse. Nadie tendría que ir o regresar a nada, pues cada uno había estado en lo suyo, tal vez siguiendo la *misión* a la medida de sus convicciones. Censuras hubo, y duras, que produjeran airadas protestas y elogios de las pocas mentes críticas. Pero lo que sí nadie esperaba, fue la peripecia que protagonizaron algunos *nadaístas*, entre ellos Gerardito, Lermas, Escobedo, Goletilla y, ¿quién creyera?, Róber, que no pintaba para esas aventuras. Pues resulta que tomándose unos tra-

gos en *El Metropól* sin preocuparse de la misa de media noche, acto final de la *misión*, resolvieron en repentino impulso ir a ver cómo estaban las cosas, entraron a la basílica, llegaron al comulgatorio, se arrodillaron, recibieron las hostias, y por no querer un sacrilegio las guardaron en los libros. Alguien los vio o los reconoció y armó la pelotera: "¡Sacrílegos, sacrílegos!" Pandemónium. Unos fueron aprehendidos, llevados al correccional. Otros lograron salir, pero por días debieron esconderse. Bruno, que su apartamento servía para todo, les dio asilo a unos; a otros, Róber en el Jeep, como *territorio volante*, pues con vehemencia los *sacrílegos* eran buscados por la policía al menos mientras pasara el barullo.

Para conclusión, los caballeros del santo sepulcro (selecto mostrario de la plutocracia local) ofrendaron misa con *Te Deum* en acción de desagravio al otro día, por la noche también. Y nada más ocurrió. Por lo cual, como es debido, se dijeron: ¡Vamos a dormir!

Amariles y Bruno no estuvieron presentes en la misa concelebrada del terrible sacrilegio (que así siguió llamándose), pues estaban concentrados en lo de pasar en limpio la cacareada traducción, Bruno dictando y Amariles tecleando la olivetti portátil conseguida prestada, pues la alcancía no daba ya ni siquiera para reparar la cicla, ahora que se había retirado de las ventas. En varias sesiones nocturnas la terminaron y a pedido del traductor se transcribe a continuación, a modo de entremés.

COMO UNA FLOR ABIERTA

1

PRELIMINAR

A Heberto Humpfried no le fue fácil la conquista de Florina, y ella con el transcurso de los años llegaría a darse la razón para haber opuesto resistencia. Pero a la hora de pesar en su balanza los acontecimientos concluía, con una sonrisa, que bien valdría la pena revivirlos. Porque nunca se sabe, se decía, qué puede deparrarnos la fortuna en la próxima ocasión. Aunque por más que tratara no lograba establecer cuál era la extraña fuerza de atracción que la llevó a ceder y entregarse. Heberto, por su parte gustaba alardear ante ella de su propia habilidad, pero tampoco conseguía precisar con claridad los pormenores de su hazaña.

Fue una tarde, de eso estaban seguros, y en el lugar menos apropiado, mirándolo con óptica desprevenida. Era la oficina de gerencia de la empresa donde trabajaban y ambos entraron por motivos diferentes, ya casi ausente todo el personal. Recordaban cómo entraron pero no cómo de las palabras pasaron a los besos y de allí a copular de pie con una furia que después los hizo mirarse avergonzados y dichosos. Ella, más detallista, tenía en su memoria, codificados, los pasos previos que él utilizara, y que venían a confirmarla en su creencia de que en el amor hay que soltar las amarras cuando el caudal se convierte en avalancha. La escena la conservaban como la de un sueño vívido, colorido y realista, y aunque no consiguieran reconstruirla, en ocasiones les servía de acicate para extremar su ardor. Después las tardes adquirieron mayor significado, como urna sagrada para guardar un símbolo, y Florina las vivía con sin par intensidad.

Les ocurrió lo que a muchas parejas: Cuando por primera vez se vieron, Heberto creyó que Florina era una excelente presa. A ella pudo ser que Heberto le gustara, y nada más. Pero a medida que escalaron cumbres elevadas, aquellas que únicamente los sentidos permiten conocer, desde las cuales se divisan los abismos insondables del placer, sellaron su pacto, y se fueron a viajar, sin tiquete, pues no se regresa del mundo imaginario del amor. Florina no sabiendo qué vanos esfuerzos la conducirían por aquel mágico sendero, se dejó llevar, pues su deleite inicial se transformó en pasión. Terminó modelando sus recuerdos. Triste, alegre o trágico final. Según se quiera.

2

CARACTERÍSTICAS

Ella es una persona sencilla. Tiene formas llenas. Un cuerpo que se revela halagador. Es lo que llama la atención de Heberto, lo tienta, lo incita, infla sus venas, enciende su imaginación, lo recorre, lo posee y lo domina. Su mente no se entretiene en consideraciones porque sobrepasaría el deseo, que para él no es diferente a la acuciosa verdad de alcanzar un espejismo. Para el lado que mire, aun dentro de sí mismo, no ve sino el mundo que promete riquezas invisibles, sujetas al impulso variable de la voluntad. Es joven todavía. Ha sufrido y no piensa que sea posible superar el sufrimiento, sino que lo da como un hecho que mezclado con las demás vicisitudes es inseparable de la vida que, con todo, es lo único que cuenta. Él, como hombre, busca la otra parte de su ser, y encuentra el cuerpo de la mujer, aunque sabe que detrás hay algo

más. Ahora los toma como una búsqueda sin nombre, como aventura. Ella le gusta por su cuerpo. Pero el cuerpo no será el que lo retenga junto a ella, lo verá más tarde. Será en lo sucesivo más y más atractivo, más hermoso. Adquirirá proporciones maravillosas y deslumbrantes. Se irá convirtiendo en un tesoro, en fuente de sensaciones inagotables, posibilidades sin límite, porque ella no pondrá límites a su entrega. Y allí estaba la clave. Porque se ha de saber que el mundo gira, inocente de lo que pasa, y en él se desenvuelve el destino, rey de veleidades, ante el cual sólo vale una constancia irregular. Como era la de Heberto. Ella pronto lo supo, y se dijo a veces con lágrimas de alegría, que de todos modos el deseo es fuente inagotable en la aridez de la vida, y saciarlo recompensa que se basta a sí misma.

3

CONVERSACIÓN ENTRE FLORINA Y HEBERTO

- ¿Cómo se encuentra hoy el señor?
—Digamos que bien.
—¿Por qué, digamos que bien?
—¡Bueno! ¡Bien!
—¡Eso!

Después de la primera vez, que se volcaron uno al otro con ímpetu incontenible, se fueron adentrando de modo imperceptible en lo que llegaría a ser muy pronto el mundo de los dos, como es el mundo para quienes se aman: cerrado, exclusivo, sin más fronteras que las que circundan sus abrazos y sus besos. Ella, que lo vislumbró así desde el primer instante, parecía guiada por el ineludible propósito, hijo del instinto, de

hacer de sus encuentros no una mera vivencia sino la vida misma. De allí que ritualmente exigiera unas palabras que aportaran luz a las oscuridades de su relación. Él era taciturno. Ella, abierta, como el mar de la mañana. Y llegó a entenderlo de forma tan cabal, que él se rebelaba porque le interpretara, como por encanto, muchos de los impenetrables misterios que lo dominaban.

—Tú no puedes sino estar poniéndome contra la pared —le decía él, aunque sin resquemor.

—¿Por qué? —Preguntaba ella, con su mejor sonrisa.

—Porque no digo nada que dejes escapar, que no sea contrario a lo que debe ser, según tú. Mirando por la ventana vieron un crepúsculo de acero gris y plata, como poco se ven. De las montañas se elevaban nubes brillantes, planas y tenues, similares a un enorme espejo bruñado. Y ella dijo:

—Ni en él se alcanzaría a ver tu verdadero fondo. Pero yo te quiero así, como eres.

—Yo también te estoy queriendo. Pero no puede ser distinto: Como soy —dijo él.

—¿Y es que acaso yo te he pedido más?

—¿Entonces? ¿Quieres que sea transparente? ¿Un crepúsculo sin sol?

—No. Te quiero como eres, ya te dije. Pero no como un crepúsculo, bello y fantasmagórico.

—¿Me quieres diferente?

—Nunca lo serás.

—Tú sí lo eres.

—¿Para ti? Eres una avecilla, una hojita al viento, y no sabes lo que quieres. Esta bien. Dejémoslo así. ¡Bésame! —cortó ella.

MEDITACIÓN DE FLORINA

Algún tiempo después de haberse conocido, Heberto alquiló un pequeño apartamento para verse con Florina. Allí pasaban las tardes los fines de semana, en el entendimiento tácito de que sólo era un refugio para disfrutar el amor. Se iban o se quedaban si todo indicaba que era bueno hacerlo, o cuando los deberes externos de ambos lo exigían. Fueron unos años, pocos pero plenos, en los que hacían el amor con esa entrega mutua que los hizo considerarla un regalo de los dioses y les permitía el desenfreno para lograr el éxtasis, cuyas hendijas dejan entrever el paraíso. Eran sesiones imprevistas o deliberadas para concebir escenas diferentes, o soñarlas, pues en ellas es dado realizar lo inimaginable.

" He sentido sus brazos que me buscan, antes del amanecer. La oscuridad que inunda el cuarto es completa, pero puedo percibir como si dentro de mí se dibujaran sus ojos invadidos. Hay un silencio nuestro que no se inquieta por el ritmo acelerado de la respiración. Si acaso un rumor sordo, lejano que puede ser el eco palpitante del corazón del mundo. Y crece y se agita tan sutilmente que en realidad no nos importa, pues nos envuelve, nos cobija, nos cubre, es la misma noche que nos hemos dicho "hasta mañana" cuando los velos del sueño y del ensueño extendían su manto de penumbras sobre el cansancio y la dicha de ayer. Es la misma de siempre, la noche lenta que nos invita y ha juntado nuestros labios, la noche larga y cómplice, persistente. Su cuerpo tibio se me acerca, cálidamente, y sus manos me recorren con su mensaje que interpreta mi cuerpo y entreteje el murmullo que se deshace en el sonido de las sábanas, y presiento su gozo al encontrar mi

respuesta, que vuela de mi ser hacia el suyo como palabras sueltas que no deben decirse, para no turbar, para no comprometer el desgranado pasaje mutuo de eléctricos y refulgentes impulsos interiores. Somos uno solo, callado y diciente. Actuante. Somos el bosque de altas copas donde habitan millones de pájaros y aromas. Somos la misma sustancia, la misma esencia elemental. Y en el generoso lecho, en el espacio del cuarto reinan sobre el dormido universo los sentidos. Comenzamos a viajar hacia la rauda vertiente, hemos posado las manos en cada una de las moléculas que nos asisten, y suben y descienden, se entremezclan. Avanzan hacia la soledad que nos protege, acrecentando el vacío que vamos a llenar por un instante eterno. Nos revolvemos, y él me domina, me accede, me penetra. Cubiertos de oscuridad, poseídos de celo, somos uno solo acompasado hacia el cáliz desbordante, repleto, con su fluido que nos contiene y nos bañará de alegría inconcebible cuando el resplandor más intenso y más sublime nos inunde la sangre. Luego, sobre mí, el glorioso reposo de su dulce agonía, y yo que nada busco todo lo hallo en honda plenitud, sumida en mí, para él. Cuando desciende, busca mis labios para despedirse. Y me abraza. Se aleja con su sueño, se desliza hacia su nada serena, mientras ninguna pregunta se me ocurre. Nos quedamos así hasta que la luz ha borrado las sombras, y es de día".

5

SUEÑO DE HEBERTO

"Desperté. Pero quería continuar soñando. La había visto como una mariposa roja de alas grandes y translúcidas, sobre un campo que la nieve moteaba ape-

nas para que ella contrastara vagamente. Era ella: Indiscutible. Tan hermosa como siempre. Haber despertado me produjo una inmensa tristeza y me dije que tal vez fuera posible retomar aquel sueño, seguirlo. Simplemente imaginármela, como si soñar despierto pudiera ser lo mismo. Pero intentando hacerlo un extraño sopor se apoderó de mí. Del sueño plácido pasé a una pesadilla inenarrable en la que se sucedían vertiginosas, turbulentas y lúbricas escenas, a pesar de mis esfuerzos por despertar, pensando que estaba despierto y viendo lo que de ninguna manera parecía un sueño.

Ella tenía alas y no participaba en las orgías y, sin embargo, era la más tentadora de todas las figuras, la más exuberante. Sus movimientos indecibles incitaban a emprender cualquier insensatez, pues en medio de mi enajenación onírica todo era realizable.

Al sentarme en la cama dudé hasta el desaliento, sin poder convencerme de que estaba en mis cabales. Y volví a verla. Ahora se extendía infinitamente por un espacio ilimitado. ¡Y era mía!

Entonces mi desconsuelo fue mayúsculo porque sabía que su amor no era imperecedero, como es el amor, que es sólo un sueño.

6

ENCUENTROS REPETIDOS

Llegaron a necesitarse mutuamente. Acrecentaron en cada ocasión la gama de sus deseos, en disfrute pleno, intenso y mágico. Forjaron conversaciones propias

que les deparaban goces especiales y les permitía entrever el universo único donde lo demás no existe. Cómo son de grandes los riesgos que se corren en la aventura: nunca lo perciben los sentidos más agudos, pero el ingreso a lo desconocido es atractivo supremo que alimenta toda la creación y da oportunidad a la fortuna para desplegar sus galas y otorgar sus premios o dejarse caer sobre las almas, ciegamente.

Se fueron deslizando, se dijera, bebiéndose sus mieles sin cansancio. De vez en cuando como es factible aun en la misma perfección, él vacilaba. Ella, que todo lo comprendía, sabía pasar. Porque podían más esas crecientes esperanzas que aparecen cuando se logra realizar lo imposible.

Entonces establecieron ritmos y secuencias. Encuentros repetidos. Ocasiones. Horas fijas. Fechas. Y hasta significados cabalísticos para ciertos días, a los cuales otorgaron el premio de su mayor exaltación.

7

LAS TARDES DE FLORINA

Para Florina las tardes del martes tenían algo de anheloso. A medida que corría el tiempo se apoderaba de ella cierta desazón al imaginar que su amado no llegara, pero estaba dotada de infinita capacidad para sobreponerse. Acostumbraba bañarse y perfumarse ritualmente con una esencia tan sutil que la hacía sentirse como una flor recién abierta, y en los momentos culminantes, a punto de desfallecer, envuelta en el aliento del amante confundido con su ardor, era capaz de alzarse hasta las cimas de la desolación.

Los instantes previos a la hora convenida se le hacían siglos. Para distraerlos daba los últimos toques a fin de que nada estuviera fuera de su sitio. Que algún detalle coqueto cautivara la atención, que la encontrara original, alegre; mirándose a menudo en el espejo para ver si su sonrisa estaba suficientemente clara y espontánea. A veces le tenía un reproche oculto, que no consideraba decirselo sin antes darle sus mejores besos. Luego, como sin querer, lo deslizaba en la conversación y se sentía contenta si él entendía sus insinuaciones, mientras se acariciaban sin premura.

La posesión plena de sus emociones le había dado una gran seguridad para el acto del amor. Eso le permitía hacer borrón y cuenta nueva de sus inquietudes, que se esfumaban por el encanto de las horas que pasarían juntos. Como si tenerlo ya en sus brazos fuera la vida toda, y nada pudiera detenerla en un camino que se presentaba abierto a su imaginación.

Él le llevaba flores o manzanas rojas que en cada encuentro eran más bellas y más dulces. Era todo un hombre. Tenía una rudeza que desmentían sus ojos, pues poseían la virtud de encender en su alma fuegos capaces de abrasarla. Cuando sus cuerpos desnudos entraban en contacto y la música elegida para que los acompañara penetraba en sus almas, ninguna sombra podría opacar la luz que los invadía.

Porque entonces recorrían senderos ignotos para experimentar vértigos audaces y llegar al borde del abismo, deteniéndose para prolongar hasta el límite de sus ansias unas sensaciones que por inverosímiles les parecía que nunca más volverían a conseguir, desprendiéndose risueños, sorprendidos, mientras la noche iba llegando sin que se dieran cuenta y los deseos se expresaban más lúcidos a cada instante, más dueños de su ser.

Se imponían pausas serenas en las que divagaban sobre la intrascendencia de las cosas, jugueteando con sus manos para buscar refugios no explorados. Ella trataba de dilatar esos momentos hasta colmar el vaso sin derramar una sola gota de su desenfreno. Pero él solía darse cuenta y la arrastraba hacia la exploración del límpido universo sin fronteras.

Reposaban.

Y, no se sabe cuándo, él recibió una andanada extraña que lo dejó pasmado. Sintió que ya no era capaz de continuar. Pero no pudo expresarle de ninguna manera sus contradictorios pensamientos. Siguió, por mucho tiempo, viéndose con su Florina, tratando de recuperarse de lo que parecía la razón de un abandono.

Ella luchó a brazo partido. Inagotable en sus recursos y su amor. Sin darle a entender que abrigara nada diferente.

Él vio que llega el momento de sentirse un árbol seco. Una tarde la dejó esperando y no volvió. Ella comenzó a marchitarse sin saber qué ocurría, pensando fijamente en los años sublimes, en esos martes con nada comparables. Era insensato que le hubiera dado aquella dicha y la cortara intempestivo, sin razones verdaderas, después de haber llegado hasta tan lejos. Como si la vida entera no bastara para evadirse de la aniquilación.

Después pasó el tiempo, regocijada.. Se decía que el amor es un hallazgo.

Y fue feliz, deseándole a él felicidad.

DEL DIARIO DE HEBERTO HUMPFRIED

Junio 17-19....

"Hoy la volví a llamar. Contestó una voz distinta en su teléfono. Me sorprendí. Y era su voz, que me sonó completamente nueva, con un dejo triste y dulce que no es el habitual, como si fuera presa de una emoción infantil y, contra lo que yo esperaba, mantuvo el mismo tono durante la conversación, como si se sintiera incapaz de decir nada que pudiera alterar la alegría de oírnos otra vez. El impulso repentino que me hizo volver a llamarla no me dio lugar para intentar ninguna reflexión. Me dije que no tenía derecho a privarme de saber de ella, cuando ella pudiera seguramente continuar pensando en mí, por aquello de que los seres que han sido parte en nuestra vida, ya nunca dejarán de serlo. Habrá quienes traten de negarlo, pero la sola negación será la prueba. Presumir que quien nos amó una vez continuará amándonos por siempre, puede que no sea un gran pecado. Más bien, quizás la única valdera entre tantas ilusiones agobiantes que sostienen la existencia. No era, por supuesto el momento para nada distinto a reconocernos, preguntarnos por esto y por aquello. Nos despedimos y dejamos en suspenso la posibilidad de encontrarnos otra vez. Me quedó la agradable sensación de que no la he perdido".

RELATO DEL ÚLTIMO ADIÓS

Florina recordaba a menudo que las ausencias del amado por lo común se limitaban a breves tempora-

das. Cuando volvían a reunirse después de haber traspasado el desierto y superado el sinsabor, ella le exigía explicaciones que él con someras palabras desdibujaba hasta quedar en lo mismo. Porque la sinrazón de una vida es inexplicable y nada vale para descubrirla. Ella lo sabía bien y consentía pasar, por esta vez, para entregarse sin mezquinos empeños y permitirle comprobar que siempre estaba dispuesta a lo que fuera. Y esa postura, por ilimitada que llegara a ser, lo obnubilaba, porque se sentía obligado a corresponder y a llegar hasta donde nunca pensara que podía llegarse en el amor. O al menos en este amor, que había comenzado como simple aventura, una diversión más entre las muchas que nos es dado escoger. Y rechazaba imaginar que Florina no supiera y quisiera exigirle algo que no estaba dispuesto a conceder.

Así llegaron a un punto muerto. A pesar de lo cual él regresó cualquier día y la encontró tan sonriente y altiva como siempre. Tan hermosa y tan divina como la última vez. Y realizaron prodigiosos avances sobre el florido lecho de sus emociones. Que por extraño que parezca, no pudieron rescatar a Heberto de la irrefrenable decisión de abandonarla.

10

CARTA

MADAME:

Nuestra reunión del último martes ha sido la repetición de otras tantas en las que tú hablas y yo no tengo nada que decir. Mis respuestas, si logro dárte-

las, tampoco satisfacen. Por la simple razón que tú conoces casi mejor que yo. Y tú no cambias respecto a mí. Ni yo tampoco. Pero yo no soy capaz de seguir y considero que hasta aquí debemos llegar. Te llevo tan adentro, que considero una tontería decirte nada más.

Espero contar con tu amistad.

HEBERTO

11

DEL DIARIO DE HEBERTO HUMPFRIED

Enero 20-19...

"Ya no soy el mismo de antes. En lugar de producirse una verdadera fuerza que me retenga junto a ella, me he debilitado. Y su atracción se ha convertido en acoso. ¿De qué? ¿De dónde surge la pasión, y qué la mata? Debo estar atento. Conservar su amistad. No tengo motivos que alegar. No veo cómo lo de antes entre nosotros se sostenga. Mejor dicho: aunque estamos envueltos, subsiste el desconcierto. Y hacer esfuerzos por amar, me parece la más atroz de las mentiras. Además todos sus razonamientos me confunden, agrían la paz. Hacen que me duela no sé dónde. El vínculo está roto. Aquellos tiempos felices ya no se repiten. Y lo más grave: El interés, como una vieja hoguera apagada al consumirse la leña, es apenas un montón de cenizas sin rescoldo que al tratar de reavivarlas esparce en el aire sus incómodas partículas sofocantes, molestas. Habiendo creído en lazos duraderos, quedan sólo momentos inasibles. ¿Por qué?

FINAL

Ella lo llamó por teléfono.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias, ¿y tú?

—¡Bien! ¿Por qué esa carta? No era necesaria, ya había decidido terminar también.

—Bueno, pues estamos coincidiendo y eso me gusta. Espero que podamos ser amigos.

—Está bien. Puedes contar conmigo. ¿No tienes más que decirme ?

—Que tú sabes bien cuánto te quiero.

—¡Ah!, ¿sí? Tú también lo sabes.

—¡Entonces adiós!

—¡Adiós!

XXI

¿Había pues regresado a la familia, Amariles, con qué fines? Por lo visto Bruno no le preguntara nada a ese respecto porque hubiera aplacado el interés con las respuestas cuando el viaje al Carmen de Viboral y para él la cuestión no generara mayores inquietudes en esos momentos dedicados a impregnarse de otras ideas diferentes que el mismo Amariles le estaba despertando, y en primer lugar las relativas al amor que, le iba pareciendo, todo lo salpicaban. ¿No había también Federico, como quien dice metiendo la cuchara, planteado una pregunta compleja e interesante con lo de si era posible compaginar el amor y la revolución? Si para Amariles el asunto de la familia carecía de trascendencia, allá las tenga, pudo haber sido lo único que Bruno dijera, pues a él tampoco entonces le preocupaba porque, después se supo, no la tenía, ni la había tenido, siendo huérfano de madre desde niño, y habiendo sido llevado de aquí para allá entre parientes, hasta haber tenido que irse a vivir solo a la Pensión Astral y luego al apartamento, y el padre que vivía lejos, y muy lejos, le giraba para poco más que la mera subsistencia.

Canceladas las posibilidades mediadoras de la Raleigh desde hacía rato, no era el caso abandonarla en un rincón, como si con la renuncia se fueran también al mismo rincón las apetencias que venían de tan

hondo. Así, no sumirse en variadas reflexiones insulsas; y para recuperar el aliento, recorrer los senderos abiertos, encontrarse y no huir; día a día, frente a frente con la realidad en la que, quién no, se dan los golpes, pero se ha de continuar la búsqueda, porque colgarse de la "U" sí que es insensatez, y a Bruno ni se le ocurriera proponerla como solución sino que la dejaba en perspectiva. En ese itinerario comenzado, disponer de instrumentos que han de consolidarse con la acción. Estaban los pasos dados, los recorridos itinerantes, los ojos fulgurantes de soberana invitación a descubrir, la inagotable sencillez y sabia claridad del dicho del maestro, según el cual es la no posesión de aquello que se ama, lo que permite amarlo.

Luego erigir en el lugar correspondiente un nicho para depositar la historia entera, contada desde el primer día que los ojos de lucero se clavaron bien adentro, sin quedar abatido. Buscar otros encuentros, que sí o que no, infructuosos, no porque sea imposible verse sino porque ahora las ágiles alas se mantendrán prestas a emprender el vuelo, evitando esquivar palabras, pues hasta allí se llega si lo demás es inútil. Restañar las heridas, no curarlas. Ellas quedarán latentes, semiocultas y durarán, serán los hilos, los cauces del río por cruzar y navegar, difícil y necesario. Valor para atreverse, aun si es desconocido el resultado, pero no como el que viene vacilante y derrotado del campo de batalla. Todo menos merodear como profeta y predicar bienaventuranzas presentes o futuras, impropio en él, portador del mensaje así sea falto de elaboración y de esa consistencia que necesitan la gelatina, la mantequilla y otras mezclas. Pues siempre ha de estar por hacerse en caleidoscópica concepción el devenir, que se abra como un abismo amable, sima irresistible, donde asomarse otorgue el derecho a transportarse, junto con el guía, hasta el reino del espíritu y la divinidad,

aun en su frágil envoltura. Y, si como se decía entre los amigos, que Amariles no era más que "un costal de huesos", seguir en el proceso y deshacerse, ante los ojos risueños que lo seguirían viendo, ahora lo rodeaban, sin ufanarse porque le preguntara *La Marquesa* juguetona y divertida, "¿de dónde sacas esos efebos Amariles, Olivético?", y él alguna vez le contestara, no sin sorna, "pues ahí está, si bien recuerdas, que Sócrates parecía en la estampa un camionero de Manrique"

¿Entonces? Llevar hasta las últimas consecuencias los estados de ánimo que nos invaden. Ya está dejado el trabajo, baratón. En la casa no lo esperan, pero han admitido volver a recibirlo. Lo esperan los amigos, las calles, la radiola, la cicla. El campo de batalla, despejado, no hay derrota. Ser constante en los propósitos y al encontrar en otros ojos leve afinidad, lanzar la red y persistir en atraerlos a la especie de clan no constituido de adeptos incondicionales o fieles irreductibles, pero que tienen sus propias convicciones y desean airearlas, desarrollar, desenvolver. Que en otros haya mucha expectación mezclada de desdén, nada importa; a éstos basta desembozar, que sigan en su mundo, gran embuste que no pueden descifrar, porque ignoran que es la suya actitud beligerante y pobre, de pura hipocresía. ¿O no es pues de la verdad buscar el sentido de las cosas? Ya que es poniendo los pies sobre la tierra y no en el callejón que no conduce a parte alguna, en el cual, por qué no, podemos terminar desbaratados.

Después del prólogo pacífico con trasteo en cicla que Bruno y Amariles realizaran en breve recorrido para nada itinerante, pues no significaba más que ir a vivir de una parte a otra, vendría en corto término también el acomodamiento, porque Amariles ni había abandonado la familia, ni el regreso quería decir que hubiera

vuelto el hijo pródigo. No. Algún reclamo cariñoso de la madre y las hermanas, un leve gesto desdeñoso del padre, indiferente a causa de su larga edad, y un saludo cordial con los hermanos.

Fogueado ya por dentro y por fuera, liberado de amarras, desbrozados los senderos, continuar la bre-ga. Que si la *santa misión* llegó a su fin y sus conquistas no son de borrón y cuenta nueva, ni nada se ha ofrecido distinto de consolidar el largo dominio intolerante a las ideas, subsisten los motivos para cruzar el río, lo cual también ya se ha empezado por varios frentes, en los que todo está por hacer, tomando el puesto que corresponda. Los tiempos han cambiado, claro; las perspectivas, como siempre, se presentan difusas, pero más que invitar a quedarse esperando a ver qué pasa, incitan a proseguir, requieren el concurso de quienes tengan alas para volar, deseos insatisfechos que no estorban ni incomodan sino que insuflan los anhelos y proveen fuerza irresistible.

En cuanto al amor, seguirlo buscando, y más si está convenido que es carencia, y en el logro de alcanzar a poseerlo, como dijera el maestro también, no es pequeño el premio que se obtiene. Y sin pasar del amor, seguir con la revolución, cuya prospectiva ha sido suficientemente elaborada, no tan sólo en los textos y la literatura sino también en la experiencia de los pueblos que han roto las amarras y los diques que por siglos han tenido al espíritu sujeto y estancado, pues solamente, sugiriera Róber aquella vez en Santa Clara, el espíritu libre nos cura de la crisis.

—Y a propósito de Róber —le preguntó Amariles a Bruno días después del trasteo—, ¿sigue en pie el proyecto de viaje a Jardín?

—Por supuesto —respondió Bruno—. Pero, ¿no has

notado cómo anda de embelesado, que hasta canta: "Cautivo estoy de amor por unos ojos, que cuando miran, torturan y enajenan." Y que hay que poner a punto el Jeep, cambiarle una llanta, afinar el motor, apretar tornillitos en la suspensión para que no brinque mucho en esa carretera destapada y tan larga, no sea que se nos caiga "un" pasajero?

—¿Róber cantando? —se rio Amariles.

—Ahí lo tienes. Quién lo creyera ¿No has dicho tú que Sócrates cantaba también de vez en cuando pali-nodias?

—¿Yo?, ¿cuándo? Puede que quizás al referirme a sus incontrovertibles argumentos para demostrar la confusión de sus acusadores..., porque...

—¡Bueno, lo que sea! ¡Tenemos a Róber cantando y encantado, apretando tornillos, y nos vamos a Jardín a ver por qué produce flores tan bellas! ¿Tú piensas ir o no? ¡Mucho que ver! Dice Pedraza que también hay gorditas alentadas. Así que estamos listos. ¿Has leído la traducción, o no te queda tiempo con los trajines del castrismo? Dime una cosa: ¿No es eso muy embelecudo? Se me ocurre que Federico no está para esos trotes, con tanto agobio como le dan las novias. ¿Y el Narizón? Menos. ¿No dice que aquí la oligarquía sabe mucho y que no va a ser tan boba para dejarse meter gato por liebre? ¿Y Oscar? ¿Para dónde voy? ¿Vas a Jardín, o qué? Róber sí me parece que es capítulo aparte, ¡di algo!

— Más nos entretenemos con tus misceláneas; está bien, así eres tú. Nada tengo que reprocharte; no veo la razón. Intentaré contestar una por una tus preguntas sin extenderme demasiado:

" El viaje a Jardín, me parece interesante, y tanto mejor si fuera en bicicleta aunque está ese pueblo más lejos que El Carmen de Viboral. Pero he decidido quedarme por el momento dedicado a continuar haciendo algunos contactos que permitan establecer la estrate-

gia relativa al tema de la revolución, que no es embelecado como dices sino atractivo y quizás imperioso por la oportunidad. Hay en el ambiente alternativas que conviene estudiar con atención. Óscar ha celebrado reuniones con obreros que acogen con sumo interés sus propuestas...

—¿Y les canta el *Señor Capitán*?

—A veces. Tú bien comprendes que no se trata de fundar un mundo sino de interrogarlo y que es mejor estar alegre para evitar la confusión. Federico...

—¡Ah! ¡Fred o la ternura! Antenoche se puso a llorar, casi nos hace llorar a todos porque le dijimos que no sabía amar. ¿Es que tenemos que llorar porque el amor no llega?

—Está entre las cualidades naturales de cada uno la de ser sensible, más o menos. Nada importa. Y en lo interior podemos esperar que por impulso divino llegue el amor. Federico y la ternura: tú sueñas, yo sueño, él también. ¿Qué lo impide?— agregó Amariles.

—¡Ajue! ¿Y si la alegría nos desborda? — exclama Bruno.

—Tratar de conservarla, porque somos más libres cuando estamos alegres que cuando estamos tristes. Y no es sólo cuestión de filosofía, o de suerte, si hemos de hacerle caso al *marqués* Luis, quien sostiene en su particular bromatología que la tristeza es falta de tiamina.

—¿Sabes? Me gustan estos raciocinios tuyos. Pero se me viene a la cabeza una pregunta: ¿Si hacemos la revolución, viviremos alegres, indefinidamente? ¡Dicen que los rusos mantienen cara de aburridos y que Castro aprieta más tornillos que Róber!

Amariles sonrió, y dijo, con ánimo de concluir:

—Es un proceso. Sigamos mientras tanto nuestras inclinaciones. Y cuando estemos tristes, reposar el alma.

Ya releí la traducción, muy bella. Tienes que darle algunos toques a la sintaxis con *El marqués* Luis. Y, por supuesto, nada tengo que criticar. Yo busco el amor, Florina busca el amor. Tú buscas el amor. Heberto busca el amor..

— ¿Y cuándo lo encontramos? —pues era Bruno al que le gustaba concluir sin concluir.

XXII

Se enzarzaban en interminables coloquios promovidos por inquietudes constantes de Bruno que trataba de poner a Amariles contra la pared como para saberlo todo de una vez. Amariles con parsimonia trataba de seguir la corriente deslizando a la manera del maestro las propuestas envueltas en esa profunda filosofía del poder irresistible del amor. La conversación comenzaba en Donald temprano en la mañana después de un "buenos días" y los infaltables comentarios quejumbrosos por un "tampoco dormí anoche" que Amariles recibía distraídamente al sentarse a la mesa delantera preferida por la panorámica a Junín, desde la cual veían pasar la gente mientras el flacucho mesero sin preguntar traía un par de cafés tintos. Al rato iban llegando los amigos hasta colmar dos o tres mesas más, porque también estaban invitados los efebos y algunos *nadaístas* —que no todos, por ser otros fastidiosos en demasía, y no faltaban metidos, aprovechadores, arriados.

Ubicada entre La Playa y Maracaibo en los bajos del inmenso edificio constituido por el Hotel Europa y el teatro Junín, de particular arquitectura pseudo gótico-flamenca y soberbia galanura haciendo esquina, Donald ofrecía el especial encanto de un gran salón repleto de mesas con vistas totales de la calle por un par de altos portales cuadrados, del piso al techo, y permi-

tiendo a la clientela sentirse medio adentro y medio afuera. Así que las entretenidas algarazas de amigos y *nadaístas* llegaron a tenerse, por su singularidad, como espectáculo atractivo, no sin que las señoras *bien*, escandalizadas, llegaran a decir que "eso no es más que un círculo vicioso".

El dueño del establecimiento, diminuto sin enanismo, se movía incansable por todo el salón, armado de un matamoscas y daba la impresión de que nada le importaba que fuera diferente a mantenerlo limpio del enojoso insecto. Adentro, detrás de dos refrigeradores de vitrina, repletos de carnes, pasteles y delicatessen, estaba la hija, bonita e impasible manipulando la caja registradora. Y, atendiendo, el flacucho mesero, que nadie supo como se llamaba, aunque algunos le decían *Ulcerita*; y se movía agitado en tal premura, que tampoco se sabía por qué no derramaba los servicios, ni cómo descansaba.

Tras la caja, un ventanuco por donde el personal de la cocina pasaba los pedidos. Santo y bueno. En lo demás, se fueron los días, y Donald desapareció con su edificio, dando lugar a una torre de empresa textilera con pretensiones de rascacielos que los señores industriales elevaron para símbolo de la ciudad, orgullosa, siempre atareada.

Que el coloquio de Amariles y Bruno hubiera principiado en Donald no quería decir que el arribo alebrestado o sobrio o recalcitrante de quienes llegarán, tenía por qué interrumpirlo. Después de los saludos "qué hay *Piripipfo*", "qué hubo *Olivetti*", un comentario sobre los últimos sucesos podía acaparar por momentos la atención por lo inusitado o inverosímil, como los que con imaginación prolífica inventaba de seguido Román Cabanillas, dándole a la realidad toques de

magia y fantasía que dejaba a todo el mundo boquiabierto. Y podía ocurrir también que apareciera el Negro Yimmy al que no muchos le paraban bolas por lo de no saberse de dónde había salido, ni para dónde viene, ni para dónde va, eso sí tarareando las canciones que según él iban a darle fama imperecedera, provenientes de sus ancestros, ajustadas a su voz de bajo barítono, como la que empezaba

*Sometimes I feel
like a motherless
child...*

y casi nunca terminaba. O fuera que viniera Asdrúbal que no gustaba dejarse manosear de cuanto advenedizo pretendiera hacerse a su lado para darse tono con quien simbolizaba lo mejor del *Nadaísmo*. Seductor por su finura poética original e inigualable, desbordante de presagios, con su porte dominante no engreído Asdrúbal sabía alejar de sí lo resobado *nadaísta*, y avizorar profundidades.

—De suerte que andábamos, Amariles, tratando de encontrar el amor. ¿Dónde está pues escondido?, —podía ser la pregunta con que Bruno interrogara sin preámbulos y poniéndose enfático para evitar circunloquios. Y que Federico agregara:

— ¿Y quién lo escondió?

Amariles sin replegarse respondía con seguridad:

—Los dioses nos lo dieron como único legado. Ni está escondido, ni nadie lo escondió; porque está en todo, por la belleza en sí.

— Eso es más complicado todavía —diría Bruno,

—Pero muy bonito —añadiría Federico.

—¡Déle que es fiesta! —exclamaría Oscar.

—Y si lo buscamos, en todo lo encontramos. Simplificando bellamente, lo dijo Van Gogh: "Encuentra bello todo lo que puedas; la mayoría no encuentra nada suficientemente bello" —resumiría Amariles.

—¡Y que gordas y estúpidas!, le respondió Gaughin —protestaría Bruno.

—¡Al diablo con tus gordas y con amarlas todas! ¿O es que crees que amar es un juego de billar sin carambolas? —remataría Arturo. Róber, retorciéndose el bigote, meditaba. Entonces dijo:

—El amor está latente en los cuerpos y en las almas, y para encontrarlo poseemos el don de la adivinación, la poesía. Ahí es donde yo creo que falla el *Nadaísmo*, que ha querido convertirla en instrumento de lucha contra nada y contra todo, como si fuera posible resurgir de las cenizas sin arder, porque es sólo por la poesía como ardemos, como arden los impulsos interiores e iluminan. ¿Para qué nos sirve el escándalo en sí, Asdrúbal, y después rumiar? —Asdrúbal, inmutable respondió:

—Tú, siempre impiadoso, por eso me gustas, por eso te coronó—. Y cogiendo la laminilla estañada de un paquete de cigarrillos, enrollándola, hizo una rueda y coronó a Róber.

Mientras los asistentes sonreían y Róber atusábase el bigote más alegre, Asdrúbal continuó:

— Los impulsos interiores, queridos compatriotas, podrán martirizarnos. ¿De qué nos sirve dominarlos? Somos y seremos, todo y nada, ineludiblemente. Estaba la locura guardada en los cajones y tuvimos que echarle humo de marihuana para que despertara a los poetas rezagados. El soplillo del tiempo no pudo con el amor. Porque no es borrando con el codo lo que se hizo con las manos. Tanto es así, que ahora están enviando los cohetes a la luna, vieja cicatera y peregrina, para

que diga la verdad. Échate un sueño, Róber, déjate ese bigote quieto, y rumia. Verás como se siente el ritmo de las cosas. ¡Amen!

Podrían haber ido llegando algunos de los efebos separadamente, o juntos porque se hubieran encontrado, y se les daba la bienvenida. El flacucho mesero sin preguntar traía café, el diminuto propietario le ordenaba cambiar los ceniceros rebosantes. Amariles ya había llenado varios. Había inaugurado la costumbre de dejarse llenar el plato o el pocillo en los restos del café, con un poco de ceniza de cigarrillo, unas cuantas gotas de jugo de naranja, de mora o de lo que fuera quedando; Bruno asombrado recogía los sobrantes, los mezclaba, Amariles sin decir una palabra los ingería, sin darle importancia, disfrutando tan bella reunión.

—¡Federico, evocador enamorado!, ¿por qué tenemos que llorar, después de amar, a la vista de la muerte? ¿Es lo que quiere decir esa canción...

*¡Ah! mourir d'amour
a l' instant où t'a même
folle e-e ... ?*

Sería Bruno quien después de elaborar a Amariles un atiborrado plato de insulsa golosina, preguntara entonando la estrofa sin terminar, porque en Donald no permitía el hombrecillo matamoscas ningún arrebató. Respondió Federico:

—¡Hombre *Piri*, *gordiano*! ¡Asdrúbal insurrecto! ¡Y tú, Amariles, preguntón indefinible! ¿Y si no nos encontramos a nosotros mismos, qué sigue? ¿Estamos o no estamos, somos o no somos? ¿Y si nos encontramos, está todo resuelto? ¿No les parece que la vida puede ser la coartada, con ratos agradables? ¿Para qué? ¿No

fue Mozart quien dejó para lo último su propio réquiem?
¿Ya lo oyeron?

Las ensartadas preguntas de Federico no causaban desconcierto, pues así como se ponía en ocasiones llorón y apesadumbrado, alternaba alegre y soñador, humorístico o sarcástico. No le habían llegado afanes, al parecer, de desnudarse de sí mismo o de ocultarse, quizás por esa juventud deslumbradora de la cual no se espera más que prolongarla. Que, como adivinando, Bruno volviera a intervenir, diciendo con tono pausado:

— Está bien, Narizón: Que no es amar un juego de billar sin carambolas. Pero, ¿no es vivir, un desempate? ¿Un "prolongo" indefinido? Y para terminar también con otra pregunta como Fredy: ¿Cuál de los ases puede uno tener escondido entre la manga? ¿Lo tiene alguno? ¿Tú Amariles? Por qué no nos lo muestras?

—No. Ni los tengo, ni necesitamos tenerlos escondidos, porque ellos están de por sí en nosotros mismos, se nos dan por evidentes manifestaciones que la vida exterioriza en el cuerpo mortal que por naturaleza busca existir, ser inmortal, en la belleza, en el amor, en la virtud. Por lo cual no hay desempate, porque el ser es uno, y simplemente se transforma, se renueva, o se destruye, por el cuerpo, bello o feo, y perdura en las almas, que pueden ser también bellas o feas, y encontrando las bellas, encontramos el amor, Bruno, Federico, el amor en sí, la belleza en sí, perfección absoluta, sin trampa, sin engaño, por la locura a la cual nos transportamos por la poesía. Y si les parece muy socrático, pues...

Cuando en ésas iba Amariles, aparecieron de improviso *El Marqués Luis* y otro amigo al cual le decían Rafico, que traían casi cargado al *Cachi*, ebrio, alegre, ojos de alumbrado.

—¡Bruno! —balbució mirando fijamente, tambaleante—, ¡vení salváme que me están persiguiendo! ¡Vienen las cabras en tropel detrás de mí!

Con gran esfuerzo lograron sentarlo en silla que alguno dejara disponible.

—¡No abran las puertas, están locas! ¡Bruno! ¿Dónde tenés el arcabuz? —Trataban de apaciguarlo.

—¡Amariles, maguito mío, armáme! ¿Ya les dijiste a todos la verdad? ¡Nunca la has dicho! —Cerró los ojos y se restregó haciendo un gesto, como si fuera a soltar una lágrima—. ¡Ahí vienen, aquí las veo, adentro! ¡Suenan los clarines, ya viene el cortejo!

El Marqués Luis, sin enojo pero con su voz de timbre armonioso y reposado, le dijo:

—¡Serénate!

Cachi le clava la mirada sumiso, tristón; y lacrimoso se dirige de nuevo a Amariles:

—¿Cómo hacés para estar en todas partes sin que te caigan las cabras encima y te aplasten? Te me parece a la momia de Tutankamon, pero más feíto. Nos quieres iniciar con tus mentiras en el culto de los feos pero te quedás con los bonitos, vencés a los demás, te comés el plato con las chucherías, y que luchemos con las cabras sueltas de la realidad, nosotros mismos. ¡Ahí vienen, Bruno, cazador furtivo, prestáme el arcabuz! ¡Ay, me está dando el patatús! —Y simulando, o de verdad, se desmadeja.

Federico dijo tener allí cerca el automóvil del papá, se ofreció para llevar a la casa a *Cachi*, y fue por el vehículo.

El matamoscas propietario había estado vigilante con el flacucho mesero, buscando evitar desmanes. Cuando Federico estacionó a la orilla de la acera la suntuosa verde berlina sedán cuatro puertas Buick que ocupaba casi media cuadra, Óscar, que había estado distante, indiferente, recogió la cuota para pagar, subió al vehículo, y entre los demás acomodaron a *Cachi*. Luis y Rafico fueron a llevarlo y la reunión quedó disuelta, Bruno y Amariles juntos, con Róber y Pedraza, animados, intercambiando impresiones del viaje a Jardín, que ya habían realizado.

XXIII

"Temprano dejamos, Amariles, esta ínclita ciudad —inició Bruno el relato del viaje a Jardín— donde campeara Nos Tulio con su *santa misión* y sus rosarios de aurora dominico-jesuíticos ¡oh gloria inmarcesible! Como estaba haciendo mucho frío tuvimos que empujar el Jeep para que prendiera; con unos chancletazos arrancó. Apenas pasaban los madrugadores obreros que van para la fábrica sin pensar todavía en la revolución, y las viejas para misa a rezar por tanto pecador. En las esquinas, negociantes que no pudieron cerrar tratos la noche anterior y que en las claras del día quizás su dios los ilumine; uno que otro *aguardientoso* asegurándole abrazando a su contertulio que mañana cuando estén sobrios todo se arreglará, mientras el tufo se esparce en toda la ciudad. Así las cosas echamos gasolina en los surtidores solitarios de la bomba en la salida por San Juan a la autopista que une a Medellín con Bogotá sin hermanarlas; vía por donde transportan mercancías de nuestros comerciantes y nutren sus bolsillos sin un roto como los que sí tienen los míos. También les echamos un vistazo al aceite y al agua. Reunimos los billetes que cada uno llevaba para hacer una *vaca* y se los dimos a Pedraza que los manejó muy comedido. Como habíamos tenido los tres según parece el sueño reposado, nos trasmitimos alegría y tomamos rumbo sin más consideraciones y sin importarnos a qué hora podría-

mos llegar a Jardín, la patria chica de Pedraza y puede que de algún pariente mío.

"Estos veranos de agosto, como tú bien sabes, tienen sus encantos cuando comienza el día, sobre todo. El aire tibio, los cielos despejados. Los árboles enhietos, saludando. El trino de los pájaros subidos al alar atempera el alma con sublimes acordes. El silencio matutino se va desenhiebrando lentamente y las punzadas de enfado que pudiste sentir al levantarte, van desapareciendo al conjuro milagroso de los silbos interiores que dibujan la dicha de esperar que al menos por hoy puedes ser libre, porque el viaje que emprendas por estos agostos sin afán premonitorio ni malos augurios, te afirma en la certeza de que estás bien contigo mismo. Te puedes ir reconciliando incluso con la naturaleza exterior que te aprisiona y mirarla sin tristeza, aunque eso que llaman la mano del hombre la destroza sin misericordia, ignorando insensible que ella envuelve, aun sin que lo quiera, la propia circunstancia. Estos agostos Amariles, te repito, tienen un no sé qué de encanto. Nos invitan a dejar de preocuparnos de eso que llaman el sentido del deber, y a no tener que calibrar las sensaciones, permitiendo que vengan como quieran para poderlas disfrutar sin más limitación que los linderos infinitos del deseo y el placer. Aunque, claro, hay noches en estos agostos si bien recuerdas Amariles, si bien recuerdas, en que las estrellas se disparan y hasta nos enloquecen que, a lo mejor, es tan bueno.

"¿Voy bien? ¿Sííí...? ¡Gracias! De manera que vamos ya por la autopista que se está llenando de *metederos* apodados en inglés *moteles* que reemplazan tan malamente a las deliciosas casas de las putas y permiten a los ejecutivos darse escapaditas con sus secretarias, y a las señoras *bien* disfrutar los halagos de un amante, mientras el marido fatigado toma decisio-

nes para construir *su* mundo, ese mundo encargado del Polaco al que nada preocupa y vió pasar en su totalidad cuando servía de alcahuete en la casa de Marta *Pintuco* que en el barrio de Lovaina preside la orgía colectiva de esta ciudad sedienta de arrojar a Nos Tulio por la borda. No se nos dio nada seguir para adelante después de pasar el pueblo de Caldas, cuyo nombre recuerda al pobre sabio que descubrió el agua tibia y fue fusilado por saber demasiado como el mejicano de la última película, llegamos a la fonda de Primavera y paramos a tomar café, encontramos un ciego que sin preguntarle nos dijo que tomáramos agua que era lo más bello porque refresca hasta el alma en el peor momento y que tanto es así que en Caldas llueve sin parar y hasta nube propia tiene. Róber le preguntó qué era lo más feo y el ciego contestó que debía ser el mundo con su horrible claridad. Nos quedamos pasmados pues nos pareció que a lo mejor tenía razón, y decidimos seguir porque de pronto era capaz de decirnos otra verdad aún más aterradora. Pero, antes de montarnos al jeep, Pedraza se devolvió y le dijo: "¿No le parece muy bello esto que dijo un poeta Hindú:

'El mismo sol renace, en un ciclo de eternos amaneceres'?

"Sí", respondió el invidente. «Ustedes despiertan, lo miran, y él los enceguece. Y también me contó un señor que pasó por aquí, que hubo un tal Ícaro que con sus alas de plumas y cera bien sujetas a sus brazos, quiso subir hasta el sol y él se las derritió, por lo cual el ingenuo viajero cayó al mar. ¿Esa es la luz que mis ojos no verán? No digo más» Nos preguntamos qué quiso significar; seguimos y cambiamos de tema porque queríamos ver las flores de Jardín así fuera al sol poniente. Continúa tú, Róber, que me estoy haciendo largo".

"Veamos —dijo Róber: —Un poco más adelante de La Primavera, la carretera es más estrecha y sin asfalto y hay que andar despacio porque el Jeep brinca mucho con tanta piedra suelta. Pasamos cerca de Amagá, pueblo insulso y no nos detuvimos hasta Bolombolo donde, a pesar del calor infernal que hace a todas horas, se me vino a la cabeza el poema de De Greiff que dice: 'Esta rosa fue testigo, de aquel que si amor no fue, ningún otro amor sería'. Por allá las rosas deben de ser una rareza, pero como yo iba pensando tantas cosas, el paisaje que se abre tan bonito al paso del Cauca lo inspira a uno. Nos tomamos una cerveza junto al puente por donde se cruza el río dando continuidad al viaje, porque el viaje, ¿no Amariles? es continuo y discontinuo, y una mirada al alma reconforta. Sobre todo una mirada instantánea y turbadora. Quiero decir que viajar implica cruzar ríos, vadearlos, cuando una mirada nos estremece, nos llama, nos aprisiona y nos libera. De Bolombolo en adelante la carretera sigue destapada pero por terreno plano por el cañón del río San Juan que desemboca al Cauca y baja torrentoso, según se dice arrastrando los cadáveres de quienes intentaron vadearlo. Unas van por otras. Y así, que la vida es torrentosa. En algún lugar, la carretera se abre en dos. Una parte para Andes y Jardín y por otra para Ciudad Bolívar a donde nos dirigimos con el propósito de conocerla porque nos habían hablado mucho de su importancia, la cual no encontramos; nos enfiestamos y por lo visto les parecimos raros a la gente que tiene fama de belicosa, tanto, que nos tuvimos que escapar por los suburbios, llevando en los ojos sólo el recuerdo de unos bellos samanes que adornan la plaza. Llegamos a Andes y seguimos en parranda; allá sí nos recibieron bien. Se nos arrimaron unos curiosos ¿sería por el Jeep?, nos ofrecieron el licor que quisiéramos tomar y nos contaron historias vehementes, antinitscheanas, de señoras que matan al marido, maridos que matan a

los amantes de las señoras, historias que terminan en muertes antihistóricas, antieróticas y pornográficas. ¿Qué no preside el sexo? ¡Benditos cristianos, alabado sea! ¿No nos preside el papa con el gonfalon? ¿Gonfalon, gonfalon, gonfaloniero? ¿Falo, Falo, a dónde vas? Me estoy pareciendo a Bruno. Arduas tareas nos proponen el sexo, la vida, el erotismo, pero estos pobres pueblos tan cristianos y resentidos, creen que sólo los conducen a la muerte, ésa sí pornográfica, no tanto porque horrorice, sino por los placeres inefables y ultraterrenos que se ofrecen a cambio del presunto sufrimiento interno, castigo de los pobres. De todos modos, pasamos muy bueno en Andes. Continúa tú, Fabio, ¿a dónde miras?"

—¡Ji, jiji! luna paloma! ¿No te acuerdas de las que hay en la plaza de Jardín?

*"Vuela, paloma blanca
vuela
Dile a mi amor
que volveré,
dile que ya no estará
tan sola,
y que jamás
me marcharé..."*

Esta voz mía ensordinada de tuba sin pistones, las espanta, ¡Bruno, dame un empujoncito! Bueno, ahora le seguimos. A ver: De Andes a Jardín la carretera se empina un poco por entre cafetales y vueltas pronunciadas, se alarga demasiado por lo empedrada y hace que uno crea que no va a llegar nunca. La mirada se entretiene sin embargo, ¿o no Róber?, en la verdura abigarrada de cafetos con sus frutos rojizos apenas despuntando la cosecha en este agosto, y que cubren, les dan sombra, extensos platanales y guamos. El rumor de las aguas cantarinas no lo oímos por la brincadera

del Jeep, y a la entrada del pueblo tenemos que parar, destensionarnos, y dar un vistazo por los alrededores antes de seguir para la plaza, donde la iglesia se yergue airosa y preside, por supuesto, el trajín de las almas que dan, un día sí y otro también, trastazos, y el cura les perdona. Yo no tengo más nada que decir del pueblo donde nací, crecí y me crié, y corresponde a Róber y Bruno dar sobre él sus opiniones. Debo recordar sí que como llegamos el domingo, había mercado, la plaza estaba atiborrada y la gente deferente y cariñosa nos acogió sin reservas, virtudes que nos caracterizan, ¿o es que yo soy distinto, Róber? ¡Ji, Ji, Ji!"

"¡Eso me gusta, pongamos las cosas en su punto, Pedraza!— dijo en regodeo Bruno—. ¿A qué fuimos a Jardín? Dicen las señoras que es muy bueno pasear y a los señores se les atraviesa la idea de cortarles, de vez en cuando, la cabeza, y que no vayan a ninguna parte. Así pues que hay lugares de lugares donde podemos ir a pasear, blandir la espada, pero mejor haciéndola girar en el aire poniendo cuidado de no ir a cortar nada, y menos las alas de las palomas que en el jardín revolotean. Cuando vamos de viaje cargamos con nosotros los secretos, porque los llevamos tan adentro y no sabemos dónde van a salir. En tu pueblo, Pedraza, se levanta la iglesia arrogante y de testigo no exactamente mudo, dándoselas de bella, cuento que muchos han tragado. En el parque, profusión de guayacanes emblemáticos floreciendo en este agosto, unos amarillos, otros rosados, desafían la mirada al no sé qué, encandilantes. El trazado recto de las calles invita a recorrerlas para observar balcones donde cuelgan geranios y cortejos de todos los colores que la mano campesina acaricia primorosamente. Las casas blancas, de dos pisos, en la plaza cuadrada, acogedora, recuerdan con sus techos de tejas españolas otros tiempos. Alrededor, montañas de suave pendiente, abrigadoras, hacen por la altura

mediana que el clima sea templado y quizás las almas no tiriten como en la mayoría de los pueblos antioqueños trepados en cerros inaccesibles, que habitan seres enruanados, alpargatudos, taimados, parcos, espartanos, lacónicos; talante altanero, calculador y pendenciero, negociantes e incestuosos. ¡He dicho, que me estoy inspirando demasiado! ¡Continúa, Róber, por si te dejé algo que decir!"

—¡Róber siempre tiene algo, y mucho, qué decir, ¿no? Que no lo diga es otra cosa. ¡Dale! ¡Ji, ji, ji! —repuso Pedraza, mirando de reojo, delicado, sin reparos.

"Pues sí ---comenzó Róber sobándose el bigote—. Uno tiene mucho qué decir, pero no es fácil soltarlo todo de una vez. Amariles ¿no es cierto que el amor tiene indecisiones? Y que no se sabe tampoco cuando llega. El sol radiante lucía abrasador despidiendo la mañana para adentrarse en la tarde sin desmayos sorprendivos, recordándonos con énfasis ardiente que estamos vivos y podemos conservar la identidad mientras nos atenemos a nosotros mismos cuando vagan pensamientos que persisten y nos invitan a ir atando cabos, poco a poco. Por lo tanto, nos instalamos en una de las mesas que hay al lado derecho frente a la iglesia, cobijadas por la sombra de un árbol enorme, samán, o una ceiba, no recuerdo bien, y de inmediato pedimos tres cervezas para refrescar los gaznates. Desde allí se domina la plaza que le dicen parque en parroquial visión de pobladores que compran el mercado bajo los toldos. Bueyes y mulas y uno que otro carromato se arriman a las aceras esperando que los carguen o descarguen. A ratos cruza una cabalgata de briosos corceles *paso-fino* vistosamente enjaezados, alguno de los cuales orgulloso hace cabriolas poniendo en peligro jinete y paseantes. ¿Qué más? Muchachas lindas y alegres que retienen a Bruno ensimismado. Pedraza y yo echamos carreta, y a inter-

valos, juntos los tres hacemos recorridos, preguntamos por ésto y por aquéllo, volvemos a la mesa, escuchamos la música que llaman de carrilera estúpida y pegajosa, uno que otro bolero de "Los Panchos", y así llega la noche y estamos bastante prendidos y contentos, decidiendo esperar hasta el amanecer, pues como el día que viene es feriado podemos ver el sol despuntar antes de irnos a dormir, ¡Y si he dicho bobadas, ahí te queda Bruno, para que remates!"

El cual dijo:

"Como vos bien sabéis obispal camarada Amarilisovicht, y más aún vosotros angelicales colombicultores currucutienses, a esta no tan mal inclinada ciudad vinimos por caminos pedregosos entre montañas parturientas, después de quién sabe cuántos días, meses o años de apretarle tornillos a nuestro espacial vehículo en el que no cupo desafortunadamente una gordita, y por eso me tuve que poner extasiado a miraras y quedarme con los crespos hechos por no ser tampoco muy fácil la conquista en latitudes donde el sol se pone detrás de la iglesia, como quien dice "muy astuto", y se levanta temprano, al frente, por *La Selva, Vereda Tropical* que el ingenio antioqueño hacha en mano echó al suelo. Y si es más o menos lo que querías, Róber, que dijera, vimos en el amanecer no una aurora boreal sino el despilfarro más hermoso de luminosidad e incandescencia. Borrosa la mirada, los ojos inundados de lágrimas cocodriloalambiqueetilicodestiladas antes de irnos a dormir. Después de lo cual, ya tarde, despertamos, bártulos echamos al Jeep, regresamos, y aquí estamos, nuevecitos. Así que hasta mañana ilustre partisano y futuro comisario. No más prolongo. ¡Hasta la vista, amigos!"

¡Hasta la vista!, le contestan, se desperdigan.

XXIV

¿En qué lugar había de colocar la Raleigh Amariles ahora, cuando los tiempos iban cambiando aceleradamente si han de tenerse en cuenta hechos y acontecimientos, y las características personales de que estaba dotado, si viene al caso, estaban perfiladas por aquello que bien puede llamarse o que, mejor, la opinión ajena llama madurez? Porque han de recordarse los propósitos iniciales quijotescos de ir guardando en la alcancía con fines diferentes al puro afán ahorrativo, enderezados a comprar la cicla y alcanzar metas para las cuales Sócrates, pues claro, jamás vislumbrara lo de tener que utilizar como medio un vehículo tan frágil aunque bien expedito. Y si en chanzas admirativas más de uno le preguntara, como *La Marquesa*: ¿de dónde sacás *Olivetico* tanto efebo? O aquéllos que no pueden faltar también lo hicieran en secreteo y chismorreos sobre falsas y supuestas relaciones inconfesables, ahí estaba, siempre dispuesta, veloz y reluciente, sin importarle un pito. Porque no se supo que Amariles catalogara sus logros con mezquinos inventarios, ni era su pregón que hubiera cargado a Erik en la barra o hecho recorridos itinerantes con alguien distinto a Bruno el conquistador, y menos, mucho menos, que comentara "cómo hacía", pues era su asunto, de él, y pare de contar. Que si era parco y discreto, sabía distanciar de sí la sorna de los autocalificados *muy sensatos*, reyes de estulticia.

Auscultar el pensamiento a los demás, ser tozudo y audaz; pero no implica cuando se trata de dejarles un mensaje, que se tenga que ser meramente un avispa que esconda los ases, porque, "mira Bruno", le habría de decir en repetidas ocasiones, "¿por qué hemos de ocultar lo que llevamos adentro?" Y éste: "¿Y si yo quiero, y no sé qué es lo que quiero?" Y Amariles: "Pues ése es el proceso del búscate a ti mismo, porque lo que quieres y presientes, si lo buscas, lo encuentras en la locura de las almas, en la poesía, en la belleza, el amor y la virtud, y para ello estás dotado por las alas de tu alma que te permiten remontarte a la divinidad donde los insensatos, que son los que no quieren, nunca llegarán". "¿Y eso de la revolución?" le preguntaría Bruno, y Amariles le contestaría: "Fíjate bien que la revolución no es propiamente una palabra huera que envuelva sólo querer cambiar cosas externas y puestas al alcance de la mano, o, como quien dice, lo que los pobres del espíritu llaman simplemente realidad. No afirmo que el ciego que conocieron en el pueblo de Caldas no hubiera planteado sus verdades, pero yo tengo que decirte, así Méndez afirme que es frase de cajón, que ciego es el que no quiere ver" "¿Méndez, y que tiene que ver Eloy en ésto?", pregunta Bruno. "No", responde Amariles, "es que le gusta a ratos ridiculizar. Pero dejémoslo, que tampoco viene al caso, pues "ésto" como dices, es sólo para iniciados. "¡Ah!" ¿Y es que Méndez no es un iniciado? ¿No le has dejado todavía el mensaje?", dice Bruno malicioso. "Dejémoslo, dejémoslo; no lo he visto estremecerse, que más tarde pueda que lo haga, y a lo mejor cuando la editorial..., agrega Amariles.

"¿No vamos como enredando mucho? ¡Que iniciados! ¡Que estremecidos! ¿Qué es pues la revolución? ¿El estremecimiento que produce Stalin mandando asesinar la inteligencia, para su conveniencia? ¿Rima? Pues tú sabes por qué. ¿O el Ché armando guerrillas y

Castro fusilando? ¿En qué quedaron Danton, Marat y Robespierre? ¿Cómo hizo Carmen Cavallaro para dispararle tantos cañonazos a Napoleón? ¿Y cómo va Méndez con las publicaciones antipoéticas? Éste sí muy pronto va a estremecer el medio editorial con la *contribución* de Marx, que en estos días, según me ha dicho Róber, sale el primer tomo. Vámonos a oír música un rato en el café de Juan de la Rosa, yo tomo *tinto*; tú, tomo y medio de café con los sobrantes, vemos la gorda Margarita que está tan alentada y..., ahí vienen Federico y Óscar, entremos con ellos.

Los cambios de escena —que Amariles no rehuía— eran oportunidad para dejar pendientes las soluciones al incesante acoso de preguntas, y Bruno aprovechaba quizás con el propósito de que quedara para después develar el secreto de sí mismo que si bien él se planteaba al conocer por Amariles los supuestos socráticos, le parecía que había tiempo para ir desenredando lo que llamaba engaño; y que era muy interesante por el momento, ahora cuando estaba tan de moda el tema de la revolución, irle dando cuerda por el lado que Federico la tocara que además y también era muy de moda, lo de hacer el amor y no la guerra. De tal forma y de la otra los dos puntos de vista; nada más oportuno, se diría Bruno, que los cambio de escena.

Un breve saludo. "¿Y cómo van las rocinantes bípedas queridos quijadas y panzones, cuál de los dos más flaco?" diría Federico, brotes jocosos de su extrovertida ambivalencia. "¡Archivadas!" contestaría Bruno. "No tanto" propondría Amariles, a seguir la corriente. Pero Bruno, adelantado y festivo, continúa: "Ahora cabalgamos el Sputnik-Róber-Apolo-dionisiaco. Rengueante y brincón, valiente y esforzado. Lento, pero constante. Y los espacios libres para ir hasta la luna. Que si nos vamos a la cuneta en un cañaveral, para eso

están las grúas, bien gordas por supuesto, o nos sacan las guerrillas Castro-Ché, a culatazo limpio”.

Óscar no era retraído sino por lo contrario exultante, sobrado de recursos al humor repentista que brotaba de sus labios con dardo de veloz penetración inesperada, capaz de producir desconcierto a quien quisiera poner a prueba sus imparables tiros de broma, burla o ironía. Y así lo llamaban *Tiroteo*, por el torrente inabarcable de su improvisación divertida y a veces feroz. Personalidad afirmada en convicciones seguras que le daban liderazgo entre los amigos, y sabía aceptar la controversia al caso. Que si contradicciones hoy o mañana revoloteaban en su alma, es del ser también la imprecisión, lo ilimitado, que sólo la adivinación y la poesía dejan presentir, como Amariles siguiendo a su maestro advertía a Bruno, a quien los soliloquios insolubles eran caros y propios para desenvolver. Quizás como el que dijo a continuación:

“¡Raudo velocípedo condúcenos por las cañadas para aspirar los vientos putrefactos que solícitas chimeneas de las fábricas esparcen con olor nauseabundo por los valles y las frondas, donde antes veíamos bandadas de pájaros portadores de simiente que en milagro nos regala el prodigio de las flores. Tus alcances restringidos a nuestras pobres fuerzas de tracción, han de llevarnos, sin embargo, ahora por procelosas avenidas hasta las puertas abiertas del ansioso corazón de los obreros, que reclaman la presencia ineludible de los nuevos mensajes que queremos transmitir y nos hemos resuelto a ser sus emisarios”. —¿o no Amariles? ¡si me equivoco, corrígame, si estoy pasmado, embriágame! ¿O qué? —remataría.

—Poeta, di paso tus últimos versos, ¡y no jodas tanto! — le espetaría Óscar.

—¡Vé! ¿Por qué se quitaría la vida José Asunción?
—preguntaría Federico—. ¡Escuchen, escuchen! —agregaría.

La pianola dejaba oír el adagio del concierto veintitrés de Mozart, a quien Federico rendía amorosa admiración. —¿No es sublime? —dijo, absorto.

— ¡Hombre! ¿No es algo fúnebre, Federico? ¿Por quién va? ¡Agóbialas a ellas, ¿no dijo Sade que les gusta?! —Dijo Bruno.

— No seas exagerado *Piri*, Mozart no tuvo sino una.

—¡Bueno! ¡Pero que ésa no nos mate y nos deban enterrar con un adagio!

—¡Frijoles con arroz, para estos dos, blanco y negro! ¡Puchas! —exclamó Óscar.

Amariles, que no se dejaba llevar de arrebatos ni alardés de sabiduría para darse tono con posturas de suma trascendencia, conservaba siempre sencillo su talante, advertido y abierto, o divertido, según fuera, sin manejar argucias para aprovechar de lo que los demás hicieran o dijeran. Era su faz serena, sonriente, acogedora, y sabía dejar que el transcurso de las cosas le fuera dando la razón sin ninguna afectación; pero si para ello obviamente debía ser recursivo, lo había ido logrando por la concentración en los propósitos y en el averiguar, no con el afán de acostarse con éste o con aquel efebo y exhibirlos como trofeos al amor excesivo y desvirtuante, pero sí para realizar su vida, que era humano, lo cual importa a cada uno y le da sus derechos. Para cada cuestión tenía una respuesta y no esculcaba su magín para darse importancia, pues decía, sin ambages, agravios o indirectas lo que tenía para decir con afecto y suavidad. Daba sus puntadas al tejido, y como Penélope también sabía desbaratarlo, porque, ¿qué hay en el mundo resuelto de una vez?

Bruno inconforme, inconstante, descubría para sí en esas puntadas algunas de las claves para lo que llamaba su secreto, "que yo no sé qué es tampoco" le dijera algún día, "y si no llega Ulises y mata a los pretendientes, ¿cómo desenredamos?" Así que el tejido, la escena, el campo de batalla eran para Amariles el pan diario y no daba muestras de preocuparse, alterarse, o renunciar, ni de ir precipitado hacia adelante y como fuera, que las metas van pasando ¿y la cicla?, darle toques, alinear las ruedas, guardarla mientras pinta la oportunidad, sacarla a tiempo, darle brillo, aceitarla, echarles aire a las llantas, y que aguanten un poco más, pues la alcancía ni suena ni truena, porque ahora Amariles, a quien el hermano Nelson ha financiado un taller para hacer sellos de caucho, apenas subsiste y aporta unos pesos infelices a la casa, compra libros y comparte con Bruno la lectura.

—¡Di entonces Amariles qué piensas hacer con la cicla, porque este Bruno chacharero con su prosaísmo de lumbago cíclico, ni deja hablar! ¡Margarita! ¡Trae una tonelada de Mejoral! —continuó Óscar, fingiéndose enojoso.

Amariles, animado, no se lanza a la palestra de la discusión estéril, ni gusta aplazar las confidencias. Sabe bien que los pasos hay que darlos con pie firme así sea en la charla de apariencia intrascendente, porque no hay que dejar que las palabras broten por decisión extemporánea, cuando la empresa está iniciada y hay mucho por hacer. Pero como sabe también que no es imprecisión tratar de poner las cosas en su punto, alegremente dice:

"La cicla, si vamos a ver, Bruno, tiene su lado flaco. Hay que cargarla al hombro a veces si la cuesta es empinada, como nos tocó hacerlo a ratos por la carre-

tera de Santa Elena cuando fuimos al Carmen de Viboral, o como has tenido que hacer para subirla hasta tu apartamento. Pero si ponernos a tono es permitido, te recuerdo el dicho de que al que no quiera caldo se le dan tres tazas, y que también hay que subir y bajar para llegar a alguna parte. Si repasas nuestra historia reciente deberás tener en cuenta la gesta sin par que con sangre, sudor y lágrimas vienen realizando los ciclistas de la vuelta a Colombia, entre los cuales Ramón Hoyos y tantos otros que no menciono para no hacerme largo, han dejado su nombre en los anales, inscrito por su valor y su denuedo, y sacando a relucir en desafío nuestras horribles carreteras pedregosas, que no hay nadie más quien se les mida, pues según dijo el ardoroso Polaco, un día hubo de terminar su intento en el hospital en los brazos de una monja. Tiempos vendrán en que las Raleigh pasarán de moda, no lo niego, y podrán ser reemplazadas con mil artilugios que la técnica nos depare evitando sacrificios infructuosos, para que en raudo vuelo podamos esparcir las buenas nuevas..."

—¡Dale Amariles, dale! —exclamó Federico, divertido, mientras la *pianola* dejaba oír una canción poco conocida:

*Si no regresas
te iré a buscar
y si te encuentro
pobre de mí
porque esta vida
tan agitada
ya tiene roto
mi corazón...*

—¡Ahí tienes, Federico! ¿De dónde saca estas folclóricas bobadas Juan de la Rosa? —dijo Bruno, y

agregó:— ¡Sigue Amariles, sigue, a ver en qué paramos! —Y Amariles continúa:

—Pues, a decir verdad, no habiendo más, tortas son buenas. Y las ciclas, Bruno, tienen muchas ventajas: Son veloces, si les damos con brío. Son audaces, mensajeras, y capaces de ir donde queramos. Y, para llegar o volver, o regresar, o buscar, como dice la canción, no tienes con ella, como la vida, por sí o por no, que reversar; pues está lista, presta y ágil, da las vueltas que quieras, y si la tienes que cargar, también ella nos carga a nosotros, y quedamos en paz. Y como afirmas en tu filosofía, el que no tiene más con su mujer se acuesta...

—¡O sea! ¡que esta será la revolución más verraca de todas! —remató Óscar.

—¡Estás fenomenal, Amariles! ¿Entonces qué sigue con tu cicla? —pregunta Federico.

—Pongámosle un poco de seriedad: Hemos iniciado una labor no propiamente dispendiosa pero que requiere dedicación. La cicla siempre presta, no hace reparos. No tenemos que ir por cañadas o despeñaderos, ni aspirar vientos mefíticos o cosa por el estilo, andando medrosos y al escondido...

—¿Hemos iniciado? ¿Quiénes? —ataca Bruno.

—Los enamorados de la revolución —replica sin sarcasmo Federico.

—¡Sí! ¡Células enceladas! ¡La locura! —dijo Bruno, insinuante.

—...lo cual no impide extraviarnos y resistir fatigas —continuó Amariles con lo que venía diciendo, y concluyó:— que al fin y al cabo son esencias que nos depara el viaje. ¿Bruno, recuerdas bien?

—Yo sí. Pero el asedio, ¿cómo lo desenvuelves?

—Si tienes en cuenta que para la batalla es necesario poseer primero voluntad decidida...—comenzó a decir Amariles.

—¡Y buenos ingredientes, frisoles con arroz!...—
insidioso, remató Bruno.

—Pero la torta, ¿quién nos la reparte? —añadió Federico.

—¿No hemos dicho también que la música nos cura de la crisis? ¡Oigan! reclamó Óscar pues la *pianola* dejaba oír los primeros acordes de la obertura de Fidelio.

Calmadamente quedaron escuchando, los ánimos apaciguados, por el momento; sonoridad sorpresiva, agresiva, no paralizante.

—Aunque no sean propicios los tiempos todavía para librar batallas...—dijo Amariles cerrando los ojos, como para concluir.

XXV

"Entonces, ¿qué sucede? ¡Vea pues! ¿Resulta ihombre *Olivet!* que ahora nos vamos a convertir en empresarios?"

Fueron estas las palabras de Bruno el día que Amariles le contara del proyecto de iniciar un pequeño negocio para fabricar sellos de caucho y vender productos relacionados con la papelería que el hermano Nelson de tiempo atrás tenía abierta con gran éxito y por lo cual pintaba la ocasión para expandirse. Ya Amariles, al efecto, había estado buscando local y lo había encontrado en Caracas, unos cuantos metros abajo de Palacé, cerca por supuesto de todos los lugares frecuentados por amigos y *nadaístas*: A la vuelta El Imperial y la pensión, gratos recuerdos. Arriba el parque y las palomas, El Miami, El Metropol, Donald, Santa Elena, Bambi. Que la ciudad era grande y si crecía por impulso industrial y comercial, Junín con la Playa y sus alrededores eran su *Centro*, abigarrado, pululante, y hacia allí confluían los pobladores hasta llegarse a decir que por eso en Medellín *todos nos conocemos*.

—Si le ponemos sentido común a la vida que transcurre y se desliza cotidiana vemos que tarde o temprano debemos enfrentarla, y que dejarla pasar así no más nos conduce a la mera frustración. Para vivir hay que comer y para comer hay que trabajar. Y para decirlo en

términos que te gustan, ¿te has fijado en el letrero de la charcutería que queda al lado de La Bucana y dice: Punto y Coma?

—¡Ah!, no te conocía tan lleno de sentido. ¿Hay alguna diferencia entre el sentido común y el sentido práctico?, porque me parece haberte oído decir alguna vez que el primero está lleno de sandeces y domina a los llamados *muy sensatos*, que son los que se dicen que tienen sentido práctico, ¿en qué quedamos? ¿Tiene mucho sentido práctico Eloy Méndez de editor? ¿Se comporta fuera del sentido común Federico? ¿Quién tiene más sentido común, los pobres de los países ricos, o los ricos de los países pobres? ¿Y quién es más práctico, Óscar o Arturo?

—Todo lo revuelves, todo lo enfocas, desenfocas y propones un tema interesante, que da para largo...

—Róber tiene sentido, y no se le da un pito; yo sí que soy sensible pero descarriado, sentimental e infiel, y que tú... tú... ¿Cuál sentido tienes?

—Espera, espera. Si de vivir se trata, son distintos los significados de alimentar el cuerpo o alimentar el alma. Y ya está dicho por ahí que no sólo de pan vive el hombre, forma sencilla de afrontar la realidad con la existencia, manera de darles sentido con palabras, que no basta; sentido común si vamos al caso. Y si sentido práctico es volvernó empresarios como dices, no es obviamente ninguna solución sino un medio.

—Entonces: ¡Empresarios para el cuerpo y revolucionarios para el alma! ¡Cómo eres de coherente! ¡Es tu sello! Pero yo me pregunto: ¿Cuántas espuelas tiene de sobra el gallo que bate el aire con sus alas al impulso del instinto, para clavar con certeza indefectible las puntas afiladas en el lugar preciso y luego rematar al enemigo que rehuye indefenso en estertores agónicos la lucha, pues sabe que ya nada le da para sobrevivir, y ha llegado el momento decisivo y concluyente en que no le cabe más decirse que la vida carece de sentido, y no

hay coartada que le valga? Dime una cosa: ¿Me contradigo?

—Es diferente. Al gallo ni le sobran ni le faltan espuelas y podría decirse que las tiene suficientes, adaptadas al instinto.

—Y el instinto los lleva hacia la muerte. ¿Y al hombre también, hacia la "U" ?

—No necesariamente. El hombre tiene la razón.

—Y el corazón. "El corazón tiene razones que la razón no conoce", o algo así, dijo el andariego. Pongámosle el sello, ¡y que viva la revolución, y que termine la batalla!

Fueron a conocer con los demás amigos el local y se diría que a darle el visto bueno, y se lo dieron, regocijados, pero desde afuera algunos porque todos no cabían, tan mínimas eran las proporciones.

—¡Mejor! ¡Aquí no te cabe una gorda, Bruno!
—dijo Arturo, y terminó: —¡Echémosle la bendición!

—¡Muchachos! ¡Por favor, tengan modales, comienzo tienen las cosas, y sin premoniciones, que tragedia y comedia dejémoslas para después!. Y Nos Tulio, ¡cuidado!, nos aplica la llave, o el sello arzobispal, y el lacre quema —dijo Cabanillas, con aire sentencioso, siempre risueño, pestañeando, dejando como girar los ojos, queriéndolo ver todo.

— ¡Y movámonos, que van a creer que estamos en manifestación! —señaló Óscar.

En los días siguientes Amariles seguramente hubo de hacer preparativos para la locación, nada difícil pues Nelson daría los suministros, tanto de cánones adelantados como del surtido, herramientas y aparatos para la fabricación. Luego, pues, del previo reconocimiento, vendría el acomodo sin gran parafernalia, ya que de inaugurar debieron convenir habría de ser más tarde.

Un fin de semana, dispuestos para el acarreo los carros de papá y el jeep de Róber, viento en popa, se reunió previamente la pacífica patota en la plaza y para buenos augurios les echaron maíz a las palomas, saludaron a Bolívar; y ante la catedral, donde el sello de Nos Tulio debía quedar impreso en las almas para los aciagos días del paso por el mundo, algún elogio hicieron por tanto ladrillo junto. Luego del sonoro golpe que el badajo diera para anunciar la última campanada de las doce, partió la caravana sin más preámbulos en ruta hacia Envigado, donde esperaban, guardados en una bodega que Nelson al efecto y previsorio tuviera alquilada, el arrume de la dotación completa y el surtido de la *Fábrica de sellos La Impronta. Amariles y compañía.*

La ida, por ser domingo, día de poco tráfico, fue fácil y relativamente rápida. Y el regreso con la carga, pues tampoco tuvo inconvenientes pero sí paradas para ingerir algunas copas, observar ciertos detalles en sitios como el Club Campestre o la plaza de El Poblado, inefables reductos de ricos industriales y comerciantes que para sus empresas seguramente demandarían los sellos cuyo mero cuño daría mayor realce a las patentes exclusivas. Poco después enrutarse a Palacé, dirigirse por Junín bastante larga desde la iglesia de San Antonio hasta la Playa, giro a la izquierda, la avenida Primero de Mayo, luego a la derecha de nuevo a Palacé, y una paradita momentánea, El Imperial, para calmar la sed, que a esa hora, acuciante, exigía un refresco. Seguidamente, uno detrás de otro, los vehículos de papá, adelante el Buick, luego el Mercury de Óscar y de último Róber -jeep- Sputnik, el único portador de la preciosa carga: Dos cajas de cartón con chucherías y todavía no se sabe con cuántos sellos inservibles, livianas por lo demás; una diminuta estantería de tres puestos, de madera, a punto de desvencijarse; cinco tarros con desperdicios, caucho viejo y algo de pintura;

diez resmas de papel oficio, tres cuadernos, una libreta, comienzo de la papelería; tres lápices y medio borrador, muy apropiado seguramente para enmendar los datos equivocados de la contabilidad. Y finalmente, la reina del paseo: Una caja con tipos y cuñetes así como una vasija y un hornillo de gasolina y aire comprimido que suministraría el fuego ardiente para derretir el caucho que formaría la pieza cuadrada, redonda o rectangular que inserta en el cabo de madera servirá para dejar impreso nuevo cuño de los vastos proyectos empresarios.

Si nada más que acaso un cuarto de hora hubiera bastado para cargar tan útiles trebejos en la bodega de Envigado y la embajada al viaje de regreso hiciera paradas breves de observación somera a lugares conocidos, aptos en especial para aliviar la sed, pues el descargue había de resultar igual de fácil para tantas manos, que tampoco se trataba de desempaque y vámonos sino de acomodar, adecuar con cierta holgura ésto aquí, aquéllo allí, sin afanes y cada uno colocar en buen sitio cada cosa, dirigidos por Arturo —que para cargar nada era aficionado y regañar sin fastidio ni arrogancia le daba para largo, mas en chanza y pura diversión—: ¡Coloca eso allá no seas carajo!" ¡Quítate de la puerta, o cómo entramos! ¿Y tú, Róber, por qué has estado tan callado?

—¿Saben? —respondió Róber:— He estado pensando en lo del loco aquel del manicomio, que subía por las tardes al entejado y no había quién lo bajara ni a las buenas ni a las malas, y un día el doctor Uribe Cálad, el director, que llegaba muy temprano y preguntaba cómo iban los internos, lo vio trepado al caballete, ensimismado, y le dijo cariñoso: "¿Qué hubo mijo, estudiando astronomía?", y el loco le contestó: "¡No!, observando el externado!"

Róber, reflexivo siempre, sabía sin embargo mezclar la abstracción al desparpajo sin afectaciones, lo que le daba un natural sencillo y abierto, dispuesto a la alegría. Si aparecía concentrado en algo que rondara su imaginación, no quería decir que se encerrara en sí mismo, en duda existencial de la que busca que los demás le den consuelo al pobre incomprendido. Y el pasar callado en ocasiones tan festivas, no quería significar aislamiento o dejadez. Que el estar haciéndose preguntas interiores cada uno lo tiene y es permisible irles dando pausadamente salida a las respuestas. Ahora, que si la sobada de bigote le duraba para rato, no lo tenía propiamente como último recurso sino más bien como entretenimiento, y nada impedía que cuando menos se pensara supiera ser intempestivo, pero sin darles tonos baratos a la suma importancia y a la insustancialidad. Por lo cual, implica reflexión el conócete a ti mismo, que de una manera o de la otra y siguiendo el antiguo proverbio sugiriera con insistencia Amariles a los amigos, y es de saberse que en cada uno es diferente y embarga de continuo en el proceloso interrogante del ¿qué somos? Que en esos momentos estuviera Róber tratando de salir a flote, nada le impedía pues que se asomara a la realidad, y que dijera, retomando la palabra:

—No estaba pensando exactamente en monseñor Amariles, sino que en este localito del sobrino pueden estar escondidas la paz y la belleza.

—¡Ay jue! exclamó Bruno.

—¡Sí, claro!—dijo Arturo—, y el amor y la revolución!

Y Federico:

—Pues si no están...

Y Róber:

—Pues en mi casa, tal vez no...

—Pero estando tan cerquita... —diría Pedraza.

— Casa con casa... —añadió Cabanillas.

—Porque Thomas Mann, ¿o no Amariles? mató una tarde un turista alelado en Venecia, ¡por andar sólo mirando! ¡Ay juel! —volvió Bruno a exclamar. Y añadió: —Buscan...

— Buscando dónde encontrar la verdad, el amor y la belleza —dijo Arturo, sin burla.

—¡Háganle, hombre! ¿Nos vamos a quedar todo el día aquí atareados haciendo nada? Tengo una propuesta: Ladislao Zulaibar nos ha invitado a conversar. El que quiera ir, no hay problema. Pero terminemos con esto que se nos hace tarde.

Eran puntos finales que Óscar solía dar cuando tenía entre manos algún programa diferente y consideraba necesario concluir, sin importarle romper el entretenimiento, así no le gustara a nadie.

—¿Y quién es Ladislao? —preguntó Bruno.

—Mira Piri —dijo Federico—, a Ladislao lo conocimos en estos días y parece que tiene mucho que decir. Habla de literatura y filosofía, de psicoanálisis, de lo que sea, con una facilidad pasmosa. Es muy agradable, ya verás.

—Si me permiten, antes de irnos, yo quisiera leerles un poemita que me encontré metido entre las hojas de un libro viejo que he comprado en ese puesto de la esquina de Carabobo donde está el *Palacio Nacional*, ilustre mole inconclusa de ladrillo a cal y canto donde se encierra la justicia de esta ciudad hermosa, tan querida de dios. Y, de paso, si me permiten también, hago el elogio de la empresa Amariles y Cía., y lo que significa para la *Bella Villa*, a la que adoro sin ser mi cuna —dijo Román, y se lanzó :

"¡Hay tardes, Medellín, en que te veo de una luminosidad encandilante, con estos ojos diminutos a pesar del humo de las *trabas* de los marihuaneros que vagan por tus calles rectilíneas y se esconden en dilatadas perspectivas al amparo de un bombillo apagado todavía. El rumoroso ajeteo cotidiano, se expresa con sonidos desacordes que inflaman las almas presurosas, y al aliento de íntimos anhelos perseguidos con afanes ilusorios, permiten predecir que mañana puede ser no un día más para sobrevivir, sino para encontrarnos con aquella otra parte que nos falta desde siempre y que tú puedes poseer, escondida. Callecitas que hemos recorrido portadores del sello de la suerte y el presagio, os brindamos la congratulación que extendemos hasta las ya no muy verdes montañas que ciñen y encierran el valle florecido de la eterna primavera y aún no han asolado ácidas lluvias de los extraterrestres, aunque sí las amenazan riquezas de escándalo surgidas al manipuleo de las cuerdas flojas y el engaño. Ciudad hermosa que te acercas a tiempos peores que los de hoy, como a mí me sostuviera una lechuza, y que tus habitantes estarán durmiendo en sueño de estupor y de vergüenza colectiva al producir esos monstruos de impiedad capaces de atentar contra tu propio sér, yo te aseguro que la *Fábrica de Sellos Amariles y Compañía*, dejará su impronta, y en su nombre te bendigo y te aseguro querida ciudad amiga que aunque, por esas cosas, de pronto nos veamos alejados de ti, esperamos no perderte, y que así como vamos, vamos bien ¡Salud!" Todos alegres y risueños lo aplaudieron.

— ¿Y el poema? —preguntó Bruno.

— Es este —contestó Román, sacando un papel arrugado del bolsillo de atrás—. Voy a leerlo de corrido porque no sé recitar —y, algo entonado, leyó:

PEQUEÑA CIUDAD

*Te he visto
pequeña ciudad
con ojo enamorado.*

*Alto el humo
sobre techos que guardan
secretos conocidos,*

*Bajo la lluvia
pasajera e ingrávida
que hiela el corazón
en cuántas ocasiones.*

*Te he visto crecer,
extenderte como mancha
prisionera
de mis propios confines.*

*Te sigo viendo
y te mido con mis pasos
cansados de medir
la distancia
que me han puesto
unos ojos
que por siempre
posáronse en los míos.*

— ¡Épale! — exclamaron.

XXVI

"¿Amariles comerciante, industrial, empresario?, eso sí es una novedad. ¿De tal manera que el amor nos lleva a la locura? Cuéntanos como va el negocio ahora que Bruno y Róber te siguen de cerca y ayudan a fabricar la noble mercancía, va pasando el tiempo y no parece que estén buenas las perspectivas, con tanta competencia y las transformaciones técnicas. ¿Cómo es la cosa?" Fueron estas las preguntas que hiciera Federico una tarde, reunidos en la casa de él, Róber, Amariles y Bruno a conversar y a escuchar música.

La Catedral, mole señera que elevaron en honor a su linaje de arrieros, comerciantes y mineros los consagrados antioqueños, reuniéndose a su alrededor familias de la mayor prosapia, título que sólo los más emprendedores lograban adquirir. Han sido las iglesias iniciales las que reúnen. Y en Medellín primero la Candelaria, en su plaza mayor que, por orgullo los más y otros con desdén despreciativo, cuando les preguntaban dónde habían nacido, respondían: "¡En el parque!" La desmesura denominó parque a la modesta plaza; después la sede episcopal pasó a la catedral de Villanueva; y a media cuadra de ella, esto es, un lugar adecuado para auténtico lustre, estaba sita la casa de Federico.

Amplia sala acogedora daba a la calle en el primer piso, amoblada con gusto, aunque presidiendo

el inmenso *Corazón de Jesús* como en todas las casas antioqueñas. Abrigado aposento para solaz de la familia, y para recibir visitas, incluido Nos Tulio, por qué no. Las campanas de la catedral resonaban por los corredores del patio y en los cuartos desde la madrugada hasta el anochecer, recordando a los moradores su sagrada pertenencia, quieras o no quieras.

"Yo, queridos amigos —dijo a renglón seguido Federico, después de las preguntas, —les tengo de Mozart escogido un hermoso concierto y para finalizar el Réquiem. Podemos hacer algunos intervalos, con nocturnos de Chopin, de los que le compusiera a la no tanto bienamada Aurora, por cierto, Dupin. ¡Ah! De paso podemos intercalar una obra de Mahler, extraordinario compositor, mi hermano se la encontró en la librería Continental. Y si nos sobra un poco de tiempo, le ponemos a Bruno el final de *Rigoletto* para que recuerde cómo puede ser de complicado amarlas todas. Que el amor y la muerte van unidos, ¿o no?"

—¡Bueno! ¿Y eso quiere decir que nos tenemos que enterrar en vida, como Teresa Sánchez de Cepeda y Blásquez de Ahumada? Bueno, ¡aunque encerrados por los hermosos muros de Ávila! ¿Amar, muertos? ¿Morir de amor? —dijo Bruno con ánimo polémico, y agregó—: Hay una transposición en las palabras que nos han inculcado diciéndonos que no vinimos al mundo para vivir sino para morir, porque la dicha la encontramos sólo en el cielo y después de muertos. Está muy bien. Entonces sí. Que la vida es un engaño y que el amor es un sueño. O viceversa, como ustedes quieran. ¡Y que las gordas se vayan al carajo!

— ¡Calma Bruno! —propuso Federico—. Pongamos este concierto que según entiendo es de lo mejor que nos compuso el joven Amadeo y, entre otras cosas, parece que alternara en los dos sentidos de que habla

Bruno, pero sin escoger, porque es la parte más difícil y tal vez a ello se deba su tono menor.

—Tono menor, tono menor, menos intenso —dice Bruno.

—No, no, no, ya sé para dónde vas. Aunque, tú también sabes, en términos generales —explica Federico—, y aparte del aspecto técnico, se refiere a la intensidad para transmitir el sentimiento que se busca expresar, y para conveniencia del acople instrumental. Oigamos.

Pone el disco en la radiola nueva, se acomodan y silencian, dispuestos a escuchar. La orquesta inicia con una provocación de desenvolvimiento patético y conmovedor que va extendiéndose cadenciosamente, lúgubre. Bruno se revuelve, Róber retuerce su bigote, fijos los ojos en ninguna parte, sin azoramiento. Federico, recostado en el mullido sofá de cuero color ocre rojizo que señorea el salón, estira sus largas piernas como para lograr aletargarse, mientras el piano va haciendo su entrada que pudiera decirse invita a la meditación prolongada e impetuosa para encontrar el yo arisco que llevamos dentro. Amariles, absorto, ha cerrado los ojos para escuchar calmadamente; la orquesta, sin replegarse, parece obligada a mantener distancia mientras el piano sugiere con intensa emotividad de sonoro conflicto lo difícil que puede ser alcanzar el remedio al implacable desconcierto que producen los llamados del destino. Y sin embargo, va aplacándose en ritmo reposado, lento y sin pausa.

—Para un momento —dice Róber. Federico se levanta y le pregunta:

—¿Qué pasa?

—¡No sé, me hace pensar en muchas cosas! ¡Como si Mozart quisiera decir anticipadamente cómo es de duro esto de tener que reflexionar sobre nosotros mismos!

La orquesta ha estado reiterando el diálogo y el piano acepta, pero luego se adentra solo en la cadencia con notas de implícita nostalgia, fuertes y sugerentes que la orquesta recoge envolvente para dar fin al movimiento. Federico alza el brazo del tornamesa con cuidado, mientras dice Bruno:

—Pues a mí algo me dice como si más bien estuviera formando un alegato el piano, con todo y su tranquilidad de último momento, y que lo único que nos queda es escaparnos de nosotros mismos. ¿No son así esos sucesivos repiqueteos?

—Esperemos, faltan todavía dos movimientos. Y no olvides Bruno, escondernos es menos gratificante, aunque nos acose la irresolución.

—¡Sí, claro, exactamente, y que nos acurruquemos agobiados!

—Tranquilos —dice Róber—. La cuestión está en que podemos ser libres...

—Bueno, ¿Y si nada se nos da? —dice Federico, poniéndose una mano en el mentón.

—No... pues... ¿O qué nos queda, ¿abrirle desde ya una tumba al corazón? —replica Róber.

—¡Por ahí puede ir la cosa! Pero oigamos —agrega Federico—. Tal vez lo que sigue sea menos turbulento, menos presajioso.

Amariles continuaba ido, embelesado.

—¡Dale, dale! —dice Bruno.

Con sumo cuidado para no rayar el disco, Federico coloca la aguja en el surco de intervalo al segundo movimiento, el cual comienza el piano en delicado retintín majestuoso, sencillo y entonado que anima a meditar en la belleza, y se prolonga a medida que la orquesta redondea en su fraseo la dócil melodía hasta alcan-

zar en plenitud un logrado resumen. A continuación el solista y la orquesta se entrelazan en vertiginoso toma y daca que los lleva raudos a sosegar hacia el final del movimiento. Ninguno dice nada, y en tanto, pasan al tercero los acordes del piano que revisa la trama alternadamente con la orquesta, de forma argumental y gran soltura que parece transportar el alma más allá de la mera sensación y el embeleso. Así se prolonga en continuada aceleración hasta llegar ardoroso al clímax de noble incandescencia y culmina invitando al pleno regocijo.

Amariles parece retornar.

—¡Qué belleza! —exclama.

—Sí, pero tiene un algo como si nos dijera que a pesar de todo la vida es un error — dice Bruno, con cierta molestia.

—¿Qué?, ¿pura equivocación? —pregunta Federico y sigue:— Hombre *Piri*, y entre otras cosas, ¿por eso sería que Heberto quisiera escapársele a Florina? Ayer la leí.

—A mí se me ocurre que de tanto tener que amarla le llegó la hora impensada de olvidar y ser él mismo. ¿Cierto Amariles? ¿Qué es mejor, amar o ser amado?

—Si encuentras la verdad en el amor, nada te impide irte y regresar. Ver de nuevo a quien amamos nos llena de emoción, aunque hayamos sufrido y olvidado, pues el olvido no es más que sufrimiento embriagador, razón y síntesis de amar. Y me perdonan la cita de Freud que hago a continuación, pues me parece que viene a propósito. Dice Freud que en su opinión "el hombre ha de amar para evitar enfermarse".

—¿Y si uno las ama y ellas no? —Pregunta Federico.

—¡Le dan palo, que es más duro! Hay gordas más mentirosas que la Beltraneja, pero que te ofrecen amor. Eso me parece a mí que era lo que hacía Florina a

Heberto, y ahí lo tienes: esperando volver, para volver a amarla.

—¿Y por qué la Beltraneja, Bruno? —Le pregunta Federico.

—Como que tuvo a todo el mundo en ascuas..., pues a veces cuando nos dicen toda la verdad, parece que han dejado de amarnos.

—Pero no por mentirosa la Beltraneja, creo yo —dijo Róber—, sino tal vez por los enredos de la paternidad, lo cual no dejaba en claro si podía ser heredera del trono, dando así lugar a varias guerras...

—¡Ahí está, que a veces por no hacer el amor nos vamos a la guerra! ¡Ánimo Federico! ¡Pon a Chopin que era otro pobre enredado con una mujer vestida de hombre, la verraca! ¡Mejor dicho, que Chopin vivió un tiempo casado con Aristóteles!

—¡Este *Piri*! Pongamos a Claudio Arrau, que ha estado por aquí y dio en el *Lido* un memorable recital. Son doce nocturnos, oigamos los seis del primer lado.

Acomodados en sus respectivos asientos, dan, como si se dijera, su aprobación para que Federico proceda, y el piano comienza a escucharse, sin que se sienta la necesidad de esforzar la imaginación porque ella está puesta por Chopin con dosificada dulzura misteriosa, y los segundos transcurren lentamente con los impulsos de no querer irse, de no terminar, que ya, en el breve lapso entre el fin de una de las obras y el inicio de la otra, nada ha de ocurrir sino más y más gotas de inefable placer y prolongación al infinito. Cuando esa cara del disco termina, Róber se expresa:

—Eso es tan hermoso que exige seguir oyéndolo. Cambia de lado, Federico, ¿qué afán?

Pese a la breve interrupción, no hay tampoco solución de continuidad, y el oído, aunque alcanza a distin-

guir las leves y notorias diferencias entre uno y otro nocturno en sus combinaciones excitantes, se deja llevar por la exquisita fuerza de ensoñación que arrastra hacia mágicas cimas donde el deseo ya no requiere más, ni se agota, ni se extingue.

Quizás por ello, cuando finaliza el último nocturno, exclama Róber:

—¡Mejor dicho, para qué oír más! Uno oye esta música, se aplaca y se apasiona, se queda y se va...¿Es lo que se acerca al éxtasis, Amariles?

—Ah, sí... La Cepeda y Ahumada..., los amantes... también una gordita...¿Por qué no? —ha interferido Bruno, y Federico repone:

—Pues sí, que a Teresa en los éxtasis se le escapaba el alma, la misma locura, y en sus transportes encontrarse con la muerte, el sendero, el camino, más fácil, o mejor. ¿O no, *Piri*, erótico seductor bastante boquifresco?

—Podemos hacer un alto unos momentos para explicarle a Federico cómo va el negocio y referirnos al tema del amor y la locura —dijo Amariles que no estaba nunca displicente, siempre dispuesto a no dejar pasar de largo lo que tocara las enseñanzas del maestro.

—Pues en cuanto a lo segundo: ¿No puso ya los puntos sobre las íes Róber con la historia del interno en el manicomio observando el externado? —dijo Bruno, y agregó: —¿Qué tal, Federico, si aceptamos más bien que la locura nos llega por las desilusiones amorosas?

— Podría ser —contestó Federico, un tanto melancólico. Y añadió:— ¿Sería por eso quizás que Chopin con los nocturnos se aplacaba?

—Pero bueno... ¿Hablamos primero del negocio, o no? Yo les digo que hay maneras de escaparse que no implican renunciar, "ni mucho menos huir" como dice una de las canciones que canta Bruno —dijo Amariles,

mirando a Róber cariñoso. —Oyendo esta música tan bella podemos ser cautivos sin alienación y hasta ser capaces de llegar a la verdad sin necesidad de considerarnos atados al destino o a la equívoca fortuna, y por la inspiración o la locura dejar que nuestro yo vaya y regrese para ser nosotros mismos...

—¡Ah! Pero dijiste que primero hablaríamos del negocio —lo interrumpió Róber.

—Sí, pero el negocio no pasa de ser circunstancial. Es una forma de ocuparse para la vida del cuerpo...

—¡Según Marx —exclamó Bruno—, que con el trabajo le pone sello a todo! Ahí estamos dándole parejo y yo no sé cómo este Róber resultó tan trabajador, ¡explica tú!

—Bien. Esto de escaparse tiene sus bemoles, como quien dice si le ponemos música al asunto. Claro, Bruno y yo hemos estado colaborándole a Amariles, un poco a modo de entretenimiento. Yo, para escaparme de mi casa donde los negocios se ponen más enredados cada día...

—¡Ssí! Con esas manos grandotas se funden las letras y salen los sellos aplastados. — Bruno le dedicaba a Róber con descaro punzantes cargas que éste desechaba sin irritación, no porque fuera tardo o flemático sino más bien porque su carácter era tranquilo y reposado, y sabía darle importancia a lo que realmente la tuviera. Bruno, emotivo, se dejaba llevar, pero tampoco hasta el insulto, y menos a Róber a quien reconocía sus notables atributos, su límpida personalidad.

—No, no —replicó Róber—, y esto va con el negocio; cierto, hombre Amariles, que ese plomo se derrite más fácil de lo que uno cree. Y si nos descuidamos, los tipos van a terminar todos deformados. Yo no sé cómo hacen en las otras fábricas de sellos, pero lo que es en *La Impronta* salen a veces unos productos con las letras torcidas, y hay que repetirlos para que no digan lo contrario. ¿Que será?

—¿Entonces el negocio se irá a torcer también?
—preguntó Federico— ¿Y las utilidades?

—¡La locura! ¡Ni un peso! —exclamó Róber, y soltó una alegre carcajada, levantando las manos para hacer el medio círculo que en el aire dibuja una significativa negación.

—Sí, la cuestión es problemática —retomó Amariles la palabra, pero expresándose sin mayor preocupación—. Ahí vamos. Nelson ha estado tratando de adquirir una papelería en Cali que le han ofrecido con bastantes ventajas y buenas perspectivas. Me ha propuesto inclusive que vaya con él un tiempo para colaborar en la administración, sería dentro de unos meses mientras se concreta el negocio y se liquida el de aquí, claro, con *Impronta* y lo demás.

—¡Y qué hacemos sin Amariles mientras tanto!
—preguntó Federico, festivo.

—¡Dedicarnos a las gordas! —soltó Bruno.

—Este *Piri* —repuso Federico, regañón—. ¿Les parece bien que escuchemos a Mahler, para que no se nos escape? Mi hermano, como les dije, trajo una obra muy bella, algo difícil, pero creo que les puede gustar; se llama *La Canción de la Tierra*.

Asintieron unánimes.

XXVII

Federico guarda cuidadosamente los discos que han escuchado y extrae un álbum que contiene varios en edición acompañada de notas explicativas y el texto de los poemas singulares que integran *La Canción de la Tierra*, de Mahler.

—Ahora, es conveniente leer el preámbulo que trae este folleto —comenzó Federico—. Los poemas que cantan el tenor y la contralto los encuentro de una gran belleza, y si les parece bien, los vamos oyendo de a uno para entenderlos mejor, pues esta música es de un intimismo, creo yo, al que no estamos acostumbrados, pero con atención la podemos apreciar. Es una lástima que pasen tantos buses por aquí y a ratos ni dejan oír, aunque las ventanas están bien cerradas.

Después de leer el texto introductorio que explica el origen de la obra con referencias a los complejos estados de ánimo que embargaban al músico, Federico subraya el hecho de que por estar en inglés es mejor juntarse para captar más claro su hondo significado, y se sienta en el centro del sofá; Bruno, el aficionado traductor, a su lado derecho, y Róber y Amariles, que poco menos se las dan en la materia, al lado izquierdo.

—¡Ah, pero esto comienza como para mí! —exclama Bruno—, ¿sí ven? —y dice, indicando el texto:

*Ya el vino refulge en la copa de oro
pero no bebais antes que yo os cante
una canción.*

¿Tendrás por ahí un buen sauternes bordeaux, o un mosela, que le debía gustar más a Mahler, querido Fred? Y esto que sigue más adelante:

*Una copa de vino en el momento preciso
vale más que todos los reinos de la tierra.*

Pero "Sombría es la vida, sombría es la muerte" no va conmigo, ¿Por eso es que te gusta la obra?

—Pues es muy bella, *Piri*. Y claro, tiene sus bemoles, como dice Róber, porque, ¿no es muy cierto esto que sigue?:

Pero tú, hombre, cuánto tiempo vivirás

—Pero ahí tienen cómo remata a pesar de la cantilena de "sombría es la vida, sombría es la muerte" —dice Róber, y traduce:

*¡Ahora amigos, es tiempo
Vaciad hasta el fondo vuestras copas de oro!*

—Escuchemos esta primera parte, si les parece — dice Federico, y todos aceptan, se levanta, cada uno vuelve a su sitio; instala el disco, enciende el aparato y regresa al sofá. La orquesta irrumpe clamorosamente y a poco el tenor con voz vibrante y vigorosa entona la canción de tal manera alegre y melancólica a la vez, que va incitando en el espíritu sentimientos contrariados por el sugerente alternar de los instrumentos delicados y enfáticos, que exaltan el vino y lo vierten en el fondo fugaz de la existencia. Terminada la canción, Federico apaga el equipo y pregunta:

—¿Qué opinan?

Róber se levanta, se rasca la cabeza, se soba el bigote, enciende un cigarrillo sin ofrecerle a nadie, se arrima a la radiola, le da una mirada escrutadora al disco, da unos pasos de aquí para allá, se detiene, suelta una bocanada de humo, y empieza, con desenvoltura, acentuando sin embargo su porte circunspecto:

—El vistazo que les hemos dado a los poemas, por lo rápido, permitiera sacar conclusiones precipitadas, como decir, por ejemplo, que bastaría con quedarnos quietos para que el sueño de la vida se nos pase, Bruno, y enterrar el corazón, Federico, y así seguir eternamente, ieternamente! ¡Pero sería un fatalismo tan superficial! Yo creo que debemos escuchar la obra entera...

—¡Y el que se quede atrás, que arrée! —lo interrumpe Bruno—. Porque lo único que podemos esconder es el amor y no dejar que se escape la locura, mientras lo tengamos para nosotros mismos.

—¿Entonces, yo prolongo, tu prolongas, noso...?

—No tiene que ser así, y me perdonas Federico si corto lo que sugieres —dijo Amariles sin moverse de su puesto, esbozando su clásica sonrisa delicada y acariciadora, con su ademán de siempre, sibilino y afectuoso a un tiempo mismo —porque de nada nos sirve vivir y contemplar. Fíjate en ese poema que sigue, cómo dice hacia el final

¿Sol del amor, no brillarás de nuevo para secar tiernamente mis lágrimas amargas?

Y los siguientes dedicados a la juventud y a la belleza que rebotan de alegría luminosa y triunfante en su ebriedad sobre el dolor y el sufrimiento, hasta alcanzar en la verdad la redención con vehemencia sutil para sosiego del alma, sin prolongo.

—¡Épale! —exclama Federico— Oigamos a ver si la música nos aclara ese sentido tan hermoso.

—¡Un momento, cuidado! —No querrás decir, Amariles, que encontramos la verdad en un soñar despiertos? —pregunta Róber, reposado. Y concluye :— ¿No hay más bien un juego de luces y de sombras que no nos dejan ver la esencia de las cosas? ¡Juego que intensifica el existir, fuego interior para romper los moldes que nos aprisionan!

—¡Y que si nos tomamos un jerez con una gorda, jugando todo se arregla! ¡Poné la música, Fred, a ver que pasa!

—¡Este *Piri*! veamos.

La orquesta inicia un lento y sugerido paso hacia el segundo poema que la contralto delicadamente insinúa con cierta amorosa placidez, mientras los instrumentos en sus suaves acordes acentúan un recóndito llamado que parece invitar a la evasión y los últimos versos subrayan en sublime protesta apasionada. En los dos movimientos siguientes la orquesta acompaña gentil, simpática y alegre mientras los solistas cantan a la juventud y la belleza, primero el tenor y luego la contralto, que termina eufórica, y el dulcísimo pausado casi infinito de la orquesta suscita con delicadeza sigilosa el apaciguamiento en los sentidos.

Después de breve intervalo en que todo parece haberse sosegado, la orquesta arremete sin brusquedad pero acosante, y el tenor con energía entona los primeros versos de "El hombre ebrio en primavera", que poco a poco se van espaciando hasta que vuelven a regresar a la misma emotiva evocación provocativa del comienzo, por ese rodeo de las palabras significantes que al sueño de la vida opone la ebriedad. Aquí termina este lado del disco y el brazo regresa automáticamente a su sitio. Han pasado los amigos intensos momentos de

ensimismamiento. Ahora meditan, se miran de soslayo, sonríen silenciosos. Y Federico pregunta:

—¿Cómo les parece?

Bruno, replica:

—Esta pasadera de buses, hombre Fred, cuando a uno se le va cortando la respiración, en los pasajes más hermosos, lo distrae, lo hace pensar en naderías.

—¿Y no será más bien que las gordas no te dejan ni soñar? —le pregunta Federico cariñoso.

—Yo les compuse estos versos, mientras tanto. Oigan: "¿Por qué escaparnos, por qué perdernos, por qué enredarnos y por qué irnos y después volver? Si son sencillas, si mentirosas, si no engreídas, si nos consue-
lan y nos dan alas para volar, ¿por qué escondernos nosotros mismos si ellas nos brindan, nos dan amor, nos dan placer al requerirlas, lo que pidamos, sin reclamar? Nada suplican ni están vencidas, para la entrega que es su verdad; y sus mentiras no importa cuántas para su instinto satisfacer, pues su belleza a ti te alcanza, y a ellas también. ¡Pero cuidado con esas otras, que muy bonitas, que muy señoras de la alta esfera, muy mucho lánguidas y muy flaquitas, vacías por dentro, y que de pronto, quizá mañana, nos casarán. Muy educadas, muy pizpiretas, muy indigestas, que mucho palo, mucho palito nos están dando, y hastalueguito que nos dan más!"

—¡Este sí nos distrae más que los buses! —dice Róber sobándose el bigote.

—¡Hombre perdonen! ¿No hay sin embargo en esta música y sus versos un extraño y místico contrasentido, orgiástico y elegíaco a la vez?

—No tiene por qué haber nada de extraño en eso —apunta Róber—, pues si en las palabras de los versos podemos vislumbrar las apariencias de la vida, la música ha de llevarnos con su mágica virtud a las más al-

tas esferas del goce de existir. ¿No estamos en la tierra, no ansiamos vivir en primavera?

—¡Ay jue! —exclama Bruno.

—Puede ser —dice Amariles—, que Róber tenga razón, si separamos la esencia de las cosas, y, al ponerlas cada una en su lugar por su naturaleza, encontrar por el amor y la verdad, el sentido de existir.

—Eso lo llamaría yo tener sólo sentido práctico —exclama Róber.

—¡Exacto! ¡Y ponerle el sello a todo! —dice Bruno aparentando cierta exaltación.

—¿Y entonces, la muerte? —pregunta Federico un poco taciturno. Y agrega :— ¿Por qué nos estremece, nos asombra, tanto y tanto más cuando pensamos que nos llegue a encontrar desprevenidos?

Róber saca el paquete de cigarrillos, lo retiene en una mano, el encendedor en la otra, pasea la mirada, Amariles le dice "dame uno", Róber se lo entrega, le enciende, prende el suyo, ambos echan bocanadas, Federico y Bruno esperan.

—Yo diría...— comienza Róber.

—¡Aguarda, aguarda! —lo interrumpe Bruno— ¡Perdón Róber! He visto, o me da la impresión, que en el último poema se alude al tema, y lo que dice al final no puede ser más explícito, pero tal vez distinto a lo que piensa Fred.— ¿Te molesta si escuchamos, y luego les damos un repaso a los versos?.

—Sí, claro. —responde Róber.

Todos aceptan. La música inicial del movimiento parece que quisiera transmitir de entrada la muriente opacidad sonora que al desaparecer el sol detrás de las montañas arrastra tras de sí por la sutil inercia del mundo que se va durmiendo, y la voz de la contralto al pronunciar melancólica las frases de los primeros versos,

incita a la quietud y la nostalgia. En un recitado idílico la voz de la cantante se sostiene y multiplica en los compases alternantes, casi lúgubres y pálidos, que al paso de las sombras indican en sucesión indefinida el sueño del mundo en etérea placidez. Hay si se quiere una transición imperceptible después de un ínfimo intervalo, y la cantante en sus palabras iniciales al frescor dibujado a la espera del amigo, recibe de la orquesta notas de intimidad sublime, ebrias de amor y vida eterna, perennes, sempiternas, irremediabilmente alegres a pesar de ser triste despedirse y reconocer que la dicha no sonríe. Comienza el último tramo del poema, con significativas palabras inquirientes que la orquesta recoge resumiendo, como si quisiera contrastar, pero lo hace ella, la contralto, calurosamente, largo y cantabile, hasta llegar en panteísta conclusión a definir que la tierra bienamada florece en primavera y reverdece, eternamente, eternamente. Final de tal delicadeza, que los amigos escuchan embelesados, casi idos. Permanecen así durante unos instantes más, hasta que Bruno se incorpora y dice:

—A ver, Róber, ¿qué ibas a decir?

Róber abre los ojos, y expresa sin moverse:

—Yo diría..., que es un consuelo que nos han infundido y debemos aceptar sin discusión que el alma es inmortal. O, bueno, ¿quién puede garantizar que no?, pero yo diría que tampoco es negociando con el tema ni echando bendiciones. Que esta música tan hermosa y los poemas en conjunto contienen, para mí, un tono hipnotizante, embriagador, lucidez indicativa de que el sentido de existir no está en la simple impotencia de la espera que nos brinda la razón de la inmortalidad y el más allá sin horizontes, como sugieren al final, sino en el retorno a nosotros, hacia los cielos azules, por siempre, eternamente, libres y sin desesperación, reconfortados hasta

el nunca jamás en el placer de amar y de vivir.

—¡Ah! —exclama Federico —¡Estás sobrado, Róber! Entonces, ¿no hay de qué preocuparnos al morir?

—¡Bueno! —dice atusándose el bigote y sonriendo malicioso:— Que como el alma es inmortal encontraremos allá donde nos vamos, mucha gente importante, ¿no no Amariles?

—¡Pues sí! —dice Amariles, esbozando una sonrisa alegre, asintiendo con leve inclinación y mirando de reojo—. Pero quisiera añadirle algo a lo que has dicho Róber. ¿De qué nos liberamos al morir, Federico? De nada, hay que decirlo sin temor.

—¡Ahí está! ¡Beber, o no vivir! ¡Eh aquí el problema! ¡Hirientes rayos rasgan en la noche fusilando los luceros que intentan titilar con alborozo, mientras esta pequeña pelota de la tierra exhala sus vapores pestilentes! ¿Morir... dormir... Tal vez soñar? ¿Esta es la cuestión? Que así se va enredando, y yo desenredando, me quedo y no me escapo, me voy y me regreso, ¿Y para dónde voy, Federico? Qué es lo que sigue? ¿El réquiem, el final de Rigolletto? Pues sí señores: ¿Cuál oímos? —dijo Bruno con aire regocijado y sentencioso.

—¡Este *Pirí!* Ustedes verán. Yo creo que ya es un poco tarde, si no les molesta lo dejamos para después...

—Sí, no hay problema, y lo que hemos oído está muy bien —dijo Róber y todos asintieron.

Se incorporan, Federico los acompaña hasta la puerta haciendo breves comentarios, alguna chanza, y al despedirse pregunta:

—¿Les gustaría leer un escrito que tengo por ahí y que he estado tratando de pulir?

—¡Claro! —responden en coro.

—Bueno, mañana te lo entrego, Amariles.

—¡Hasta mañana! —Exclaman, y se van.

XXVIII

Puesta ya en marcha la maquinaria; implícitos los procesos aunque no cabalmente definidos hasta el último detalle, lo porvenir no se alcanza más que a vislumbrar por meros anhelos y esperanzas, que pueden resultar contrarios y frustrantes. Que así se hayan tenido los recursos inspiradores de la acción, hay que prepararse bien, muy bien en la tarea de conducir las almas. Y la tarea, no es que digamos cualquier cosa, a menos que se lleven de la mano el amor y la belleza.

Salía por la mañana Amariles con la cicla, no muy de madrugada pero tampoco tarde, sino para llegar a *La Impronta* más o menos a punto, o antecitos, y no que fuera por costumbre tener que pasar siempre por las mismas calles en lugar de dar unas vueltas por allí, o por aquí, para ver y observar, porque a quien tiene inquietudes le conviene ir conociendo lo que ocurre a todas horas, y luego ir sacando conclusiones si es que lo visto y observado lo permite, lo cual, andando el tiempo se convierte en amena ocupación, aunque también a veces puede conducir al ensimismamiento. Y pues el maestro ya le revelara, que es siempre el que conoce la verdad quien mejor sabe descubrirla.

De tal manera que salir con la cicla cogida de adelante, del *cacho*, hasta la puerta que ya estaba entreabierta pues los hermanos habían desayunado y salido

a sus trabajos cada uno, y Esperanza y Paulina las hermanas, también. Darles un vistazo a los pedales, que estuvieran acompasados; porque, cuando se aflojan los pernos, golpean, distorsionan la tracción, e incluso puede uno dar al traste con los proyectos y caerse. Y lo mismo a la cadena, que debe estar bien aceitada, y que giren bien las rodachinas en el engranaje trasero para rodar con mayor facilidad. La calle Bomboná, poco concurrida, pero, de vez en cuando, un borracho despatarrado sobre la acera, y una mosca le da vueltas a la cara como sin atreverse a nada a lo mejor por el olor nauseabundo que emiten sus ropas, rasgadas y mugrientas. Así que seguir para arriba a salir por Girardot, o hacia abajo por El Palo. Bueno, mejor hoy por la primera y pasar por la Universidad, que por allí sí hay bastante concurrencia; no que se tenía que ser conquistador empedernido como Bruno asegura, pero sí apreciar en la belleza la locura, no tanto la del loco en el tejado, cuanto la que nos dan la adivinación y la poesía, que nos abren las puertas al amor y algo nos convierten en buenos decanos para el externado; en el cual, claro, efebos hay para admirar. Así vistos con inmenso placer algunos ojos llameantes y altaneros, bajar por Ayacucho hasta Junín, y como está temprano aún, seguir por Palacé, y, girando a la derecha, el Parque, y la Candelaria con sus viejas rezanderas, a quienes una turba de pordioseros reclaman por empingorotadas, el pasaje que les permite, a éstas, ir cada vez más alto, alto, hasta el cielo. De paso, el Café Pilsen, en la esquina de Palacé con la antigua Calle Real, al lado de la iglesia, abarrotado de comisionistas que te venden lo que quieras, o lo compran para otros, en constante ebullición de secreteo, sutileza, tráfico de influencias para componer el mundo o desbaratarlo que, ¿por qué razones?, nadie sabe cómo se maneja, dónde comienza la red y dónde acaba. Antes de seguir, darle una mirada a la paloma que adorna la testa sin corona de la estatua del

gobernador Berrío y le descarga sin afecto, impertérrita, sus humores tornasoles, para recordarles a los engreídos antioqueños mucho de lo que llevan también en la cabeza. Tras breves pedalazos llegar a la Avenida Primero de Mayo, pero en lugar de continuar por Palacé, darle un corto rodeo a la Plazuela donde al maestro Pedro Nel le han colocado como obra imperecedera el busto que ha hecho del cacique Nutibara, esperpento sin igual que, la Gobernación y el Hotel, que da nombre al conjunto y recibe a los viajeros importantes, miran con desdén inusitado. Y, ¡ah! ¿Quién creyera? ¡Mira quien va allí! ¡Nada menos que Luisángel! Amariles, cuyas poesías nadie conoció le dice antes de alcanzarlo, en su interior, estos versos matutinos:

*Ilumina con tus ojos
Azules y divinos
Mi proceloso sendero
Hasta La Impronta.*

—¿Hacia dónde vas por aquí tan temprano? — le pregunta de sopetón al encontrarlo.

—¡Hola, Amariles! —le responde sonriente, cariñoso, Luisángel.

Amariles se estremece interiormente en oleadas de ardores y deseos, mezclados sentimientos permitidos a quien ama, que la mañana recoge y esparce por doquier en las alas del viento pasajero que acaricia el rostro del efebo con sin igual intensidad, haciéndole subir el rubor de las mejillas, respuesta que presagia las delicias de que puede estar llena la posible e imaginada posesión a la que siempre aspiran los amantes que han disfrutado la amistad en espera del sublime desenlace del amor resplandeciente. Entonces vienen a la mente estos otros versos, que aunque no diga en voz alta, parece que llenan el alma de Luisángel:

Te veo y tú me acoges
no rehuyes y ello basta
porque el día vendrá
en que juntos podamos
entonar nuestro canto
de alabanza a la victoria.

—Tengo un poco de afán, porque mi mamá me hizo un encargo urgente que debo llevarle cuanto antes — dice Luisángel después del saludo—. Si vas por la tarde al Metropol, nos vemos. ¡Hasta luego!

Lo cual permite a Amariles continuar más animado aun de lo que ya venía, y gozoso y juguetón resuelve hacer un giro imprevisto ante el semicírculo de la entrada al hotel Nutibara, cuyo portero engalanado de roja levita y sombrero de alta copa, lo saluda cordial. Para; responde el saludo, reinicia la marcha y desemboca al cruce de avenidas de nombres insignes, muy patrióticos, como muchas otras que hay en Medellín: Juan del Corral, Bolívar, Primero de Mayo y De Greiff. Insignias proceras que quieren recordar hazañas, ¿memorables?, y lugares en que en las noches disolutas de esta ciudad celebradora todos, o casi todos sus habitantes terminan bamboleantes ingiriendo los últimos aguardientes torcedores de caña acaso algo derecha en el Bar Cyrus, de un italiano gordo bonachón, rey de los tallarines y la carne milanesa que no compite, ni riesgos, con la vecina del frente La Sorpresa donde, quieras que no, hay que ir aunque sea una vez en la vida a terminar una parranda y a tomarse, para dormir, el caldo más prodigioso, sustancioso, aliñado, acicalado y compuesto, hirviente y refrescante, en el cual nadan dispersas las presuntas ricuras que han dado origen al sedicente vigor particular de la *raza antioqueña* que incluyen testarudez, chauvinismo, grandiosidad.

Por allí, pues, se va acercando a *La Impronta* y debe decidir si sube por Maracaibo a Palacé, enrumbar derecho hasta Caracas, voltear bajando un poco y llegar a la célebre pero bastante en decadencia fábrica de sellos; que han ido pasando los días y la clientela harto escasea porque los sellos van quedando cada vez menos nítidos y sus marcas más borrosas. O seguir del Cyrus hasta Caracas y subir también un poco y arribar. Pero antes, una mirada por algunas de las funerarias repletas de ataúdes, esparcidas a todo lo largo de Juan del Corral para gran comodidad de los muertos que salen de seguido del Hospital de San Vicente, el cual queda hacia el final de esta avenida y a unos metros del cementerio de San Pedro, "el de los ricos" y el Bosque de la Independencia, Jardín Botánico de verdes lujuriantes, vea usted qué inusitadas previsiones, pues los rodean a ambos y por todos lados las mil casas de putas de Lovaina, Aranjuez, Manrique y Bermejál. Y, por lo tanto, ¿cierdan Bruno con sus estridencias y Mahler en su *Canción de la Tierra* señalando cómo están encadenados el beber o no vivir, lujuria y luto, morir, dormir, tal vez soñar, cantados por el Cisne? ¿Canto de cisne? Ahí está la Funeraria Medellín, portaestandarte para enterrar la mejor oligarquía, cuyas honras organiza el singular encargado que siempre está en la puerta todo de negro desde los pies vestido, corbatín de seda principesca casi de hombro a hombro y tocado con sombrero inmenso de alas anchas. ¿O será —Amariles se pregunta—, que más tiene la razón el bisojo marido de la Beauvoir cuando afirma categórico que de la diversión a la revolución no hay más que un paso?

"Por aquí nos vamos acercando" —se responde—. "Pues todo se presenta por la oportunidad, la maquinaria puesta en marcha y dadas las condiciones, para lo cual basta ponernos en acción".

"¡Vea qué bien, cómo van unidos el recorrer y el recordar" —se dice—. "Lo cual permite continuar". —Pero antes de seguir vuelve y se pregunta—: "¿Por qué no una paradita en el Ideal, aquí detrás del Nutibara?" Pues luego de haber ido mentalmente desde la Funeraria Medellín hasta el Bosque de la Independencia ha resuelto subir por Maracaibo, y en aquel bar, vecino del Imperial, él y Bruno han departido muchas veces jugando al billar, y para escapar a las trampas que hace el muy despierto jugador, debe utilizar tanto los sentidos como la razón. Pero solo, sin Bruno que ya no anda en su cicla, pues habiendo terminado en la Universidad hubo de dedicarse a diversos menesteres. Y los amigos cada uno, paulatinamente, que los tiempos pasan volando, dicen las señoras y nosotros también. Y si cavilar no da para mucho, acordarse cómo el contendor de jugarretas y tacadas imposibles, gritaba cascarrabias: "¡Eso es una chepa y a mí por más esmero que le ponga se me escapa por un pelo! ¿O será la mesa la que sabe hacer trampa? ¿Ah? ¿O será que al entretenerme oyendo sin espíritu y razón una tocata y fuga, por Schweitzer, el ídolo de Róber, que voy a ir a parar al hospital en la selva, sin Bach? Bueno, ¿aquí quién es el que se escapa y no se fuga? ¿Qué es esto? ¿Esto que significa? ¿Perdí sin darme cuenta? ¿Se me olvidó pedir prolongo? ¿O es un signo que nada significa? ¿O será que me estoy volviendo sonámbulo? ¡Porque lo que estoy viendo o soñando últimamente! ¡A ver, di algo pues!" Llega con el café la mesera, y el humeante aroma se difunde por el bar; un cigarrillo, una mirada a la puerta, que no se vayan a robar la cicla, porque ahí la tenemos, por el momento, como única parafernalia para la ceremonia de la revolución. "¡Ah, no, también tenemos la razón!"—, concluye. En tanto, la pianola había estado dejando oír

*Por unos ojazos negros,
igual que penas de amores*

*hace tiempos tuve anhelos
alegrías y sinsabores...*

Vienen recuerdos, pero al mirar el reloj que pende en uno de los costados del salón para anunciar el tiempo a los billaristas se da cuenta de que, como la mayoría de las veces, la hora puntual ha pasado hace rato para llegar hasta *La Impronta*, empresarial urgencia que exige cumplir con los pedidos, aunque más ha estado ya preparando el brevísimo matalotaje que reclama el trasteo a Cali, pues Nelson se ha instalado y parece que le va muy bien. Le cruza por la mente:

*Allons enfants de la Patrie
le jour de gloire est arrivé.*

Una pícara sonrisa, otro tinto, otro cigarrillo del país, *Pielroja*, obviamente. De pronto puede pasar alguien conocido. Pedraza quizás, que ahora se desempeña como vendedor ambulante distribuidor de medicamentos o Bruno el botarate que, quién creyera, se las trae y se las lleva, yendo a quedar de empleado público, carro con chofer en el que carga a veces, con peligro de que lo boten del puesto, muchas gordas, y sigue cantando sin parar tangos y madrigales, o "señor Capitán", con Óscar, dúo impar, que con ebriedad existencial todo es posible:

*la mar está brava
y hay que partir...*

"¿Qué habrá nuevo donde Juan de la Rosa?", —se le viene esta pregunta. Llama: "Elisa, ¿cuánto te debo? Ella le informa: Setenta, y le agrega: ¿Te vas? Él, con cierta vacilación responde: ¡Pues sí! ¡Hasta luego!

Sale, lo espera la Raleigh silenciosa, inmutable, y sin montarse pues faltan escasos metros para llegar al Imperial, va caminando. La instala al borde de la ace-

ra, se sienta donde pueda verla, cordial saludo a Margarita y a Juan de la Rosa, alto, discreto, rubicundo, sombrero Stetson, gafas Ray Ban, verdes, obvio, camisa blanca, corbata amarilla bastante chillona, siempre detrás del mostrador, amabilísimo. Afuera, frescura matinal que invita y que, cuando se agolpan apacibles sensaciones, es grato dejarse llevar y disfrutarlas; él se reposa y alerta las recibe y acaricia, en deliciosa embriaguez que en sus transportes permite vislumbrar con deleites infinitos, la preciosa seguridad de lo mejor.

—¿Tiene algo nuevo por ahí, don Juan? —pregunta.

—¡Sí! ¡Échele al nueve, al diez, al once y al doce y verá!

Acostumbrado Amariles a las recomendaciones de don Juan, obedece, pidiendo a Margarita que introduzca las monedas a la *pianola* y las agregue a la cuenta del café que ella solícita ha traído. El salón, por la hora, escaso de habituales. El primer disco sale, la aguja se asienta, y desde el comienzo de los timbres iniciales del piano, Amariles se sume, bajando los párpados, en aparente ensoñación. Escucha absorto, y pasan uno a uno los diferentes movimientos, que al terminar en enérgico arrebató, lo hacen volver en sí.

—Qué belleza, don Juan, ¿cómo se llama la obra?

—*Los adioses* de Beethoven.

—¡Qué hermosa coincidencia!

—¿Por qué?

—Porque pronto me voy de Medellín.

—¡Ah, pues entonces, si no vuelve, ¡adiós! ¡Aquí siempre lo esperamos!

—¡Gracias, don Juan! Yo espero regresar.

—Y que le vaya bien, ¡hasta luego!

— ¡Adiós!

XXIX

Pletórico el espíritu y sin tener que redondear sumas y restas de acontecimientos previstos o imprevistos alegrados por felices coincidencias como las de la mañana en que sonaran en El Imperial unos adioses alusivos al presagio de buenos augurios, pues nada impide que quien ha de tener que irse pueda regresar, o si quiere también puede quedarse, no escaparse, no fugarse y mucho menos huir, sino emprender nuevas tareas, queda sí en evidencia que es preciso poner en práctica todo lo que deba seguir y continuar.

¿Poeta armado, o profeta desarmado? Encendidas las luces, las alas desplegadas, elevarse cada vez más y más, sin presunciones que para nada vienen al caso. Y, ¿taimado? ¡Vaya a saberse! Que si unos interpretan a su propia manera, pues esa es su opinión. O si otros de la otra, ¡allá las tengan! Como Carlos el del Tréveris — maestro del que en adelante y en lo sucesivo trataría de poner sus teorías en acción, compaginando, ¿por qué no?, el amor y la revolución— dijera a la par del gran guía de los infiernos:

¡segui il tuo corso, e lascia dir la genti!

"¿Taimado no es Eros también?", diría Bruno, en santa y taimada devoción: "¡Agnus dei, qui toli peccata Mundi! No vayas a creer que yo te diga que creas que

creo mucho, Amariles, mejor te sigo sin arrepentimientos, y por ahí nos vamos caminando, sin despedirnos, pues me hago la ilusión de que volverás pronto, ¡Que así sea, y que te vaya bien! Mira, Amariles, que si tú encuentras el amor no mentiroso, o yo una gorda un poco sí, pues al amor no hay que encontrarlo, que está siempre, siempre a tu disposición, diría Róber, ¿o Sócrates?, no sé, y me confieso, lo digo todo, que la amo, que la adoro, por siempre jamás, ahí me tienes no prostrado y per secula, seculorum, ¡Amén! O, mejor: Ámen a Bruno, todas a una, como en el sueño de Federico y la sirena y entonces, ¿serviría yo de médium como el polaco? ¿Qué tal? ¡No! ¡Bien compuestos, por favor!, le dice la señora al rimbombante profesor. No haga usted caso —le dice el cura al feligrés— de las incitaciones del demonio. Eche aquí la moneda, y no mire para atrás. Y yo que le contesto: que a la mujer de Lot no tuvo que importarle convertirse en la verdadera sal del cuento, porque era en Sodoma y en Gomorra donde pasaban mejor, aunque no se sabe bien si con ángeles se pasa tan bueno como con humanas gordas, y no te me confundas porque te estoy diciendo la verdad, ¿o no es esa la mentira de quien te ama de verdad?, porque taimado es Eros, ¿o qué gracias tiene el amor si no sabes guardarlo para ti cuando lo encuentres? Pues sabe una cosa, y que no sea la última que te diga mientras te vas para Cali y te armamos unas buenas despedidas: Que muchos te dan de lo que nada tienen, tú sí tienes que agradecerles, porque el taimado eres tú, muchas gracias por advertírmelo, ponérmelo en conocimiento, tanto más taimado el tal Yo en el amar, y en otras cosas, y por todo, thank you , very much".

Desde luego pleno de ideas y proyectos escanciaba Amariles en las copas de oro los líquidos no perláticos, hirvientes de inspiración, para que el llamado cariñosamente *Círculo Vicioso* se fuera impreg-

nando de sustancias y esencias decantadas, en reposo, para que bien quedara difundido en la ciudad maravillosa que ahora tenía que dejar por el propósito de irse para Cali y ver allá cómo son las cosas, que hay muchos *nadaístas* en refriega permanente con los de Medellín y al son del alboroto entremezclando cantilenas baratas, y que no llevan tampoco a ninguna conclusión.

Por las mañanas, pues, dar estas vueltas y revueltas por las calles de la *Bella Villa*, observar y mentalmente tomar nota, y, que antes de llegar a *La Impronta* y después de encontrar de pronto algunos ojos que por lo alucinantes despiertan las ansias de ir y regresar, parar un rato en El Imperial y oír otra vez la sonata *Les Adieux*. Enseguida ir al trabajo que por un tiempo largo, si vamos a ver, concedió mucho entretenimiento y por supuesto muy poco alimento, que no fuera distinto a recibir a los amigos y más que todo a Róber y Bruno que trabajaron con ahínco fundiendo los tipos hasta cuando ya el negocio no daba para más y a Nelson no le quedara otro remedio que llevarse para Cali los sobrantes junto con el flamante empresario, dejando en la puerta un aviso con el único sello claro, no borroso, y que no dejara dudas: "Se cede este local".

Mientras "empaque y vámonos", al final de la tarde, los consabidos encuentros con los amigos, con Bruno, Róber, Oscar, Federico, Arturo, Eloy, Luis, Navas Rubio, por Junín, El Metropol, o Santa Elena, Bambi, Donald, El Miami, y con los hermosos y despiertos *yomimistas* Néstor, Gabriel Jaime, Fermín y Juan Carlos. O de dónde acá que no con Pedraza o con Luisángel, el moreno y el rubio, ojos sublimes oscuros penetrantes, azules infinitos. Pues vea usted, amado lector, que al amante es permitido amarlos todos a la vez, y desearlos. Que el deseo si se inflama y se reprime ni es locura ni es amor. Y porque la locura del cuerpo, lo afirmara el maestro,

es distinta a la del alma, que nos eleva y nos transporta hasta el cielo sin linderos de la adivinación. Y de la cual, por la razón y por las artes, llegamos a la revolución, realidad suprema que ha de llevarnos, las alas desplegadas, al amor, a la verdad, a la belleza en sí.

Pues porque nunca en sus propósitos sinceros y hasta el fondo del alma convencido aparentara lo contrario de lo que en realidad era: portador del mensaje, ciertas tardes, o ciertas noches, o ciertos fines de semana, no taimado pero sí con algo de sigilo, que la causa exige, asistiría a ciertas reuniones como algunas mencionadas con obreros para estudiar las probabilidades. Otras, secretas o cerradas, exclusivas, para "líderes e intelectuales responsables", y que no vayan de pronto a meter la pata, como posiblemente Bruno, empleado público que, refunfuñando, tenía que quedarse solo, sin encontrar los amigos por ninguna parte. Otras, posiblemente interesantes, o más bien algo novedosas, no de novelería, que el joven Ladislao Zulaíbar, sin grandilocuencia, de suma inteligencia, cultura sin rival, daba en pequeños auditorios sobre *El Ser y la Nada*, filosóficos presupuestos para la moda existencial, y para ardientes o apagados revolucionarios, que de todo se da en ambientes ilusorios y al final *Nada* queda, o mucho, depende. Aunque siempre precavido Zulaíbar recordara que lo bello y lo bueno en sí no necesitan de la lógica usurera del capitalismo que con su "¿para qué?" sólo conduce al "saber" de cuánto produce una inversión, monetaria por supuesto.

Por aquí iban, Óscar, Arturo y Fred no pensando lo mismo exactamente pero sí muy animados de similares pareceres coincidentes, unidos por la amistad que con aliento y lazos imperceptibles lleva las almas a los confines de la devoción, lo cual no impide el decir que cada uno es cada uno, pues la vida, arbitraria, en oca-

siones termina separando, definitivamente, y los por qué y los cómo quedan por definir y averiguar.

¿Y Róber? Allí iba también, cansinamente, paso a paso, muy sumido en pensamientos, meditando, sin que de sus labios tuvieran que salir palabras de importancia, porque era alegre hasta sus fondos, divertido a su manera, de risa fácil y sonora a borbotones contagiantes, rematada sobándose el bigote al que después acompañaron barbas ralas, algo tupidas, pelos alborotados en la cabeza, ojos penetrantes y sencillos, como ellos solos, figura de sabio carente de presunciones, querido de todos, y, por supuesto, de Pedraza.

¿Y el tal Bruno? Despierto a todas horas, alborotador, desconcertante. Flaco y narizón, como Arturo. Pero como en lo anterior ha ido siendo pergeñado y descrito, y en lo que falta deben decirse todavía algunas cosas que quizás permitan completarlo mejor, por el momento lo dejamos. Pero, hay que agregar que los amigos por entonces tuvieron que apartarlo, no botarlo propiamente, ni dejarlo tirado, porque en circunstancias especiales le ayudaban a salir pues a veces se metía en asperezas sin salida o resultaba en embrollos complicados, como si decir se pudiera y en resumen que queriendo ir para una parte siempre resultaba en otra, como ahora, flamante asistente del gobierno municipal, imposible de dejar que se infiltrara en los asuntos de los revolucionarios aunque en propicias ocasiones, infringiendo reglamentos, llenara el carro de representación, Pick-up Apache Chevrolet, con los amigos y amigas, o algún amor que acomodara en su alma inquieta y desbordante, a lo cual venía agregando, no se sabe bien si por sorna o simple chanza, o de verdad y en serio, que le parecía poder descifrar algunos de sus secretos y hasta los de los demás, dedicándose a estudiar ciencias ocultas, para alcanzar buenas dotes como médium

con algunas enseñanzas que venía impartándole el polaco.

Y como los inventarios deben concluir porque toda relación de sucesos que sea larga es fatigosa, humildemente, amado lector, debemos pedir que la imagines. Porque enseguida por lo que toca a esta parte, vamos a despedir a Amariles.

¿Sábado, domingo, lunes día de fiesta y puente? En cualquiera de ellos pudo ser. En todo caso a las dos y media más o menos de la tarde el Chevrolet Apache estaba abarrotado. Quien propuso celebrar la despedida con un viaje al "Oriente", a la Ceja del Tambo, debió ser Óscar, líder de la pachanga. Amariles, ya se sabe, se dejaba llevar con tal de poder compartir, interrogar.

—¿Nos vamos por Santa Elena a Rionegro, San Antonio, La Ceja? —alguno preguntó.

—No. Es mejor por Las Palmas, más corto el viaje, menos pendiente, lindo paisaje, y más ligero llegamos a *La Cuna de Venus* de *La Loca José* —respondió otro.

—¿Y cómo así? —preguntó una viajera, rubia esplendente.

—¡Ya verás, ya verás, tranquila. *La Cuna de Venus* y José son lo último!

—¡Bueno, vamos donde sea! —exclamó otra, no menos hechizante por su figura garbosa y menuda, ojos negros y profundos, cabello oscuro de tonalidades azabache, que Federico había invitado. Cupo completo y apretado: Óscar, Fred, Róber, Bruno, Arturo y Amariles, Méndez, Pedraza y Luisángel. Más tres bellezas femeninas, cuyo nombres importan: Sofía, Claudia, Margarita Rosa. Y, hay que insistir, una cósmica gorda para Bruno no cabía, pero él, astuto, insaciable, un poco coleccionista, sabía pasear sus ojos inquirientes, ardorosos, pues tenía también como principio que una mira-

da turbadora no es fácil de evitar, y más ahora que se las daba de *ocultista*. Román Cabanillas ya no iba, se había ido a vivir a *La Arenosa*, de la cual, para ir a Santa Marta, queda fácil vadear el gran río. En la cabina, el chofer, cicateramente pagado por el Municipio; y, sin sorteo, se acomodaron Óscar y Margarita Rosa. Atrás los demás.

XXX

Al llegar al Alto de las Palmas estaba previsto parar en la fonda, tomar café o algún trago, y dar una mirada al valle "de la eterna primavera y las orquídeas". El pick-up había ido subiendo pausadamente, repleto de alegría desbordante, esa alegría que contagia los inicios del viaje convenido de antemano a la pura celebración y nada interfieren malévolas inquinas, pues a las almas predispuestas que han querido encontrarse, al desplegar las alas, vigilante en las alturas Eros las irá insuflando al aliento de los cantos interiores, que brotan espontáneamente y llenan de aires acariciadores el vacío.

*Mécete corazón y canta
que el vaivén de la nave
más nos une*

parecían decirse mutuamente los viajeros, y el coro entonado en voces concordantes, al llegar a la fonda del Alto de las Palmas, antes que sorpresa o reparos transmite a quienes allí había la mayor animación.

—¡Bájense muchachos, sigan, que aquí tenemos lo que quieren tomar! —dice desde la puerta el dueño—. ¡Acomódense! acomódense! ¿Qué toma usted? —pregunta al chofer que no se baja—.

—Café —responde éste, sobriamente.

Recaudador de fondos para gastos previstos o imprevistos con el objeto de que toda romería funcione sin contratiempos ni escasez, Óscar ha recogido antes de salir el óbolo de cada uno, cuota fija que engorda la vaca para que nada falte. Ecónomo distinguido, cuidadoso, paga y distribuye: Esto para esto, y lo que sobre, ¡también nos lo gastamos! Y antes del llamado al orden, antes de salir de nuevo con rumbo conocido, Bruno ha preguntado a Amariles: "¿Quién es esa belleza que viene al lado mío conversando con Méndez sin parar? Y, te digo que con una así, hasta sería capaz de ir soltando poco a poco y sin engaños la totalidad de mis secretos".

—¿Ya los descubriste?

—¡No, no tanto!, pero me da la impresión de que podrían ir saliendo. ¿Cómo se llama?

—Sofía —aclara Amariles

—Ahí está, *Agia Sophía*, ¿la que permite conocemos?

—Si te le vas acercando más...

—¡Vámonos que se nos hace tarde y se acaba la función en la *Cuna de Venus*! — exclama Óscar con su voz timbrada e imperiosa —. ¡Vamos, vamos!

Mientras salían a subirse de nuevo al Pick-Up, Amariles dice a Bruno: "Guarda este sobre que contiene el escrito que me entregó Fredy. Me parece interesante y sugerente. Él quiere que le des tu opinión, y luego se lo pasas a Róber, Oscar y Arturo. Trata de que no se traspapele". Bruno guarda el sobre en el bolsillo de la chaqueta deportiva, se sube, y se acomoda. Parten y el viaje continúa con su mismo recreo y regocijo, paradas en las fondas, canto y diversión.

La carretera que conduce del Alto de las Palmas hasta La Ceja del Tambo se prolonga por admirables panoramas entre cuevas de leves ascensos y descen-

sos que permiten divisar a lo lejos las cumbres y los cerros, y el tupido celaje de nimbos y cúmulos abigarrados hacia el gris esparce sombras al atardecer y depara visión de soledad, plena de vida sin embargo. En un recodo aparece de súbito la altiplanicie y meseta que se extiende brevemente hasta nuevos horizontes de montañas, al pie de una de las cuales se posa el pueblo cuya iglesia de agujas elevadas recuerda al viajero que ha llegado a la sede de *La Cuna de Venus*.

¿Y qué es eso? No propiamente el paraíso terrenal pero sí el más agradable lugar puesto a la moda por su propietario que la insidiosa sabiduría popular ha resuelto apodar *La Loca José*. Y es que el hombre, mariposeador afeminado, elocuente envanecido, hablantinoso, alebrestado, vestido de sencillos pantalón y camisa pero tocado con sombrero verde mate de alas anchas que lo singularizan, ha dado al establecimiento atractivos especiales. El local es una casa vieja de tapia y tejas de barro, con patio en recuadro de pilares y barandas de macana, en cuyos corredores de ladrillo sobre los que cuelgan primaveras, begonias y geranios, se acomodan las mesas, mientras José va de una a la otra, saluda almibarado, ofrece los servicios; revolotea, gesticula y cuando menos se piensa, se lanza y ceremoniosamente toma asiento en el sillín de un piano de cola que adorna el salón-bar donde antes quedaba el comedor, se quita el sombrero, se saca un cachumbo sobre la frente, lo acondiciona romántico y soñador, y exclama: "¡Señoras y señores! ¡Nos acompaña hoy una nutrida comisión de los más encumbrados personajes y entre ellos, el principal de todos, el señor secretario de la presidencia, el Doctor Bruno!" Y es que por costumbre que acepta José sin discusiones, algún socarrón espectador le ha soplado malicioso la presencia de alguien importante, séalo o no, para darle a la velada significaciones de grandioso acontecimiento.

Síndrome de Don Quijote que le permitía a José hacer de un botones de hotel uniformado un general, a una damita presentable una princesa, o de un secretario del despacho municipal un "señor Presidente". Esta vez ha sido Arturo quien lo ha hecho y José, después de señalar a Bruno con un ¡viva! y saludo de bienvenida, en el cual incluye "su incomparable séquito", vuelve y se acomoda al piano y da un repaso introductorio al teclado anunciando que quiere recitar "en este momento tan sublime, ilo mejor del más florido repertorio!" "¡Aquí va!, ¡Doctor Bruno!":

*La princesa está triste...¿Qué tendrá la princesa?
los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro,
y en un vaso olvidada se desmaya una flor.*

Aplausos y vivas inundan el aire, libaciones a raudal. Voces que piden a José *La Cumparsita*, que él inicia con violentos compases y el público acompaña palmeando el son. Al terminar, la asistencia enardecida reclama: "¡Otra, otra!" Y José se levanta e inclina en agradecimiento, entornando los ojos, un brazo apoyado en el piano mientras con el otro se despoja del sombrero para removerlo en el aire. Arturo, cuando la agitación se calma un poco, se le acerca y le susurra al oído unas palabras que José alebrestado, alharacoso y vivaracho, recoge como noticia inconmensurable, exclamando: "¡Señores, atención! ¡Aquí el ilustre caballero de la comitiva presidencial nos informa que los doctores Óscar y Bruno desean interpretar para nosotros una hermosa balada!". Enseguida arroja el sombrero que cae al mostrador del bar, arranca veloz y cruza el patio, y al llegar a las mesas donde están los amigos hace una venia de saludo con la mano en la frente,

y dice: "¡Señores, mis respetos, por favor!" Óscar y Bruno que mantienen predispuesto en la memoria el cancionero, se ponen de acuerdo, van con José hasta el piano y un aplauso atronador los acoge; mientras el huésped teclea buscando el tono, Óscar comienza:

*No puedo pasar a verte
no puedo cielito, no...*

Bruno se le acopla:

*Porque se ha llevado el puente
el tornado que pasó.*

Y juntos continúan:

*Están haciendo una barca
los mocitos del lugar
para que pase yo el río
porque te quiero besar.
No te impacientes cielito mío
no te impacientes, pronto estarán
la barquita terminada
y con rosas el rosal.*

El jolgorio alcanza el paroxismo cuando los cantantes en dúo emparejado terminan la canción, José se levanta, toma el sombrero que arroja al aire en el patio y cae clavándose en una límpida pileta que rebosa de agua, lo vuelve a recoger y se lo chanta, destilando a chorros, con el cachumbo aplastado sobre la frente. Se voltea haciendo venias a Bruno y Óscar que regresan a sus sitios, y pregona:

"¡Maravilloso, maravilloso señor Presidente, sentaos, por favor!" Viene un mesero con una toalla y trata de secarlo, pero él lo encara manoteando y le dice a voz en cuello:

"¡Apartaos, vil sujeto!"

Regresa al piano, se acomoda al sillín y canta otra insulsa canción que el público entre risas y libaciones disfruta complacido.

La velada se extiende graciosamente animada por el incansable José que en dosis de sabia proporción canta y recita, o interpreta al piano solo, lo que llama "¡importantes rapsodias antioqueñas!", que interrumpe al azar cuando le anuncian la llegada de nuevos "personajes", para los cuales reitera bienvenidas, venias casi hasta el suelo, lanzamientos del sombrero a la fuente cantarina, aspavientos y arrebatos; saca un invitado o varios a cantar y recitar, o espontáneos que ofrecen buenas y malas versiones con aplausos o bur-las, cualquier cosa con tal de divertir. La noche estrellada despliega sus encantos y un cachito de luna se asoma a lo lejos por entre los tejados. Arturo, que no para las incitaciones al secreteo con José, le comunica que la "comitiva presidencial" está celebrando la despedida al embajador que han nombrado para "los países del Este", que está cumpliendo años, y que va a permanecer por un tiempo en "La Sultana del Valle", mientras viene el exequátur con todos los sellos puestos. Anuncio que repite José subido en un taburete, pidiendo que se levante "¡el gran poeta Doctor Amariles! ¡para cantarle el *Happy birthday to you!*, que no puede faltar nunca en esta clase de celebraciones". Aclamación general. Luego un intervalo para reposo de José, mientras en una vieja victrola se oye sonar algún bambuco de la tierra.

No tienen que ser forzadas las oportunidades para que los sentimientos puedan explayarse pero las ocasiones se aprovechan. Federico ha tenido a Claudia a su lado y entre uno que otro mohín de la bella pelinegra,

se le ha notado alegre, entretenido, dispensándole atenciones, tiernas miradas al embrujo de esos ojos que tantas cosas parecen no decirle cuando él quiere saberlas, sin que le broten tampoco reclamos del "por qué eres así"; que no están la fiesta y la alegría para dañarlas con reproches que quizás no vienen al caso.

Amariles, como siempre. Calmo, delicada sonrisa suave no monalisística, acariciante sí, taimada para algunos; y para Bruno: "¿Y qué Amariles?, riéte como quieras, que tus entrañas son tuyas, no para nadie, y el que se deje coger, iatrápalo! Y, ¿cómo vamos? ¿O se me está subiendo el licor a la cabeza, o será la silla presidencial?" Amariles reía, se prodigaba, estaba en una silla, más adelante en otra, fumando y echando humo hasta por las orejas, mientras Bruno volvía a iniciar la preguntadera. Óscar con Margarita Rosa, embelesados; Róber cambiando ideas con Eloy, Bruno arrimándosele todo lo posible a Sofía, que también fumaba, lo atraía y él decía: "¿Qué opinás Amariles? ¿Esta verraca sí me dará una entradita? Quiero decir: ¿Me hará caso? ¡Arturo! ¿Qué hiciste tu Amalita?" Y éste respondía: "¡Tómate otro y deja de joder tanto!" Pedraza y Luisángel intercambiaban posiciones, un rato aquí, otro rato allá. ¡Todos gozaban!

Cuando las horas han pasado sin sentir las y los vientos de ternura presagian placidez ilimitada, yérguese el destino ante las puertas abiertas de par en par permitiendo que se salga o que se entre y que la fiesta continúe así también en el viaje de regreso. El aire tibio lo depara la buena compañía, el perfume de alhelí se reparte minucioso hasta alcanzar los rincones escondidos. Y si resta captar el sentido de las cosas y "la procesión va por dentro" que a veces en los sueños se revela en imaginarias conmociones para que al despertar se defina la partida, es pues cuando ahora, pero

distinto, obviamente, a Óscar le toca, qué hacer, decirlo perentorio, "apague y vámonos".

«¡No, no! Espérate un ratico más. ¡Arturo!, dile a José que pida a Bruno que cante un madrigal» replica Róber, en voz baja, mientras ha estado brindando con Pedraza. Bruno, que ha estado tratando de besar a Sofía, escucha; y como fácil se repone ante "cosas de importancia" le dice a Arturo: "¡Andá, andá, que sólo a ti te hace caso!" Arturo, predispuesto a la jarana a como dé lugar, va y le sopla a José que Bruno es además cantante en la Capilla Sixtina y desea interpretar algo que dejó encalambrado a Miguel Angel, cuando pintaba el juicio final. José, sin titubeos, da su versión, poniendo por los cielos al prodigioso cantor. Busca la manera de acompañar a Bruno, y éste, prendido, expresa sentencioso: "¡Para que sigan así de enamorados!", y canta:

*Ojos, que ya no veis
quien os miraba
cuando érades espejo
en que se vía.
¿Qué cosa podréis ver?
¿Qué cosa podréis ver?
¿Podréis ver que os dé contento?
Prado florido y verde,
Prado florido y verde,
do algún día,
por el mi dulce amigo
yo esperaba.
Llorad, llorad conmigo
El grave,
el grave mal
que siento.
El grave mal...
que siento...*

Aplausos poco menos porque el local ya está casi vacío. Y los amigos, después de brindar y pagar la cuenta Óscar, rodean a José para despedirse. Salen, se acomodan en el Chevrolet Apache, y emprenden el regreso, sin darse cuenta de que el chofer está un poco achispado, que a escondidas se ha tomado los suyos. De lo cual resulta que a mitad del camino casi choca y quizás, querido lector, la historia hubiera terminado aquí. Pero no. Felizmente al fin no ocurre nada. Y Bruno, al otro día, de madrugada, aunque le duele la cabeza, tomándose un café negro, lee el escrito de Federico, que dice así:

XXXI

EL PASO DEL RELOJ

“Cuando las sombras del marco de la ventana aparecieron en las cortinas eran entre las siete y las ocho y entonces me encontré de nuevo en el interior del tiempo, oyendo el reloj. Era el del abuelo y cuando padre me lo dio, dijo: Quentin, te doy el mausoleo de toda esperanza y deseo; es más que penosamente posible que lo uses para conseguir la reducto absurdum de toda experiencia humana, lo que no satisfará tus necesidades individuales más de lo que satisfizo las suyas o las de su padre. Te lo doy, no para que recuerdes el tiempo, sino para que consigas olvidarlo de vez en cuando durante un momento, y no malgastes todo tu aliento intentando conquistarlo. Porque ninguna batalla se gana jamás, como él decía. Ni tan siquiera se libra. Sólo el campo de batalla revela al hombre su propia locura y desesperación, y la victoria es ilusión de filósofos e idiotas”.

(Faulkner: EL SONIDO Y LA FURIA)

Recavando en el meollo de la vida, he aquí la pregunta que me hacía: ¿Tenemos que contar las horas? Al no llegar respuestas acertadas y percibir leves indicios de aquellos que rigen intensos malestares, extendía a más no poder los pensamientos con perseverancia; ánimos de bombardear los sentidos para llegar al fondo, que nada se viniera encima. Y les agregaba a las predicaciones esta propuesta: “¡Ah, sí, la vida! ¡Sólo

nos resta que nos demos cuerda!" Fue entonces cuando se me vino la idea intempestiva de que quizás aprendiendo a componer relojes lograría desentrañar los recónditos secretos que guarda su intrincado mecanismo, diseñado únicamente con miras al extraño devenir. Eso me asaltaba en las mañanas. Después el día iba pasando. En las tardes me imaginaba concentrado en el trabajo, apartando mínimos tornillos, rodajes, mirando el transcurso de las horas taciturnas y lentas, u oyéndolas en el vaivén de los péndulos que colgados de la pared me rodearan. Y en las noches no eran raras sutiles ensoñaciones que terminaran diciéndome: "Basta enfrentarse a la negrura de la desolación con algún canto alado y unos compases de milésima de segundo, que todo ha de ir y de volver; minuto a minuto se siguen, espaciados, uno tras otro hasta nunca jamás, y para siempre".

Por esas épocas era joven y apuesto. Que abrigara de pronto en el alma una sospecha, no me parecía raro que surgieran de las complejidades sublimes de la osamenta de la vida. Me iba dejando llevar del optimismo, en el que no veía mayor inconveniente, y, dejándolas de lado, oteaba complacido perspectivas de felicidad.

Cualquier día, caminando distraído por una vetusta calle de esas que lo transportan a uno por los tiempos ya pasados, me encontré de sopetón con una relojería que, como se dice, encajando en el ambiente, era la más estafalaria de todas las antiguallas. Arcaico lugar donde reina el desorden de atmósfera que se detuvo en fecha inmemorial, restos de cucaracha, paredes descascaradas, huellas antediluvianas, clavos enmohecidos de los que nada cuelga, un cuco anciano que olvidó en qué hora iba, y el polvo, las telarañas, las colillas por todas partes, trastos pasajeros que vinieron a arreglarse y se

quedaron estancados, indican que aquí ya no ocurre nada ni se mueve, y a lo cual previene un anuncio desgastado que indica que esta es *LA NIEVE DE LOS AÑOS. RELOJERÍA.*

Al arrimarme al pequeño mostrador-taller del viejo relojero, su cara flacuchenta de ojos adormilados y bigote amarillo, la lupa ocular inserta al brazo derecho de las gafas, me prodiga una mirada de aires abstraídos, observándome tal si le ofreciera la oportunidad de desbaratarme como a un cronómetro abismado, de esos que se paran en seco en el momento preciso. Y me asombré. No lo esperaba así. Llevaba en mi rostro una alegría no disparatada sino fresca y rozagante, dispuesto a ofrecer los mejores auspicios y dedicarme por entero a conocer el misterio de los engranajes que dilucidan las horas, pues algo me había dicho que ya estaba preparado para visualizarlas, verlas mover y llegar a colocarlas en el campo adecuado para que se extendieran, fueran pasando, sin interrupción. Porque observando las manecillas del reloj había llegado a concluir que el espacio recorrido en la más ínfima fracción, conlleva el hechizo de que todo va ocurriendo sin que sea percibido, hasta el inconcebible amanecer de los siglos.

—¿Qué se le ocurre? —me espetó.

—Señor —le contesté:— He estado observándolo sobre tan hermosas maquinarias y he visto su concentración y sus manos, suaves y delicadas, posarse sobre la conexión de tan complejas relaciones, en cuyo contexto y aún fuera de él existe lo posible y lo imposible.

—¿Y tú quién eres que vienes a filosofar aquí?

—Yo soy alguien que quiere aprender el arte de la paciencia señor, y algún día logre alcanzar la suya; algo que, estoy seguro, será tan difícil como un apareamiento visto desde nunca. Pero que, así y todo, ante mis ojos pasen horas tiernas y parsimoniosas y las pueda tener

entre mis manos, manejarlas, vigilarlas, y darles de vez en cuando una caricia.

—¿Y quién te dijo que para ser relojero hay que tener paciencia? ¿Has visto una clepsidra o un reloj de sol? Ni aun con ellos es necesaria la paciencia porque en sus solas figuras se proyecta el tiempo entretenido y sin desgastes, hasta el punto de que se puede en ellos estrellar cualquier insensatez. Que a un reloj no le interesa qué horas son, si de la tarde o de la noche, o de la madrugada, o si ya es el día siguiente, que no es su problema sino de los humanos.

—Pues eso es lo que quisiera aprender, disfrutar, entregarme por entero. He comprendido que el reloj camina sin prisa. Y mientras su andar meticuloso y preciso va traspasando el infinito sin emitir ninguna queja, dejando oír sólo su tic-tac, rítmico, acompasado, nos van dejando la huella espacial al recuerdo de existir. No puedo negar que al ver regados sobre la mesa, inertes, los tornillos y los engranajes, siento un gran pesar y me pregunto: ¿Qué le pasaría a ese reloj, se cansaría? ¿Cuántos días alcanzaría a formar?

—¡Ah, no! Te haces preguntas inconcebibles. Un reloj no puede cansarse, es incansable. Al contrario de los seres que están limitados, sometidos al acoso y la fatiga. Lo único que les puede pasar a los relojes sí, es el desgaste; son las roturas, y estas se deben al mal uso, lo cual admite la pregunta: ¿Por qué tanta gente desdeña un objeto tan precioso que es hecho para durar y no ser destruido?

—¡Cuántas cosas me podría usted enseñar a mí! Todo lo que yo he imaginado de la relojería está basado en meras suposiciones. He tenido relojes dañados en mis manos, he intentado componerlos y los he acabado de dañar. Al desbaratarlos al intento de volverlos a armar, me sobran piezas por más mañas que les ponga. ¿Cómo no admirar su trabajo? Pienso que usted tiene ya en su mente creada de antemano la ima-

gen de cualquier reloj, y al ir armándolo, coloca por instinto la pieza en su lugar. Y por eso ahora entiendo que los relojes se toman el tiempo necesario, el tiempo exclusivo para sus tareas, sin afanes, y sin preocupaciones del pasado o del futuro. Pero nosotros, los inexpertos, nos damos a correr y es allí donde están nuestros errores.

—¡Bueno, bueno!, si te alejas de las dudas, te puedes ir diciendo las pocas cualidades que debe tener un relojero. La primera, por supuesto, no es la paciencia. Un relojero es un ser privilegiado. Lo primero que ve en las mañanas es el mundo desarreglado. Y nada le preocupa. Porque sabe que poco a poco lo que hacen los demás es tratar de componerlo. Y que al llegar la noche, cuando las estrellas comienzan a alumbrar maravillosas, distantes y armoniosas, podrán haber llegado a decisiones cerradas, concluyentes. Pues ahí está la primera cualidad: La persistencia. La segunda cualidad tampoco es la perplejidad. Porque si sabes que hoy no has concluido, tienes la seguridad de que mañana podrá ser. Que si el alma es discordante, periférica, insensata, hay que ponerla en la clave de los días, sumirla en los vientos del pasado o el presente o el futuro ilusorio, la cabalidad exacta, la marcha completa, largos trayectos y conclusión de los meses y los años, que cuando terminan vuelven a comenzar. Esta es otra cualidad, la certidumbre en ti. Y la tercera, no propiamente el simple halago. Efervescencia inmensurable que podrás disfrutar mientras ojos abismados te observan y pones, con tu calma serena, lejana al torbellino, el mundo en una rueda que gira y te prolonga, y esa es, claro, no la última pero la más definitiva, la audacia, la implacable resolución, para que de una vez, no ensimismados, podamos extender las ansias, darle a la lejanía que se nos presenta cuando estamos ebrios de amor, toda la oportunidad de ser, la medida circular, orbital, la suma y resta hasta lo inconcebible.

—¡Bravo, señor! Veo que me acerco, que la distancia va dejando de existir. Que si usted me admite y me enseña, podré encontrar en los daños que vaya reparando, cuáles horas no son, y que si el tiempo es el dueño de todas las medidas y nunca se deshace, nada importa, por mucho que el reloj se descomponga; que si logro poseer esas cualidades que usted dice que debe tener el relojero, puedo estar a las puertas de la plenitud. ¿Podría comenzar mañana?

—¡Listo! —me respondió—. Pero hay un serio inconveniente —y se incorporó; su escuálida figura casi rozando el techo con la cabeza daba la impresión de que apenas cabía en el estrecho espacio del local repleto de cachivaches que escasamente le permitían moverse—. ¿Dónde te acomodamos si eres tan alto como yo? —dijo afectuosamente y a pesar de que a primera vista parecía ceñudo quizás por sus ojos fijos, inexpresivos, penetrantes.

—¿No podría ser en aquel rincón donde está la mesita que tiene debajo una banqueta? —pregunté.

—¡Oh, sí! Pero allí era donde trabajaba mi ayudante; me preocupa que te sobrevenga lo que a él le pasó.

—¿Y qué fue, si me permite la curiosidad?

—¡Eso, precisamente! ¡Que por su especial curiosidad llegó a quedarse ciego!

—¡Qué extraño! ¿Y no sería pura coincidencia?

—¡No! Era un ser en apariencia simple, que trabajaba con dedicación, se concentraba y no decía palabra hasta que no terminara su tarea. Un día, sin saludar siquiera, entró, se sentó en la banqueta, volvió a desbaratar un reloj antiguo que había traído un cliente y que él estaba reparando, y, cuando tuvo todas las piezas regadas sobre la mesa, gritó: "¡Por fin! ¡Por fin! ¡Ahora lo veo todo claro!" "¿Estás loco?" —exclamé. "¡Sí! ¡Al fin logro entender por qué el tiempo es lo mismo que la nada!" Y se derrumbó. Hubo que recogerlo y llevarlo al hospital con una violenta congestión cerebral. Pasa-

dos unos días le dieron de alta, pero estaba ciego totalmente; jamás volvió a recuperarse, quedó en suspenso, hasta que al fin, también se murió.

Al decir esto, el viejo relojero volvió a sentarse, diciéndome:

—Saca tus conclusiones. Y si decides aprender, mañana te espero. —Encendió un cigarrillo, cogió las pinzas, con ellas un engranaje y se quedó en silencio, abstraído, sin responder cuando le dije: "Hasta mañana".

Así comenzamos. He aprendido bastante, pero la experiencia me produce cada vez más incitaciones, ¿he de confesarlo? El viejo relojero me fue enseñando unas cuantas artimañas que son indispensables al armado del aparato más excitante. Y sin embargo, supuesto que lleva tantos años dedicado al mismo oficio, me quedaba perplejo cuando a ratos lo veía vacilar. Un día que atrevido le hice la pregunta: "¿Qué le ocurre?", me contestó, distraído: "Algo parecido al ayudante cuando quedó ciego. ¿Será que uno se deja llevar por los oscuros corredores que tiene el pensamiento?" Se quedó callado y continuó con su trabajo. Desde entonces no he querido volver a su relojería. Pero, con insistencia, se me viene esta pregunta: ¿Y qué podrá suceder cuando regrese?

XXXII

"Ubiquémonos. Pongamos las cosas en su punto. Cuando la barca está en la orilla de la playa desolada y las aves marinas revoloteando alrededor sin ton ni son; el barquero sentado sobre una piedra desnuda, meditando; el sol, que nunca es presuroso, alejándose despacio hasta la oscuridad, en la cual las almas necias, por lo oscuras, le desean que se quede definitivamente; allá a lo lejos la línea del horizonte se alcanza a ver desdibujada entre brumosidades y de improviso la cruza y desaparece la tenue lucecilla de un navío con rumbo desconocido, mientras las olas golpean incesantes en la arena dejando caracoles de colores insólitos entre espumas que rielan opacos destellos desmayados; el viento fresco y suave no presagia una tormenta todavía porque las nubes apenas se han ido acumulando débilmente en un sereno que apacigua los sentidos pues la estación ha estado desprovista de lluvias torrenciales; para entonces, podemos decir que es tarde y que la noche, solar regalo para el alma clara únicamente, puede llegar a sorprendernos por sus muchas estrellas o con pocas, luna callada y candorosa".

¿Sería algo así o parecido lo que Amariles se dijera entredormido cuando el bus que lo llevaba a Cali se había detenido en La Virginia, pueblo calentano a mitad del camino, donde conviene descansar porque el viaje ha ido haciéndose largo y fatigoso? Y que al

ser sacudido por una gritería de muchachos que ofrecen empanadas y se las meten en la boca al viajero que se descuide, Amariles se preguntara: "¿Qué harán los amigos a esta hora?" Pudo ser. Porque el menaje de *La Impronta* debe ir bien en otro carro de carga sin que ocupe mucho espacio, como el maletín en que van las escasas pertenencias que ha podido colocar a su lado en el asiento pues ningún pasajero lo ha ocupado, y una caja con libros, tan pequeña, atrás, en el portaequipajes. En resumidas cuentas cada cosa en su lugar, menos la cicla que ha quedado guardada en el cuarto de trebejos esperando hasta la hora del regreso, nada impide, si aceptamos el presagio de agradable coincidencia sugerido dulcemente aquella mañana fresca por *Les Adieux* en el café de Juan de la Rosa.

—¡Señor! ¿No quiere bajar a tomar algo?, esta es la última parada. Recuerde que por aquí hay mucho pájaro y es mejor pasar ligero —le dice el ayudante del bus y Amariles sin más demora se levanta y sale, entra al establecimiento y logra que le sirvan café y limonada. Obviamente un cigarrillo, cándidas miradas a los atareados sirvientes que revolotean para que nadie sea desatendido o se escape sin pagar la cuenta. Los ojos se detienen cuando va al W.C. a descargar acuáticos acosos, en un aviso que ofrece recompensa por los informes que se den a las autoridades sobre el paradero de un pájaro feroz llamado *El Mosco* que ha sembrado el terror por los alrededores.

Y vuelta al bus que se dispone a arrancar.

Al llegar a su silla (para dos), encuentra acomodado un hombre joven al borde del pasillo, que le da campo para que se siente junto a la ventana donde está el maletín.

—Préstelo para acá —le dice el hombre—, métamoslo debajo del asiento. —Hecho lo cual le pregunta:— ¿Para dónde va, señor?

—Para Cali, ¿y usted?

—Hasta Cartago, no más, a ver cómo están las cosas. Es una ciudad movida y queda fácil ir de allí a otras partes, ¿no le parece?

—Como no la conozco sino por referencias, es poco lo que puedo decir sobre el particular; entiendo que conserva muy bonitos algunos monumentos y las gentes son tradicionales...

—Y van mucho a la iglesia —agrega el hombre.

Parte el bus y el chofer ha encendido el radio a todo volumen, con una ranchera que eleva los ánimos de pasajeros que cantan o tararean. A Amariles, mientras observa con atención las últimas casas a la salida del pueblo, las palabras que ha dicho el compañero le sugieren que quizás se trata de alguien que quiere adentrarse en algo diferente. Regresa la mirada al hombre que está como en espera de una contestación. Es bastante joven, tez morena oscura, aires entre campesino y urbano, rostro alargado, ojos enfáticos. Cuerpo, por lo que se ve, menudo.

—¿Va poco a misa? —le dice Amariles.

—Ya no me queda tiempo —contesta, se sonríe, y continúa:— Y si no le digo ligero una cosa que me da la impresión de que le pueda interesar, con la velocidad que lleva este armatoste vamos a llegar a Cartago y..., permítame que le pregunte: ¿usted va mucho a misa?

—Yo no voy nunca. Pero no tiene nada de raro. Hay mucha gente que tampoco va.

—¿Aquí en Colombia? ¡Raro es el que no va! Vea el asunto de los *pájaros*: La gente cree que matan por matar y que son rezagos de la violencia de antes, cuando lo cierto es que les han encontrado sus vínculos con las sotanas. ¿Sabe usted algo de eso?

Amariles alerta. Mira con atención a su vecino y busca calibrarlo, no dejarse llevar al porque sí. Entonces resuelve contestar de manera evasiva:

—Yo tenía en Medellín una fabriquita de sellos y resolvimos mi hermano y yo trasladarnos a Cali para montar una papelería; parece que el comercio de la ciudad es muy atractivo; incluso en un carro de carga que va adelante echamos el surtido. Vamos a ver qué resulta.

—En Cali conozco unos amigos que pueden ayudarle a conectarse. Sería bueno saber si de pronto le interesa.

—Pues lo que tenga relación con el negocio uno debe de irlo estudiando bien. Si de eso se trata...— Amariles pone cara de inocencia.

—¡Un buen burgués, se le nota! —replica el hombre, dándole una palmadita en la rodilla—, y no va a misa. ¿Un cigarrillo? Si es lo que quiere, cambiamos de tema; es lo único que se puede cambiar en este país, ¿no le parece, o es que yo soy muy pesimista? —ofrece el cigarrillo y al encender agrega en voz baja:— ¡Pero que cambia, cambia!

—Excuse —le dice Amariles—, ¿cuál es su nombre?

—Cuando estaba chiquito me pusieron Bernardo, pero ahora me llaman Eutiquio, que me gusta más. ¡Ahí tiene...! Un momento, mire, allí van unos soldados, deben ir detrás de los pájaros, que son los que no quieren que esto cambie. Desde antes del tal frente nacional los echaron a volar y nos hacen creer que se les salieron de las manos y los persiguen, con sus segundas intenciones... Los han ido matando casi a todos, para poderse perpetuar.

—He conocido algo de eso. Pero usted al principio me quería decir que..., y vamos llegando a Cartago y todavía no me lo ha dicho —dice Amariles.

—Perdone, ¿cómo se llama usted? —replica el hombre. Amariles se queda pensativo un instante, al cabo del cual responde sin vacilar:

—Pues siguiéndolo a usted un poco —se sonríe—, a mí los amigos me llaman Amariles.

—¡Me suena, me suena! —responde Eutiquio, simpático—. ¿Hijo del monseñorr..., o qué? A él como que le gusta que salgan a volar por todas partes. ¿Me equivoco?

Amariles comprende que debe ahora forzar al hombre para que desate lo que tenía deseo de decirle o proponerle, porque por el nombre quizás se ponga a la defensiva. Con sencillez lo encara y directo le dice:

—Si le parece bien, me deja una dirección o un teléfono donde pueda yo llamar a sus amigos. Veo que a usted le interesa, y a mí también, —enfatisa— conversar sobre *Cóndores y pájaros* y lo que viene ocurriendo con ellos, y con los demás... En Medellín hemos venido estudiando el fenómeno con mucho detenimiento, y hemos sacado algunas conclusiones.

—¿En Medellín? Tengo la idea de que aunque hay ciertos problemas, tratan de poner las cosas en su punto.

—¡Las cosas en su punto! De eso se trata. ¿Tiene en Medellín a alguien conocido? —pregunta Amariles.

—Sí. He tenido vinculaciones desde hace tiempos. Inclusive andaba por allá cuando mataron al *Sinsonte*, que les dio mucha guerra. Qué cosa. Tenía una medalla de la Virgen del Carmen atada a un alambre que le perforaba la tetilla izquierda, para proteger el corazón. Pero le dieron el balazo en la cabeza. ¿Recuerda? ¿Se la regalaría monseñor Amariles?

—A monseñor lo podemos dejar, pues ya sus tiempos van pasando y son otros los que ocupan su lugar con medios más eficaces que los sermones...¿Qué me iba a decir...?

—¡Eeeh! ¡Uno se cabrea si mete la pata! —exclamó el hombre en voz baja mirando hacia otro lado, sobándose la barbilla.—Y también se las cobran. Vea le digo —continúa:— A uno le quedan muchas dudas metiéndose con un pariente de monseñor.

—¿Y quién le dijo que yo soy pariente de él? —dice Amariles sin alterar su sonrisa dibujada.

—Usted tiene una cara..., se me hace que los Amariles son todos igualitos. ¿Qué fue lo que me dijo que iba a poner en Cali, una cosa de sellos?

— Algo así. Ya vamos llegando a Cartago... —Amariles no era impaciente, intuía, sabía captar las apariencias, tapar o destapar, redondear las ideas, lanzar los globos y esperar respuestas. Agregó:— ¿Ha oído hablar de Marquetalia?

—¡Claro! Y el gobierno cree que con las cachuchas muy elegantes que les quedan a los gringos de Vietnam, les van a dar entierro de primera a las fuerzas populares... —Eutiquio se detiene, mira con enérgica severidad a Amariles y continúa:— y que dejando de lado a monseñor los perseguidos se van a cruzar de brazos. ¿Quiere que le diga? Los mejores de Marquetalia siguen vivitos y coleando.

Estas palabras, a juicio de Amariles, dejan percibir que el hombre quiere ir más allá de simplemente averiguar cómo están las cosas por Cartago, y que con tacto sea posible conseguir que diga lo que quiere, pues ya lo ha ido insinuando. Por ello se resuelve y dice:

—En Medellín tenemos la idea de que una buena dirección hace mucha falta, porque lo que se nota es que hasta ahora hay propósitos confusos...

—¿Para poner a funcionar una papelería con sellos y todo, quién dice eso? —exclama Eutiquio fingiéndose estupefacto. Amariles no se desconcierta y replica:

—Pero si no me dice lo que me quería decir o me

da su dirección, o la de sus amigos de Cali, nos vamos a quedar comenzados porque, mire, estamos entrando a Cartago.

—¡No ve! ¡Así es la vida! Se mete uno al bus en estas tardes de remanso para poder ir a cualquier parte a ver cómo están las cosas, y si encuentra con quien se puede conversar, llega cuando menos piensa, y como si Cartago fuera el único lugar donde no oyen sino misa y tienen sus *pájaros* para que los protejan y les cuiden la plata, pues de *pájaros*, sepa usted, tienen plagado el país, en todas partes. ¿No cree usted que tenía razón *El Tuerto* cuando se preguntó: "¿Qué hago con este fusil?" Pues a este país hay que abrirle mil troneras para cambiar las cosas y, si usted quiere, ponerlas en su punto. Eso era lo que quería decir. Si me entiende, llame a este teléfono, pregunte por Niebles, y si se entiende con él, después hablamos. Si no, que le vaya bien. —Le entrega un papel en el cual anota el teléfono, y sale, porque el bus ha parado en la plaza principal. Despreocupadamente inicia su camino con paso seguro pero a escasos metros se detiene, gira y regresa a la ventana desde donde Amariles lo observa, y sin rodeos le dice:

—Recuerde lo siguiente: Mis amigos no están para negocios ni para entretenerse contemplando el aura de monseñor; los fusiles que tienen sí saben para qué sirven; y al que se mete y no sabe utilizarlos, le dan su merecido. —Sin más retorna a sus pasos resueltos.

No porque Amariles hubiera tenido que dejar guardada la cicla en el cuarto de inservibles quería significar que los primeros fallos de alcances socráticos quedarán empozados en el barril sin fondo de añoranzas pretéritas y fuera inútil revivirlas. No. Allá estaba, quietecita. No cansada, dispuesta. Que si juntos Bruno y él habían hecho recorridos itinerantes al viaje alegre o deportivo; o él solo también para ir todos los días por esta calle o por aquella hasta *La Impronta*, y que se le

notaran leves marcas por el uso o el desgaste, tampoco podía olvidar las idas y regresos a reuniones no de fines proditorios sino precisamente a todo lo contrario, para demostrarse a sí mismo y de paso a los amigos cómo es cierto y posible que sí se compaginan el amor y la revolución. Y si en esas experiencias que ya iban para largo estaban hechos los contactos, está probado que la cicla había servido, para mucho más que la sana o mera diversión. Porque ella, la cicla, ya más virtuosa y menos insensible, rodaba sin preocupaciones por cañadas o caminos pedregosos, o por calles abiertas, portadora de los nuevos mensajes. De tal manera y por lo tanto, advertencias como las de Eutiquio quedaban recibidas porque el destinatario iba estando suficientemente preparado. Que si vamos a ver eran pasos decididos a la acción los que ya le habían permitido ascender en las filas del partido, hasta llegar a posiciones destacadas en la propia dirección, en Medellín, sin que hubiera que estarlo pregonando así como así a los cuatro vientos o al primero que sugiriera cualquier vinculación. Por lo pronto y mientras el bus llega a Cali, seguir tranquilo y meditar, solo en el puesto porque nadie más ha llegado a acomodarse junto a él, y la noche cerrada no permite disfrutar el paisaje.

*Tardes para volver déjame solo
Cansado de esperar he decidido...*

"¡No, no, no, canciones de estas son bobaliconas, demasiado tristes y sólo sirven para beber y emborracharse!", —recuerda que lo dice Arturo, El Narizón, que así lo llama Bruno. Cierra los ojos. "¡Que te vaya bien Eutiquio, y nos volvamos a ver pronto!"

XXXIII

"Soy la bruja *Periscopia* cabalgando a lomos de la escoba, navegando sobre las planicies y los montes donde habita, y te llama, la astuta *Lilolá*, que te atrae pues tú la has desafiado a campo raso, despejado, para que no pueda batirse en retirada, atrevido que miras recortarse mi perfil en la noche solitaria y con su disco reflejante alumbrando esta visión que te entretiene. 'A dónde vas, a dónde vas, a dónde vas', tú me preguntas y por el aire tus voces no resuenan en negras cavidades como a mí me gustan sino que se esparcen discordantes en ecos lastimeros que apabullan la calma que iba teniendo yo desde hace tiempo; descaramo, quieres arrinconarme, quién creyera, ¡vea pues! Entonces me lanzo en desbandada y tras de mí se vienen los cuervos que me estaban esperando, y con sus negras colas y las alas desplegadas oscurecen tu vacilante inspiración, tu fantasía. Porque soy la bruja *Periscopia* que te mira, te vigila, te sigue a donde vayas, me escondo y me aparezco cuando me dé la gana, adelante o atrás, o al fondo, en tus espacios. Como quien dice yo soy tu ama de llaves, despiértate y verás. Y que no se te olvide, porque tengo conmigo las observadoras, las de ojos cavernosos, las de ojos infernales que penetran tu alma y, al descuido, te las pongo a tu lado, lectoras implacables, muy calvas, muy queridas, mis dulces compañeras".

Querido Amariles:

Creo que fue una tarde de ésas cuando recientemente te fuiste para Cali, ¿o sería el mismo día?, no recuerdo bien, pero no importa. Estaba instalado con la gorda Georgina en el apartamento, y como le gusta cocinar unas recetas del otro mundo, que nos las comíamos y pasábamos con unos vinos para después, en el lecho, el goce supremo de nuestra amorosa exaltación, mientras ella trabajaba no sé cómo en el baño donde tengo el pequeño fogón para hacer café, resolví echar un sueñito oyendo en el radio ese tango que dice:

*Quiero emborrachar mi corazón
Para olvidar un loco amor
Que más que amor es un sufrir...*

Y como es tan triste y yo estaba muy contento, le bajé al volumen, pues porque así tal vez me entraba mejor lo de:

*Y aquí vengo para eso
Para ahogar antiguos besos
En los besos de otra boca...*

Y creo que cuando iba en:

*Nostalgias, de escuchar tu risa loca
Y sentir junto a mi boca
Como un fuego, tu respiración...*

Me quedé dormido pero, pienso, fue cuando empecé a soñar con la tal *Periscopia*, que aquí al principio he tratado de referirte. He estado echándole cabeza y se me ocurre que tenga algo que ver con las ideas que a ratos se me atraviesan, y también con otras del escrito de Federico, muy bonito, pero un poco abismal. ¿Cómo

así que el tiempo es lo mismo que la nada? ¿O será que la existencia no es más que brujería? ¡Ah! ¿Entonces para qué vivir? ¿Qué opinas? ¿Cómo vas?"

Fueron estas las palabras iniciales de la primera carta que Bruno escribió a Amariles unas semanas más tarde después del viaje para Cali y luego de que aquél le enviara su nueva dirección con unas cortas frases prometiéndole que adelante lo haría con detalle, adaptado mejor a las nuevas circunstancias.

"Quise desechar —continuaba Bruno—, la *Periscopia* y echarla al tarro. Me enderecé y apagué el radio que estaba sonando la simpleza de *Tierra labrantía*, que recuerda a los antioqueños lo verracos que son para echar hacha, teniendo yo a Georgina cocinando y lista para el amor. La vela que teníamos muy románticos sobre el mechero chisporroteó y entonces vi el escrito de Federico, lo cogí, me puse a darle un repaso y cuando menos pienso, qué veo: En cada hombro mío sendas calaveras extasiadas leyendo. ¡Taqué! Apagué la vela, les di un sopapo a cada una y les dije: '¡A leer de gorra a otra parte!' En ésas se asomó Georgina con una bandeja en la mano y exclamó: '¡Mi amor, ¿te sientes solo?' 'No, le contesté, estoy basculando entre la inspiración y los espantos'. '¿Aquí espantan mi amor?', preguntó. '¡Claro, contesté yo, burlándome, con ese olor se espanta cualquier hambre!' '¡Ah, qué pícaro eres!'" Y me dio un beso. Continuó cocinando. Y yo me dije: "¿Será que el tiempo que marcan los relojes con su parsimonioso desgranar las horas nos indica, lento y seguro, como el todo no es más que perder una batalla? ¿Que quizás tengas razón cuando afirmas que no queda otro camino que compaginar el amor y la revolución? ¿O que como al ayudante relojero le ocurrió la vida puede terminar en la ceguera? ¿Y que por eso hay viandas que nos pueden hacer daño? ¿Todo al tiempo?

No sé. Estás haciendo mucha falta. ¿Será que vienen los sueños antes de una comida incomparable como la que hace Georgina, para que un íncubo con cuervos y calaveras nos venga a acompañar? Me han dicho que en *La Sultana* hay muchos *nadaístas* que creen que el todo es nada, para la exportación. ¿Ya viste alguno? Por aquí los camaradas andan regados que se van al monte para vengar al *Ché*. ¿Cómo está eso por allá? Óscar y Arturo como que le trabajan por los borditos. Federico nos invita a Róber y a mí de vez en cuando a escuchar música, y Mozart que no falta. ¿Has oído *La Flauta Mágica*? Tengo la impresión de que es para iniciados, pero no de aquellos que te inician en la logia de los astros para que, mientras los miras, ver cuánto te sacan del bolsillo.

Espero que regreses pronto a ver si damos unas vueltas en las ciclas, aunque sea que volvamos al Carmen de Viboral. Escribe pues, y rápido. Queremos saber de ti. Un abrazo.

Bruno".

Si la historia se pudiera tejer por partes fuera fácil hacerle los remiendos cuando las roturas no implicaran devolverse para desbaratar ensartando los hilos a la aguja de las circunstancias. Si crónica quisiera hacerse hasta la pura relación sin comentarios o al menos hasta el análisis superficial, ha de verse cómo surgen las diferencias de criterio que entorpecen la clasificación de los hechos que a fin de cuentas constituyen la base del relato que sirve para apreciar las consecuencias y así puede quedar también lo extraño, lo confuso, turbio o enigmático que se mezcla a lo dicho sin afán, a lo discreto más aventurado, al pronóstico o, por qué no, a la afirmación categórica y rotunda. Que es en últimas por donde pueden filtrarse verdades inconclusas a rea-

lidades inciertas. Que esto y algo más lo hubieran deducido los amigos y Amariles de las conferencias y las conversaciones con Ladislao Zulaibar, y las lecturas ya con orden o en desorden, muy intelectuales, breves o profundas, y también para la mera información.

Óscar y Róber que eran los más dados a la propedeútica con fines historiantes, tomaban lo que fuera para la recreación del mundo por venir si viene al caso con pies firmes en la tierra, que no le hace tampoco ni les parece preocupante que no sean claras las perspectivas. Y en esto, hay que decirlo, Róber miraba al infinito, inquietante, entre el sí y el no, o al titubeo, pero siguiendo el paso, meditando. Federico, para la cuestión de las interpretaciones o lo de tener que andar zurciendo los tejidos poco se le veía definido y daba la impresión de que hay cosas que a uno lo arrastran hasta la dejadez, quién creyera, aun cuando a veces aceptamos que es posible alcanzar el amor. Arturo podía ser caso distinto, por lo arrojado. Pero que si estaba con los amigos era porque había encontrado con ellos aliciente a las aspiraciones que, podían ser, cambiar el mundo, transformarlo, amar, amar verracamente, porque o si no, ¿para qué sirve esta pendejada? Y si tenía que dedicarse, ipues a lo que vinimos!, así sea que de cuando en cuando haya que darse algún totazo. Y Bruno. ¿Bruno el buscador, conquistador, el obstinado? Si la carta que Amariles le envió en contestación no lo pinta cabalmente puede ser porque no estuviera en la mira del maestro que los guiara la intención de acorralar sino que al romper los velos del prejuicio pudiera darse salida a los impulsos. Y esta fue la misiva:

"Queridísimo Bruno:

Me he demorado para contestarte no tanto por las ocupaciones o porque no tuviera por el momento mu-

cho que decirte. Al contrario: dispongo del tiempo, el deseo y la emoción, y las palabras de tu carta me han llenado de alegría y regocijo suficientes para escribir como ahora lo hago desde la mesa de una heladería de la calle Sexta en la cual venden el mejor café, y me recuerda a Donald, El Metropol, El Imperial, y hasta El Miami donde espero que muy pronto nos volvamos a ver. Sólo que algunas distracciones me han entretenido y te pido me disculpes además por esta letra mía un poco enmarañada. Pienso mucho en ti. No sabes lo profundo que llega hasta mi alma cuando me dices que hago falta. Y cómo de tu espíritu disperso en apariencia se difunden hasta el mío los hábitos de la frescura y la renovación que se desprenden de ese algo que nos une e inflama nuestras ansias de vivir. Si de alguna manera pudiera expresar mejor lo que he sentido al recibir tus noticias podría ser diciendo que siempre serán gratas para mí y reconfortantes. Y algo más: Que no me siento solo. Espero que no vayas a pensar que la forma de decirlo significa que me asaltan las vacilaciones ni nada parecido, cuando antes por el contrario me siguen animando los impulsos ciertos y definidos del amor, porque ellos son y serán los únicos que nos permitirán ir tan lejos como queramos. Respecto de tus trasgos, la fisgona *Periscopia* y las lectoras calaveras, no creo que tengan que ser presagios ni anuncios de castigos por la forma como encaras la satisfacción de los instintos, o vigilantes que te hayan puesto los dioses para que te comportes bien. Porque creo que nadie ha comprobado que los sueños provengan del más allá o de la nada incierta, cuando lo que expresan y se ha logrado establecer es que simbolizan el deseo y se revuelven con las culpas que la represión nos ha infundido. Y como el ser es uno no tiene nada de raro que bascule entre la inspiración y los espantos como dices, y mejor, entre la adivinación y la poesía. Pues fíjate entonces que si fuera al contrario no pasaría de ser el hom-

bre un simple mecanismo, como los relojes de Federico, que habría que llevar a la relojería celestial a que los compusieran. Y como este tema ya está muy trillado, no quiero hacerme cansón. Y un poco en verso, date tu razón y envuélvete en tu naturaleza que es tuya y nada más. Recógele al árbol de la vida sus frutos uno a uno, y cuando te desperdigues, confía en el amor. Que si vas sembrando aquí y recogiendo allá, encontrarás la belleza, que es el todo, suficiente. Intima contigo mismo y te conocerás. Y a tu bruja *Periscopia* déjala que se pasee por tus sueños y dale de vez en cuando un escobazo, para que seas tú el único portador de tu secreto.

La cuestión empresarial es bastante pesada por supuesto, pero las ocupaciones no me embargan porque sería dejarme arrastrar revestido de paciencia y no de persistencia, como afirma el relojero de Federico. Porque, se dice, aprovechando el tiempo y sin negarlo abrimos el espacio para la libertad. Y, claro, cuando los hechos están sobre la mesa, podemos escoger. Así, pues, en los ratos libres dispongo del tiempo necesario para hacer contactos. Espero que cuando podamos conversar con mayor intimidad en Medellín o por aquí —qué bueno sería que vinieras— te pueda enterar de las tareas a que me dedico. Hace una tarde bella ahora, y una delicada brisa atempera el ardor del verano perpetuo de la hermosa *Sultana*. Cruzan veloces automóviles por la avenida y, como tú sabes, miradas refulgentes y fugaces detienen mis ojos que no por sorprendidos tratan de retenerlos. Entonces vienen hasta mí los tuyos insinuantes, fijos, impetuosos, que me reiteran tu amable compañía y con ellos la de los queridos amigos, a quienes te pido les transmitas mis recuerdos. Antes de terminar quisiera referirme a *La Flauta Mágica* pero de paso porque si acaso la he oído incompleta en la Radio Nacional con comentarios apenas alusivos, de

los que he logrado captar ante todo el carácter simbólico y fantástico, por lo demás sencillo de la composición, que sobrepasa sin embargo la fácil comprensión de la trama. Creo que es en su música donde radica la esencia de la obra como todo lo de Mozart, no faltaba más, pero en ésta con una intensidad que nos transporta al más allá y al extravío, que no es de soledad y acoso al iniciado, sino por lo contrario la libertad y el amor. Y entiendo que hay en ella, en la obra, ese combate de las fuerzas del bien y del mal que nos incendian, y nada impide que nos lleven al abismo, en el cual y sólo en él, encontramos la belleza. Ojalá podamos escucharla juntos con Federico, Róber, Óscar y Arturo, *El Marqués Luis* y el *Cachi*, con Pedraza, con todos. ¡Qué bueno! Finalmente como respuesta a una de tus preguntas me complace decirte, con sentido práctico, que voy bien. Pero..., creo que me comprenderás, hoy por hoy son otros mis designios, o mejor, que si los he tenido siempre, ahora los siento más arraigados y estoy con ellos más comprometido. De manera que la venida para Cali no la considero una temporada en los infiernos, ni mucho menos, pero sí un paso transitorio. Tal como te sugiero arriba, tiene que ser cuando podamos conversar con mayor intimidad que yo pueda extenderme sobre el tema, sin que importe, porque sé quién eres para mí, que ahora ocupes la respetable silla presidencial; y a propósito, ¡qué velada deliciosa tuvimos donde *La Loca José!*

Tuyo, Amariles."

XXXIV

—¡Aló!

—Doctor.

—¿Sí?

—Lo llama el doctor Beltrán.

—¿Y quién es ese señor?

—¡Ay, doctor! El señor concejal que le hizo el encargo de ayudarle a colocar una sobrina en la Tesorería.

—¡Ah! ¿El cara de calavera ése, hablantinoso, intrigante, calumniador que dice que todos los ministros son maricas y ladrones; el único que tiene la llave para arreglar el país?

—¡Sssh..., doctor, vea que lo oyen!

—Dígale que no estoy.

—Doctor, me dijo que le tiene una noticia muy importante...

—¿Qué mañana los estudiantes tumban al gobernador? ¡Ya me la sé!

—¡Doctor...! Es algo de la beca...

—¡Estoy en el baño! Mejor dicho, estoy en fuga, sí, sí, sí, no, no, no. Dígale que me deje el teléfono, que más tarde lo llamo.

—Doctor, vea que de pronto..

—Bueno, me fui pero ya volví, y ahora estoy de tocata, tra-la-la, la-ra y-la-ra-, la-la, ipásemelo pues!

—¡Ay doctor, usted sí...!

- ¡Aló!
- ¿Bruno? ¿Cómo te va?
- Ahí, más o menos.
- ¡Hombre, ánimo! Me dijeron que anoche en el Consejo de Gobierno te aprobaron la beca.
- Ah, sí, yo estuve rendijiando...
- ¿Ya sabías?
- Pues sí.
- ¿Hablaste con el tesorero?
- Sí. Me dijo que esta semana empiezan recorte de personal y que aplicarán la paridad porque tenemos mucho liberales...
- ¿Y entonces?
- Que le esté dando llamaditas...
- ¡Esta noche en el Concejo...!
- ¿Lo tumbarán?
- ¡Ya veremos, más tarde hablamos!
- ¡Encantado! —Bruno cuelga el teléfono y llama de viva voz:
- ¡Señorita Ema! —Ema viene corriendo y Bruno le pregunta:
- ¿Sofía me ha llamado?
- No, señor.
- ¿Y Georgina?
- ¿Quién es ella, doctor?
- ¡Lo último!
- ¡Ay, doctor!
- ¿Y el Papa tampoco me ha llamado?
- ¿Cómo así, doctor?
- ¿No ve que me está esperando por la embajada que me asignaron para el Vaticano?
- ¡Ay, doctor, pues le otorgaron la beca!
- ¡Apuesto que el concejal Beltrán es capaz de nombrarme cardenal!
- Usted sí, doctor...Que dicha que le concedieron la beca. ¿Y cuándo se va?
- Señorita Ema: Como se trata de un viaje ultra-

marino dentro de la paz augusta que próximamente alcanzará el país gracias a las hechicerías y dotes políticas del concejal Beltrán, no sacaré la nariz hasta cuando las aguas de la mar incierta estén calmadas y la bruja *Periscopia* oteando el horizonte indique el camino despejado,

Yo Partiré, más nunca olvides...

—¡Siga, siga, esa canción es muy linda, y usted...

Riiiiing... Suena otro de los teléfonos que tiene Bruno a su servicio.

—Si es el Papa, dígame que todo está perfecto, que voy en camino, que "la mar está brava y hay que partir"...

—¡Ay, doctor, un momento!

Ema contesta. Bruno espera, y ella dice:

—Doctor, es el comandante de la brigada.

—Pásemelo. ¡Aló!

—Doctor —dice el comandante—, buenos días.

—Buenos días, general.

—¡Coronel, doctor!

—¡Ah, perdón, coronel!

—Hago una excepción para hablarle, o mejor, para comunicarlo con un joven que según dice es hijo del señor secretario de educación y pide que se suelten algunos muchachos que fueron capturados anoche. Se lo paso.

—¿Bruno?

—¿Óscar?

—Sí, ¿qué hay?

—No, pues, ¿qué pasa?

—Que anoche cogieron a Arturo con otros amigos en Donald, como a las ocho, según parece porque estaban leyendo y comentando la revista *Pekin informa*.

—¿Y qué tiene de raro?, pásame el coronel.

—¡Aló!

—Coronel, si el gobierno ha restablecido las relaciones con Rusia, yo entiendo que *Noticias de Pekin* es de libre circulación —le dice Bruno, delicado.

—Sí, pero el castrismo...

—¿Pero esos muchachos son castristas...?

—Por el momento no han sido acusados. El informe dice que fueron sorprendidos en una redada de homosexuales, prostitutas y maleantes...

—¡Ay jue! ¿Y entonces...? ¿Serán castrrrr..?

—¡No, tampoco está claro! Voy a ordenar que los suelten en consideración a...No olvide ir a la cabalgata de la policía el domingo. El coronel Jaramillo me dijo que lo había invitado.

—Ah, sí, gracias coronel ¿Me pasa a Óscar?

—¿Aló!

—¿Oíste?

—Sí, gracias.

—Hasta luego. Pasa esta tarde por aquí. ¡Señorita Ema!

—Voy, doctor.

—¿Sacó en limpio la carta que le dicté para Amariles? Tráigamela por favor yo la reviso y le agrego una cosa.

—¿Lo que habló con el coronel?

—¿Estuvo oyendo o qué?

—¿Cómo se le ocurre? Ya le llevo la carta. Lo está esperando un señor...(¿Su nombre?) Ruperto

—Que entre, pero tráigame el borrador.

—Voy doctor, voy.

—Bruno, ¿cómo te va?

—Bien Ruperto, ¿y a ti?

—¿Supiste lo de anoche?

—¿Qué? ¿La redada, la beca, los maricas, o qué?

—Que le decomisaron dos mil ejemplares de *Pekin* a Etelberto.

- ¿El hermano de Edilberto?
- No, Bruno, el primo de Rigoberto.
- ¡Ah, muy bien, ¿Ya se las entregaron?
- Pues no. Lo tienen guardado, y me mandó pedir que te pidiera...
- ¡Eeeeh, ya hice lo que pude!
- Pero no soltaron sino a Arturo y otros dos. —Entra Ema.
- Con su permiso doctor, este es el borrador.
- ¡Riiing! Ema coge el teléfono.
- Secretaría de... Sí, doctor, ya le digo. Doctor Bruno, que haga el favor de ir un momento al Despacho, que hay un problema...
- Ves Ruperto. Dile a Etelberto que...
- Tranquilo. Después te llamo. —Ruperto sale. Bruno lo hace enseguida hacia el Despacho, pero regresa en pocos minutos.
- ¿Qué era? —le pregunta Ema.
- El jefe que me quería confirmar el otorgamiento de la beca. ¿Por qué dijo...?
- ¿Yo?, por quitarle el intrigante de Ruperto, ¿no es el mismo que lo ha llamado con eso de los *Sanandresitos*?
- Sí. Parece que hay muchos camaradas que le trabajan a todo.
- Pero no para mantenerse. Dicen que la cosa va por otro lado.
- ¿Por cuál? —pregunta Bruno.
- ¡Ay, doctor, no me meta en la grande, yo digo por decir! Doctor, ¿cuándo es el viaje, y al fin para dónde se piensa ir?
- Para España, a Madrid, lo digo en la carta a Amariles.
- ¡Qué dicha!, ¿me manda cositas?
- No, le pienso empacar un conquistador para que se case con él.
- ¿A estas alturas, doctor?, si ya voy a cumplir...ah,

lo llamó mientras estuvo en el Despacho, una señora de nombre Virginia, como muy especial, ¿cuántas tiene usted, por dios, doctor?

—¿Amigas? ¡Todas!

—¿No cree que se compromete mucho?

—¿Y qué tiene de raro, si yo soy libre y ellas también?

—Tal vez por eso yo no me quise casar, porque casi todos los hombres son como usted ¡Ay, doctor, qué pecado! Pero dejémoslo así. ¿Y cuándo se va?

—En agosto, a principios, porque el estudio comienza a mediados del mes y ya tengo arreglado lo del cupo en la universidad. ¿Qué le dijo Virginia?

—Que la llame, que por qué está tan perdido.

—Perdido...perdido, inol, pero comprometido. ¿Sí ve? Voy a aprovechar que esto está como quieto para revisar la carta... Si me llama alguna estantigua, dígame que estoy en junta de planeación.

—¡Ay, doctor! —Ema sale y Bruno se dispone a revisar el borrador. Luego de que ella cierra la puerta, empieza a leer en tono bajo, para sí, y para captar mejor el sentido de las palabras:

"Querido Amariles:

¿Querido Amariles? —se pregunta Bruno. Toma el intercomunicador y dice:

—Señorita Ema, ¿qué opina del "Querido Amariles"?

—Voy, doctor —entra, y dice: Ah, pues así lo ha tratado usted. A mí me parece bien.

—¿No me condenarán a trabajos forzados como a Óscar Wilde?

—¿Por qué? ¡Ay, doctor, usted sí!

—Bueno, gracias. Perdón—. Ema sale. Bruno continúa:

«'Cómo se pasa el tiempo', decía mi abuelita todas las mañanas, 'y mientras tanto el alma se nos va', agregaba. Pero ahora el que se va soy yo a estudiar ciencias ocultas a Europa si me conceden una beca que los señores concejales han creado para mandarnos a especializar a los aconductados. De manera que si hace mucho no recibes mis noticias, es porque me preparo a levantar el vuelo. Y esto porque las clases de espiritismo que me dio el polaco terminaron una noche mientras invocábamos El Papa Paulo Octavo y comíamos panderos, con el polvero más horrible, que hasta la mesita de tres patas que servía para el apoyo de las manos se desbarató. " —Toma el intercomunicador:

—Señorita Ema.

—¿Señor?

—Vamos a tener que repetir el borrador para meterle la noticia de que ya me concedieron la beca.

—Como usted quiera doctor.

—¿O se la ponemos de postdata?, bueno, ahora resolvemos. —Sigue leyendo:

"Desde que recibí tu última, Medellín se ha vuelto un hervidero de trifulcas que nos tienen trabajando de la madrugada hasta que dan las doce de la noche en el reloj de la catedral, y ya no se oye el canto de turpiales en los amaneceres, sino las sirenas en desfile de bomberos que han llamado de los vecindarios donde arde un edificio por el estallido de una fábrica de pólvora de la que utilizan en los *voladores* y otros artefactos para celebrar las fiestas de La Candelaria. Los primeros que llegan a la Secretaría son los cantineros a quienes han cerrado varios establecimientos por vender aguardiente *tapetusa*, o una comisión de venteros ambulantes que invadieron las calles con revistas pornográficas y les quitan la clientela a las putas de Lovaina. Después vienen algunos concejales que no están de acuerdo con el

proyecto para reglamentar el uso de la minifalda, el cual fue introducido como un *mico* por el honorable edil Arnobio Tangarife, representante de las *Hijas de María*".

—Coge el intercomunicador y dice:

—Señorita Ema, ¿pudo averiguar quién fue a fin de cuentas la que inventó la *tanga*?

—¡Ay, doctor, debiera quitar esas cosas de la cartal!

—Bueno. ¿Qué es lo que pasa con ese ruido afuera?

—Parece que están tratando de coger un atracador que le arrancó los aretes a una señora cuando venía para la Alcaldía.

—Sí ve cómo está Medellín de revolcado, por eso le hablo a Amariles así. Pero sigamos. —Cuelga y sigue leyendo:

"En esta ciudad donde el *guayacán* emblema de la eterna primavera está siendo desarraigado (¿y también el amor?) de los cerros para los urbanizadores llenar sus ávidas faltriqueras, sedientas de tin-tin, ya Cabanillas no podrá cantar sus ensalmos prodigiosos pues están ocurriendo fenómenos muy raros con la caca, digo, con la coca, como él lo sugirió. ¿Qué estoy diciendo? ¿Sabes tú a dónde puede llevarnos el amor? Si en Medellín son capaces de hacer con la belleza de su valle y sus montañas este paisaje de cemento y de ladrillo, ¿qué no podemos hacer los hombres ante el avance incontenible de nuestras emociones? ¿Y que las gordas mentirosas nos hagan conocer mejor lo que es verdad? ¿Y que imaginativos como Román lo que presienten pueda llegar a convertirse en realidad? ¿Aman mucho los medellinenses su ciudad? Yo he tratado de amarla porque aquí viven también tantas otras bellezas, ¿cómo Sofía?, pero son esquivas, ambas, y bastante difíciles. Como algunas de las pretendidas de Federico. ¿Te acuer-

das de Sofía? ¡Ah, sí, qué nombre coincidente! Y juntas pueden darnos palo. O sacarnos de toda confusión. Pero acabo por preguntarme: ¿Me dejo dar palo de Sofía, o me quedo más bien con la otra? ¿Me estoy enredando? ¡No, tú me entiendes!"

Bruno ha tomado de nuevo el intercomunicador, y dice a Ema: "Venga un momentico". Ella llega, y él le dice:

—Tengo una idea señorita Ema, ¿y qué pasa si nominamos a la sobrina de Beltrán para el archivo?

¿Usted? ¡Uno no sabe! ¡Esa muchacha tan bonita! ¡Ay, doctor!

—Llámelo por favor, y pregúntele qué opina. —Ema sale y Bruno continúa:

"Nuestros amigos andan embolados con los tales contactos, como tú, y ya casi no nos vemos. ¿Será que estoy perdido o muy comprometido? Bueno, yo debo entender. Pero a veces me pregunto: ¿No es pues la amistad un sentimiento más profundo que el amor? ¿No has pensado cómo por eso se dejó enredar Óscar Wilde? ¿Y es que en esta ciudad de ladrilleros ya ni siquiera podemos ser amigos?

—¡Señorita Ema! —Llama en voz alta, y ella viene. Bruno le pregunta:

—¿Cómo le parecen estas últimas frases? —se las lee, y ella le responde:

—Pues no sé, doctor, yo no entiendo mucho de cosas de amistad. Pero tenga cuidado con lo que dice de los ladrilleros; recuerde que han estado en Planeación protestando porque consideran que les están impidiendo volver ripio las montañas de tierra colorada.

—¡Ah, sí, muy coloraditos vamos a quedar! Bueno, gracias. —Sigue leyendo. Ema se retira.

"Respecto de las ciencias ocultas, si me dan la beca, he conseguido cupo en la universidad que fundó el cardenal Cisneros en Alcalá de Henares, tierra del manco, donde ahora la inquisición se llama administración para que los buenos funcionarios podamos organizar las brujas. *Periscopía* está feliz. La muy avispada se dio cuenta no sé cómo y me lo ha hecho saber mandándome recados con uno de sus esperpentos ayudantes que viene por aquí disfrazado de concejal. Espero contarte de por allá cómo va el franquismo... —Suenan el timbre del intercomunicador y Bruno responde:

—¿Aló!

—Doctor, lo llama otra vez el doctor Beltrán.

—¡Esa *Periscopía*! ¿Si ve usted cómo es de astuta?

—¿Por qué, por dios, doctor?

—¡Pásemelo, pásemelo! ¡Aló!

—Bruno, quería preguntarte si no habrá un cupo en tu secretaría...

—¿Para ti? En el cuarto de las escobas...tenem...

—¡Nooo..., para mi sobrina!

—¿Ah,sí, perdón, el único puesto vacante que tenemos es en el archivo.

—¿Cuento con él?

—Voy a hablar con el jefe.

—¡Gracias Bruno, gracias! Hablamos. —Cuelgan, y Bruno dice:

—¿Dónde iba?, ah, sí, en el franquismo...

"que según entiendo sus huestes vadearon el río, al revés.Y, yo te digo, mucho ojo y más razón para cruzarlos pues los van contaminado de tal manera que de sus aguas no debes beber, y además van siendo hilos que no ensartan ni en la aguja de Penélope. O, que si las bebes puedes llegar a propagar la peste. Por lo cual te recuerdo esta perlita que aun conociendo su debilidad en el talón y sin temerle a la muerte, inspirado por

Hera la primera dama del Olimpo, nos dejó Aquiles cuando su mágica irresolución no le quería dejar cruzar el río: '(...) pues, unidas la peste y la guerra nos hieren a todos'.

En agosto, mes propicio, cálidos vientos me acompañarán como a Colón a la conquista de la madre patria. Cuando me instale, si me dan la beca, te vuelvo a escribir y te mando la dirección. Perdón, las señas. Por lo pronto, recibe mi cariñoso abrazo.

Bruno".

Llama:

—¡Señorita Ema!

Ella viene y Bruno le dice:

—Pongamos de post scriptum lo siguiente, copie por favor:

"¡Quién lo creyera! Anoche me concedieron la beca. Pero, ¡agárrate! ¡Me voy a casar para no ir con un solo secreto! ¿Qué opinas?

Bruno".

—¡Ay, doctor, a usted no lo entiende nadie, qué noticia! ¿Con cuál de todas?

—¡Vaya, vaya, saque la carta y riegue el cuento! ¡Con una que tiene que valer por todas! ¿O no es que nos exige la obstinada *Periscopia* de vez en cuando cambios imprevisibles? Pero podemos contestarle: Que no tenemos que vivir confusos aunque también, a ratos, podemos estar desorientados. Y puede ser parte de nuestro interés por existir que conozcamos también otros seres por los cuales es justo dar batallas y sufrir,

mientras los ladrilleros vuelven ripio la montaña, en el nombre del padre, del hijo, y del espíritu santo, amén.

¡Ay, doctor, qué bien, qué bien, doctor!, con su permiso...

XXXV

¿Así, pues, el grupo de los amigos se escindió cuando Bruno contrajo matrimonio y emprende de inmediato el viaje hacia la madre patria por la mar abierta en un buque de carga en el cual él y Virginia eran los únicos pasajeros, que en las tardes desde la cubierta cogidos de la mano observaban los ponientes que luego al oscurecer en los cielos inmensos daban paso al titilar de las estrellas? Parece que no. Porque si antes Amariles se había ido para Cali al intento de colaborar en la papelería con Nelson su hermano emprendedor y negociante que en últimas resolviera desprenderse de la fábrica de sellos vendiéndola al primer postor pues se había visto que no daba utilidades y era más un embeleco engorroso y complicado, el viaje no había significado una partida para siempre aunque Federico hubiera preguntado cariñoso "¿qué vamos a hacer sin Amariles?", no habiendo escuchado como éste *Les Adieux* auspiciosos en el bar de Juan de la Rosa, sonora despedida que añorando la ausencia anunciaba al terminar presagiosa el regreso.

¿O se quedaba sola Medellín por la partida de estos dos exponentes tan distintos que sin embargo habían llegado a ser en su momento inseparables, y, en su forma, a su manera, cada uno combatía, o se extraviaba, ya en batalla campal adivinante en la palestra de la vida, la belleza y la poesía, o en el cáliz sin fondo

de los sueños embriagantes de la libertad y el amor? Pues no. Que si en aquel lugar, en Medellín, donde se conocieron, quedaban los amigos dedicados también a sus propios combates, tomando en cuenta que todos a una habrían ya olido los excelsos aromas de la tierra y de vez en cuando también mordido el polvo. ¿Y qué tiene de raro? Podría ser que Medellín se estuviera quedando asolada de sus guayacanes y que por las insomnes, custodias montañas aledañas portadoras de verdura estuvieran trepando los tugurios de lata y de cartón de los desharrapados que utilizan poco ladrillo sí, porque éste lo necesita la rancia aristocracia para cubrir el valle por donde antes transitaban las hormigas y ahora deben ir lujuriantes los toyotas, camperos ciudadanos, ¡ahí está!

¿Y las ciclas? ¿Viudas por el momento, separadas hasta quién sabe cuando la una de la otra? Pues sí, pues no. Que si vamos a ver, raudas, veloces, estaban hechas además para la espera. Bruno, como era poco precavido y le daba por hacer todo a las carreras, la tuvo que dajar guardada con sus escasas pertenencias, que él llamaba cachivaches, en la casa de un pariente lejano, distante, displicente, de los pocos que tenía. La de Amariles, ya se sabe, guardada en la casa de los padres, en el cuarto de trebejos. O sea, que quedaban iguales. Y así eran.

¿Qué tal habían sentido la partida de Amariles los efebos? Estaba claro que los atributos exteriores que aquella vez ante el espejo analizara con su habitual pasividad no daban preocupaciones, aunque no faltara quien, como *La Marquesa*, se asombrara del "cómo hacía", pregunta sin respuesta, porque el encanto, es sabido, radica en la nobleza, por supuesto del espíritu. No porque Federico fuera del grupo de los efebos — que no lo era porque ya había pasado la edad—, ya vi-

mos cómo había planteado el "¿ qué vamos a hacer?" Y qué decir de Óscar no tiene nada de confuso porque tuviera propensión al liderazgo independiente, enfático, mandón, ajeno a la predicación barata o al esculco innecesario de falsos sentimientos, porque los suyos, si no los expresaba todos, era debido a que entendiera que es propio a cada uno ser como le parezca. Y que su íntima, entrañable y exclusiva afinidad para Federico hubiera de ser mal interpretada, no tiene por qué significar nada distinto a que el amor a todos nos envuelve.

Así que "Amariles que te vaya bien, y esperamos que regreses". Y a Bruno, acompañarlo a la celebración del matrimonio, en barra, con Róber, con Arturo, con Federico, y despedirlo con su hermosa y muy amable compañera, "para que pasen lo mejor allá en la madre patria, manden noticias del franquismo, mientras aquí le bregamos al asunto de la revolución".

Pero, un momento. ¿Y las gordas de Bruno?

"Eso es otra cosa", dijera él, y con su especial sentido ni teórico ni práctico le añadiera a la señorita Ema que ellas eran libres y él también, a lo cual habría que agregar lo que en la carta a Amariles anunciándole el sorpresivo casorio deslizará, respectivo a la amistad como más alta posesión que el mismo amor. ¿Sería esta una de sus inconsecuencias que dejara entrever el hilo enredado del secreto que tanto cacareara? Amariles lo había sugerido cuando la separación de Erik, consecuencia moral recogida por Bruno como una de sus valiosas enseñanzas, entendiéndolo que por ella hay mucho que arriesgar y erigir en culto prodigioso, siempre. O no se es más que un falso pordiosero y paniaguado.

¡Vea usted!, podía exclamar cualquier desprevenido, ¿de dónde va a sacar ahora Bruno esos empates?

Pero hay que dejar a Bruno en su viaje para que lo disfrute, de pronto dar a conocer alguna de las cartas que enviara a los amigos o que de ellos recibiera, y concentrarnos en Medellín, la *Bella Villa*.

Cabe decir que caminando las calles de la ciudad a cualquier hora era difícil encontrarlas desiertas pues hasta en sus últimos rincones siempre había movimiento porque ya no se acostaban las señoras como antes tan temprano, y los señores regresaban tarde por el mucho ajeteo cotidiano y alguna escapadita al barrio de las putas o a un motel con la auxiliar de la oficina, muy coqueta, y tarareando al regreso o quizá tratando de cantar aquella hermosa canción que Sinatra, La Voz, recientemente había estrenado:

*Strangers in the night
Standing glances
Wonder in the night
What for the chances
With be chering loves
before the night
Was true....*

¿Insomnes guardianes del *frente nacional*? No ha quedado claramente establecido. Pero lo que más fácil puede demostrarse es que desvelados sí se mantenían Rigoberto, Edilberto, Etelberto, Filiberto, Ruperto, y otros muchos, zapateros remendones, talabarteros, sastrecillos, colchoneros o pintores de brocha gorda con ideas parecidas muy a las de Adolfo el de ríspidos aires envanecidos y bigote idem per idem, que llevara los judíos a pasear al otro mundo, que es tan fácil, ¿no? ¿Y por qué desvelados? ¿Sería por ser contradictores del sistema? Cosa seria. ¿Y era Amariles de los mismos, o también los amigos? ¡Pues no, pues no!, diría Bruno.

Y a propósito: ¿Cómo le había ido a Amariles con Eutiquio y sus contactos, que también caminaban por las calles en las altas noches pintando proclamas en las paredes y no propiamente conversando y escuchando los silencios ocultos del alma y el amor? La verdad es que los contactos de Eutiquio estaban prestos a recibir otros mensajes, descifrarlos acumulando datos con sumo cuidado, con precaución, por la ponderosa tarea que exige una *célula* para ser conformada. Y resulta que Amariles de lo primero que hizo en Cali fue buscarlos y rápidamente llegar a conclusiones de que aunque no eran de los mismos sino de otra clase conocida ya en Medellín y en cierta literatura, con la cual no le era fácil entenderse y menos que a él lo comprendieran que digamos en asuntos del amor, porque "eso" ahora para nada interesa, pues lo que tenemos entre manos es concretamente hablando -le dirían- la guerra y la revolución, por las armas, la violencia y el terror, "absolutamente necesarios" y "si no acepta, puede irse". "Y todo para conveniencia, del que manda, ¿no? ¡Ajah!"

—Pues...—pudo ser la forma como comenzara Amariles a decir en una de las siguientes reuniones.— Debemos tener en cuenta que cuando yo me vine para Cali, en Medellín sí quedaba el movimiento bastante dividido. No tengo todavía noticias de cómo están las cosas por aquí, aunque entiendo que es posible que también haya desacuerdos...

—¡Clarísimo! —debió de ser que contestara el que llamaban Niebles—. Hemos estado discutiendo sin parar miles de planteamientos, pero...

—¡Tampoco, compañero! —parece que dijera el que llamaban Libardo—. Vamos por partes. Es evidente que si seguimos dándole a la cháchara por tiempo indefinido, pues nos quedamos estancados. Pero según hemos sabido, en Medellín se han tomado decisiones...

—Justamente cuando yo me vine se estaba fraguan-

do en Medellín una idea que no me atrevería a llamar precipitada...

—¿Meterse al monte? —hizo en reclamo la pregunta Niebles.

—Hay tendencias partidarias de que sin más dilaciones se deben empuñar las armas, cueste lo que cueste, porque las cosas marchan por sí mismas y el momento las exige. Hay quienes tienen sus reservas y las expresan con ahínco, pero al fin queda la impresión de que puede haber un mal enfoque de ambas partes. Lo cual puede hacerme aparecer escéptico o indeciso si no se tiene en cuenta lo que he dicho sobre la necesidad de ir al monte, idea que no me atrevo a llamar precipitada...

—¡Alto! ¿Qué es esto tan confuso? —reclamó el que llamaban Alpidio, y continuó:— De cuándo acá que mal enfoque, que escepticismo, ideas precipitadas. ¿En qué quedamos? ¿Cómo es su nombre?

—Amariles. Yo creo que la verdad —responde en forma serena— es ante todo lo que primero hay que establecer, para ser justos, y así la revolución es un proyecto realizable, una realidad posible...

—¡Eso sí que es pura pendejada! —gritó manoteando uno que llamaban Olegario.

—¿Y éste es hijo de monseñor, o qué? —dijo otro, Antero, parándose con energía.

—No, señores, ya Eutiquio me ha explicado por teléfono...—comenzó a decir Niebles.

—¿Eutiquio, dónde anda ahora? —reclamó Antero—. Ese es un pisaverde, mucho ojo —insistió, enfático, altanero.

—¡No seas escandaloso! —gritó Olegario.

—¿Y vos qué, no sos estalinista? —respondió Antero.

—¡Y vos trostkysta! —volvió a gritar Olegario.

—¿Qué es la verraquera, carajo, a qué vinimos pues?

Amariles permanecía sentado con expresión sibilina y la sonrisa leve y característica tratando de auscultar con la mirada que no fuera a ocurrir un desafuero. Niebles, con más tranquilidad, logró apaciguar los ánimos después de varios llamados a la calma.

—Hombre, no —dijo Olegario un tanto reposado.—
¿Cuál verdad y cuál justicia?

—¿Me preguntas o estás respondiéndote tú mismo? —dice Amariles sin inmutarse.

—Como usted quiera, pero no estamos para distraernos y enredar la pita, sino para resolver cómo y cuándo es oportuno decidir si hay que meterse al monte o debemos esperar. ¿No es cierto Alpidio?

—Sí, y ya se ha discutido de sobra que no hay otra manera de cambiar el sistema; pero si usted cree, Amariles, que debemos seguir prolijamente analizando con lujo de detalles el aspecto intelectual, está fuera de lugar, por lo menos con nosotros.

—En Medellín estuve dedicado a cumplir tareas de propaganda, atrayendo seguidores y explicando por qué para cambiar el sistema es necesaria la confrontación. Yo lo entiendo...—decía Amariles.

—Pero que hay que llegar primero a conclusiones absolutas sobre la verdad y la justicia —lo interrumpió Olegario

—Que para tener razón en lo que se hace se debe aspirar a la verdad, que por sí misma es la justicia —señaló Amariles.

—Y que la justicia capitalista es para los dueños del sistema y la paguen los que nada tienen —anotó con sorna Antero.

—Pues por ello debemos saber cuál debe aplicar la revolución, para alcanzar el bien, de todos— dijo Amariles.

—¿Entonces es que hay varias justicias? —preguntó Niebles.

—Si vamos a ver, algunos lo entienden así, pongamos por caso, el estalinismo.

—¡Ya volvimos a empezar! —dice Antero, y continúa:— ¿Cree usted que las guerrillas de Vietnam han tenido que resolver qué fue primero, si el huevo o la gallina? ¿O el camarada Mao para iniciar la gran marcha tuvo que decidir si era justo? ¿O Castro si era injusto arrojar a Batista y a los gringos como fuera? ¡No más con eso!

—Son experiencias que dejan enseñanzas y han tenido presupuestos, sin que implique detenerse y renunciar a la acción —dice Amariles impertérrito—, pues son cosas diferentes definidas con justicia.

—¿Entonces? —preguntó Niebles.

—No me preocupa demasiado que tengamos diferencias susceptibles de resolver si estamos de acuerdo en cuanto a que es por medio de la acción como podemos seguir para adelante —indicó Alpidio, que al parecer se había sosegado. —Si Amariles quiere colaborar, se le agradece. Va haciéndose tarde, y debo retirarme.

Se disuelve la reunión. Amariles, nunca habituado a ser despacible, trata de prolongar la conversación al último momento para que quede claro que no busca que alguien se sienta derrotado, porque el mensaje no ha de transmitirse con palabras groseras o actitud beligerante ni tampoco nadie así va a recibirlo, y menos los camaradas.

Cuando al fin queda solo, se dirige a la Sexta y entra a la heladería donde venden buen café, hay música variada, y entre los habituales, juventud, portadora de belleza. Ocupa una mesa un tanto apartada a la orilla de la acera bajo el toldo de tela en rayas, acogedor. Pide el café, y escucha:

Amapola
Lindísima amapola
Será siempre mi alma
Tuya sola.
Yo te quiero
Amada niña mía
Igual que ama la flor
La luz del día...

Y piensa. "¿Los efebos? Nada nos separa. Entre ellos no han habido disensiones ni tiene por qué haberlas si divaga su inmadura ensoñación por campos florecidos de rojas amapolas, color de la alegría. Llamados al campo de la vida nada les obliga todavía a que tengan que tomar partido y al amor y a su batalla pueden darse en ofrenda y sacrificio. Que te lleguen hálitos de mi amistad, querido Erik. Caricias imperecederas, adorado Luisángel. ¿Y qué puedo decirte sino que estés muy bien, Pedraza? Juntos cruzamos avenidas, calles, plazas, noches, días conversando, y ahora yo trato de vadear el río".

"¿Cuántos cigarrillos llevo, cuántos cafés? Sería bueno que le escribiera a Róber, hay mucho para decirle a los amigos, a Óscar y a Federico. ¿Andará Bruno muy disparatado? ¡No, por qué! Que no lo desampare *Periscopia*. Y que mande pronto su nueva dirección".

Pudo ser que en esas se terminara la canción.

XXXVI

Ni el buque en que se fueron Bruno y Virginia naufragó, ni mientras permanecieron en la madre patria Medellín se descompuso. Que fueran sucesos eventuales no estaba descartado, pero ateniéndose a que el nombre de las cosas puede conllevar buenos presagios, el de la nave, *Perla del mar*, hubo de confirmarlos cuando al arribar al puerto sin tropiezos, grata sorpresa, de las ávidas gaviotas revoloteando en bienvenida junto al muelle, una depositó en la testa de Bruno mágicos excrementos, que los supersticiosos marineros ensalzan como advertencia de buenaventura. Y ahora bien. Que la ciudad de la eterna primavera estuviera revolcada con los afanes cotidianos como dijera Bruno con sus impertinencias no quiere decir tampoco que pasara nada grave. Pero sí puede que sea que al mirar las almas con más detenimiento, se encuentren novedades. Claro que lo de mirar las almas no es tan fácil, aun poseyendo mánticas virtudes. Porque si vamos a ver, ¿no son pues ellas depositarias del secreto?

Por tales motivos y sin permanecer desprevenidos los amigos sino atentos al transcurso de los días cada uno ahora dedicado a sus ocupaciones personales, se siguen viendo como siempre, hilando hacia el futuro someros proyectos, intercambiando pareceres, cultivando con esmero la conversación que tanto atrae y apasiona pues prodiga libertad a la expresión y sin tener

que atarse a la palabra, don precioso, no cabe duda, que nos ha dado la naturaleza y nos amarra si al descuido la dejamos alguna vez escrita. Amariles escasamente lo hizo porque en todo era seguidor de su maestro y sabía que el mensaje para que fructifique vale más si se insinúa dejando la semilla regada donde mejor germina y no a los cuatro vientos como la dama emblemática de Larousse o los profetas que presumen sacar de ciencia infusa lo que les viene a la cabeza, dejando de lado el arma de la razón, y, debajo de la almohada, la billetera.

Porque el grupo de amigos no estaba limitado ni lleno hasta los topes, por aquellos tiempos más bien se había ensanchado y ya se ha visto que no quedaba sola Medellín con cuatro mosqueteros Óscar, Federico, Arturo y Róber dispuestos a dar batalla en el vacío que hubieran dejado Bruno y Amariles por su salida transitoria. No señor. Ya que la vida imperceptiblemente sabe abrir las puertas al amor y él rápido se enseñoa de quien está dispuesto por la hora apropiada, las amigas para los amigos, amable compañía, habrían de ir llegando mediante esa sutileza deliciosa del que tú me gustas y yo a ti, y luego se verá si es que nos comprendemos, elusivo, y tan balsámico, a la vez, y hasta embriagante. Y entonces el grupo si ha de verse con óptica distinta, puede adquirir la particularidad de estar pletórico con doble característica: abierto para los amigos y amigas entre sí, y cerrado a su manera para quienes han empezado a amarse. Porque, téngase en cuenta, el mundo afuera es otra cosa. ¿Sería lo que Bruno en realidad creía cuando decidió casarse? ¿O sería una de sus curiosas veleidades? "¡Pues sí, que el amor es tan diverso!", parece que alguna vez dijera a Amariles, y éste le agregara: "Que la vida va despacio, obviamente, como me has contado que una vez dijera Róber: ¿El gran secreto, exactamente?"

En lo cual puede ser que ambos tuvieran sus razones. Pero siendo tan difícil escudriñar las almas, ni de cerca ni de lejos tenía que haber algo por decir así nada de raro, salvo, y es obvio también, que si juntos iban por la vida, y ésta a cada instante abre sus puertas, cada uno las traspasa a su manera. "¿Y el destino quién lo traza?, ¿los dioses, la divinidad?", concluiría preguntando Bruno. Y Amariles le contestaría, dubitativo: "Creo que si logramos conocernos, ayudando a la fortuna, podemos moldearlo" "¡Uuuh! ¿Y si nos arrebatara?", exclamaría Bruno.

¿Sería Federico el que más pensaba en ello? Pues ya sabemos que Bruno después de hacer esas preguntas sin dejar que le respondieran ensartaba otra o dejaba para ocasión propicia, clausurando, mientras Amariles cavilara. ¿O Róber, con esa sobadera del bigote, con ese caminar tan desgarrado, pensativo? Sería que sobrellevaban algo en común como por el estilo de la esfera que se tiene entre las manos y se le dan vueltas y vueltas para ver en dónde empieza y dónde acaba y ella se deja voltear lo que queramos y no contesta nunca. ¿Es una nada aquel estado en el cual el pensamiento en ráfagas como volutas gira caprichoso, abriéndose por amplios senderos hacia una superficie plana donde se siente una inmensa pesadez que el espíritu atenaza? Pues que eran distintos ya está visto, y es de recordarse aquella vez cuando escuchando a Mozart, Chopin y Mahler, Róber sugiriera que es la ebriedad de vivir un destino para no tener que enterrar el corazón, y en cambio Federico ansioso preguntara acerca del posible significado de la muerte, y al despedirse anunciara el escrito que luego entregaría a Amariles, y en cuya conclusión dejara entrever esa clase de pensamientos enervantes.

Pero lo que nada tiene de raro es que los caminos se entrecrucen y más si se convive, se comparte la mú-

sica interior, se canta a la alegría, se busca el yo y el existir, y a lo mejor con Amariles y el maestro el sólo sé que nada sé se adopta como norma. Y para tratar de entender, mucho conversar. Que alguien hubiera dicho que es con los libros como aprendemos a pensar y con las mujeres como aprendemos a vivir, vamos despacio pudiera haberle respondido Amariles de la mano del hijo de la comadrona y el cantero porque, mi querido amigo, ¿a quién no le asaltan las miradas turbadoras?

¿Qué opinas Róber, y tú Óscar, y tú Arturo? ¡Despacio Amariles que este último te suelta una andanada!

—¡Hombre, no vamos a empezar con esa cantaleta! —dijo a propósito Arturo una tarde en la finca del papá de Óscar.

—Bueno, sí —dijo Federico—. ¿Pero no te parece que es muy duro y complicado que uno tenga que esconderse por eso del partido? ¿Y el amor?

—¡De cuándo acá! ¿Y qué tiene que ver?

—Pues yo sí te veo muy enamorado de Amalita y metido hasta el bozo en el partido y por lo mismo te pregunto, ¿cómo va la cosa?

—¿Qué cómo va la cosa? Pues que estoy enamorado de Amalita y limpiándome el bozo, del partido...

—¡Ah!, entonces te veo tan contento a ratos, y otros embriagado, ¿será lo que me falta a mí?

—Es muy fácil, tomémonos uno doble.

Bueno —respondió Federico—, pero a mí lo que me asalta es la confusión. Si las sirenas se nos ofrecen, nos encadenan y arrebatan; nos llaman, nos atraen, y a lo mejor debemos afrontar sus cantos hasta lo insoponible, y por ello Ulises se amarró para escuchar enloquecido sin poderse arrojar entre sus brazos...

—¡Ah, no, así tómate otro! —exclamo Óscar.

—Róber, ¿qué dices? —reclamó Arturo.

—A mí también..., pero..., a ver, yo me tomo otro... Cuando a uno le da la ventolera y no hay quien lo detenga... Tal vez fue a Amariles a quien oí decir que es cuando huimos de nosotros mismos..., ¿o es uno de los madrigales que canta Bruno?

—¡Pero quédate quieto hombre que vas a tumbar la mesa! —exclamó Arturo que gozaba con los andares agitados de Róber.

—“Porque lo llevo conmigo..”, es como dice el madrigal —remató Róber.

—Si se piensa como se vive...—comenzó a decir Óscar con aire sentencioso, y Federico interrumpió:

—¿No estarás sonando como el tambor mayor del partido? A mí esas palabras parecen anestesiarme, me jalan los resortes vitales, confunden mi capacidad de respuesta. ¿No hay otra forma de hacer la revolución, y ella sí sirve para alcanzar el amor?

—Que uno piensa lo que se le viene —comenzó Arturo—, siempre determinado, ¿o no Róber? —y aquí le guiña un ojo—, con los calzones puestos y sin ellos que son apenas la envoltura y no el limbo para purgar las penas. Que haya que tomar decisiones es distinto pero tampoco tenemos que embarcarnos solos, escuchar sirenas, y entrar en barrena sin que nada nos detenga. Que haya que tener conciencia...

—¿De clase?, eso sí que es una cosa peliaguda —dijo Federico, parándose para llenar las copas—, y que haya que dejar de ser, o por lo menos, lo que uno crea que es, ¿no es muy verraco? ¿Será algo así lo que le pasó a mi relojero?, bueno, al ayudante, por el momento...

—Vea hombre —dijo Óscar—, yo no creo que uno tenga que dejar de ser dando vueltas a los engranajes. Si Marx se hubiera dedicado a compaginar el amor y la revolución a lo mejor lo teníamos en el parnaso...

—No, tampoco...—interrumpió Róber—. Yo creo

que Marx sí encaró el tema al considerar que la revolución no es el mero cambio de las cosas ni suprimir, desdenar o condenar el pasado, así haya que sobrepasar lo antiguo, remover los estorbos y alcanzar la transformación del hombre en un ser libre para amar. Lo demás, me parece a mí, es la mecánica, compleja, pues claro; implica un paso que quién sabe si algunos somos capaces de darlo...

—Sí, sí, cuando dejes de sobarte el bigote! —otra vez Arturo con su sorna, pero siguió:— Porque el asunto es en serio, se dan o no se dan los pasos.

—¿Hasta tal punto que haya que terminar con los amigos y convertirse sólo en camarada? —preguntó Federico. Róber, que se rascaba ahora la cabeza, encendió el milésimo cigarrillo, se tomó un trago, tosió varias veces, paseó la mirada sin detenerla, y dijo:

—¿Saben? Me voy a vivir un tiempo a Bogotá. Últimamente me están rondando ideas de romper, no con ustedes ni con Medellín sino, tal vez, con el entorno mío.

—O sea: Que deseas huir. A mí a ratos también me da la ventolera —exclamó Federico—, pero no encuentro a dónde irme. ¿Será muy caro viajar en cohete y quedarse uno por allá donde puede que sea menos grave seguir siendo un desconocido?

—Ni lo uno, ni lo otro, yo diría... —respondió Róber al parecer con más calma pero fumando sin parar—, que puede ser que no valga la pena irse para otra parte y esperar a ver qué pasa, dejar todo empezado... Pero..., en ocasiones, cuando se siente el alma en peligro...

—¡Hombre! ¿Nos vamos a poner sentimentales? dijo Óscar, cortante.

—Pues yo sí te veo muy romántico con Margarita Rosa —dijo, sonriente, Federico.

—¡Será que mientras nos encontramos tenemos que ser sentimentales! —exclamó Róber, no sarcástico, sí un poco socarrón.

—¡Pues yo no me siento perdido! —reviró Óscar, pero no dijo más.

—¡Cuando rondan los fantasmas —dijo Arturo con aparente seriedad, implacable, levantándose del asiento para tomarse un trago— y se van acercando imperceptibles en noches caliginosas en las que todo es raro y tremebundo, el viento silba y a lo lejos se escucha el aullar de los perros, tal vez para anunciar que está ocurriendo una desgracia al interior de nuestras almas sin que nos demos cuenta, el piso tiembla y las paredes se derrumban, las velas se apagan, la casa se enciende porque le cae un rayo, y después al despertar al otro día todo sigue en pie y como siempre ha estado, aunque quedan desperdicios que han dejado las cucarachas al arrasar la comida olvidada en el nochero! ¿Será porque se entró un ladrón, nos robó la billetera y no encontró nada?

—¡Este narizón! ¡Si estuviera Bruno aquí era capaz de componerte un madrigal para que le cantaras a tu Amalita! —exclamó Federico.

—¿O a tu Claudia, no crees?

—¡Vé! ¡Y tienen mucho parecido! —dijo Federico, pero agregó:— Sin embargo...sin embargo...

—A cuál de los dos le dan más coba, ¿es eso lo que vas a preguntar? —dijo Arturo, enojoso.

—¿Será que podemos estar destinados a perder la partida? Bruno dice que hay que esconder los ases. ¿Y quién gana? ¿O será que el corazón que es ostentoso, se crece con las penas?

—¡Ni qué partida, ni qué ases, ni qué nada! —exclama Óscar en tono airado—. ¡Venimos a divertirnos y vamos a terminar en la casa Usher! ¡Que cuente Róber qué se va a hacer a Bogotá!

—A ver si detengo la caída de la casa Usher —exclama Róber levantando los brazos, sonriente y echando humo a borbotones—. No..., hay veces que las cosas se convierten en imágenes elusivas y la envoltura car-

nal también en rastro de apariencia vaga, sin realización concreta. Pedraza y yo queremos ir a Bogotá un poco por cambiar de ambiente, buscar trabajo para él, y ver si hago un curso de especialización en historia.

—¡Róber, Róber! ¿Será que es bueno huir acompañados? Romeo y Julieta...—decía Federico.

—¡No, no jodas! —lo interrumpió Arturo—, me voy a leer un rato. Traje a Shakespeare que es más duro pero menos tenebroso.

—Pero Romeo y Julieta...—insistió Federico, y agregó:— Tan vaporosas las distancias que separan la vida, la muerte...

—¿No hay mucho equívoco en el amor también? —preguntó Róber.

—¡Dele que es fiesta! Yo me voy a leer. Hasta mañana —dijo Óscar.

Róber y Federico continuaron conversando y, alta la noche, se despidieron.

XXXVII

—¿De qué sustancia están hechos los sueños, Róber? —le preguntó Federico en la conversación que sostuvieron después de retirarse Óscar y Arturo cuando se fueron a leer.

—Yo diría que depende de la clase de sueños que tengamos —le respondió Róber mientras buscaba los fósforos para encender un cigarrillo y luego de servir un trago, tomárselo y volverse a sentar.

—¿Y sueñas con frecuencia?

—Sí. Pero me han ido dejando últimamente un raro sabor de incoherencia, lejanos al espíritu, como de absoluta irrealidad. Yo creo que esa puede ser parte de su sustancia: Lo indecible, lo insondable, la esencia de lo otro que llevamos en nosotros.

—¿Como una especie de arcano al cual vamos penetrando sin darnos cuenta y hasta tal punto que llegamos a sentirnos impotentes ante las formas indefinidas y borrosas que se nos aparecen?

Róber se rasca la cabeza y dice:

—Pero eso puede ser cuando llegamos a sentirnos encerrados por alguna obsesión y el corazón no acepta. Y sin embargo hay sueños tan vívidos y alegres...

—Y los olvidamos fácilmente...

—Y es cuando nos parece que pudiéramos morir abrazados a los sueños, dejando de lado las miserias, las sombrías actitudes y hasta las frustraciones.

—¡Delicioso, y es ahí cuando despertamos!

—Porque la vida se nos ha dado para enfrentar la realidad. Pedraza...

—¿Es muy caviloso?

—No. Antes por el contrario, no escatima esfuerzos por salir adelante; su apostura parece que le diera mayor seguridad, así tenga, como todos, sus cavilaciones..., y que por los lares de la realidad también se sienta herido, como yo.

—¡Ah, y como yo! Claudia... Claudia...

—Será que nos habituamos al agobio... —dice Róber con aire desprevenido.

—¿Por qué, por qué? —exclama Federico, extrañado. Róber se levanta, enciende un cigarrillo, le ofrece a Federico, éste lo recibe, y mira a Róber, desconcertado, inquiriente. Róber dice:

—¡Es que a veces el amor no tiene labios sino garras!

—Pero... Pero... —Ricardo toma la botella, sirve un par de tragos, le pasa a Róber, y le pregunta:— ¿Has conversado últimamente con Claudia, te...?

—¡No, no, no! Precisamente hace días que no la veo; con lo del viaje a Bogotá, estos medios tan difíciles de establecer comunicación con los asuntos dominantes de la vida, este ni voy ni vengo que nos hace sentir exhaustos hasta la indefinición...

—¿Por qué?, no te entiendo —dice Federico, expresando aún más extrañeza.

—Dijiste antes, cuando estaban Óscar y Arturo que te sentías confuso.

—Sí, claro. Lo recuerdo bien. Y fue por eso que te pregunté por la sustancia de los sueños.

—Y yo te dije que depende de la clase de sueños que tengamos.

—Pero has sugerido que Claudia..., que tú...

—¡Ah!, pero no, no... quizás por decir algo... es que yo también me siento confuso..., voy a tomarme otro trago, ¿quieres uno?

—No, no tan seguido. Pero un cigarrillo sí, dame uno.

Pasan unos minutos. Federico fuma distraído, parece meditar, receloso. Róber con la mirada fija, atusa su bigote. De pronto, Federico exclama:

—¡Sea! Es que he tenido sueños tan raros, tan confusos. ¿Será que la sustancia de los sueños se corresponde con las fluctuaciones del alma?

—¡Ah, esa sí que es una pregunta bien compleja! —exclama Róber, a su vez, pero sigue:— Algunos dicen que hay sueños premonitorios, pero a mí me parece que sería desconocer lo que el alma imagina, que es distinto.

—¿Y soñar, por ejemplo, que estoy muerto?

—Claro que hay sueños persistentes de esa clase, pero no quiere decir que vengan del vacío, sin sustancia, sino precisamente que la tienen, de nuestro propio ser y por eso pueden llegar a hacerse realidad. Que si la muerte es inevitable, soñar con ella no es su presagio ni mucho menos adivinción. Y que llegue después de soñar con ella, es pura y simplemente resultado de una casualidad. Hay quienes sueñan que se van a ganar la lotería, porque ese es su deseo o su necesidad, y es posible que se la lleguen a ganar y lo celebren además por lo que es: Un acontecimiento...

—¿Y entonces esos sueños persistentes no son premonitorios, ni son la causa de lo que nos puede ocurrir?

—¡No! —reclama Róber, enfático—. Son de distinta sustancia y el alma puede imaginar tanto unos como otros, en medio de sus fluctuaciones, y a pesar de esas fuerzas imperiosas exteriores a nosotros, que tanto nos acosan.

—¿O sea que los sueños son meramente imaginaciones del alma?

—Yo creo que sí, y que a veces también nos sirven de consuelo, nos relajan.

—¿Y el amor?

—¡Ave María! —dice Róber—. Esto es lo que se dice meternos en honduras y a lo mejor habría que llamar a Amariles a ver si nos da un empujoncito.

—¿No es el amor un sueño? —insiste Federico.

—Según lo entiendo, el amor es la máxima aspiración del alma, y cuando el alma lo posee, puede que dejemos de soñar...que si el alma es inmortal...

—¡Ah, entonces nadie lo consigue!

—¡Pues esa es la tarea, y quizás la esencia de existir! —exclama Róber.

—¿Hombre Róber, ahora sí vale la pena que nos tomemos otro!

Federico sirve un par de tragos, le ofrece un cigarrillo a Róber, se acomoda de nuevo en su asiento, y dice:

—¿Será que uno se vuelve apasionado?

—Por la fuerza del deseo. O si no, ¿de qué se vive? —responde Róber.

—¿Pero no es así como uno se confunde y descon-suela?

—Si no fueran confusas las pasiones, o el alma estuviera obligada a desecharlas, ¿alcanzaríamos el placer, o también, por qué no, el dolor y de paso convertirnos en autómatas?

—Autómatas...autóma...¡Bueno, bueno! —Aquí Federico es el que se rasca la cabeza, y sigue:— Y Claudia y...¿Porque son pasos que hay que dar para entrar en la revolución, como dice Arturo? Que cuando hablas de indefinición y que Claudia..., que te sientes confuso también...

—A veces, cuando unas cuantas copas dan al tras-tre con las inhibiciones, todos los edificios se derrum-

ban, las palabras ruedan como piedras, uno se anima y desanima, dice cosas con sentido y otras insensatas que se convierten en sublimación de temas diferentes al que uno tiene, y tú conoces, los demás conocen, y no se sabe si el viaje a cualquier parte tenga significado o valga la pena... Pienso que se nos ha hecho tarde, y aunque la noche está bonita, quiero irme a dormir a ver si me levanto a leer la comedia del Alighieri, que la traje y me va pareciendo buena ayuda para las sublimaciones. Si no te molesta...

—¡No! —exclama Federico con suavidad—, pero tomémosnos el último. A uno le surgen dudas, pero quizás se puedan desnudar oyendo a Mozart, ¿se podrán compaginar el salzburgués y el florentino con su Réquiem y su Infierno?

Ambos se retiran. Por la mañana, cuando el sol se levanta de primero y sobre las copas de los árboles que rodean la piscina va dejando sus ardores con mayor intensidad, las aguas quietas invitantes transparentan la frescura deliciosa de su claridad resplandeciente que los cuerpos sonrosados de los amigos han ido penetrando y con suaves chapoteos las remueven hasta encontrar los halagos de un pleno despertar.

—¡Qué hubo! —había comenzado por decir Arturo—, ¿a qué hora se acostaron, subieron a la montaña o se quedaron en la llanura?

—¡En los sueños, y en ninguno! —había contestado Federico, con ojos de trasnochado.

—¿Dormidos o despiertos? —dijera Arturo.

—¿En dónde Róber? —preguntaría Federico.

—¿En la imaginación, de lado y lado? —respondería Róber, que tenía ya su cigarrillo a ras del agua, pero su tono era más afirmativo que interrogante.

—¿Cómo así? —preguntaría Óscar.

—Pues que alcanzaron a llegar hasta la Atlántida

—diría Arturo con sorna.

—¡Por ahí cerquita! —respondería Federico, asintiendo con la cabeza.

—Pues sí, porque hablando de los sueños podemos transferir hasta la realidad las vaguedades del continente desaparecido —diría Róber, tratando de subirse al borde de la piscina sin soltar el cigarrillo, pero resbalándose y yendo a dar al fondo. Y cuando resurge, diría Óscar:

—¡Vean, salió el hundido continente! ¡Hombre, vamos a desayunar!

Mientras disfrutan los alimentos se recrean con observaciones alusivas al naufragio de Róber que Arturo llega a comparar con el hundimiento del *Titanic*, dada la gruesa complexión del primero, "¡pero sin iceberg, que es más gracia!", añade. Cuando han acabado:

—Después de comer huevos revueltos con tocino y frisoles recalentados, arepa caliente y delgadita con mantequilla y quesito fabricado en casa esa mañana, unas cuantas tostadas a las cuales se les unta mermelada de la que producen las Restrepos que hasta parientas mías pueden ser porque en Antioquia todos somos Restrepo y negociantes, se debe reposar, afirma en la receta doña Fifía de Nobarro, según predica mi mamá —dice Róber regocijado, que para comer lo hace muy bien.

—Si, y hasta de pronto echar un sueñito en la piscina —dice Óscar.

—¿Hundidos como Róber? —pregunta Arturo, avivando la charla.

—¡No! —responde Óscar y canta:

*Tendido en la chaisse longue
Fumar y amar...*

¡Ah, y con Sarita Montiel! —exclama.

—A propósito —dice Federico—, anoche recordé esa canción antes de acostarme, y como Róber y yo estuvimos hablando de los sueños, se me ocurrió sentarme un rato aquí al borde de la piscina a imaginarme uno, ¿saben?, porque Róber dice que la sustancia de los sueños se compone de las cosas que uno se imagina en el alma, o algo así, ¿cierto Róber?

—Pues sí, pues sí —responde Róber.

—¿Quieren que lo cuente?

—¡Dale, dale! —dice Arturo.

—¡Y si es con Claudia, con todos los detalles! —dice Óscar, mirando de reojo, con un poco de pulla.

—No, no, sería como sigue —dice Federico, apagando los ojos, serio, tranquilo y distante. Y comienza:— Yo estaba muerto; era de noche de infinita oscuridad y silencio absoluto, de tal manera que nada podía verse ni sentirse. ¿Cuándo me morí?, no puedo recordarlo. ¿Cómo tener recuerdos si no existo? Y si hablo, no es para mí ni para nadie, y estoy comenzando a desintegrarme, aunque nada de vapores nauseabundos. Las últimas palabras, ¿cómo llevármelas para tormento de los siglos, cuando hube de dejarlas a los deudos consternados? —entonces pregunta:— ¿Cómo les parece, continúo?

—No capto bien si pensabas cómo es estar muerto o cómo es un muerto que piensa —dice Óscar, con aire intrigado.

—No, no, no —dice Róber—, se estaba imaginando un sueño con el propósito de ver si soñando después, lo soñado resulta parecido, o diferente. ¿No es así, Federico?

—Sí, sí, más o menos —responde Federico moviendo la cabeza afirmativamente.

—¿Y tuviste el sueño? —pregunta Óscar

—No, deja que siga; dale, dale, pero no vas a en-

trar a la casa Usher porque ya sabemos qué pasó — dice Arturo, sin acentuar la frase.

—Estoy, pues, muerto —sigue Federico—, pero pienso (yo, el muerto piensa) —intercala Federico— y hablo: Altas columnas desvaídas no llegarán a elevarse burlescas, rutilantes, explosivas, en el curso fatal de mi letargo consumado, definitivo, para que puedan describir qué me circunda. No puedo ni siquiera penetrar y menos adivinar por qué mis ojos están yertos, abismados, secos y desvanecidos, y al interior ya no miran, pues el espíritu, al que antes no veían, ahora se escapó, ¿para dónde?, ya nunca se sabrá.

Róber, como siempre sobándose el bigote y echando humo. Óscar y Arturo, absortos, extrañados. Federico sigue:

—No podría decir más, ¡no! ¿Dónde se escondieron los últimos instantes, quién pudo abrir las puertas? Blandura enigmática en la que encerrados están los sortilegios, rúbrica efímera al secreto que no puede escanciarse cual el vino importuno, explosión final del volcán de la existencia.

Federico se silencia un momento, y luego pregunta: —¿Qué opinan?

—¿Era que pensabas qué es la muerte, o cómo puede ser? —pregunta Óscar.

—No, lo que dije al principio, imaginaba un sueño —contesta Federico.

—¿Y lo tuviste?

—Sí, muy bello: ¡Un extenso y luminoso campo de amapolas y una hermosa mariposa de alas verdes, que el viento se llevaba! Y en ésas desperté.

El sol lucía feroz, pues iba siendo el mediodía. Nando un rato, leyendo, charlando, almorzando, la tarde pasó, y antes de que oscureciera regresaron a la ciudad.

En un momento del viaje, Róber preguntó a Federico: ¿Y sacaste alguna conclusión? Éste contestó: "Pues que lo del tiempo y de la nada dan mucho qué pensar...¿Hasta dónde va la vida? ¿Dónde se aloja si no es entre el amor y la muerte? Si el amor es posible y la muerte también, ¿en dónde está la conclusión? Total indiferencia. Pisoteado el asombro que produce la belleza, ¿qué queda si no nos comprendemos y puede ser condicionante comprendernos a nosotros mismos? Conclusión: Escombros".

Federico se silenció, sumiéndose abismado. Róber decidió no molestarlo. Óscar y Arturo en la parte de adelante del automóvil charlaban distraídos. Y así llegaron a la ciudad.

XXXVIII

"Porque no podemos estar en todas partes, involu-dable Róber, uno se enamora y empieza la senda, el camino que lo lleva, lo trae; lanzadera de la vida, que hila, trama y vuelve a comenzar; Penélope la tesonera mientras tus pretendientes miran y tú tejes, se disputan la dicha de perecer por ti. Seguro, Róber, que estarás pensando: 'Vea pues a éste cómo está de inspirado'. Porque no podemos estar en todas partes a la vez, yo estoy en Madrid y me acosan como cabras locas las ganas de regresar. Me pregunto: ¿Qué tiene Medellín? Y me viene la respuesta, así: Una mañana lluviosa nos encaminamos Virginia y yo por la calle de Alcalá bajo el paraguas; nos hemos detenido para escamparnos cerca de la Cibeles porque la lluvia arrecia hacia El Prado, al cual museo hemos ido casi cada ocho días durante todo el año y ahora queremos volver; y al fin llegamos, la última vez a darles una mirada a Las Meninas, preguntarles si nos dejan entrar para darle un abrazo de despedida a Velázquez y de paso tomar prestado el perro que dormita junto a ellas, porque me lo quiero llevar para Medellín a que les ladre a las gordas y las espante ya que estoy muy comprometido. Y, ¡ffjate! La enana me llama aparte en un descuido del pintor, mientras unos turistas tratan de penetrar por el espejo que tiene al frente el cuadro y que refleja su espacio inconcebible, y me dice: '¿Es usted de Medellín?' '¡Sí!' le respondo asombrado. 'Pues regrese lo más pronto

posible que lo están esperando los amigos' '¿Que qué?', yo le reclamo, porque por un instante se queda callada, pero me responde de inmediato: 'Esa ciudad es la más bella para ustedes los amigos porque en ella han buscado el amor, y si lo encuentran han de tener presente lo que dice Amariles citando al maestro: 'Pues no extrañe —dijo—. El motivo de ello es que hemos puesto aparte una especie de amor y lo llamamos Amor' Y regresó a su puesto y allá debe seguir con su cara de atrevida.

He releído la carta que me escribiste de Bogotá hace unos meses y que no te había respondido porque dimos una vuelta por Italia con el propósito de saludar a Rafael y Miguel Ángel que muy queridos les mandan muchos recuerdos. Al regresar a Madrid pasamos antes por París y fuimos al Père Lachaise a despedirnos de Verlaine y Baudelaire, y éste, desde su tumba sencilla, me trajo a la memoria la cuestión de los amores descompuestos, ¡y me quedé pasmado! 'Pero ten presente', me dijo, 'que de nada tienes que arrepentirte'. '¿Cómo así?' —le pregunté. Y me respondió:

*¡Dolor! ¡Dolor! Nos roe el tiempo cada hora
y el oscuro enemigo que el cuerpo nos devora
con nuestra propia sangre crece y se fortifica.*

No habíamos imaginado que en París lloviera de aquella forma cuando empieza el verano, y eso que los primeros días todo nos parecía corresponderse con el concepto mutuo que habíamos forjado de la ciudad, dichosos al pensar en La Belleza, pero creo que no nos va a ser posible olvidar los terribles aguaceros que empaparon no sólo nuestros trajes ligeros sino que llegaron a calar tan hondo en nuestras almas. Al pasear por Les Champs Elysées nos dimos un beso en la mi-

tad de la avenida para sellar el secreto que habíamos forjado de amar intensamente, pero nuestros ojos irradiaban un extraño descontento que no supimos interpretar ninguno de los dos. Y sin embargo, creyendo en el mensaje y que nada podía impedirnos disfrutar los deseos para encontrar la senda verdadera, nos desenvolvimos. Era de ver nuestra sonrisa cómplice. Luego los abrazos, las caricias conductoras al rutilante éxtasis que a la nada ingresa y todo lo resume. Pero he aquí que en la tarde volvieron a sorprendernos las lluvias cuando descendíamos por las gradas de las fuentes del palacio Chaillot. Por el inmenso descampado del Champ de Mars corrimos a buscar refugio que lo hallamos no lejos de la tumba de Napoleón. Y fue bajo el amparo del glorioso monumento que nos dimos cuenta cabal, empapados, de lo singular e imposible del amor. Lo cual nada importa, nos dijimos sin palabras, mientras nos acariciábamos febriles, para dejar que el tiempo, inclemente, resolviera nuestras dudas.

Me dices en tu carta que Bogotá te ha parecido una ciudad vacía donde los días pasan por la duración de los escapes entre la obsesión y la ebriedad marcados eso sí por tintes de realidad en equilibrio artificial para que el edificio que construye uno dentro de sí no se desbarate en medio de sombrías actitudes que el corazón no acepta. Y retrotraes a Medellín con sus cafés, allá, tantas calles que juntos hemos recorrido conversando; El Metropol, El Miami, Los Angelitos; cosas, cosas, calles que mudas han presenciado nuestro deambular y que conocen quizás aquello que por dentro se nos quiebra, que tal vez ya se partió.

Parecemos tristonos, confusos, compungidos. Pero ahí tienes cómo el relojero de Federico, con su sabiduría, una de las cualidades que aconseja, la primera de todas, es la persistencia. Virginia y yo en lugar de es-

tudiar mucho con la beca que me adjudicaron, nos hemos dedicado a recorrer media Europa mirando cosas viejas, muy bellas, pero no hemos logrado sino encontrar entradas y salidas a La Belleza. ¿Será que nos ha faltado persistencia?

Alguien que no importa mencionar me ha dicho en una carta que me van a echar del puesto porque no he hecho sino mandar postales de cuanto recoveco hemos visitado, y está definido por los áulicos del señor alcalde que no cumplí con mi deber. Pero no me preocupo. Mi bruja *Periscopia* que cuando llegue a Medellín te contaré quién es, se me ha estado apareciendo con mucha persistencia, anunciándome, muy cariñosa, que al regreso me esperan los amigos, que me ayudarán a emprender nuevas apuestas como siempre lo han hecho. Y como además me dices en tu carta que te vuelves para Medellín más o menos para cuando yo llegue, y Amariles me ha dejado saber en sus noticias que también tiene decidido regresar, por el momento, todo resuelto. De manera que dale, dale, como dice Arturo. ¡Ah! Y dale muchas saludes, con Federico, Óscar. A Pedraza, que se tenga fino, para que cuando yo llegue a Medellín tengamos un combate, pues me debe un desempate. De paso, ¿qué hay de los *nadaístas*? ¿Todavía no se les acaba la mecha? Sáludame al *Marqués* Luis, al *Cachi* y a *Asdrubal*.

A ti, mi abrazo transoceánico.

Bruno".

Esta carta de Bruno a Róber pudo haber sido recibida por el destinatario cuando empacaba con Pedraza la tonelada de libros llevados a Bogotá, porque el bagaje de respaldo al que se tiene en la cabeza, no se puede dejar, hace mucha falta.

—¿Y cuándo te vas a leer todo esto? —le preguntó Pedraza.

—Despacio, no hay afán —respondió Róber, que así como caminaba con aparente premura voleando un brazo, las agitaciones interiores que pudiera tener si acaso traslucían en la fumadera y sobándose el bigote, pensativo además, dejando entrever que poco a poco se puede ir profundizando en la sabiduría mientras se recurra al iluminante raciocinio.

—Bueno, pues yo no creo que me quede del todo en Bogotá porque el laboratorio donde estoy trabajando tiene sucursal en Medellín y en Cali, y parece que me van a encargar de visitarlas como supervisor de ventas — dijo Pedraza.

—Como todo lo podemos mirar de manera distinta, puede estar bien que yo me vaya porque, dice Bruno en su carta, no se puede estar en todas partes a la vez; así, resulta que nos fuimos de Medellín Amariles, Bruno y nosotros dos, y ahora vamos regresando. Tú te quedas pero...pero...

—¿Qué?

—Puedes ir a Cali, verte con Amariles, y pasar por Medellín para volver a Bogotá. Claro que Amariles también piensa regresar pronto y...

—¡Ji, ji, ji!, —ríe Pedraza— y yo les puedo mandar mensajes con las palomas que tiene uno de los ejecutivos del laboratorio...

—Sí, y no olvides leer con cuidado lo que digan los mensajes, porque lo que se escribe...

—¡Ji, ji, ji!, guarda el retrato, ¡y cómo vamos cambiando!

—¿Sugieres algo?

—El que mucho sugiere a veces eres tú, Ji, Ji, Ji, ¿será que ese libro gordote que lees sobre Ulises nos vaya a dar la clave? ¿Cómo era que se llamaba la mujer de Ulises?

—Penélope.

—Y la del personaje del libro gordo?

—La señora Bloom, o algo así —replica Róber displicente.

—¿Y cuál de las dos te espera en Medellín? ¡Ji, ji, ji!

—¡Ahí está! —exclama Róber.

—Bueno, digo yo: No la que deshace el tejido, sino la que toca la flauta dulce de las infidelidades.

—¿Y tú qué sabes?

—¡Porque contigo se aprenden tantas cosas! ¡Ji, ji, ji!

—¡Acabemos de empacar!

—¡Humano, demasiado humano!

—¿Ulises?

—¡No, empacar! ¡Ji, ji, ji!, ¡Somos tantos agentes viajeros en el mundo! A propósito, tengo que ir al laboratorio. ¿A qué hora te vas?

—Mañana a las once.

—Si no te molesta, vuelvo esta tarde, y mañana te acompaño al aeropuerto. Te pregunto: ¿Son culpables las mujeres por las desgracias de los hombres?

—¿Te has sentido alguna vez enamorado?

—¿Estás preguntando o respondiendo?, como dice Amariles, Ji, ji, ji —replicó Pedraza, y salió dando un portazo.

—Apostar a la desgracia... —había comenzado a decir Róber cuando se cerró la puerta. Se sentó en la cama, encendió un cigarrillo, y se quedó pensando—. "El enemigo..", le vinieron a la mente los versos de Baudelaire que citara Bruno. Y así pasó la noche, fumando hasta el amanecer.

XXXIX

Porque no siendo posible estar en todas partes los ausentes han ido regresando, de a uno, y la función de instalarse toma tiempo, más o menos, según quien sea. Amariles ha vuelto a casa donde lo reciben con la indiferencia del padre como siempre, la solicitud de la madre y las hermanas, y el saludo cordial de los demás hermanos distintos a Nelson que sigue en Cali en sus negocios y le han sobrado las palabras para decirle "que te vaya bien y a ver si arreglas el país porque esto aquí necesita más dedicación. ¡Ah, y muchas gracias por todo!" "¡No hay de qué!", debió de ser lo que Amariles le contestó. "¿Y de verdad, es que piensas meterte a la guerrilla?" , pudo ser lo que Nelson preguntara. Y Amariles respondiera: "¡Nooo, después hablamos de eso!"

El cuarto arreglado, la radiola la misma y uno que otro disco no tan nuevo que digamos, tal uno de Sadel ese cantante cuya voz tersa como ninguna imprime a las canciones un sello de ternura conmovedor y delicado, como aquella que dice: "Musitando palabras de amor..". Y aunque ahora se ha venido para tareas más concretas, a la acción, ¿dispensiosa?, qué importa oír un rato.

¿Y la cicla? Esperando. Y sacarla no es problema porque siendo la familia Amariles ordenada, aquella

está disponible en el cuarto de trebejos así sea que se le deba dar limpieza y mantenimiento, al menos acei-
tarla, porque cuando Amariles se fue la dejó intacta a
pesar de haber estado yendo tan de seguido por los
barrios obreros o a los tugurios que han crecido de
manera inusitada, con este "desarrollo" de Medellín,
La ciudad industrial, en la que, quién creyera, ya no
cabían los campesinos invasores de los cerros y los lo-
tes de engorde que los señores habían ido dejando para
después urbanizar y construir viviendas baratas si el
gobierno da con qué y bien se sabe nunca alcanza a
pesar de los impuestos agobiantes y la reforma agraria
que al fin de cuentas lo que hace para repartir la tierra
es volver a dársela a los mismos, bien adecuaditas con
obras de riego y carreteras y sacando a los antiguos
aparceros a culatazo limpio. De manera que "cicla de
mis amores, ven acá que los cuidados de la revolución,
tan necesaria, nos demandan en presencia", pudieran
ser las palabras que Amariles le dedicara tarareando
al dulce Sadel, tan pegajoso: "Ansiedad de tenerte en
mis brazos..", para llevarla al taller a que le dieran
buen ajuste y echarles aire a las llantas desinfladas,
por falta de uso.

En cuanto a recordar no tiene Amariles que empe-
ñarse a devanar los sesos si el objetivo está bien defi-
nido y pensamientos no interfieren las ideas que casan
bien con los proyectos, que sólo basta repararlos para
tomar la decisión que se haya de tomar, y ello es fácil si
se han sabido apartar la vacilaciones y enderezar el
rumbo, como los marineros, brújula en mano, firme el
timón cuando el timonel no está borracho, siendo como
se ha sido capitán de sí mismo, de su propio navío.

Que las gaviotas no hayan estado prestas a salu-
dar a Bruno cuando llegara a Cartagena con Virginia
en otro buque aunque no destartalado sí de nombre

casi impronunciable como tantos nombres españoles que extrañamente rinden culto a la horrible fealdad; ni que estuvieran muy mareados porque las olas del Caribe en este mes de julio son más agitadas, lo que sí debe decirse es que los esposos fueron prevenidos de que en Medellín por asuntos políticos cambiaron al alcalde y el nuevo estaba echando a todo el mundo, "así que Bruno, según entendemos", debió comunicarle un conocido que saliera a recibirlos, "prepárate porque te han destituido".

—¡Ay, mi amor, y qué vamos a hacer! —le reclamó Virginia a Bruno.

—¡Ah, pues volvemos a montar en bicicleta, o a invocar espíritus con el polaco! ¡No, tranquila!, vámonos a dar un baño a las playas de *Bocagrande* donde hay mucha gente ahora por las vacaciones y podemos ver los alcatraces en desfile, acordarnos de Baudelaire, y, qué sabemos, un hermoso poniente puede iluminarnos.

— Yo más bien quisiera irme a rezar un rato.

—¡Está bien, vamos a San Pedro Claver y le pedimos que nos saque de la esclavitud!

—Como ya no tienes nada qué hacer, siempre molestando —volvió a reclamarle Virginia, disgustada. Pero Bruno haciendo caso omiso, continuó:

"¡Olas de la mar procelosa donde nunca se ha de vernos solos porque tus habitantes de las profundidades y las avecillas que van y vienen nos sirven de compañía, recuérdeme a Virginia que venimos de lejanos horizontes y esta tierra bendita a la que hemos arribado nos recibe con sus brazos abiertos y no vamos a tener que mendigar porque en ella nos esperan los amigos, con amor. He dicho!" Y agregó: "¡Astuta *Periscopia*, como tú bien sabes, ahora hemos de enfrentarnos a las nuevas circunstancias. Así que danos siquiera tu bienvenida!"

—¡No más, no más! —replicó Virginia, más enojada todavía.

—Calma mi amor, vámonos pues. —Y obedeciendo al reclamo de Virginia se fueron a San Pedro Claver, y luego de unos días regresaron a Medellín.

Róber, después de pasar una noche entera echando humo y meditando, había regresado también a Medellín. Por lo cual quedaba completo de nuevo el *Círculo Vicioso*. Largas jornadas debieron ser las que siguieron. Para entonces y por la imparable iniciativa de Óscar, él y Arturo establecieron un bufete de abogados, abajo de la Candelaria, en una oficina tan pequeña que si acaso cabían junto con los amigos, y cuando llegaba un cliente debían desocupar. Federico muy pronto se había colocado en una de las varias empresas de la familia para aprendiz de director. Róber se fue de juez para El Retiro, pueblo cercano a Medellín, fácil ir y venir todos los días. Amariles en lo suyo, dedicado a las faenas en la sede del partido.

—¿Y qué hacemos con Bruno? —pudo ser que Federico preguntara cuando se conociera su regreso y su destitución.

—¡Pues que se venga a ejercer, que para eso estudió! —diría Arturo.

—¿Y dónde lo acomodamos? —preguntaría Óscar, y él mismo respondiera:— Bueno, lése cabe en cualquier parte!

Y cuando ya se encuentra el ser en el lugar escogido para las fluctuaciones del alma, apropiado para el desenvolvimiento de las obsesiones, a boca de jarro se presentan las insistencias interiores como las cabras sueltas que trepan de la llanura a la montaña sin pedir permiso a nadie, y sin que les importen nada los cerros escarpados, porque cuando toca, toca tomar la decisión,

dar el salto y caer al vacío o a la plenitud. Y cada uno es cada uno, humano hasta los topes, y el seguir adelante premisa indispensable que se nos ha dado como meta, se llegue o no se llegue a donde haya que llegar, razón y sinrazón para encontrar el sentido de las cosas, y también, por qué no, nuestra naturaleza. Que fueran estas cuestiones las que se formularan los amigos, podría ser, quién más, quién menos, porque meterse en honduras se le da también al que persigue la ilusión, prodigio por lo demás al alcance de la mano, así haya quien sepa dejarla de lado en el momento preciso si considera equivocado el sendero de la iluminación.

Róber, pues, en El Retiro, qué nombre coincidente, para meditar en el alto corredor de la casa enorme cuyos balcones se asoman a la plaza; y libro en mano, la Comedia del Alighieri, podría ser, después de un rato de impartir justicia, amiga de lo bueno y de lo bello y tan escasa, sobándose el bigote, taconeando, voleando la mano, y observando, observando, quizás dándole paso como dijera a Federico aquella vez, a las sublimaciones.

¿Y Arturo?

—¡Ve hombre, no te metas en lo que no te importa! —que así le respondiera a Bruno una tarde que se habían reunido junto con las amigas en la finca del papá de Federico, para celebrar, cantar y divertirse, frase de enfática respuesta a las preguntas atrevidas del enamorado, inquiriéndole si estaba o no enamorado de Amalita. Y Arturo le agregó:— ¡Canta más bien un madrigal! —que los demás oyeron y corearon— ¡Sí, sí, dale Bruno! —y Bruno se entonó:

*Ojos claros y serenos,
si de un dulce mirar sois alabados*

*¿Por qué si me mirais
mirais airados,
si cuanto más piadosos
más bellos pareceis
a aquel que os mira?
¡No me mireis con ira
porque no parezcáis
menos hermosos!*

—¡Y es de Gutierre de Cetina y de Guerrero, para que lo sepan, y al que le caiga el guante, que se lo chantel!—exclamó al terminar—. ¡Una monedita, por favor! —agregó estirando la mano.

—¡Viva! —se oyeron las voces femeninas.

—¡Nirvana! —exclamó Federico, sonriente—. ¿No se podría decir así, también?

—Hagámonos pasito, le dijo el cliente al odontólogo y tomémonos uno doble, digo yo, y mientras encontramos el amor, que venga la revolución, ¿o qué, Amariles? —dijo Arturo.

—¡Épale! —exclamó Bruno. Amariles que poco apreciaba ahora por su dedicación al partido, y estaba sin embargo en la fiesta echando humo como Róber, paseando la mirada, sonriendo sibilino, a ratos conversando, tomando café revuelto con ron y naranjada y un poco de ceniza, le dijo a Arturo:

—Te cuento que al decidir organizar en el campo el movimiento como ejército disciplinado, se ha estado estudiando el caso de que yo vaya por Rusia y China, par..

—¿La hégira, o qué? —interrumpe Arturo, acertado y burlón.

—Pues sí, algo parecido. Para que yo estudie nuevas tácticas, y busque ayuda y apoyo.

—¿Y sí vale la pena? Se me ha estado ocurriendo que entendidas como ahora se predica, estas cosas acababan incluyendo como aliado el fanatismo.

—¿Y es por eso por lo que no se te ve ya por el partido?

—Yo no creo en la política como arma del fanatismo sino como posibilidad con argumentos. Que si Marx invitó a los proletarios a romper las cadenas fue con la razón, aun aceptando que la violencia es la partera de la historia.

—¿Y cuándo se agotan los argumentos?

—¡Pobreza espiritual! ¿No tienes, pues, en la mano siempre a Sócrates para espantar las meras conveniencias? ¡Bruno, déjala quieta! ¡Espérate! —le dice a Amariles porque Bruno se le ha acercado a Amalita, a conversarle.

—¡Ve, hombre, tómate uno y te vas para otra parte! —le dice a Bruno y se sienta al lado de Amalita, sirve un par de tragos bien grandes, le entrega uno a Bruno y lo empuja para que se retire. Éste se para, sonriente, se toma el trago y se va. Amariles se acerca y dice:

—Te noto cambiado, Arturo.

—¿Porque estoy enamorado o qué? Recuerdo que antes..., antes creíamos que la revolución nos cambiaría, pero ahora el que nos cambia es el amor. ¡Tómate uno! ¿O es que crees que *Tirofijo* será el nuevo Simón Bolívar, aunque sin Manuelita?

—No, pero él tiene asesores, y los nuestros...

—Escasamente saben firmar también. ¿No has dicho que quien no usa la razón no es más que un ignorante?

Amariles no se repliega, pero se queda pensativo, y Federico, que se ha ido acercando, le dice:

—Amariles, ¿es cierto que te vas para la China? Me pareció oír...¿Si pasas por la India, me cuentas cómo es lo del Nirvana?

—¡El sueño de los justos! —exclama Arturo, no irónico, zumbón.

—Yo diría..., el único sueño sin sustancia, por la eliminación del tiempo y la realidad —dice Róber, muy aplomado, pero echando humo.

—Como quien dice: Algo estar vivos pero muertos sin sentir nada de nada, en la totalidad del ser —afirma Federico reposado, sin afectación, pero llega Bruno y dispara:

—Y en esas se aparece *Periscopia* que también estaba ausente, y nos despierta, con las calaveras, en los infiernos. ¡Épale!

—¡Este Piri! —dice Federico con suavidad, un poco enojoso, frunciendo el ceño.

Óscar, que ha estado entre tanto distraído conversando con Margarita Rosa y las demás amigas, se entona y canta:

*Dime si estoy despierto
O estoy soñando,
Quiero pedirte tanto
En mi canción...*

—¡Dale, dale! —insiste Arturo, pues Óscar se detiene.

—¡Sadel, Sadel! Exclama Bruno, y continúa la canción con Óscar.

XI

¿Y es que el grupo tiende entonces a disgregarse? Como en las especulaciones sobre el tiempo, en los cálculos, aunque no tanto cuentas de sumas y de restas, sino en el cavilar, era Federico el que más escarbaba, y a cada quien la diáspora se manifiesta de manera diferente, a él pudo ser que lo llevaran hasta el nunca jamás de las preguntas sin respuestas, penetrando, ahondando en lo profundo, pero apenas sí dejando traslucir preocupación somera y mostrándose siempre alegre, anheloso de encontrar el amor y la belleza, lo cual no tenía para los amigos nada de particular, como se dice, sino de sublime entretención, que allí estaba Amariles portador del mensaje también para consultarle. Así pues, cuando Federico preguntara qué era eso del Nirvana y no dejara entrever ningún acoso diferente al deseo de conocer el sentido de las cosas, el significado, podría ser que estuviera bordeando ese punto al que se llega cuando el alma no se siente dispuesta a tomar la decisión de seguir, pero espera encontrar la mágica armonía en el reino selecto de la elación suprema. Difícil, por cierto, pero puede que sea el fundamento para renacer todos los días y no quedar disperso o disgregado en obsesiones contrariantes e indisciplinadas.

—¿Y vas a montar mucho en bicicleta con los chinos, que en medio de esa sobriedad, como la tuya, es el único vehículo moderno que tienen?, porque también

usan carreteras... —dijo Arturo a Amariles en aquella ocasión del reencuentro en la finca de Federico, y Bruno algo subido de tragos, agregó: "¡Y como bien sabemos, la cicla es el mejor medio para vincular las masas!"

No tenía Amariles arrestos beligerantes ni para dar el brazo a torcer estaba predispuesto, sabiendo percibir intenciones y enrutarse para extraer las conclusiones, y no para tomar partido lo cual tampoco le gustaba ni le había aconsejado el maestro que lo hiciera, aun cuando ahora se encontrara en uno por motivos diferentes y en pro de la justicia, desplegando las alas suavemente, pero buscando que pudieran alcanzar lo más hondo, que no es contradicción, sino sabiduría. Y tal vez fuera por ello que dijera en la ocasión, con suma sencillez, sin pretensiones, lo cual tiene sus bemoles, también, pensaría alguno:

—Después de la batalla encarnizada, cuando ha llegado la noche y cubre la niebla espesa los campos hasta el horizonte, quedan en el campo tendidos los cuerpos de los combatientes derrotados. Y en las tabernas de los pueblos vecinos los soldados de los ejércitos triunfantes celebran fanfarrones sus alardes de bravura, mientras en el castillo el rey con sus generales brinda por la gloria que le ha dado su valor. ¿Y es por ello que nos dice el pueblo que en el país de los ciegos el tuerto es rey? ¿Qué opinas Bruno?

—¡Ve éste! ¿Para dónde vas? ¡No te había llegado a ver así de engalanado! ¿Te han nombrado mandarín? Amariles, Amariles, no recuerdas ciertas cosillas que nos ha dicho *El Marqués* Luis. Ah, *El Marqués*, ¿dónde estará ahora?, porque para poner las cosas en su punto, ¡ay *Olivetico*!

—Yo entiendo a Amariles así —dijo Federico que escuchaba atento:— Los vapores de la orgía nos van dejando atolondrados, indispuestos, y ni siquiera la mú-

sica de las esferas nos reposa porque alada y bella, pero efímera, es la victoria, forjadora, no lo niego, de la humana transcendencia, o de su perdición. Algo así, ¿No es cierto, Amariles? ¿Qué es lo que ha dicho *El Marqués*, Bruno?

Éste respondió:

—Un día que estábamos Amariles y yo con él y *La Marquesa* en el Metropol, si no me equivoco dijo al referirse a una alusión que hiciera Amariles, algo más o menos parecido a lo siguiente: "No te vayas a meter en las guerrillas, que es la única disculpa que hay para que en nuestros países subsista esa lamentable institución llamada ejército, que aliena el individuo y llega hasta constituirse en la peor amenaza de la especie humana; y eso va contra tus hermosos ideales. No seas bobito".

—Sí. Y tal vez por ello alguien dijo que es más digno de un rey el dominarse a sí mismo que vencer a los enemigos. Lo que pasa es que...

—Nada de disculpas Amariles. ¿Y si el tuerto es el papá del rey? No te olvides que los macedon... que a Filipo le sacó un ojo su esposa por fisgón y por sobero... que Alejandro... mata su mejor amigo...—decía Bruno, pero:

—¡Hombre, dejen la pendejada! —exclamo Óscar, soltando a Margarita Rosa que tenía abrazada—. Yo les voy a decir qué es lo que ustedes quieren: ¡El amor y la guerra! ¡Atención! El amor es el combate entre el alma y lo imposible. La guerra la oportunidad para enredarse los cuerpos enemigos y las almas amigas desaparecer. Desproporción de ambas confusiones que destruyen el sí y el no. Pero yo les digo que tengan mucho cuidado porque el amor es el pecado y la guerra es el castigo, y al hacer de la vida una palestra para batirse sin otras armas que los sueños, el resultado es la de-

rrota. ¿O no Federico? O mejor, como a mí esto me lo sopló un pajarito, debo concluir: ¡Amigos, concretémosnos!

—¿Pero cómo? —preguntó Federico, levantando las manos, sin mostrar mayor preocupación, sonriendo con los ojos.

—¡Montando en bicicleta! —exclamó Arturo—. No ves a Bruno ahora dedicado a la abogacía de cobrador en bicicleta y profesor de ciencia política en la universidad, enseñando que la sociedad sin amor se desbarata? ¿O son las ciencias ocultas que aprendiste las que te permiten concretarte al enredo? —y mirando a Bruno, añadió:— ¿El sí o el no?

—Y nos concretamos, o nos movemos y nos vamos, o el tren...—comenzaba a decir Óscar y sus palabras atraían la atención, pero las miradas se detuvieron en Claudia que se había sentado en las rodillas de Róber, y éste echando humo sin saber qué hacer mientras ella le hacía carantoñas, se volvió a levantar de improviso, diciendo:

—¡Pero vámonos!

La oficina de abogados en la antigua calle Real, Boyacá, arriba de La Veracruz, abajo de La Candelaria, entre Carabobo y Bolívar, llegó a ser una congregación que entre charla y disparate de vez en cuando producía un memorial. Bruno daba sus abogadiles pasos. Róber y Federico cualquier día se candidatizaron siendo imposible decirles que no. Cupo completo, que más había de traer incalculables beneficios según Róber refiriera, que como especialización Federico estaba leyendo *El Proceso* de Kafka con mucha persistencia en las horas de trabajo en la empresa de los parientes y metiéndolo debajo del libro mayor de la contabilidad cuando llegaba el superior, al que le daba cuenta de los últimos cálculos sobre futuras perspectivas. Tan notables jurisprudencias reunidos para desentrañar el sentido de

las tablas de la ley. Bruno no ha establecido muy claro quién tiene la razón, si los ricos o los pobres, o es a dios a quien toca escoger, o a él, a Bruno, cuando hay de por medio alguna gorda. Por eso Óscar le aconseja que mejor le queda ejercer en derecho laboral y defender trabajadores, que aunque el pleito dure toda la vida a veces se gana porque la balanza de la justicia también tiene despistes. "¿Y entonces de qué vamos a vivir Virginia y yo?", pregunta. "Con la Ciencia Política, muy alimenticia", responde Arturo, y añade: "No ves que te echaron de la Secretaría porque ya estaban repletos de tus enseñanzas los concejales, y por practicar ciencias ocultas con alguna gorda, que a ellas sí les puedes enseñar..".

Federico y Róber, poco sentido práctico, pero como asesores de hermeneútica podrían dar en el clavo, y aunque la clientela sea escasa, en *el ejercicio* nunca faltan los casos bien abstrusos, para dirimir.

Pues, de tal manera, el gran bufete, "Abogados" y de primeros, en las páginas amarillas de la guía telefónica.

—Pero antes de inscribirnos, yo creo que debemos buscar una oficina donde quepa siquiera la máquina de escribir —Óscar, el de más sentido práctico, planteó el asunto— y si la encontramos bien barata, la oficina, la compramos entre todos, y lista nuestra nueva dirección.

¡Tamaño empresa!

—Si las cosas tienen sentido, a mí me parece que esto es lo que yo quería. ¡Genial! Podemos ser más libres, no tenemos que marcar tarjeta, y aunque Claudia tenga sus deslices, Róber también, un primo de ella...!Bueno, no vale la pena! Busquemos la oficina en los avisos clasificados del periódico —dijo Federico fro-tándose las manos, alegre como nunca.

*Cuando la tarde languidece
Renacen las sombras...*

Cantó Bruno.

Y una tarde, precisamente, fueron juntos los amigos, excepto Amariles —que ya se había ido para China, o así se pensaba —a conocer las nuevas oficinas que Óscar, diligente, consiguiera.

—¡Negocio hecho! —exclamaron después en El Imperial cuando Óscar exponía la forma de pagar por cuotas, mientras tomaban café y se escuchaban las notas del *concierto veintitrés*.

Al retirarse cada uno para irse a su casa, Federico llama a Róber y le dice: "¿Podría recogerte, por ahí a las ocho, visitamos a Óscar, y les muestro algo que he comprado para cuando nos instalemos en la oficina?" "¡Listo!", respondió Róber.

A las cuatro a.m. del otro día sonó el despertador en la habitación de Bruno y Virginia.

—¿Para qué pones ese despertador tan temprano cuando el resto de la noche tampoco duermes, según dices? —preguntó Virginia.

—¡Ah!, ¿no ves que la clase comienza a las seis y tengo que preparar el tema casi medio dormido?

—Si, últimamente...no...siempre dices... bueno, ¡que eres un soñoliento!

"La política es el arte de gobernar los pueblos, según Littré. ¿Y por qué, arte? Si gobernar implica tomar las decisiones últimas..", iba diciendo Bruno en el momento que dieron tres golpes en la puerta y un alumno abrió enseguida.

—¿Qué pasa? —exclamó Bruno.

Tres caras conocidas: Óscar y dos hermanos de Federico, estupefactos.

—¡Disculpen señores! —Bruno sale a recibir los visitantes, y pregunta:— ¿Qué ocurre?

Los recién llegados se apartan para que no escuchen los alumnos, y Óscar exclama:

—Federico se quitó la vida anoche.

—¡Cómo!! ¡Hasta luego, señores, más tarde explicol —dice Bruno a los alumnos.

En el Mercury se vienen para la ciudad, y Bruno pregunta:

—¿Pero cómo? ¿En qué puedo ser útil, qué quieren que haga? ¡Hombre, ¿qué es esto?!

Óscar, sobrio y cortante, dice:

—Venimos a pedirte que interpongas tus contactos y consigas que el inspector de policía haga el levantamiento del cadáver, sin aspavientos ni noticias estúpidas.

—Claro, vamos a la Permanencia, que allá debe de estar de turno alguien que yo conozca.

El inspector recibe a Bruno afablemente; van a la casa de Federico, ¿y qué ve Bruno?

En el cuarto, tendido el cuerpo recostado contra el rincón esquinero, sobre la cama una pierna, otra en el piso, flácidas las manos, colgando la derecha: La palidez y la belleza del amigo, amado. No se ve el revólver *Lechuza* que había sacado del escaparate de sus

padres sin que ellos se dieran cuenta cuando entró a la casa después de haber dejado a Róber en la suya y, luego de saludarlos, subir y descerrejarse el tiro en la sien.

"¿Y cómo fue que no se oyó el tiro?", alguien preguntaría.

"Pudo ser un bus que pasaba en el instante, ¡hacen tanto ruido!", alguno contestaría, recordándole a Bruno aquellas maravillosas sesiones de música que escuchaban con profunda ebriedad vital.

—Señores, deben llevar el cadáver a la morgue para la necropsia —indica el inspector.

—¿Vas tú con Miguel, Bruno? —pidió Óscar. Miguel, amigo de los hermanos, se había hecho presente.

—Sí.

Bajar el cuerpo, introducirlo al automóvil de Miguel, acomodarlo atrás; Miguel al volante, al lado del inspector. Bruno y el amigo, juntos y separados. La muerte entre los dos.

"¿Para qué preguntas necias?", se diría Bruno.

"Federico me recogió a las ocho y fuimos donde Óscar y en la sala nos sentamos a charlar y conversamos de todo, de música, literatura, y de lo contento que estaba Federico ahora que se iba a estrenar de abogado. 'Espérense y verán', nos dijo, y fue y trajo un paquete que había dejado en el Buick. ¿Qué era?, un par de cortes de paño. '¿Cuál de los dos me quedará mejor para el día que empecemos?' 'Éste', dijo Óscar. 'Con ese otro vas a quedar como un magistrado en vacaciones', nos reímos y así seguimos. No, ni una palabra de la muerte. A las diez nos despedimos él y yo, también. Y se fue para la casa. No, ni una palabra de la muerte".

Era Róber el que contaba lo que había ocurrido y, por mucho que se le insistiera, "No, ni una palabra de la muerte", respondía.

La morgue, desolación. Una mesa fija de cemento. Una lámpara cuelga del techo, ilumina el rostro del cadáver, resplandeciente imagen. Un sujeto displicente, tosco, atiende las instrucciones del inspector. "Sí señor, por supuesto, cómo no", le responde. "Acérquense jóvenes", les dice a Bruno y Miguel, que han conservado hasta allí aparente compostura. "Ya verán". Y extrae un serrucho que pende de una pata de la mesa, sin más coloca el filo sobre la frente de Federico, arranca, arranca, asierra, parte en dos ese cerebro que tanto había soñado con la muerte y el amor. Bruno se desmaya, y dice después que no recuerda más.

XLI

¿Y porque la palabra enciende menos que la acción pero ambas afianzan la sabiduría se había ido Amariles? ¿O recorridos los caminos puede llegarse o no? Las calles conducían a los amigos, senderos de búsqueda al destino, que desplegada la ambición de ser el horizonte es amplio, y hacia él impulsan los deseos; del brazo de una linda muchacha, o como Amariles, echándole carreta a un efebo, para ir descubriendo, poco a poco, que la vida es difícil, la verraca... que todo fluye... Pero se hacían planes. Pasada la ventolera *nadaísta* vino la revolución cubana. ¿Y la revolución del alma? Se escribían poemas y panfletos. Canciones de protesta, himnos inocuos. Ya que el pensamiento tiene avenidas, callecitas, el embrujo de la palabra para cambiar las cosas cambiando de primero uno mismo. Y para cambiar la sociedad, tomar la decisión, y dejar de ser jóvenes alebrestados para volverse revolucionarios.

"¡Ah! ¿Y por qué se tenía que ir Federico? ¿Te acuerdas de aquella noche, Róber, que nos quedamos ebrios hasta el amanecer llorando abrazados y sin sueño? La noche cubrió a Federico cuando parecía estar dispuesto a prolongar, o a conseguir aunque fuera un empate. ¿Qué le produjo la frustración de qué? ¿Por qué tenía que encontrar la "U" con ojos de *Lechuza* si esa noche no sonaba en parte alguna la estruendosa chirimía? Cuando cantábamos lo hacíamos para nosotros, éramos,

vibrábamos, plenos de ebriedad. Sus ojos ya no ven, no oyen sus oídos, su decisión esta tomada, no importa qué dirán, que pensarán, nada, nada. ¿Por dónde andará Amariles ahora.?" Bruno pensaba en cierta ocasión en que Róber lo visitara en una de las oficinas de funcionario público donde se desempeñaba después de haberse retirado de abogado en ejercicio buscando acomodarse mejor porque la abogacía no le daba para vivir holgadamente con Virginia.

—¿Y qué es ese milagro de verte por aquí?

—No, pues...

—¿Quieres un *tinto*?

—Sí, gracias.

—¡Rosalba!

—¿Doctor?

—¿Nos pide un par de *tintos*, por favor?

—¡Claro doctor!

Y Róber dice:

—Oye hombre, ¿cuánto vale una cama?

—Depende de tantas cosas, ¿para qué la necesitas?

—No, pues..., cuando llegue la noticia se sabrá — responde Róber secamente, encendiendo un cigarrillo.

—Bueno, el marqués de Sade, por lo que se conoce, no utilizó la cama. Shakespeare, fue la única herencia que le dejó a su mujer. Don Juan, ¡Ah, Don Juan, según la gorda! ¿Cómo la quieres, sencilla o doble?

—Yo creo que doble es mejor.

—¿Con baldaquino?

—¡No, eso calienta mucho! ¿Y cuánto vale el alquiler de un apartamento?

—También depende. Que lástima que hubiéramos tenido que entregar el de La Bucana. ¡Qué noches debiste haber pasado con Aura!, ¿qué se hizo?

—El golpe avisa. ¿Me sirves de fiador?

—¡No faltaba más! ¡Pues claro!
—¡Entonces hasta luego! ¡El golpe avisa!

Róber restriega el cigarrillo en el cenicero, se para y se va, sin despedirse de Rosalba que viene y dice a Bruno:

—Qué señor tan raro doctor, ¿quién es?

—Róber, un amigo —y sigue pensando: "Qué noche aciaga, Róber, aquella cuando murió Federico. ¿Estará ahora Amariles jugando con candela?" —y recordó esta conversación que había tenido días antes con Arturo:

—Un punto en que podríamos estar de acuerdo siguiendo un relato lineal, es que todo ha sido demasiado inconsistente y nadie ha tenido claro para dónde va —había dicho Arturo en respuesta por algo parecido a la cuestión de si Amariles estaba jugando con candela.

—Amariles se deja guiar por lo de Sócrates y el amor platónico, entendiendo que no excluye el derecho de escoger y de buscar y aún de no ser fiel indefinidamente... —Respondió Bruno.

—Por eso es que aparece todos los días con un muchacho distinto, y los embarca y a la hora de la verdad... —Dijo Arturo.

—¿No es juzgar las cosas con excesivo realismo? ¿Te refieres a que no es un verdadero revolucionario? ¿No hay que mirar las cosas con otra perspectiva? Que si a uno lo envuelven los acontecimientos es porque lleva dentro de sí el deseo de romper el cascarón, siente la necesidad de cambiar para desentrañar el secreto.

—Para bien o para mal todo ha cambiado, todo cambia. Si se pudiera sumar y resumir, daría un resultado coherente, pero como unos aportan más y otros menos...

—¡Quedamos empatados! —exclamó Bruno.

—¡Y tampoco vamos a decir que ya llegamos a ninguna parte! Que si queda siempre algo por hacer, no es

reviviendo momias, o embalsamando a los que no saben ni firmar...

—Me parece entender, ¿la guerrilla juega con el fuego?

—O creen que dando bala, sin desvelar secretos, descubren que asesinar es buen negocio.

—Amariles no es capaz de darle a nadie un balazo —dijo Bruno meneando la cabeza con cierta congoja. — ¿Y en qué quedamos? —agregó.

—¡Entre el cajón de Sartre!

—Buen chiste Eres más duro que Shakespeare. Amariles ha promovido reuniones, conferencias, organizado mitines, trabajó con los sindicatos, y ahora según dijo va a traer nuevas táctica de afuera...

—Especie de Rasputin iluminado que no necesita leer a Marx ni a Mao, paseando por la China.

—¡No seas injusto! —reclamó Bruno.

—Entonces me pregunto lo mismo que tú, ¿cuándo vuelva Amariles se va a meter al monte?

—Entre la teoría y la práctica ...,si es que se fue, que no lo he vuelto a ver, aunque dejó la cicla en mi casa... Amariles ni tiene fuerza para cargar un fusil.

—Nadie lo discute, pero él se lo ha buscado, y sabe que está jugando con candela, que enciende los montes y apaga las vidas. Y adiós, que tengo que ir a la oficina y hacer un memorial...— concluyó Arturo, siempre el mismo, consecuente con su modo de ser, palabras y actitud muy suyas.

A Bruno, una tarde, tirado en un sofá del nuevo apartamento que había alquilado para vivir con Virginia, se le vino a la mente:

"¿Es un juego atractivo? ¿Cuándo se ha visto que el fuego que se lleva adentro nadie lo quiere mezclar? Que no se arde siempre de la misma manera ni con la misma intensidad. ¿Poco importa? Sentados ante un ho-

gar encendido que flamea y eleva sus lenguas con más fuerza cada vez, se incendia la imaginación. ¿Así es el fuego de la poesía? Pensamientos que se escapan inasibles como las mismas llamas en haces de abigarrado valor incomprensible construido de igual materia volátil e insumisa, que no porque no dejen huella carecen de significado. Y de las cenizas vuelven a surgir las llamas, para que nuestro ardor nunca se apague. ¿*Periscopia*, por dónde andas? ¿Eres tú la fragua chisporroteante donde se funde nuestro metal? ¿Pero cómo *Periscopia*? Nos atraen esos fuegos, nos dan vida. Pero hay quienes sucumben ante sus atractivos. ¿Seré yo también, *Periscopia*?" Y se quedó dormido, y no supo qué soñó.

Unas semanas después, cualquier tarde al salir de la reunión de la junta directiva, lo esperaba Rosalba con cara de asombrada, y le dijo.

—¡Doctor, lo llamó ese señor!

—¿Quién?

—Ese señor tan raro que estuvo aquí el otro día.

—¿Róber?

—Creo que sí.

—¿Y qué dijo?

—"Dígale a Bruno que la ceremonia es hoy a las siete en la iglesia del Sagrario y que vaya si quiere. Pero que no falte a *la guerra* que será en la casa de Óscar, después de las ocho".

—¿Y no dijo qué clase de ceremonia?

—¡No, pero que no falte a *la guerra*! ¡Y que lleve ron o algún buen vino y cigarrillos, si quiere!

—Pasadas las siete llegó Bruno a la iglesia y la ceremonia había comenzado. El recinto, poca decoración, bien iluminado. Un sacerdote oficiaba de cara al altar. Sentadas en sendos taburetes dos personas, una de ellas, claro, Róber, inconfundible. Un brazo en jarra. La pierna

derecha estirada. La mano libre en el bigote, atusándolo. Al mirar con detenimiento Bruno distinguió a la otra persona: Aura. En las bancas de adelante la madre de Róber, las hermanas, el hermano. En las demás, Oscar, Arturo y personas desconocidas para Bruno. La ceremonia transcurrió sin novedades, salvo cuando el cura pidió a la pareja que se parara y luego les demandara el sí, y Róber respondiera, sobándose el bigote, sin vacilar, "¡Sííí, pues claro!", alzando los hombros, agitando una mano, enfático. Aura, sonriente, dio el suyo.

Luego vendría *la guerra*. Que Pedraza, faraute sin estreno, no lograra hacer llegar una paloma, fue quizás porque la noticia lo cogiera desprevenido. O asombrado por la velocidad de los hechos imprevistos decidiera que es mejor que las cosas sigan su camino y después, enhebrando, una puntada aquí, otra allá, tratar de rehacer el tejido, simple o enmarañado del propio discurrir.

¿Pero cuál *guerra*? Pues resulta que los amigos habían celebrado tantas juntos, y otra más no era para derrotas sino en conmemoración. ¿De qué? De haberse conocido y volver a reunirse y conversar, y de contera darle a Róber y a Aura parabienes. Y en la casa de Óscar que se había casado tiempo atrás con Margarita Rosa, y sin que nadie hubiera de quedar tendido, aunque la mayoría muy *enguayabados* al otro día, porque de una ebriedad se puede continuar en otra, en la del vino rutilante, y mucho hay que agradecer que no haya confusiones, pues esa debía de ser la *guerra* sin armas para Aura y Róber, sólo con cantos y alegría.

¿Y cuando te vas a casar tú, Arturo?

—¡Ehhh, deja de estar preguntando pendejadas!

XLII

COLOQUIO DE LAS CICLAS

1

Antes de dormir y de qué hablan.

Si porque Amariles se hubiera vuelto a ir para lugares tan remotos como la China, y Federico emprendiera su viaje sin regreso por el pedregoso sendero de lo desconocido al alma sin que les fuera a ambos posible concertar algún encuentro, no había de quedar Medellín deshabitada, visto que cuando Bruno se fuera para España, Amariles para Cali, Róber para Bogotá, Román se quedara en Barranquilla, y Pedraza yendo de una parte a otra, al menos la ciudad siguió creciendo, incesantes ladrilleros trepando las laderas, descuajando guayacanes, y el *Círculo Vicioso* más desperdigado cada día aunque celebrando *guerras* y matrimonios a veces inusitados, pero que permitían reunirse a los amigos pese a vacíos tan notorios.

Y dado que las ciclas no se habían desbaratado no obstante el último ajeteo sobre todo la de Amariles ya que la de Bruno sólo fuera utilizada para ínfimas hazañas deportivas o breves viajes de entretenimiento, hubieron sí de ser guardadas pero juntas entre ellas, porque Amariles antes de decidirse pidió a Bruno que las reuniera por si de pronto a Virginia pareciera conve-

niente dar paseos, aunque poco le atraían, así que quedarán postergadas, no para siempre, al menos hasta que Amariles regresara y no tuviera que meterse al monte donde los guerrilleros esperaban el bagaje que trajera, de suma importancia para la revolución, pues mensajeros tan sutiles, pertrechados de notables experiencias, eran necesarios para infundir el impulso incontenible que la teoría suministra a la acción.

Y quién creyera, no faltaba sino que las ciclas aprendieran a conversar, fenómeno que Bruno dijo haber captado o percibido en una de sus inveteradas somnolencias; y para que esta vez no pareciera como otra de sus engañosas, ¿o *brunosas*? ocurrencias, trató de reducir a una explicación lo menos hiperbólica dando a conocer a Arturo, después del diálogo inconcluso sobre el viaje de Amariles posible fracaso anticipado, el texto que encontrara de improviso en el nochero y de su puño y letra con el contenido virtual del coloquio que las ciclas sostuvieran mientras de insomne memorialista iba registrando con mucho detalle y según afirmó agregándole después añadidos de su propia cosecha para darle mejor lucimiento y claridad; proceso mental bastante escaso del que Psiquis sólo dota a los bienaventurados que hayan logrado notables experiencias con Cupido, en lo cual Bruno alardeaba sin recato, o por mejor decir, mucho se jactaba.

—Y cómo te parece que resulté sonámbulo aunque viendo un poquito más que el ayudante relojero de Federico —dijo Bruno a Arturo un día que caminaban por Junín.

—¡Pues ya era hora!

—¿Por qué, por qué?

—Porque a lo mejor viendo sin ver desenredas el secreto.

—Ahhh..., entonces sí...que anoche me parece que estuve oyendo hablar a las ciclas, y que yo iba como pensando cambiarlas de lugar a ver si me dejaban dormir, o que no sabía si estaba dormido y despertando, o soñando despierto, pero sí, sí, algo las oía, y como que me senté en el quicio detrás del lavadero en el patio de mi casa a ver lo que decían...

—O sea, que te estabas desquiciando y viendo sin ver, oyendo sin oír, soñando sin soñar, y viendo el sonido, como quien dice, medio sordo, ¡medio de todo!

—¡Sí, con un poco de semiinconciencia, semicomodándomecuenta con un poquito de memorialista descuidado! Por la mañana, encontré unos garabatos que parece que escribí entredormido, ¿o hipnagógico?, ¿te los leo? Claro que yo les he añadido algunos detallitos..., de redacción y...

—¡Dale, dale, pero si no es muy largo y al final no me hipnotizas, hipnómano letal!

—¿Aquí en la calle? Siempre son como...

—Tomemos café en esa heladería.

Entran, se sientan, piden café, y Arturo dice:
—¡Dale, dale!

Bruno lee:

—Como te decía: ¡Henos aquí, otra vez solas —dijo la de Amariles, recostada bajo el alero del patio de atrás en el apartamento, donde Bruno las había colocado—. Y en este sitio, donde nos podemos oxidar!

—No nos preocupemos, este clima de Medellín es una bendición. ¿No estás bien aceitada? Yo entiendo que Amariles viene pronto y mientras tanto Bruno nos dará alguna miradita. ¡Aunque vive tan ocupado! ¡Sssh, míralo, ¿qué estará haciendo?

—Esperemos a ver...Sí, pero a una le hace falta el ejercicio. ¿En qué nos hemos pasado últimamente? Que

la saquen, que la guarden, que la suban, que la bajen, o que la dejen por ahí al sol y al agua, como ahora.

—Yo creo que cuando vuelva Amariles de por allá donde se ha ido vas a tener mucho voleo cargando guerrilleros.

—¡Ah, qué pereza! Unos tipos que viven escondidos y no se sabe para dónde van, como si estuvieran apestados, mejor dicho, como la misma peste. Antes era más interesante... A mí no se me olvidará nunca, por ejemplo, el viaje que hicimos al Carmen de Viboral. Tú estabas más joven que yo, ¡y tan bonita!

—¡Gracias, querida! Pero cuando eso también cargabas muchachos.

—¡No! Uno sólo, y muy distinto, ¡con unos ojos!, no se me olvidan las sobaditas que me dio.

—Bruno no ha cargado a nadie, pero por lo pesadas, como a él le gustan. A propósito, ¿tú has podido captar las diferencias que parecen separar a Amariles de Bruno y los demás, digamos, por qué unos prefieren a las unas y otros a los otros?

—Lo que yo le he oído decir a Amariles es que no hay ninguna diferencia y que todo va en la forma como cada uno pretende concebir, unos en las almas y otros en los cuerpos, y que eso se manifiesta en sus tendencias amorosas y depende a su vez del impulso y del deseo, lo cual se resuelve conociéndose uno mismo.

—¡Ah, pero estás casi tan filósofa como él! ¿Y lo que tú dices no es muy peligroso? Se me hace que también tienes un tornillo flojo, ¿o será que ya estás también muy sabida?

—No. Yo sólo sé que nada sé. ¿Cómo hiciera para espantar un mosco que hace rato se me sube al *cacho* y no me deja concentrar?

—Aplicale la razón, dile que se vaya, ¿no ha dicho Amariles que a los necios los espanta la sabiduría?

—Pues sí, pero ella tiene sus limitaciones, y a veces hay que utilizar las armas, que nosotras no tenemos.

—¿A eso sería que Amariles se fue para la China, a traer las armas? ¿No es una contradicción? Fíjate que lo que siempre le hemos escuchado es que el único combate que vale la pena librar es el de las almas.

—Sí. Pero además yo le oí decir a Amariles cuando dijo que se iba, que en el transcurso de los siglos y aún más allá, lo único que resuelve la contradicción es la revolución.

—¡Ay, que enredo! ¿Será por eso que Bruno dizque tiene de auxiliar a *Periscopia*, para que le ayude a enterrar todos los secretos? Me parece que fue lo que le oí decir cuando resolvió casarse con Virginia, que era para no dejar plantada a *Periscopia*, que según parece le había indicado los peligros del amor mal iniciado, en lo que Amariles le había enseñado muchas cosas, que por lo ciertas se ven tan complicadas, creo yo.

—¡Ah, pero también estás sabida!

—¡Sí, y ya el mosco se te fue, bien espantado! ¿Cómo me enderezara un poquito? Estoy algo cansada. El pedal derecho, que tengo apoyado en el muro, está un poco torcido.

—Hasta a una se le tuerce el alma pensando en la muerte de Federico.

—¿Y nosotras sí tendremos alma?

—¿Pero cómo no? Escúchame que me voy a inspirar. Un día, hace ya bastantes años, yo me sentía como botada exhibida en una vitrina porque nadie me quería comprar. Entraban clientes al almacén y me ponían tantos peros que el dueño resolvió bajarme el precio. Fue cuando llegó Amariles y vació una alcancía y en un par de patadas me compró. ¿Cómo, por qué? "Porque es precisamente lo que yo necesito", le dijo al vendedor. ¿No es así como los hombres le dan vida a las cosas? ¿Y no es eso tener alma?

—¡Épale! ¿Y también nos podemos condenar, irnos a la *Paila Mocha* como parece que les puede pasar a los hombres?

—De ninguna manera. La *Paila Mocha* del mismo modo tiene su alma, ¡y muy caliente la maldita!

—¡Que cosa tan ventruda!

—Claro, y así la *Paila Mocha* tiene su vientre para abajo, para que arda mejor.

—¿Y quién le dio su alma?

—Pues según les he oído decir a los amigos todos, los dueños de la superstición.

—¿Y qué es eso?

—Según Arturo, el fanatismo, la ignorancia y la patraña, y en resumidas cuentas el reino de la estupidez.

—Me pareció ver a Bruno que, allí... ¿Entonces tiene razón cuando dice que el reino de todo es el enredo, y que por eso muchos se dedican a las ciencias ocultas?

—¡No! Yo le oído decir que eso es pura patanería, porque Amariles ha dicho que el rey es el amor.

—¿Entonces por qué se ha ido a traer armas para la guerra?

—¡No y no! Amariles dijo que él no se iba a traer armas sino ideas.

—¿Y él sí cree que se puede hacer sin armas la revolución?

—Él cree que se deben utilizar cuando se necesitan.

—Me estoy resbalando. Este pedal torcido... ¿Cuándo se necesitan las armas, les dan alma?

—Sí. Siempre.

—¿Y quién gana?

—Unas veces la razón y otras la estupidez, según Amariles.

—¿Y empatan?

—Que según Amariles por eso debe hacerse la revolución, que es en todas partes, para siempre, y para poder vivir en la armonía, la verdad y la virtud, que son las que presiden la belleza y el amor, dueños del universo.

—¡Ay jue! Por lo visto yo debo tener un poco menos de alma que tú, porque eres más sabida. Me quisiera

correr un poquito y juntarme más contigo, a ver si se me pega. Pero, ¿y si me caigo?

—Nadie puede tener más alma que los demás. O sí. Los necios son los que más la necesitan y por eso se la infunden a la arbitrariedad.

—¡Ay, estoy que me caigo! ¿Si yo tengo alma, si yo soy libre, por qué me tengo que caer?

—Ahí está el secreto. Que uno se cae cuando no logra dominar el impulso.

—¿Fue lo que le pasó a Federico?

—¡No! ¡Caer no es morir! Los que creen lo contrario son los necios, y por eso lo que prometen es castigo, condena, perdición y arbitrariedad.

—¿Y la salvación?

—¡El premio al que los obedece!

—¿Y quién sale aporreado?

—¡La Justicia!

—¡Pues hace un vientecito, que me caigo, me caigo! ¿Será lo que puede pasarle a Bruno si sigue jugando con las gordas?

—Pues para eso tiene a *Periscopia* y por lo visto Virginia va frenando sus impulsos...

—¡Y bien frenado que lo tiene! Ahí voy, ahí voy, viste, leste viento! ¡Ay, quedamos más juntas!

—Mientras más juntas, mejor, y sin desperdigarnos. Nos dimos un golpecito en el *cacho*. ¿Te duele?

—No. La única vez que me ha dolido fue cuando la muerte de Federico. ¿Si uno se mata uno mismo y no se va para la *Paila Mocha*, dónde se queda?

—Como ha dicho Óscar, dejemos ya el asunto, si de nada nos vale entristecernos. Hablemos de la revolución. Pero..., espérate un momento. ¿No habrá nadie por ahí que nos acomode, que me quedó ese pedal tuyo como metido entre la caramañola? ¡Ahhh, vé, gracias Bruno!

—¡Shhh! Parece que por allí viene la muchacha del servicio, ¡shhhh!

"¡Vea éstas! ¿Quién las juntó de esta manera? ¿Será que están diciéndose secretos? ¡Ja, ja!, corrámolas un poco. Así. ¿Por qué se moverían? ¡Esta de don Bruno debe ser tan pícara como él!"

—¡Viste, vistes!, ¡que según lo que ella dice sí tenemos alma!

—Perfecto. Háblame pues de la revolución, porque debes saber más que yo. Pero antes te pregunto: ¿Qué ha sido más importante, la revolución *nadaísta*, o la revolución cubana?

—Amariles ha dicho, y en eso creo que ha estado de acuerdo con los amigos, que son distintas, pero que ambas han dejado frustración.

—¿Cómo la muerte del Ché?

—No. Amariles ha dicho que la muerte del Ché fue un accidente relativo a la guerra, pero no necesariamente de la revolución.

—¿Entonces no hay temor de que a Amariles lo puedan matar?

—Pues Amariles sostiene que los únicos que tienen la facultad de predecir son los necios, dueños del equívoco, para su conveniencia, en el reino de la imprecisión.

—¡Bien eso! ¿Y entonces por qué habla de la adivinación?

—Porque la adivinación, para él y su maestro es la profética locura y elevación del alma a la divinidad, cuando a los dioses los tenemos como amigos, y no como asociados en negocios terrenales...Casandras a peso...

—¡Ay querida, estás muy vertical! Pero dale, dale. ¿Qué es la revolución?

—¡Agárrate, pues, para que no te vayas a caer! ¡Ahí voy! Que la revolución no es el triunfo de las armas sino el triunfo supremo del alma en la locura. Y cuando no se sostiene en la poesía y la adivinación, acaba siendo la arbitrariedad y la frustración.

—¿Y esto fue lo que hizo Stalin?

—Y desafortunadamente Castro.

—¿Y el *Nadaísmo*?

—¡Ah! Que sus alcances han sido diferentes. Como es distinto el gobierno de los pueblos del gobierno de las almas.

—Entonces, ¿Sí todo tan bonito te lo ha enseñado Amariles, por qué se fue para la China?

—A traer nuevas ideas, ya te dije.

—¿Es que allá son diferentes y le van a dar más juicio a su imaginación?

—Tal vez no, pero tienen experiencia...

—Y como allá son tantos..., y montan en bicicleta..., nos ha dejado aquí tiradas. Si miras hacia arriba verás cómo la noche se nos ha venido encima y apenas alcanzamos a ver unos cuantos luceros. ¿Serán así las noches que nos van a brindar los guerrilleros comandados por Amariles? Me da la impresión de que podrán ser más oscuras.

—Yo sé que Amariles lo que busca es romper el cascarón que recubre lo que él llama el dogmatismo, porque según entiendo no se conforma con ser guía de un ejército de fanáticos que no tienen un bagaje distinto de la vana aspiración de alcanzar el poder por la violencia de las armas, porque esto hay que cambiarlo cueste lo que cueste. ¿No es eso lo que han hecho las revoluciones de esa clase, unas más, otras menos, ofreciendo eliminar la explotación, y seguimos en veremos?

—Ve, se me ocurre, ¿cómo quedará Amariles de lindo con una cachucha militar?

—¡Horroroso! Yo creo que Amariles nunca llegue a usar el uniforme, porque no va a ser distinto de como ha vivido, en pelota, cuerpo y alma, que es la única forma verdadera de enfrentar el enemigo en la batalla, pues, ha dicho él, a los ejércitos engalanados, si no es de la sabiduría, más fácil los destruyen, más se enredan en su propia impedimenta, y terminan huyendo a tropezones,

abrigados del silencio y de la muerte. Y creo que ha dicho también que la revolución es la de ser libres, no escondidos y sin alma: La del arte y la belleza.

—¡Ah! Entonces nosotras que rodamos descubiertas de embelecocos, ajenas al frío y al calor, poco expuestas a que las balas nos penetren, ¿les podríamos servir de gran ayuda a muchos guerrilleros que a veces andan descalzos?

—Sí, la mayoría de la cabeza a los pies, caminando por selvas y montañas, destruyendo. Los ojos puestos en el precipicio, y con oídos no para escuchar sino para oír apenas el sonido de las balas. Porque música, ¡si acaso las rancheras! ¿Has escuchado el canto de un turpial? ¿Has visto un petirrojo, un azulejo? Un carpintero, ¿crees tú que un ave tan hermosa llegue a tener la capacidad destructiva de un guerrillo? ¿Has visto un colibrí, el que llaman *chupaflores*, palpar incesante alimentando el alma con el olor de las flores y esparciendo sus colores infinitos por el mundo que ahora quieren despoblar los guerrilleros chupasangre?

—Te noto desinflada, no de una llanta, porque Amariles ha sido cuidadoso, pero parece que tu espíritu desfallece por las perspectivas.

—Pues sí, porque como lo has sugerido, me parecen oscuras. Y como tenemos alma...

—¿Será que los guerrilleros no tienen alma, que el partido los arma y los des-alma, o les deja el alma hecha un erial? ¿Sería lo que le pasó a uno que llaman *Tirofijo*?

—Como quien dice: Que el partido los parte en dos.

—Y en cambio, nosotras junticas, ¿cierto? Voy a meter mi baza, a ver qué opinas. Yo creo que la guerrilla la dimensión eterna la cambia por la muerte, por el asesinato, en nombre de la verdad, porque ellos son los que dicen tenerla: Que muchos granos de odio; y el amor, si está en alguna parte, el que venga atrás que arree, libres para matar, encadenados para pen-

sar. ¿No has visto que muchos ciclistas le ponen cadenas a sus bicicletas?

—Para que no se las roben, los que pueden robar...

—¡Pero a nosotras no pueden cortarnos las alas!

—¡Las alas que nos han dado Bruno y Amariles y los amigos para conversar! ¿Será esa la libertad que no entienden los guerrilleros?

—Soterradamente caminan por la noche sin hablar, por el monte y las cañadas, remisos a entender, y en las mañanas gritar: "¡Que viva la revolución!"

—Bueno, entonces hasta mañana.

—Bruno no se ha ido. ¿Vamos a echar un sueñito?

—¡Sí, el de la revolución!

—¡Entonces, hasta mañana!

2

El Sueño.

Aquí Bruno hace una pausa y le dice a Arturo:

—¿Sería que yo también amanecí con ellas?

—Si estabas sonámbulo..., insomne soñador...

—Porque esto que sigue como que fue algo antes del desayuno..., y no era una pesadilla..., era... ¿Pedimos otro *tinto* y sigo leyendo?

—¡Bueno, dale, dale, esteta desvelado!

Piden más café, y Bruno continúa:

—¡Ay querida! ¿Qué horas son?

—Por lo que alcanzo a ver, el sol ya está empezando a levantarse.

—¿Y pudiste dormir? A mí la noche se me ha ido como intempestivamente. Caliginosa y con mucho ruido.

—Pues será porque eres igual a Bruno, que dizque se la pasa en vela oyendo ruidos. Pero serán los de afuera, porque los interiores...Shhh, hablemos más pasito, que todavía anda por ahí.

—¿Y es que una puede también tener ruidos interiores? ¿Serían los que yo estaba oyendo anoche?

—¿Los oíste o los sentiste?

—Más bien creo que los estuve viendo, y de colores. ¿Será que los colores también suenan?

—Sí, dice Amariles que generalmente en el alma, porque si los colores no fueran un sonoro prodigio, no habría sino lo blanco y negro. Pero que es bello y sorprendente el mundo.

—¿Y cuál es el más bello de todos los colores?

—La luz, que los comprende y los compone, me parece que dijo Amariles, además.

—¡Ve, qué cosa tan bonita! Pero yo diría que en lo de anoche había algo que me disgusta, como si yo pensara sin pensar, pero sintiera pasar lo que pasaba, en puros colores, incluidos blanco y negro. Como si cuando se llama lo que no existe, se le busca, se le atrae, y sin que uno quiera, él se aparece. ¿Qué puede ser tan raro?

—¿Algo así de que "Yo quiero y no sé que es lo que quiero", según le dijo Bruno a Amariles hace algún tiempo? Algo así como un secreto.

—A lo mejor. ¿No tengo yo, pues, el alma que él me dio, y con secreto y todo? ¡Mira lo que te digo! Anoche parecía que se me quería salir, para irse a no sé dónde. Era la noche cerrada, negra, y como si yo estuviera abierta, en blanco, rodando, sin rumbo y sin destino, para escaparme.

—Te noto pesimista. Yo creo haber sentido algo parecido, aunque en el fondo podría ser distinto. Claro que nosotras, las ciclas, dependemos del vaivén que ellos, los hombres, nos impriman. Pero que en resumidas cuentas no somos pasajeras porque nuestro tránsito

to por el mundo va unido de una manera o de la otra al destino que ellos mismos, los hombres, determinen. Por eso tal vez le he oído a Amariles que no basta con dejarnos por ahí botadas como simples instrumentos para cuando nos necesiten sino que, si hemos hecho parte de sus vidas, —el viaje itinerante que ellas significan—, tenemos que estar con ellos, a todas horas, hasta el final, y sin apresurarnos, sin huir.

—¡Qué cosa tan carnuda! ¡Me da tanta felicidad oírte hablar así! ¿Será que filosofas como Amariles y dices cosas profundas? porque dice Bruno que le ha oído decir que la filosofía nos permite ir a lo más hondo y ser felices... ¡Ah, pero se me viene esto al *cacho*, digo, a la cabeza!, veamos como sale :

¿Qué haces por ahí tú
revoloteando *Periscopia*?
¿No ves que Amariles y Bruno
y los amigos, incluido Federico,
lo que quieren y han querido
es hacer el amor y no la guerra?
¿Y por qué sin embargo te atraviesas
aun viendo con tus calaveras
que ellos, a entrambos los enfrentan?
¿Es que acaso los quieres destruir?

—¿Qué opinas? —concluyó diciendo con un tono de esos jactanciosos, como poniéndose las manos, del manubrio, en jarra.

—¡Muy bien! Le vas aprendiendo mucho a Bruno, y que todo, como él, lo revuelves... Mira... Mira... Pero no... Mejor que siga por ahí... Antes recuerda que ellos sí hacen guerras...

—Sí, pero que las llaman así, por la ebriedad...

—Bueno. ¿Y no ves que pueden ser lo mismo, y que en ambas pueden morir si es necesario?

—¿Tú, hija de Amariles, y por qué dices eso?

—Puede ser por el sueño que tuve anoche.

—¿Soñaste que Amariles se fue para la China a buscar las ideas de los mandarines, a buscar la sabiduría, y que después cuando regresara...?

—Algo parecido, pero creo que con menos colores que en el tuyo, y que Amariles vagaba y vagaba, pero no encontraba nada, como decir que todo era blanco y negro, solamente.

—¡Ah, no ves, también amaneciste pesimista!

—Veía una ciudad, una especie de Medellín, en la que Amariles no estaba propiamente, ni nosotras tampoco..., pero que nos cobijaba y era muy hermosa.

—¿Y es que estábamos allá juntas las dos? Porque lo que yo entendí ver creo que era igualito al mundo, colorido, esplendoroso, aunque caliginoso, y en él, nosotras, muy campantes.

—Campantes..., campantes...

—Sí, también, en una inmensa llanura y ellos dos pedaleando..., fuertes y seguros.

—¡Que coincidencia! Entonces oye, que mi *cacho* también quiere entonarse:

No olvides que el todo se escapa

Pero también regresa.

Que Periscopia no es más

Que nuestro mismo sér

Que divaga, se alebresta,

Se aventura, se pierde

¡Y se encuentra!,

Y que si hoy estás dispuesta

Con todo y tu secreto

Con todo y tu misterio

Con toda tu verdad,

Podrá venir la muerte

Que no es una victoria

Y menos la derrota

Porque cuando ella venga

Por hoy
Y para siempre
No necesitas más:
Lo tienes todo,
Porque eres tú,
El mismo
¡El hombre!

—¡Eso! ¡Y como canta Bruno, pa-parara-pa-pa! Pero..., pero —agrega—. ¿Y es que ya no necesitamos más el alma?

—¡Sí! Porque ya la hemos tenido, más la necesitamos, para siempre, en la revolución del alma, que sólo el hombre sabio sabe hacer, y acabas de sugerir —concluye la de Amariles.

En esas entra la muchacha del servicio y extrañada exclama:

—¡Señora!, ¿Movi6 usted las ciclas anoche? —Virginia entra y pregunta: “¿Y entonces, ¿cómo estaban pues?” “Yo las dej6 recostadas una a otra” dice la sirvienta, “aquí, junto al pilar, y véalas donde están, al aire libre, acostadas, separadas, y como mirándose, de frente”. “Ah, sería la tal *Periscopia*”, dice Virginia, “venga, venga, que se quema el desayuno”. Y se entran.

—¡Viste, Viste! —dice la de Bruno—. No se dieron cuenta de que ha sido Bruno que ha venido varias veces y nos puso así para que pudiéramos observar mejor la luna y las estrellas porque, ¿sabes?, Bruno ha dicho que la noche no es sólo oscuridad. ¡Pero míralo, allí sigue acurrucado y escribiendo detrás del lavadero, y ellas no lo han visto!

—Sí, él sigue siempre a Amariles, que sostiene que la noche es bien propicia para percibir la divinidad, que hay que acatarla, siendo libres...

—¿Sí?... Yo no había oído eso tan curioso.

—Ya ves, yo creo que a eso se refería el sueño mío, y a pesar de que como en la mitad de él explotó una estrella, yo vi que Amariles seguía tan campante, como has dicho tú.

—Sí. Y en el mío con mucha persistencia. Dice Bruno que es lo que le faltó a Federico pero a mí pareció que Bruno vacilaba...

—Y a mí que Amariles... No sé... No sé...

—¿Sería que sufrían? Creo haber oído a Bruno que decía:

¿Me apoyas *Periscopia*
o nos vamos a quemar
como una estrella?

—¿Sería en la estrella que explotó en tu sueño? Por lo menos en el mío había cantidad de resplandores...

—¿Y un tanto sulfurosos?

—Creo que sí..., pero... cuando pasó todo, era de día, radiante el sol, el mismo, ahí lo tienes. ¿Será que al esconderse y continuar por su senda esplendorosa detrás de las montañas, sus últimos rayos los dispara, hiere el alma, y enseguida nos deja conocer los espejismos de la noche?

—Podría ser. Y que tal vez por eso te pareció que ibas sin rumbo y sin destino, y a mí también, más o menos, un poco lúgubre, como si se nos acabara el impulso. Pero ahí lo tienes. Cuando amanece, el sol abre el camino, promisorio.

—Y no contradictorio. Bruno y yo decimos una cosa y después otra distinta. ¿Será que así no vamos para ninguna parte?

—A ver... a ver... Yo digo que tú te pareces a Bruno porque has hecho parte de su vida, lo mismo que yo de la de Amariles...

—¡Ay, ¿y si resuelven vendernos y va y nos compra un guerrillero? ¡No, qué fatiga, qué adversidad! ¡Qué

falta de energía! ¡Qué tedio, qué fastidio! El resto de la vida esclavizadas, de llantas desinfladas y por despenñaderos; de uniformes ajenos, sucios y sudados, hasta sin calzoncillos; destemplados los radios de las ruedas, el *cacho* torcido. ¡Y sin ideas, echando bala, echando bala! Porque, ¿quién puede ser mejor con la violencia, violentándose a sí mismo y a los demás? ¿Envolviendo lo contrario, lo distinto, en apariencias de verdad?

—¡Un momento! ¿Por qué supones tú que así nos va a pasar? ¿Te volviste adivinanta?

—No amiga. ¿La adivinación no es distinta?, ya lo dijiste tú o lo dijo Amariles, pero yo no les he visto la razón a los guerrillos, ¿Amariles se la vio? Porque ellos matan, matan, ¿Y qué más? Cuando acaban, itaque!, a matar la poesía, o a dirigirla, que es lo mismo, ¿no? ¡Y Amariles que habla de la virtud y ellos del terror. ¡Vea pues! Sin ser ni identidad, los ojos fijos en nada, pero sí fulminantes y mortales, no como los que le gustan a Amariles, ardorosos. ¡Qué contradicción! ¿Nosotras asesinantas? ¡Vea pues!

—¡Cálmate, cálmate!

—No.No me calmo.

—Es parte del destino, pero le he oído decir a Amariles que es cuando no se sabe enfrentarlo cuando nos desbarata...Y que si es contradicción lo que nos da el impulso, no importa porque es más bello estar dispuesto a todo que encerrado, indiferente.

—Pues yo sí prefiero estar desbaratada y vuelta tornillos sueltos y desperdigados que volverme guerrillera y no poder volver ni a soñar cosas tan raras, y a ratos tan bonitas.

—No ves que eres de Bruno y como él, tienes a *Periscopia*.

—¡Ah! ¿Ella es su divinidad? ¿Y la de Amariles?

—No sé bien. Tú sabes que él maneja una palabra, o varias, o mejor, una que las comprende, el amor, que a

todo le hace frente. A ratos pienso que en el sueño que tuve, por eso y por el amor, seguiría tan campante... Amariles... ¡Y montando en bicicleta! ¡Ajah, en mí!

—¿Entonces el amor puede ser su divinidad? ¿Y tú su *Periscopia*?

—¿Cuál otra puede ser? No sé. Que Bruno le haya encontrado un nombre sugestivo, no tiene por qué variar el sentido a sus impulsos; que si es algo insensato...

—*Periscopia* es el anuncio...

—Que le viene de sí mismo...

—De su fuego interior...

—Como el de Amariles...

—¡El Secreto! —Exclaman juntas.

—¡Señora! —dice la muchacha, que ha vuelto a entrar al patio—. ¡Vea estas ciclas, están otra vez juntas! ¿Ha visto usted si fue don Bruno el que las movió?, yo no lo vi entrar. "Ni yo lo vi salir", responde Virginia. "Dejémoslas, dejémoslas, tendrán ellas sus motivos. O su misión, y a su manera. Venga, venga".

—¡Bruno, Bruno!, ¿no piensas ir a trabajar? —dice en voz alta Virginia.

—¡Y en ésas desperté! —exclama Bruno. —Y dice Arturo:

—Y vámonos porque me estoy quedando como medio dormido...

—¿Qué opinas, qué opinas?

—Pues que si fue un sueño...

—Me ha dicho el *Marqués* Luis que se puede escribir soñando..., que así hasta lo más secreto...

—Y así tan bellos..., ¿sueños?, dale, dale.

—¿Nos vemos mañana y me prestas la *Vita* de Cellini?

—Claro, pero cuidado Medusa te petrifica pues por lo visto puede irte mejor sonámbulo, fijos los ojos en Morfeo, el único que anuncia la verdad...

—¡Este Narizón!

—¡Hasta mañana!

XLIII

¿Había ido Amariles a la China a empaparse de aquella milenaria erudición que los viejos mandarines encerraran para todos los siglos entre los muros imbatibles de la muralla infinita serpenteante de la llanura a la montaña, con ingeniería inverosímil y los ríos vadeados por puentes inimaginables? Que se sepa, nadie supo si lograra entrevistarse con el camarada Mao. Y que encontrara belleza en unos ojos rasgados, oscuros, misteriosos, penetrantes, que lo hubieran invitado a dar un paseo en bicicleta, itinerante, por la cimera vía de la muralla, en las cercanías de Pekin desde donde puede irse hasta muy lejos, por cientos de kilómetros, pudo ser. Pero que cumpliera las tareas encomendadas por los jefes del movimiento, habría de quedar mucho por averiguarse, porque como todo era en el mayor secreto y no se permitía entrometidos, fácilmente detectables, fácilmente fusilables, el informe final que rindiera de los resultados del viaje debió de quedar en los archivos inciertos de los altos representantes que son los que mandan y definen lo que debe seguir, lo que debe hacerse con lo que trajo Amariles que pudo ser que no sirviera para nada, y se gastara no se sabe cuántos dólares en un viaje tan largo, y a lo mejor llegara con ideas contrariantes que se dedicara a esparcir sin suntuosas presunciones pero con sonsonete de comisario oriental que tocara en el gong un llamado a desertar las filas,

como quien dice, después de tanto tiempo desperdiciado en tomar las decisiones concluyentes para demostrar que son compaginables el amor y la revolución así haya que poner de por medio la guerra que resalta la necesidad de lanzarse a la acción definitiva, resultar con que a la postre se deben considerar las dilatadas y graves consecuencias que han de traer los funestos empeños de la guerrilla que no toma las guías de la virtud, la justicia y la verdad en sí, las deja de lado y se enruta simple y llanamente por el escabroso sendero del más puro despotismo que lleva a los pueblos al final a sentirse derrotados o, lo que es peor, decepcionados, lo cual choca, de entrada, con los presupuestos iniciales de quienes depositaran absoluta confianza en el que parecía trabajador infatigable, mensajero alerta, y que no le van a permitir tamañas confusiones que penetran las masas, las distraen, las alejan de las realizaciones concretas con idealismos pendejos sacados a relucir a última hora del magín embrollado a lo mejor en las tertulias y conferencias que los amigos, en parranda de zoquetes, acaban diciendo que no se puede aceptar así no más los trágicos desenlaces de lo que han resuelto llamar el fundamentalismo que no es más que teoría desvirtuante de los predicados marxistas que no admiten ninguna contradicción, y al que se oponga, fusilarlo.

De esta manera se llega a la parte crucial, y puede pensarse que no basta poner las cosas en su punto. Que si Amariles hubiera estado de veras en la China sin que fuera a recargarse de vana erudición; y como a cualquier árbol se le caen las hojas en otoño o en invierno y, por qué no, en verano o en primavera, y los silbos interiores obligan a despertar, tampoco le bastaría decir al regresar: "¡Qué Belleza!", restregándose los ojos, pensando, "¡hay que vivir!".

Entonces, por el momento, volver a la bicicleta, recuperarla, llevarla al taller para ponerla reluciente. Y, qué importa, de pronto recordar aquel madrigal que algunas veces cantara Bruno:

*A la mar fui por naranjas
Cosa que la mar no tiene
Toda vine mojadita
De olas que van y vienen.
¡Ay mi dulce amor!
¡A la mar
a la mar
me voy!*

—¡Vuelve y juega! —dice el croupier de la ruleta. Y el mecánico:

"Debemos revisar bien los balines, para cambiar el que tenga la menor imperfección; templar la cadena, bien templada; medir el aire a las llantas, que queden parejas; acondicionar el asiento en el lugar exacto. Otra cosa bien importante: Que el timbre no vaya a fallar. Ah, y lo más necesario: Alinear la dirección, bien asegurada, porque si afloja resulta fácil estrellarse". Y: "Dale ahora unas vueltas por ahí, que yo creo que está lista, te lo garantizo".

Tranquilo como siempre, treparse a ella, igual que antaño. Salir a buscar y preguntar. Pero..., un momento, ¡mucho cuidado!, las controversias con los señores del partido manejado por los duros parecen haber llegado hasta el punto del que no haya más regreso. Si las dudas asaltan, considerar: ¿Por qué pensar que si las cosas cambian no vamos a seguir siendo los mismos? ¿O es que de nada sirve imaginar? ¿O es que estamos de nuevo en el estilo de las paradojas? El artista abre las puertas y por ellas penetra el viento fresco. Cada artis-

ta hace su esfuerzo solitario, y suma. Cada uno se acerca a su manera, tratando de entenderse. ¿Y sin pisar la raya? No, por cierto, pisa la raya cada vez que puedas. ¿Y si los compañeros del partido, la guerrilla, ahora ya no te soportan?

¡A la mar, a la mar, me voy!

Que esa pudo ser una de las últimas ocasiones que se encontró con Bruno.

—Hola hombre Amariles, no nos veíamos desde aquel día que te entregué la bicicleta. ¿Dónde andabas?

Tenía Amariles la misma palidez que nimbaba siempre su figura, que no era de santo ni nada equivalente, aunque los perros llegaran a ladrar muy alto y fuera difícil espantarlos. Tenía las espaldas desproporcionadamente amplias, nada maletón, la cabeza menuda. No se parecía a Sócrates, pero a Bruno algo le sugería que podría parecerse. La nariz un poco más filuda, sin dar el rostro la impresión de cansancio, así no estuviera sonriente, por la intensidad de la mirada, como si tratara de dejar su huella perdurable, imborrable, sin herir la razón de quien la recibiera. Y un retrato que se le tomara de perfil o de frente no mostraría un semblante decidido, a primera vista, pero si el observador insistiera, tal vez se encontraría con algo parecido a un halcón al acecho, hipnotizante.

—¿Has visto a los amigos? —le preguntara a Bruno.

—Un poco, de vez en cuando, estamos bastante desperdigados, pero, como tú dices, nos une la belleza y, no faltaba más, la amistad. Que ahora han puesto la belleza en la picota tus amigos guerrilleros, pero como ella no ha dejado de ser bella, espero que nosotros la

podamos seguir considerando bella. ¿Y tú, a qué te dedicas? —le respondiera Bruno.

—Pues, mira, las cosas están un poco complicadas. No sé si sabías...

—¡Que te fuiste a pasear a China! ¡Pues al menos así nos hemos enterado, claro!

—Que se vuelve difícil conservar el impulso...

—¡Ah! Que te quieren obligar a agarrar el fusil, ¡hombre, con esa flacura!

—Hay una corriente en el partido que sostiene que yo promuevo el descontento por mi idealismo intelectual... Que soy un escapista, un elusivo inconveniente... un fujit...

—¿Y qué? ¿No te acuerdas de que una vez leímos en un libro de esos que antes me prestabas, tan buenos, que toda acción revolucionaria termina barriendo los ideales que primero ha promovido? ¿Será que no han logrado conocer a *Periscopia*?

—Hay algo de eso. Pero lo que ahora ocurre no es que yo tenga o no tenga que coger el fusil, sino que en el partido se ha tomado una decisión que me obliga a enfrentar una faceta de la existencia, que sí me implica un sacrificio..., porque huir...

—A ver, a ver, no te entiendo —dice Bruno.

—Bueno, que he sido algo así como proscrito —responde Amariles.

—¡Desilusión! —exclama Bruno—. Lo cual demuestra que hemos destapado la caja de Pandora.

—¡Pero podemos confiar en *Periscopia*! —Amariles se sonríe, y agrega:— Debo irme. Estoy buscando un trabajo en el que pueda recogerme un poco.

—Como quien dice: Evaporarte.

—Pues...No..., que si mañana...las pesquisas...

—¡Oye...Oye...!, entonces ¿hasta luego? ¿Así, no más?

—Entre nosotros, mejor un ¡hasta siempre!

Si había sido un ser austero, qué impedía que se colocara como obrero raso en una pequeña fábrica, y que madrugara para el turno de las dos de la mañana y que fuera en la Raleigh reluciente; que recorriera, pausadamente, el trayecto desde la casa, adonde había regresado, hasta el trabajo, sin tener que hacer venias y reconciliaciones; que saliera de la calle Bomboná, arriba de El Palo, no demasiado lejos del viejo Ayacucho por donde había subido tantas veces en la cicla para ver aquellos ojos de vikingo, radiantes, refulgentes, para siempre añorados, imperecederamente. Pero que frecuentara los antiguos lugares, los amigos sólo furtivamente, en fantasmagóricas apariciones no exactamente repudiables sino algo así intemporales, y que fuera inevitable porque pisó la raya. Que tuviera que tratar de evanescerse, sin perderse, de estar y no estar, un poco ser y no ser, sin tragedias hamletianas, sino aceptando un poco el destino momentáneo que le llega y lo toma, sonriente, precavido, diseñando las necesarias precauciones, así no más, como debe ser, y prolongarse un poco, sin que importe pensar en que de pronto hasta es posible no morir, como quien dice, así, invariablemente. ¡Obrero raso! ¿Qué diferencia podría haber entre un trabajo y otro para quien sólo amaba la belleza? Pero sí. Que ahora se erigía en el gran enemigo. ¿Él, que sólo en la amistad había confiado, para la cual aún existiría?

¡El gran enemigo! Agudas diferencias en los cuadros del partido. En primer lugar el compañero Amariles no estaba en condiciones para coger el fusil, si por insuficiencia física, evidente para él, extraña a los camaradas. Habiendo viajado por lejanos países para empararse y traer ardientes consignas, sus palabras alcanzaban sólo para hundirse en el oído de los nuevos adeptos como balas de penetración idealista. Y, entonces, ¿qué era?

¡Un revisionista! ¡Un revanchista! ¡Un trotstKista!
¡Un desviacionista!

Las premisas fueron definidas en interminables sesiones desde la tarde hasta la madrugada durante agotadoras jornadas decisivas. Pero los juzgadores al principio y al final, unánimemente convencidos. Y fue el camarada Eutiquio quien tuvo la actuación más descollante. En sucesivas intervenciones, un resumen pormenorizado y de objetividad inasible escuchado sin chistar por los no embelesados asistentes, pero sí asombrados por la abundancia más que riqueza de datos, la vaciedad inacabable e irrefutable por la facilidad expositiva de Eutiquio, y de su capacidad para pintar con trazos enérgicos y contundentes las funestas capacidades de Amariles para confundir. Las preguntas hechas en las "Sesiones de análisis de la conducta del renegado Amariles en los últimos tiempos" eran las de por qué un individuo de tal naturaleza había logrado infiltrar de ese modo las filas de correligionarios, y realizar tarea demoledora, desmoralizadora, taimada, encubierta y ladina.

Lo que más sorprendió y llenó de indignación en las memorables jornadas era la condición de irreductible y absoluto idealismo en la estructura mental de Amariles, y el hecho de que sólo después de varios años se hubiera logrado conocer sus verdaderas inclinaciones totalmente contrarias a la más elemental ortodoxia aun para las concepciones de quienes se consideraban los representantes genuinos de la corriente más renovadora, impulsados a su vez por dinámicos pero limpios ideales revolucionarios. Porque, afirmaba Eutiquio, una cosa son los ideales revolucionarios, y otra los demás, que niegan la dialéctica de la historia y sus leyes inevitables.

El encendido tribunal siguió su curso hasta agotar "el análisis", para que no quedara duda de su imparcialidad. Oído el relato categórico del camarada Eutiquio, y convencidos los integrantes de que no faltaba una palabra por decir, un solo hecho por encuadrar en su contexto, por sopesar en la balanza y encasillar en la memoria, para que el juicio fuera ejemplarizante los considerandos se abreviaron, pues obtenida la convicción, dadas las conveniencias, sobran las constancias. El camarada Nemesio, que aceptó el pesado fardo de intentar la defensa imposible, concluyó su alegato sosteniendo que puesto que la renuencia insolente es un don de gentes miserables, cabía sólo pedir al tribunal una resolución acorde e irrefutable, dado que el reo ni siquiera había comparecido para hacer los descargos, demostrando con ello inconsecuencia extrema con sus actitudes, que llegaron casi a desarticular los cuadros del partido mas no, afortunadamente, a disolverlo.

Se consideró que era inútil publicar el fallo. El partido de antemano ya lo conocía. El mismo convicto sedicioso, aun sin que le fuera notificado, ¿cómo podía ignorarlo? ¿No andaba ahora rehuyendo el trato? ¿No había sentido la repulsa general? ¿No se había negado, en acto de suprema altanería, a tomar las armas como se le ordenara? ¿No es acaso el mejor fallo el más absurdo? ¿El más inverosímil, el más conveniente aunque se le juzgue injusto por los afectados?

De esa forma el renegado podía presentir lo que debía ocurrir, con lo que su falta sería parcialmente purgada, quedando reservada para el momento oportuno la ejecución de la sentencia, porque, donde se ocultara, sería descubierto.

La situación, pues, para Amariles, parecía haberse estrechado, porque saber que otros disponen de tu ser

para saciar la sinrazón desdibuja el panorama. Y cantar "Farolito que alumbras apenas mis calles desiertas", sería un aferrarse a buscar lucecitas fugaces como la del cucuyo que en sus evoluciones perturba la oscuridad por un instante después del cual la naturaleza de las cosas vuelve a ser la misma a pesar del vano intento de apresarlas y quedar con las manos vacías, aunque en sus resonancias interiores sigan dejando entrever que puede ser posible conciliar, compaginar la distancia inconmensurable entre la libertad y el amor. Así pues que había llegado por primera vez a sentirse encerrado, que algo lo había desbordado, amputado las alas aun para huir, que no estaba en los presupuestos recibidos del maestro. ¿Situación intolerable? ¿Puede el mundo encogerse, por haber sido acaso apenas imprudente, falta de sensatez? ¿Y que hay quienes se arrojan la ventaja porque tienen, sólo para ellos, la virtud, y el poder de suprimir tu libertad?

De manera que sí, que volvamos a la cicla; y del cuarto y el saloncito donde continúa la radiola silenciada, ir todos los días a la fábrica no disfrazado pero sí más esfumado, obrero raso, y quizás no preocupado de lo que estén diciendo o haciendo los acusadores, porque si la muerte llega y siempre ha de llegar, es cuestión de esperarla, pues colgarse de la "U" es declararse derrotado y vencido a la vez, la suma cobardía. El desafuero hasta la indignidad. Así que entonces, por el momento, si no imprevidez, serenidad. Pero...

"Pero...Pero...¿Entonces dónde se habrá metido"—se preguntaba Bruno una tarde en la que recibiera una boleta firmada por Amariles en la que había escrito una especie de mensaje con su letra menuda cada día más difícil de entender, y aunque el famoso traductor hiciera algún esfuerzo sólo lograra descifrar a medias: "Se ha... que... mañ... (palabras ilegibles) pe..

(ilegibles) por la mu...y teng...por eso...(ilegibles) yo... que ... enton... te co... (ilegibles). Per... lo... (varias palabras ilegibles totalmente) let... Y que pro... no... volvam... a en...ntrar. Tuyo, Amariles". —¿Se quedaría en Medellín o qué?— concluyó preguntándose Bruno.

¿Quién atajar puede los días? Van raudos, raudos. Por eso tal día no caminaba ni se había estancado, ni rodaba simplemente después de terminadas las labores en la fábrica, como uno más entre los obreros, acomodado en la cicla reluciente, conversando con alguno y preguntando, ¿por qué no?, "¿Qué piensas hacer mañana?"

Sobre la tarde, se destacan las figuras ejecutoras, cada una por su lado, provistas de consignas, del espíritu, ¿o el espectro?, revolucionario, dotadas de las armas, dispuestas a todo, incluso al sacrificio. ¿Imaginarlas embozadas, espantables, terribles? ¿Susceptibles de premoniciones? ¡No! Carne y hueso del común, desbordantes de mera presunción, esbirros del que todo lo puede, dueños del ser, del otro, heroicos servidores de la causa. ¿Y Amariles? ¿Sonrisa sibilina? ¿Él mismo?

Pero no. Día igual que los demás. Pero... ¿Qué ya no era él mismo, que ya su ser no le pertenecía? ¿Porque puede ocurrir sin que lo sepas que has dejado de ser, que eres Nada? No un cero a la izquierda: Un cero rotundo. Nada. Y que tampoco hubiera tenido tiempo de retrotraer hasta su mente aquellas palabras, que dejaron ciego al ayudante relojero, de Federico. No más dueño de su ser, él mismo. Y porque...

—¿Dónde andará? —se preguntaba Bruno.

Calibre treinta y ocho. Las balas precisas para ese cuerpo un tanto desgarrado. Cicla rodando lejos, iner-

me, desvalida, abandono total, agónico fin, tarde estancada. Escombros doloridos. Ni un "¡Ay!" Ninguna visión reconfortante hacia ninguna parte. Algunas fuerzas para reincorporarse, un poco más de esfuerzo, estar de pie. ¿Qué ha sucedido? ¿Un poco de valor personal que aún le queda? Reluce puñal de dimensiones inauditas, supremo instante para alzar el vuelo, alzar los brazos para recibirlo, puñal afilado, vengativo, golpe seguido. Ni un "¡Ay!".

EPÍLOGO

¿Y cómo imaginar, ahora, que Amariles seguiría pedaleando, siempre hacia arriba, hasta llegar, hasta llegar, quién sabe cuándo? ¡Ahí está! ¡Que más le gusta es viajar, viajar, sobrepasar las cuestas, coronando en las estrellas! Porque si en asuntos terrenales se ha visto comprometido, parece le dijera la pensión al darle la bienvenida, "que mientras te mantengas vivo por tus sueños, seguirás siendo tú, el mismo: Viva la llama, vivo el corazón. Pues pasan los que no tienen compromiso, para sí, sino para añorar que ya no son ni nunca han sido ni serán, anhelosos del saber, y sensibles, como tú".

Y menos imaginar que los esbirros en su inmensísimo mar de desaciertos fueran a equivocarse la inconfundible figura con la cicla minuciosamente descritas, detalladas en las incontables sesiones del inverecundo juzgamiento en el cual Eutiquio había destacado con pelos y señales hasta la saciedad lo fácil que era distinguir al renegado Amariles y la Raleigh que para nada servía distinto a llevarlo a miles de reuniones que el inútil y enredado mensajero complicaba con pésimas cuestiones que si vamos a ver fueran todavía más inaceptables después que dijo haber venido de la China a donde nadie supo si había ido exactamente o se había quedado en París o en cualquier otra capital de la vieja Europa gastándose los dólares que con tanto

esfuerzo recaudaba el movimiento en esos secuestros perpetrados "para financiar la campaña" tan larga y prolongada como exige la revolución en un país bien atrassado y dominado por el imperialismo al cual, ¡vea usted!, le podemos ir enviando coca para contribuir a disolverlo aunque de todas formas no es fácil combatir de otra manera porque en la producción de armas también es inagotable y nos las venden más barato con lo cual se meten en nuestra economía por los intersticios que ¡quién creyera! el tal Amariles viene ahora a sostener que primero es necesario establecer qué es lo justo o verdadero cuando ahí están plagando de miseria como dijera Bolívar todo el mundo en su propio beneficio y en nombre de una libertad que pregonan a los cuatro vientos y no es más que otra de sus descaradas mentiras como las que el desviacionista Amariles con su figurita desgarrada y con su cicla, fijense bien, delgado, no muy alto, pelo lacio, ojos oscuros no saltones como los de Sócrates, y tampoco ñato y carón, ni grueso, ni corpulento en conclusión ambos desmañados de porte y diferentes más o menos pero de una u otra forma queriendo parecersele Amariles por la inteligencia y la razón que no sirven para nada sino para corromper la juventud con impertinencias, sandeces y preguntas engañosas y taimadas dirigidas a redondear en un supuesto amor que se le debe tener también a todo el mundo y que resulta ser un puro subterfugio para lanzarse a la conquista de mancebos desprevenidos y acabar donde sabemos, en la cama, porque sepan señores esbirros, digo, encargados de la ejecución, había terminado al finalizar la dialéctica exposición el habilísimo Eutiquio, es muy fácil encontrarlo una tarde después de las dos que sale de la fabriquita esa conocida que queda en la autopista conversando con los compañeros y montado en bicicleta Raleigh por más señas y no importa que vengan también otros montados en vehículos iguales o parecidos porque ustedes ya saben por la descripción que les he

hecho cómo pueden distinguirlo y cuidado con ir a equivocarse porque sería una pendejada y tenemos bien averiguado que sí es cierto que está trabajando allá de obrero raso y termina las labores y sale tan campante como si nada, cuando tenemos decidido y él debe de saberlo que ha de ser eliminado para nuestra conveniencia que es la de la revolución que, aunque él lo niegue, es así nuestra justicia, y punto.

Y que tampoco porque Federico hubiera preguntado "qué vamos a hacer sin Amariles" y lo tomaran los amigos como alusión jocosa a la cual Bruno agregara una de sus necedades sobre gordas, se iba a quedar el tema sin airear en estos tiempos en que noticias sobre asesinatos se iban haciendo irrutina! en la ciudad des- arreglada por meffíticos vientos de coca con guerrilla, a lo cual en charla que celebraban en terraza del así llamado *Café Café* situado cerca de la placita del, *imuy particular!*, barrio El Poblado, repoblado de *emergentes*, en donde apenas se podía departir con mucho peligro de que a uno lo asesinaran porque sí o porque no, o por esto y por aquello, que Bruno en una de sus rabetas exclamara "¡Pura caca!"

Ahora bien. Que los amigos eran menos, fenómeno decepcionante y más frecuente como Federico augurara refiriéndose al *Partido*, en éstas dominado por la *guerrinarcoligarquía*, y ya nadie arriesgaba sentarse con un desconocido porque quién sabe lo que llegue a ocurrir. Pero así hubieran ido pasando y pasando algunos años, Bruno, Arturo y Róber (sin Óscar, que andaba embolatado con lo que Arturo llamaba *politiquerías*), estaban con sus compañeras escanciando brindis no por lo esporádicos menos cariñosos, también.

Y la charla discurría, alegremente. Arturo, sin faltarle a su incisivo temple, al referirse a la mención que

Bruno hiciera de la muerte poco socrática del platónico Amariles, profirió una de sus proverbiales andanadas:

—¡Pues como los señores que sabemos conocen muchas yerbas, pero ignoran, ignoran, ignoran para qué sirvió o sirve la cicuta, y Amariles tampoco se la iba a tomar, desmemoriado Bruno, la noticia que dieron los sabios *Elenistas, o Epsilonistas, o Farconarco-terapistas*, reivindicando, óigase bien, olvidadizo ñato, rei-vin-di-can-do la presunta ejecución, quedó sin aclarar!

—¡Este Narizón! Yo sí recuerdo que en la casa de Amariles no había nadie cuando fuimos a preguntar sobre el entierro, pues como que se habían ido para Cali el papá, la mamá y las hermanas, y los otros hermanos no se volvieron a ver en ninguna parte...

—Yo diría...—dijo Róber sobándose el bigote:— Y cómo imaginar que los señores del partido con su mente prodigiosa para la perorata inacabable al minucioso detalle no fueran a saber definir o a esbozar a los esbirros la presencia inconfundible de esa figurita que era tan fácil distinguir por su nariz —mira de reojo a Bruno y Arturo— filuda y el infaltable cachumbo en la frente, y sobre todo, la Raleigh.

—¡Ah, pues gente con Raleigh en ese tiempo había mucha!

—Pero la de Amariles y la mía...

—¡Las fabricaba Ramón Hoyos!

—¡Este Narizón! ¡Un momento! ¡Un momento! ¡Hombre! ¡Miren, miren! —Bruno señalaba a alguien que cruzaba en bicicleta deslizando suavemente, despacio, sin prisa, mirando a todas partes, auscultando el aire, el viento, pero algo lejos y separado por el tráfico, por la hora veloz y peligroso.

—¡Es Amariles, es Amariles! —exclamó Aura.

—¡Sí, sí! —exclamaron todos.

—¡Corre, corre, Bruno, llámalo, llámalo! Pero cui-

dado te mata un carro —dijo Arturo, y Bruno salió a tratar de alcanzarlo:

—¡Amariles, Amariles! —gritó.

Pero el consumado ciclista alzó la mano en saludo y despedida, cariñosos, aceleró su pedaleo, y desapareció en medio del tráfico.

¡Ven, Amariles, ven! —exclamó alegre de nuevo Bruno, sacudiendo el aire con la mano.

—Yo diría...—comenzó Róber a decir sobándose el bigote, cuando Bruno regresó a la mesa.

—¡Y yo también! ¡Pero cuidado tumbas la mesa! —exclamó Arturo—. Que el misterio de existir...¿Ibas a decir? ¿No es la copa de oro?, pregunto yo...

—...que hay tardes cuando la alegría nos permite imaginar y ser más libres, porque no sólo de sombras están hechas la verdad, la virtud, la belleza y el amor —continuó Róber.

—¿Y los sueños? —exclamó Arturo.

—Pues mira, Narizón. —dijo Bruno—. ¿Es que tiene el hombre que aferrarse a tal simpleza? ¿No tiene el alma derecho a imaginar? ¿Qué dices Róber? ¿No es pues el existir, de por sí, la gran victoria?

—¡Ahí está, el gran secreto! —exclamó un vecino que los escuchaba, y agregó:— ¿Pero quién venga el Amor?¿No eran ustedes amigos de Federico?